

Peter Watts
Visión ciega

Para Lisa
Si no nos duele, no estamos vivos

Esto es lo que más me fascina de la existencia: la peculiar necesidad de imaginarse que sea efectivamente real

Philip Gourevitch

Uno muere como un perro sin una buena razón.

Ernest Hemingway

Prólogo

Intenta tocar el pasado. Intenta lidiar con el pasado. No es real. Sólo es un sueño.

Ted Bundy

No empezó aquí fuera. Ni con los trepadores ni con la *Rorschach*, ni con Big Ben, la *Teseo* o los vampiros. La mayoría de la gente diría que empezó con las Luciérnagas, pero se equivocarían. Acabó con todas esas cosas.

Para mí, empezó con Robert Paglino.

Cuando tenía ocho años, era mi mejor y único amigo. Éramos camaradas marginados, unidos por un infortunio complementario. El mío tenía que ver con el desarrollo. El suyo era genético: un genotipo incontrolado que le predisponía a la miopía, el acné y (como se descubrió con el tiempo) la propensión a los narcóticos. Sus padres no habían querido optimizarlo. Las pocas antiguallas SigVein que todavía creía en Dios defendían también que nadie debería intentar mejorar Su obra. De modo que aunque los dos teníamos reparación, sólo en un caso se había aprovechado esa posibilidad.

Llegué al parque a tiempo de encontrarme con que Pag era el centro de atención de una media docena de críos; el selecto grupo de delante estaba propinándole puñetazos en la cabeza mientras los demás aguardaban su turno conformándose con llamarle «mestizo» y «renacuajo». Le vi levantar los brazos, con vacilación casi, para repeler el grueso de los golpes. Podía leer sus pensamientos mejor que los míos; tenía miedo de que sus agresores pensaran que estaba levantando las manos para contraatacar, de que lo interpretaran como un gesto de desafío y le hicieran todavía más daño. Ya por aquel entonces, a la tierna edad de ocho años y con medio cerebro desaparecido, me estaba convirtiendo en un observador de excepción.

Pero no sabía qué hacer.

Últimamente no había visto mucho a Pag. Estaba seguro de que había estado evitándome. Sin embargo, uno tiene que echarle una mano a su mejor amigo si éste tiene problemas, ¿verdad? Aunque uno lo tuviera todo en su contra —¿y cuántos niños de ocho años plantarían cara a seis chicos mayores por un compañero de juegos?—, lo menos que podía hacer era pedir auxilio. Llamar la atención de un monitor. Algo.

Me quedé allí plantado. Ni siquiera me apetecía especialmente echarle una mano.

No tenía sentido. Aunque no hubiera sido mi mejor amigo, por lo menos debería haberme solidarizado con él. Había sufrido menos que Pag por lo que a violencia declarada se refería; mis ataques tendían a mantener a raya a los demás niños, les asustaban tanto como me incapacitaban a mí. Así y todo. Las provocaciones y los insultos no me eran desconocidos, ni tampoco el pie que surge de la nada para ponerte la zancadilla en el trayecto de A a B. Sabía lo que se sentía.

O lo había sabido, alguna vez.

Pero esa parte de mí había sido extirpada junto las sinapsis defectuosas. Aún estaba peleándome con los algoritmos necesarios para recuperarla, aprendiendo por observación todavía. Los animales gregarios siempre despedazan a los más débiles que habitan en el seno de la manada. Eso lo sabe cualquier chiquillo instintivamente. Tal vez debería dejar que el proceso siguiera su curso, dejar de intentar alterar la naturaleza. Por otra parte, los padres de Pag no habían alterado la naturaleza, y mira lo que habían conseguido: un hijo encogido en el suelo mientras una panda de supercríos mejorados le molían las costillas a patadas.

Al final, la propaganda dio resultado donde había fracasado la solidaridad. Por aquel entonces lo que hacía era observar más que pensar, recordar más que deducir... y lo que me vino a la memoria fueron mil historias inspiradoras en las que se ensalzaba a todo el que alguna vez había dado la cara por los desamparados.

De modo que cogí una piedra del tamaño de mi puño y aticé con ella en la nuca a dos de los asaltantes de Pag antes incluso de que alguien se diera cuenta de que me había metido en el ajo.

Un tercero, al girarse para enfrentarse a la nueva amenaza, recibió un porrazo en la cara que le aplastó sonoramente los huesos de la mejilla. Recuerdo haberme preguntado por qué no me producía ninguna satisfacción aquel sonido,

por qué no significaba nada aparte del hecho de tener un oponente menos del que preocuparse.

Los demás salieron corriendo al ver la sangre. Uno de los más valientes me juró que me iba a matar, me llamó «¡puto zombi!» por encima del hombro y desapareció al doblar una esquina.

Me harían falta tres décadas para comprender la ironía que entrañaba aquel comentario.

Dos de los rivales se retorcían a mis pies. Le pisoteé la cabeza a uno hasta que dejó de moverla y me giré hacia el otro. Algo me agarró el brazo y me di la vuelta sin pensar, sin mirar hasta que Pag lanzó un grito y se zafó de mi alcance.

—Oh —dije—. Perdona.

Una cosa yacía inerte. La otra gemía con la cabeza entre las manos, hecha un ovillo.

—Ay mierda —jadeó Pag. La sangre manaba sin oposición de su nariz y le salpicaba la camisa. La mejilla se le estaba poniendo azul y amarilla—. Ay mierda ay mierda ay mierda...

Pensé en algo que decir.

—¿Estás bien?

—Ay mierda, tú... o sea, tú nunca... —Se restregó la boca, dejándose un churrete de sangre en el dorso de la mano—. Ay, chaval, tenemos problemas.

—Empezaron ellos.

—Ya, pero tú... ¡Quiero decir, míralos!

La cosa que gimoteaba estaba alejándose a gatas. Me pregunté cuánto tardaría en encontrar refuerzos. Me pregunté si no debería matarla antes de que tuviera ocasión.

—Nunca habías hecho algo así —dijo Pag.

Se refería a nunca antes de la operación.

Lo cierto es que entonces sentí algo... tenue, lejano, pero inconfundible. Sentí rabia.

—Empezaron ellos...

Pag retrocedió, con los ojos como platos.

—¿Qué haces? ¡Baja eso!

Había levantado los puños. No recordaba haberlo hecho. Los abrí. Me llevó un momento. Tuve que mirarme las manos intensamente durante mucho, mucho rato.

La piedra cayó al suelo, lustrosa de sangre y resplandeciente.

—Quería ayudar. —No entendía por qué era incapaz de comprender eso.

—No hay duda, ya no eres el mismo —dijo Pag desde una distancia segura—. Ya ni siquiera eres Siri.

—Sí que lo soy. No seas payaso.

—¡Te extirparon el cerebro!

—Sólo la mitad. Por lo de la ep...

—¡Ya sé que fue por lo de la epilepsia! ¿Te crees que no lo sé? Pero tú estabas en esa mitad... O, no sé, una parte de ti estaba... —Se peleó con las palabras, con los conceptos que había tras ellas—. Y ahora eres distinto. Es como si tus padres te hubieran asesinado...

—Mis padres —dije, con inesperada serenidad— me salvaron la vida. Podría haber muerto.

—Creo que moriste de todas formas —me dijo mi mejor y único amigo—. Creo que Siri murió, lo extirparon, lo tiraron a la basura y ahora eres otro niño completamente distinto que sencillamente... que sencillamente volvió a crecer a partir de lo que quedaba. No eres el mismo. Desde entonces. No eres el mismo.

Sigo sin saber si Pag comprendía realmente lo que estaba diciendo. A lo mejor su madre había desenchufado el juego al que se hubiera pasado enganchado las últimas dieciocho horas, obligándole a salir a la calle a respirar un poco de aire fresco. A lo mejor, tras pelear con ultracuerpos en el espacio virtual, no podía evitar verlos por todas partes. A lo mejor.

Aunque lo que decía tenía justificación. Recuerdo que Helen me explicó (una y otra vez) lo difícil que era ajustarse. «Como si tuvieras una personalidad totalmente nueva», había dicho, ¿y por qué no? Por algo se llama hemisferectomía radical: la mitad del cerebro a la basura con las sobras de ayer, la otra mitad obligada a esforzarse el doble. Pensemos en todas las reconfiguraciones con las que debe lidiar un hemisferio solitario mientras intenta suplir sus carencias. Al final salió bien, evidentemente. El cerebro es un pedazo de carne sumamente versátil; le llevó su tiempo, pero se adaptó. Me adapté. Aun así. Pensemos en todo lo que debía de haberse exprimido, deformado, remodelado para cuando se hubieron completado las renovaciones. Cualquiera podría argüir que soy una persona

distinta de la que solía ocupar este cuerpo.

Los adultos hicieron su aparición a la larga, por supuesto. Se pusieron en práctica remedios, se llamaron a ambulancias. Los padres se mostraron ultrajados, se cruzaron andanadas diplomáticas, pero no resulta sencillo avivar las llamas del enfado cívico a propósito de tu retoño lastimado cuando las cámaras de vigilancia del patio de recreo muestran desde tres ángulos al angelito —y cinco de sus correligionarios— descargando una lluvia de patadas en las costillas de un niño tullido. Mi madre, por su parte, recicló las quejas habituales sobre niños problemáticos y progenitores ausentes —papá volvía a estar de viaje en otro hemisferio—, pero la tormenta pasó enseguida. Pag y yo seguimos siendo amigos, tras un breve hiato que nos recordó a los dos lo limitado de las posibilidades sociales que se abren a los marginados de patio de colegio que no hacen frente común.

De modo que sobreviví a ésa y a otro millón de experiencias infantiles. Crecí y tiré adelante. Aprendí a encajar. Observé, grabé, derivé los algoritmos y reproduje las conductas apropiadas. Poco de todo aquello era... sincero, supongo que es el adjetivo apropiado. Tenía amigos y enemigos, como cualquiera. Los elegía examinando listas de comportamientos y circunstancias recopiladas a lo largo de años de observación.

Podría haberme vuelto distante, pero me volví objetivo, y debo darle las gracias a Robert Paglino por ello. Fue su observación seminal lo que puso en marcha la maquinaria. Me condujo a la síntesis, me predestinó a nuestro desastroso encuentro con los trepadores, me libró del destino más aciago que se abatió sobre la Tierra. O el más feliz, supongo, según cómo se mire. Los puntos de vista importan: ahora lo entiendo, ciego, hablando solo, atrapado en un ataúd arrojado por el borde del sistema solar. Lo entiendo por primera vez desde que un vapuleado amigo cubierto de sangre en un campo de batalla infantil me convenció para que prescindiera de mi propio punto de vista.

Puede que él estuviera errado. Puede que lo estuviera yo. Pero eso, esa distancia —esa sensación crónica de ser un alienígena entre los de tu propia especie— no es necesariamente algo malo.

Resultó ser especialmente útil cuando hicieron su aparición los verdaderos alienígenas.

Teseo

La sangre hace ruido.

Suzanne Vega

Imagínate que eres Siri Keeton:

Te despiertas arropado en la agonía de la resurrección, sin aliento tras pulverizar el récord de apnea del sueño por ciento cuarenta días. Puedes sentir tu sangre, espesada de dobutamina y leuencefalina, abriéndose paso por unas arterias atrofiadas por los meses de inactividad. El cuerpo se infla en dolorosas etapas: se dilatan los vasos sanguíneos, la carne se separa de la piel; las costillas crujen en tus oídos con una brusca flexión a la que ya no están acostumbradas. Las articulaciones se te han agarrotado con el desuso. Eres un hombre de madera, congelado en una suerte de perverso *rigor vitae*.

Gritarías si pudieras respirar.

Los vampiros pasaban por esto a menudo, recuerdas. Para ellos era algo normal, su personal manera de afrontar la conservación de recursos. Podrían haberle enseñado a tu especie un par de cosas sobre el control, si esa absurda aversión a los ángulos rectos no hubiera supuesto su fin en los albores de la civilización. A lo mejor pueden todavía. Después de todo, han regresado; levantados de sus tumbas con el vudú de la paleogenética, parcheados a partir de genes defectuosos y tuétano fosilizado sumergidos en la sangre de sociópatas y autistas de alto rendimiento. Uno de ellos dirige esta misma misión. Un puñado de sus genes habitan en tu propio cuerpo para que también éste pueda levantarse de entre los muertos aquí, al filo del espacio interestelar. Nadie llega más allá de Júpiter sin convertirse parcialmente en vampiro.

El dolor empieza, ligerísimamente, a remitir. Activas tus incrustaciones y accedes a tus constantes vitales: habrán de pasar unos minutos interminables antes de que tu cuerpo responda plenamente a las órdenes motrices, horas antes de que deje de doler. El dolor es un efecto secundario inevitable. Eso es lo que se consigue al introducir subrutinas vampíricas en el código humano. Una vez pediste analgésicos, pero cualquier tipo de bloqueo nervioso pone en peligro la

reactivación metabólica. Apechuga con ello, soldado.

Te preguntas si sería así como se sintió Chelsea, antes del final. Pero eso evoca una clase de dolor completamente distinto, de modo que lo bloqueas y te concentras en la vida que se abre camino de regreso a tus extremidades. Mientras sufres en silencio, compruebas los registros en busca de telemetría nueva.

Piensas: *Eso no puede estar bien.*

Porque si lo estuviera, significaría que te encuentras en la parte equivocada del universo. No estás en el Cinturón de Kuiper, donde deberías: estás muy por encima de la elíptica e inmerso en el Oort, el reino de los cometas de largo periodo que sólo se dignan visitar al Sol cada millón de años aproximadamente. Esto se merece el adjetivo de interestelar, lo que significa (consultas el reloj del sistema) que has estado no-muerto mil ochocientos días.

Se te han pegado las sábanas durante casi cinco años.

La tapa de tu ataúd se desliza a un lado. Tu cuerpo cadavérico se refleja en el mamparo de espejo frente a ti, un pez pulmonado disecado a la espera de lluvia. A sus extremidades se adhieren vejigas repletas de una solución salina isotónica como antiparásitos ahitos, como opuestos de unas sanguijuelas. Recuerdas la penetración de las agujas justo antes de bloquearte, en la prehistoria, cuando tus venas todavía eran algo más que retorcidos filamentos deshidratados de cecina.

El reflejo de Szpindel te devuelve la mirada desde su vaina, inmediatamente a tu derecha. Su rostro se muestra igual de exangüe y esquelético que el tuyo. Sus grandes ojos hundidos ruedan en sus cuencas mientras recupera el control de sus propias extremidades, interfaces sensoriales tan masivas que incluso tus disparatadas incrustaciones palidecen en comparación.

Oyes una tos y el frufrú de brazos y piernas justo detrás del umbral del rabillo del ojo, detectas atisbos de movimiento reflejado donde los demás se agitan en la periferia de tu visión.

—¿Qué —tu voz alcanza apenas a entrar en la categoría de susurro ronco— ... pas...?

Szpindel acciona el mentón. Sus huesos chasquean de manera audible.

—... Ennngañadoss —sisea.

Todavía no habéis visto a los alienígenas, y ya os llevan la delantera por mucho.

Así fue como salimos a rastras de entre los muertos: cinco cadáveres a tiempo parcial, desnudos, demacrados, incapacitados casi para movernos aun en gravedad cero. Emergimos de nuestros ataúdes como polillas prematuras arrancadas de sus crisálidas, medio larvas todavía. Estábamos solos, desviados de nuestra ruta y absolutamente indefensos, y requirió un esfuerzo consciente recordar que jamás habrían puesto en peligro nuestra vida si no fuéramos esenciales.

—Buenos días, comisario. —Isaac Szpindel alargó una mano temblorosa e insensible hacia los guantes de feedback que había en la base de su vaina. Justo detrás de él, Susan James estaba encogida en un deshilachado ovillo fetal, murmurando para sí. Sólo Amanda Bates, ya vestida e inmersa en una secuencia de ejercicios isométricos que le arrancaba crujidos de los huesos, poseía algo cercano a la movilidad. De vez en cuando intentaba tirar una pelota de goma contra el mamparo; pero ni siquiera ella lograba capturar aún el rebote.

El viaje nos había reducido a un arquetipo común. Las redondas mejillas y caderas de James, la frente alta y el larguirucho chasis de Szpindel, incluso la caseta de carboplatino mejorado que le sirve de cuerpo a Bates, todo se había encogido a la misma colección disecada de palos y huesos. Incluso nuestro pelo parecía haberse vuelto curiosamente descolorido durante el viaje, aunque sabía que eso era imposible. Lo más probable era que sencillamente estuviera filtrando la palidez de la piel que había debajo. Aun así. La James anterior a la muerte había sido rubia tostada, el pelo de Szpindel había sido lo bastante oscuro como para poder calificarse de casi negro, pero la cosa que flotaba adherida a sus cueros cabelludos se me antojaba ahora del mismo marrón sargazo apagado. Bates seguía teniendo la cabeza afeitada, pero ni siquiera sus cejas se veían tan anaranjadas como las recordaba.

No tardaríamos en revertir a nuestro antiguo yo. Lo único que hacía falta era un poco de agua. Por ahora, sin embargo, el antiguo adagio adquiriría renovada verosimilitud: era cierto que todos los no-muertos parecían iguales, si uno no sabía cómo mirar.

Si se sabía, naturalmente —si se olvidaban las apariencias y se prestaba atención a los gestos, si se ignoraba la carne y se estudiaba la topología—, era imposible confundirlos. Cada tic facial proporcionaba información puntual, cada pausa en el discurso era más elocuente para ambas partes que cualquier palabra. Vi cómo las personalidades de James se fragmentaban y recomponían en un abrir y cerrar de ojos. La desconfianza tácita que sentía Szpindel por Amanda Bates se

anunciaba a gritos en las comisuras de su sonrisa. Hasta el último vestigio del fenotipo resplandecía como una bengala de señalización para quien supiera interpretar su lenguaje.

— ¿Dónde está...? — graznó James, tosió, agitó un brazo enteco en dirección al ataúd de Sarasti, abierto al final de la hilera.

Un pequeño rictus agrietó los labios de Szpindel.

— De regreso a Fab, ¿eh? Pidiéndole a la nave que construya un poco de tierra donde yacer.

— En comunión con la capitana, seguramente. — Bates respiraba más alto que hablaba, un bisbiseo seco de vías respiratorias que todavía no habían asimilado la idea de retomar su función.

Otra vez James:

— Eso lo podría hacer aquí arriba.

— También podría cagar aquí arriba — carraspeó Szpindel—. Hay cosas que uno prefiere hacer a solas, ¿eh?

Y hay cosas que uno prefiere guardarse para sí. No había muchos humanos básicos que se sintieran cómodos sosteniéndole la mirada a un vampiro; Sarasti, siempre cortés, tendía a evitar el contacto visual por esa precisa razón; pero su topología poseía otras superficies, igual de mamíferas e igual de ininteligibles. Si se había refugiado de miradas indiscretas, puede que se debiera a mí. Puede que estuviera guardando algún secreto.

Eso era lo que sin duda estaba haciendo la *Teseo*, al fin y al cabo.

Nos había acercado sus buenas quince UA a nuestro destino antes de que algo la ahuyentara de su ruta. A continuación había corrido hacia el norte como un gato asustado y había empezado a ascender: una brutal embestida de tres ges fuera de la elíptica, mil trescientas toneladas de inercia contra la Primera de Newton. Había vaciado sus tanques de Penn, agotado su masa de sustrato, dilapidado ciento cuarenta días de combustible en cuestión de horas. A continuación, una larga y fría travesía por el abismo, años de tacañería en acción, el impulso de cada antiprotón medido contra el coste de tener que extraerlo del vacío. El teletransporte no es magia: el flujo de Ícaro no podía enviarnos la antimateria real que generaba, tan sólo las especificaciones cuánticas. La *Teseo* debía cribar la materia prima del espacio, ión a ión. Durante muchos y oscuros años se las había

apañado a base de pura inercia, reservando hasta el último átomo devorado, para luego encabritarse: láseres ionizantes que hendían el espacio ante ella, un embudo que se abría en toda su extensión para frenar en seco. El peso de un billón de billones de protones la aminoró, le rellenó las tripas y volvió a aplastarnos. La *Teseo* había ardidado infatigablemente casi hasta el momento mismo de nuestra resurrección.

No era difícil seguir esos pasos; nuestra ruta estaba ahí, en ConSenso, a la vista de todos. Exactamente por qué había decidido poner ese rumbo la nave era otro cantar. Sin duda todo saldría a la luz durante la asamblea post resurrección. No seríamos el primer vehículo en viajar al amparo de «órdenes secretas», y si la necesidad de saber fuera tan imperiosa ya lo habríamos averiguado a estas alturas. Aun así, me pregunté quién habría bloqueado los diarios de comunicación. Control de la Misión, tal vez. O Sarasti. O la misma *Teseo*, ya puestos. Era fácil olvidarse de la IA cuántica que anidaba en el corazón de nuestra nave. Residía discretamente en segundo plano, nos nutría, nos transportaba e impregnaba nuestra existencia como un dios circunspecto; y, al igual que Dios, jamás respondía a nuestras llamadas.

Sarasti era el intermediario oficial. Cuando la nave se dignaba hablar, hablaba con él... y Sarasti la llamaba «capitana».

Igual que todos los demás.

Nos había dado cuatro horas para volver. Tardé más de tres únicamente en salir de la cripta. Para entonces la mayoría de las sinapsis petardeaban ya en mi cerebro, aunque el cuerpo —que seguía absorbiendo fluidos como una esponja sedienta— me dolía aún al menor movimiento. Cambié las bolsas de electrolitos vacías por llenas y me dirigí a popa.

Faltaban quince minutos para alcanzar la velocidad punta de rotación. Cincuenta para la asamblea post resurrección. El tiempo justo para que quienes preferían dormir bajo los efectos de la gravedad metieran sus efectos personales en el tambor y ocuparan los 4,40 metros cuadrados de suelo asignados a cada uno.

La gravedad —ni ningún sucedáneo centrípeto de la misma— no me atraía especialmente. Planté mi tienda en gravedad cero y tan lejos a popa como me fue posible, abrazando la pared más adelantada del túnel de trasbordo de estribor. La tienda se infló como un absceso en la columna vertebral de la *Teseo*, una pequeña burbuja con atmósfera de clima controlado en el lóbrego y cavernoso vacío bajo el caparazón de la nave. Mis efectos se reducían al mínimo imprescindible; tardé

treinta segundos a lo sumo en pegarlos a la pared, y otros treinta en programar el entorno de la tienda.

Después de eso salí a dar un paseo. Después de cinco años, me vendría bien algo de ejercicio.

La popa era lo que tenía más cerca, así que empecé por ahí: en el blindaje que separaba la carga útil de la propulsión. Una solitaria escotilla sellada ampollaba el centro exacto del mamparo de popa. Detrás, un túnel de servicio serpenteaba entre máquinas que era mejor no tocar con manos humanas. La gruesa protuberancia superconductora del anillo del embudo de absorción; el abanico de la antena tras él, desplegado ahora en una indestructible pompa de jabón lo bastante grande como para contener una ciudad, con la cara apuntada hacia el Sol para capturar el tenue chisporroteo cuántico del flujo de antimateria de Ícaro. Detrás de eso, más blindaje; luego el reactor de telemateria, donde el hidrógeno puro y la información refinada conjuraban un fuego trescientas veces más caliente que el del Sol. Yo conocía los ensalmos, naturalmente —la fragmentación y deconstrucción de la antimateria, el teletransporte de números de serie cuánticos—, pero seguía pareciéndome magia, lo rápido que habíamos llegado tan lejos. A cualquiera le parecería magia.

Excepto a Sarasti, tal vez.

A mi alrededor, la misma magia funcionaba a temperaturas más llevaderas con fines menos volátiles: un racimo de toboganes y dispensadores rodeaban por completo el mamparo. Unas pocas de esas aperturas se atragantarían con mí puño; una o dos podrían engullirme entero. La planta de fabricación de la *Teseo* era capaz de construir cualquier cosa, desde cubiertos a cabinas de pilotaje. Con el surtido de materia necesario podría haber construido incluso otra *Teseo*, si bien en muchas piezas pequeñas y a lo largo de mucho tiempo. Había quienes se preguntaban si podría fabricar también a otra tripulación, aunque a todos nos habían asegurado que eso era imposible. Ni siquiera estas máquinas tenían los dedos lo bastante finos como para reconstruir unos pocos billones de sinapsis en el espacio de un cráneo humano. Todavía no, al menos.

Yo me lo creía. No hubieran embarcado nunca a una dotación ya ensamblada de existir una alternativa más barata.

Miré al frente. Si apoyaba la cabeza en aquella escotilla sellada podía ver casi hasta la proa de la *Teseo*, una perspectiva ininterrumpida que se extendía hasta una diminuta diana oscura treinta metros por delante de mí. Era como mirar fijamente un gran blanco de tiro en tonos de blanco y gris: círculos concéntricos, escotillas centradas en mamparos que se sucedían uno detrás de otro,

perfectamente alineados. Todas estaban abiertas, en altivo desafío a los códigos de seguridad de una generación anterior. Podíamos dejarlas cerradas si queríamos, si así nos sentíamos más seguros. Eso era lo único que conseguiríamos, no obstante; nuestras probabilidades empíricas no aumentarían ni un ápice. En caso de que hubiera algún problema esas escotillas se cerrarían de golpe muchos milisegundos antes de que los sentidos humanos percibiesen siquiera la menor señal de alarma. Ni siquiera estaban controladas por ordenador. Algunas partes del cuerpo de la *Teseo* tenían reflejos.

Me impulsé contra la chapa metálica de popa —con un rictus de dolor al sentir el tirón y el zarandeo de los tendones faltos de uso— y floté hacia delante, dejando Fabricación atrás. Las escotillas de acceso a *Escila* y *Cambáis* yugulaban brevemente el camino a ambos lados. Más allá de ellas la columna vertebral se ensanchaba en un cilindro extensible corrugado de dos metros de diámetro y —en esos momentos— aproximadamente quince de largo. Un par de escaleras discurrían enfrentadas a lo largo del mismo; unas portillas elevadas del tamaño de tapas de alcantarilla tachonaban el mamparo a los lados. La mayoría de éstas sólo daban a la bodega. Un par de ellas hacían las veces de compartimentos estancos multiusos, por si a alguien le apetecía dar un paseo por debajo del caparazón. Una se abría a mi tienda. La otra, cuatro metros más adelante, a la de Bates.

De una tercera, próxima ya al mamparo de delante, salió Jukka Sarasti gateando como una estirada araña blanca.

Si hubiera sido humano habría sabido instantáneamente qué era lo que veían mis ojos, habría percibido el olor a asesino que emanaba de toda su topología. Y no habría podido ni siquiera intuir el número de sus víctimas, debido a la absoluta falta de remordimientos que exudaba su lenguaje corporal. La masacre de un centenar dejaría la misma marca en las superficies de Sarasti que el despanzurramiento de un insecto; la culpa se condensaba y resbalaba por esta criatura como el agua sobre la cera.

Pero Sarasti no era humano. Sarasti era un animal completamente distinto, y procedentes de él todas estas refracciones homicidas significaban tan sólo «depredador». Poseía la inclinación, había nacido con ella; si alguna vez se había rendido al impulso o no era algo que quedaba entre Control de la Misión y él.

A lo mejor hicieron la vista gorda contigo, no le dije. A lo mejor es sencillamente el precio a pagar por hacer negocios. Después de todo, eres esencial para la misión. Seguro que hiciste algún trato. Con lo listísimo que eres, sabes que no te hubiéramos traído nunca de vuelta si no te necesitáramos. Desde el mismo día que saliste del tanque sabes que juegas con ventaja.

¿Es así como funciona, Jukka? ¿Tú salvas al mundo, y los tipos que empuñan tu correa acceden a mirar para otro lado?

De niño había leído historias de depredadores de la selva que hipnotizaban a sus presas con la mirada. Sólo después de conocer a Jukka Sarasti supe lo que se sentía. Pero ahora no me estaba mirando. Estaba concentrado en instalar su tienda, y aunque me hubiera mirado a los ojos no habría nada que ver salvo el oscuro visor envolvente que se ponía por respeto a la susceptibilidad humana. Me ignoró cuando así un peldaño cercano y pasé junto a él, encogido.

Hubiera jurado que el aliento le olía a carne cruda.

Entré en el tambor (tambores, técnicamente; el de BioMed sito en la parte de atrás giraba sobre sus propios cojinetes). Atravesé volando el centro de un cilindro de dieciséis metros de diámetro. Los nervios espinales de la *Teseo* discurrían a lo largo de su eje, arracimados los filamentos y vasos contra las escaleras a ambos lados. Más allá de ellos, las tiendas recién erigidas de Szpindel y James se erguían en sus nichos en caras opuestas del mundo. Szpindel pasó flotando junto a mi hombro, desnudo aún a excepción de sus guantes, y la forma en que movía los dedos me indicó que su color favorito era el verde. Se ancló en una de las tres escaleras a ninguna parte dispuestas alrededor del tambor: escarpados y estrechos peldaños que se elevaban cinco metros en vertical desde la cubierta al aire vacío.

La siguiente escotilla se abría en el centro exacto de la pared frontal del tambor; tuberías y conductos concluían en el mamparo a los lados. Me agarré a un peldaño oportuno para frenar —mordiéndome la lengua otra vez para no gritar de dolor— y la atravesé flotando.

Un cruce con forma de te. El corredor espinal seguía adelante, mientras que un divertículo se desviaba hacia un cubículo EVA y el compartimento estanco de proa. Mantuve el rumbo y me encontré nuevamente en la cripta, brillante como un espejo y de menos de dos metros de profundidad. Las vainas vacías yacían boquiabiertas a mi izquierda; las selladas se arracimaban a la derecha. Éramos tan irremplazables que habíamos venido acompañados de reemplazos. Seguían durmiendo, ajenos a todo. Había conocido a tres de ellos durante el adiestramiento. Con un poco de suerte ninguno de nosotros volveríamos a vernos las caras hasta dentro de mucho.

A estribor sólo había cuatro vainas, no obstante. Sarasti no tenía sustituto.

Otra escotilla. Más pequeña esta vez. Me apreté para entrar en el puente. La iluminación allí era débil, un silencioso mosaico fluctuante de iconos y alfanuméricos que iteraban sobre oscuras superficies vidriosas. Más que puente era una cabina, y abarrotada como tal. Había emergido entre dos sillones de

aceleración, rodeado cada uno de ellos por una herradura de controles y lecturas. Nadie esperaba tener que utilizar jamás este compartimento. La *Teseo* era perfectamente capaz de pilotarse sola, y si no lo era podíamos dirigirla desde nuestras incrustaciones, y si no podíamos lo más probable era que todos estuviéramos muertos. Empero, frente a esa astronómicamente disparatada posibilidad, aquí era donde uno o dos intrépidos supervivientes podrían conducir la nave de regreso a casa cuando todo lo demás fallara.

Entre los espacios para los pies los ingenieros habían encajonado una última escotilla y un último pasadizo: al punto de observación a proa de la *Teseo*. Encorvé los hombros (los tendones crujieron y protestaron) y me adentré...

... en la oscuridad. El blindaje abovedado cubría el exterior de la cúpula como un par de párpados apretados. Un icono solitario refulgía suavemente en un panel táctil a mi izquierda; la débil luz extraviada me siguió procedente de la columna vertebral, acariciando el cóncavo recinto con dedos mortecinos. La cúpula se concretó en tenues sombras de azul y gris a medida que se fueron acostumbrando mis ojos. Una corriente de aire rancio agitó las redes que flotaban sujetas al mamparo de atrás, aceite y maquinaria mezcladas en el fondo de mi garganta. Las hebillas chasqueaban ligeramente con la brisa como campanillas baratas.

Estiré un brazo y toqué el cristal: la capa interior de las dos que había, con aire caliente inyectado en la separación para repeler el frío. No por completo, sin embargo. Las yemas de los dedos se me enfriaron al instante.

Ahí fuera estaba el espacio.

Quizá, camino de nuestro destino original, la *Teseo* había visto algo que le hizo poner pies en polvorosa fuera del sistema solar. Lo más probable era que no hubiese estado huyendo de nada sino corriendo al encuentro de algo, algo que no se había descubierto hasta que morimos y fuimos al cielo. En cuyo caso...

Alargué la mano y accioné el panel táctil. Medio esperaba que no ocurriera nada; las ventanas de la *Teseo* se podían cerrar con la misma facilidad que sus diarios de comunicación. Pero la cúpula se abrió de inmediato ante mí, primero una rendija y después una media luna que dio paso a un enorme ojo sin párpado cuando el blindaje se retrajo suavemente dentro del casco. Mis dedos se crisparon instintivamente en un puñado de red. El repentino vacío se extendía limpio e implacable en todas direcciones, y no había nada a lo que aferrarse salvo un disco metálico de aproximadamente cuatro metros de diámetro.

Estrellas, por doquier. Tantas estrellas que jamás alcanzaría a entender, aunque me fuera la vida en ello, cómo era posible que el cielo las contuviera todas

y al mismo tiempo fuera tan negro. Estrellas, y...

... nada más.

¿Qué esperabas?, me reocriminé. *¿Una nave nodriza alienígena flotando a estribor?*

Bueno, ¿por qué no? Habíamos salido hasta aquí para algo.

Los otros, al menos. Resultarían cruciales dondequiera que recaláramos. Pero mi situación era un poco distinta, pensé. Mi utilidad se degradaba con la distancia.

Y estábamos a más de medio año luz de casa.

Cuando está lo suficientemente oscuro, se pueden ver las estrellas.

Ralph Waldo Emerson

¿Dónde estaba cuando cayeron las luces?

Estaba saliendo de las puertas del Paraíso, llorando por una madre que —en su opinión, al menos— aún seguía con vida.

Habían pasado dos meses escasos desde que Helen desapareciera bajo la cogulla. Dos meses según nuestros cálculos, al menos. Desde su punto de vista podría haber sido un día o una década; los omnipotentes virtuales prescinden de sus relojes subjetivos junto con todo lo demás.

No iba a volver. Sólo se dignaría ver a su marido bajo un cúmulo de condiciones que se resumían en una bofetada en la cara. Él no protestaba. La visitaba tan a menudo como ella se lo permitía: dos a veces a la semana, después una. Luego cada dos. Su matrimonio se deterioraba con el determinismo exponencial de un isótopo radiactivo y aun así él seguía buscándola, y aceptaba sus condiciones.

El día que cayeron las luces, me había reunido con él junto a mi madre. Era una ocasión especial, la última vez que la veríamos en carne y hueso. Durante dos meses su cuerpo había yacido expuesto junto a otros quinientos ascendientes nuevos en el pabellón, abierto a las visitas de sus familiares cercanos. La interfaz no era más real de lo que llegaría a serlo jamás, naturalmente; el cuerpo no podía hablarnos. Pero por lo menos estaba allí, cálida su piel, limpias y sin arrugas las sábanas. La parte inferior del rostro de Helen resultaba visible todavía bajo la cogulla, aunque tenía los ojos y las orejas encasquetadas. Podíamos tocarla. Mi padre lo hacía a menudo. Tal vez alguna parte lejana de ella aún lo sintiera.

Pero tarde o temprano alguien debe cerrar el féretro y deshacerse de los restos. Hay que dejar sitio a los recién llegados; por eso estábamos allí aquel último día, a la vera de mi madre. Jim le cogió la mano una última vez. Seguiría estando disponible en su propio mundo, según sus propias condiciones, pero ese mismo

día el cuerpo se guardaría en las instalaciones de almacenamiento pragmáticamente abarrotadas, demasiado para permitir visitas de carne y hueso. Se nos había asegurado que el cuerpo permanecería intacto: ejercitados eléctricamente los músculos, flexionado y alimentado el cuerpo, mantenido el corpus listo para regresar al servicio activo en caso de que el Paraíso experimentara alguna catastrófica e inconcebible avería. Todo era reversible, nos habían dicho. Y sin embargo... eran tantos los que habían ascendido, y ni siquiera las catacumbas más profundas pueden extenderse hasta el infinito. Circulaban rumores sobre descuartizamientos, sobre partes corporales no esenciales que se cortaban con el devenir de los años según algún algoritmo de optimización de almacenaje. Quizá Helen no fuera más que un torso por estas fechas dentro de un año, una cabeza sin cuerpo al siguiente. Quizá se deshicieran de la carrocería hasta dejar únicamente el cerebro intacto antes incluso de que abandonáramos el edificio, a la espera tan sólo del hallazgo tecnológico definitivo que anunciara la llegada de la Gran Carga Digital.

Rumores, como decía. Yo personalmente no conocía a nadie que hubiera regresado tras la ascensión aunque, claro está, ¿por qué querría hacerlo nadie? Ni siquiera Lucifer salió del Cielo más que a empujones.

Papá quizá lo supiera a ciencia cierta —papá sabía más cosas que la mayoría de la gente, sobre cosas que no se esperaba que supiera la mayoría de la gente—, pero nunca abría la boca a destiempo. Supiera lo que supiese, era evidente que había decidido que revelarlo no haría cambiar de opinión a Helen. Con eso a él le bastaba.

Nos pusimos las capuchas que hacían las veces de pases por un día para los desconectados y nos reunimos con mi madre en la espartana sala de visitas que su imaginación recreaba a tal efecto. No había construido ninguna ventana al mundo que ocupaba ahora, nada que sugiriese el menor detalle del entorno utópico que había construido para sí. Ni siquiera había elegido uno de los entornos de visitas prefabricados diseñados para minimizar la disonancia entre los visitantes. Nos encontrábamos en una esfera beige sin distintivos de cinco metros de diámetro. No había nada más que ella.

Quizá no esté tan lejos de su idea de la utopía, después de todo, pensé.

Mi padre sonrió.

—Helen.

—Jim. —Tenía veinte años menos que la cosa de la cama, y aun así hacía que se me pusiera la piel de gallina—. ¡Siri! ¡Has venido!

Siempre se refería a mí por el nombre. Creo que nunca me había llamado «hijo».

— ¿Todavía estás contenta aquí? — preguntó mi padre.

— Es maravilloso. Ojalá pudierais uniros a nosotros.

Jim esbozó una sonrisa.

— Alguien debe mantener encendidas las luces.

— Sabes que esto no es un adiós. Puedes venir de visita siempre que quieras.

— Sólo si haces algo con el paisaje. — No era sólo una broma, sino también mentira; Jim habría respondido a su llamada aunque para ello tuviera que caminar descalzo sobre cristales rotos.

— Y también Chelsea — continuó Helen—. Me alegraría tanto conocerla por fin después de todo este tiempo.

— Chelsea se fue, Helen — le dije.

— Ah, sí, pero sé que seguís en contacto. Sé que significaba algo especial para ti. Que ya no estéis juntos no quiere decir que no pueda...

— Sabes bien que...

Una posibilidad preocupante me detuvo a media frase: quizá no se lo había contado.

— Hijo — dijo Jim en voz baja—. ¿Podrías dejarnos un momento a solas?

Podría dejarles toda una puta vida entera a solas. Me desenchufé de vuelta al pabellón, miré del cadáver de la cama a mi ciego y catatónico padre en su sillón, murmurándole dulces sinsentidos al flujo de datos. Que se entretuvieran con sus actuaciones. Que formalizaran y finalizaran su supuesta relación como mejor les pareciera. Quizá, siquiera por una vez, lograran incluso obligarse a ser francos allí en ese otro mundo donde todo lo demás era mentira. Quizá.

No me apetecía ejercer de testigo, en cualquier caso.

Pero, naturalmente, tuve que regresar para presentar mis respetos de rigor. Asumí mi papel en el escenario familiar una última vez, participé de las mentiras de costumbre. Todos convenimos que esto no iba a cambiar nada, y ninguno se apartó lo suficiente del guión como para acusar a nadie de embustero a ese respecto. Por fin — con cuidado de decir «hasta la vista» en vez de «adiós» — dejamos sola a mi madre.

Incluso reprimí las náuseas lo suficiente para darle un abrazo.

Jim tenía su inhalador en la mano cuando salimos de la oscuridad. Esperaba, sin demasiadas esperanzas, que lo hubiera tirado a la basura cuando cruzamos el vestíbulo. Pero se lo llevó a la boca y se insufló otro soplo de vasopresina, por si las dudas.

Fidelidad en spray.

—Eso ya no te hace falta —le dije.

—Seguramente —reconoció.

—Además, no dará resultado. No te puedes imprimir de alguien que ni siquiera está ahí, da igual cuántas hormonas esnifes. Sólo...

Jim no dijo nada. Pasamos bajo los hocicos de centinelas que venteaban el aire a la caza de infiltrados realistas.

—Se ha ido —dije atropelladamente—. Le da igual que encuentres a otra persona. Se alegraría si lo hicieras. —*Eso le permitiría fingir que se han saldado las cuentas.*

—Es mi esposa —me dijo.

—Eso no significa lo mismo que antes. Nunca lo hizo.

Mis palabras le arrancaron una sonrisita.

—Es mi vida, hijo. Estoy en paz con ello.

—Papa...

—No la culpo —dijo—. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Para él era fácil decirlo. Era fácil incluso aceptar el dolor que le había infligido todos esos años. La jovial fachada del final no compensaba las interminables y amargas quejas que había tenido que soportar mi padre desde donde alcanzaba la memoria. «¿Crees que es fácil cuando desapareces durante meses seguidos? ¿Crees que es fácil estar preguntándose siempre con quién estarás y qué estarás haciendo, si estarás siquiera con vida? ¿Crees que es fácil criar sola a un hijo así?»

Le había culpado de todo, pero él lo soportaba estoicamente porque sabía que todo era mentira. Sabía que él sólo era un pretexto. No lo abandonaba porque estuviera ausente sin permiso, ni porque fuera infiel. Su partida no tenía absolutamente nada que ver con él. Tenía que ver conmigo. Helen había dejado el

mundo porque le resultaba intolerable contemplar la cosa que había reemplazado a su hijo.

Habría insistido —habría vuelto a intentar abrirle los ojos a mi padre—, pero ya habíamos cambiado las puertas del Paraíso por las calles del Purgatorio, donde por todas partes los peatones murmuraban atónitos y observaban fijamente el cielo, boquiabiertos. Seguí su mirada hasta una franja de crepúsculo entre las torres, y me quedé sin aliento...

Las estrellas se estaban cayendo.

El zodiaco se había reconfigurado en una cuadrícula exacta de puntos brillantes con colas luminosas. Era como si el planeta entero hubiera quedado atrapado en una red inmensa cuyos nudos refulgieran con fuego de San Telmo. Era precioso. Era sobrecogedor.

Desvié la mirada para recalibrar mi visión espacial, para darle a esta alucinación malcriada la oportunidad de desvanecerse con dignidad antes de ajustar mi visión empírica a la frecuencia elevada. Vi a un vampiro en ese momento, una hembra, paseándose entre nosotros como el proverbial lobo con piel de cordero. Los vampiros eran criaturas poco comunes al nivel de la calle. Nunca antes había visto a uno en persona.

Acababa de salir a la calle del edificio que se levantaba en la acera de enfrente. Era una cabeza más alta que cualquiera de nosotros, sus ojos brillaban amarillos como los de un gato en la creciente oscuridad. Comprendió, mientras la observaba, que algo pasaba. Miró a su alrededor, oteó el cielo de soslayo... y continuó su camino, totalmente indiferente al rebaño en que estaba inmersa, al celestial portento que los había transfigurado. Totalmente indiferente al hecho de que el mundo acababa de ponerse patas arriba.

Según la hora del meridiano de Greenwich, eran las 10:35 del 13 de febrero de 2082.

Se cerraron sobre el mundo como un puño, negros como el interior de un horizonte de sucesos hasta esos últimos instantes fulgurantes en que se incendiaron todos a la vez. Gritaban al morir. Todas las radios hasta la geoestacionaria gimieron al unísono, hasta el último telescopio de infrarrojos quedó momentáneamente cegado por la nieve. Las cenizas empañaron el cielo durante semanas después de aquello; las nubes mesosféricas, muy por encima de las corrientes de aire, adquirirían un fulgor oxidado con cada amanecer. Al parecer

los objetos se componían principalmente de hierro. Nadie supo nunca cómo interpretar ese dato.

Quizá por primera vez en la historia, el mundo lo supo antes de que se lo dijeran: si uno había visto el cielo, conocía la noticia. Los habituales árbitros de las noticias de actualidad, despojados de su acostumbrado papel de filtros de la realidad, hubieron de conformarse sencillamente con etiquetarla. Tardaron noventa minutos en ponerse de acuerdo en el nombre: Luciérnagas. Media hora después de eso aparecieron las primeras transformadas de Fourier en la noosfera; a nadie le sorprendió que las Luciérnagas no hubieran malgastado su último aliento con estática. Había una pauta impregnada en aquel coro terminal, algún tipo de inteligencia críptica que desafiaba cualquier análisis. Los expertos, rigurosamente empíricos, se negaban a especular: tan sólo admitían que las Luciérnagas habían dicho algo. No sabían qué.

Todos los demás lo sabían. ¿Cómo si no se explicaban las 65.536 sondas distribuidas equitativamente a lo largo de una cuadrícula latitud/longitud que apenas dejaba un solo metro cuadrado de superficie planetaria sin exponer? Era evidente que las Luciérnagas nos habían sacado una foto. El mundo entero había sido pillado con los pantalones bajados en una instantánea panorámica compuesta. Alguien nos había investigado... como preludio a una presentación oficial o a una invasión directa, cada cual era libre de imaginarse lo que prefiriera.

Mi padre podría haber conocido a alguien que quizá pudiera haber sabido algo. Pero para entonces ya hacía tiempo que se había esfumado, como hacía siempre en tiempos de crisis hemisférica. Supiera algo o no, me había dejado solo para que encontrase mis propias respuestas como todos los demás.

No escaseaban los puntos de vista. La noosfera era un hervidero de posibles escenarios que iban de lo utópico a lo apocalíptico. Las Luciérnagas habían propagado gérmenes letales por todas las corrientes. Las Luciérnagas estaban de safari fotográfico. La Formación de Ícaro estaba remodelándose para alimentar un arma del juicio final contra los alienígenas. La Formación de Ícaro ya había sido destruida. Teníamos décadas para reaccionar; cualquier cosa proveniente de otro sistema solar debería acatar el límite de la velocidad de la luz como todo el mundo. Nos quedaban días de vida; unos acorazados espaciales orgánicos acababan de cruzar el cinturón de asteroides y fumigarían el planeta en el plazo de una semana.

Como todos los demás, fui testigo de especulaciones morbosas y bustos parlantes. Visité mentideros, me impregné de opiniones ajenas. Así las cosas, eso no tenía nada de extraordinario; me había pasado toda mi vida como una especie de etólogo alienígena por derecho propio, observando la conducta del mundo,

dilucidando pautas y protocolos, aprendiendo las reglas que me permitían infiltrarme en la sociedad humana. Siempre había funcionado. Sin embargo, de alguna manera, la presencia de verdaderos alienígenas había alterado la dinámica de la ecuación. La mera observación ya no me satisfacía. Era como si la presencia de este nuevo grupo de parias me hubiera obligado a regresar al ciado, tanto si me gustaba como si no; la distancia que había interpuesto entre el mundo y yo se me antojaba de repente forzada y ligeramente ridícula.

Y sin embargo, aunque me fuera la vida en ello, habría sido incapaz de encontrar la manera de dejarlo estar.

Chelsea siempre había dicho que la telepresencia despojaba a la humanidad de interacción humana. «Dicen que es indistinguible», me contó una vez, «como tener a tu familia ahí mismo, apretadita de modo que puedes verlos, sentirlos y olerlos justo a tu lado. Pero no lo es. Sólo son sombras en la pared de la caverna. Quiero decir, vale, las sombras se presentan en color 3-D con interactividad táctil retroalimentada. Son lo bastante sofisticadas como para engañar al cerebro civilizado. Pero las entrañas nos dicen que eso de ahí no son personas, aunque no sepan explicar exactamente cómo lo saben. Sencillamente se intuye su irrealdad. ¿Sabes lo que quiero decir?» No lo sabía. Por aquel entonces no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Pero ahora todos volvíamos a ser cavernícolas, encogidos bajo algún saliente mientras el relámpago desgarraba los cielos y vastos monstruos sin forma, atisbados apenas en cegadores instantes estroboscópicos congelados, rugían y se embestían en la oscuridad por todas partes. La soledad no ofrecía ningún consuelo. Las sombras interactivas tampoco. Lo que necesitaba uno era a alguien real a su lado, alguien a quien abrazarse, alguien con quien compartir el espacio vital además del temor, la esperanza y la incertidumbre.

Me imaginé la presencia de compañeros que no se desvanecieran en cuanto me desenchufara. Pero Chelsea se había ido, y Pag detrás de ella. Los pocos otros a quienes podría haber llamado —colegas y antiguos clientes con los que mis interpretaciones de contacto habían resultado especialmente convincentes— no parecían dignos del esfuerzo. La carne y el hueso mantenían su propia relación con la realidad: necesaria, pero insuficiente.

Mientras observaba el mundo a distancia, se me ocurrió al fin: supe exactamente lo que había querido decir Chelsea, con sus desvaríos luditas sobre humanidades desaturadas y las incoloras interacciones del espacio virtual. Lo había sabido desde el principio.

Sencillamente, nunca había logrado entender en qué se diferenciaba de la vida real.

Imagínate que eres una máquina.

Sí, ya lo sé. Pero imagínate que eres otra clase de máquina, construida de metal y plástico y diseñada no por una ciega y azarosa selección natural, sino por ingenieros y astrofísicos con la mirada firmemente puesta en objetivos específicos. Imagínate que tu propósito no es replicar, ni siquiera sobrevivir, sino recabar información.

A mí no me cuesta imaginármelo. De hecho, se trata de una interpretación mucho más sencilla que las que generalmente se requiere que realice.

Surco el abismo en la cara fría de la órbita de Neptuno. La mayor parte del tiempo existo sólo como una ausencia, para cualquier observador del espectro visible: una silueta móvil y asimétrica que eclipsa las estrellas. Pero en ocasiones, durante mi lento e interminable girar, centelleo con tenues destellos de luz estelar reflejada. Si me pillas en esos momentos podrías inferir quizá parte de mi auténtica naturaleza: una criatura segmentada de piel plateada, erizada de articulaciones, platos y largas antenas. Aquí y allá un susurro de escarcha acumulada se adhiere a una junta o remache, algún hilacho de gas congelado encontrado en el espacio de Júpiter, quizá. En otra parte transporto los cadáveres microscópicos de bacterias terrestres que medraron con despreocupado abandono sobre las pieles de estaciones espaciales o la benigna superficie lunar... pero que habían quedado reducidas a cristal a tan sólo la mitad de mi distancia actual del Sol. Ahora, a un suspiro del cero absoluto, podrían romperse en mil pedazos al contacto con un fotón.

En mi corazón hace calor, al menos. Un diminuto fuego nuclear arde en mi tórax, me vuelve indiferente al frío exterior. Tardará mil años en agotarse, a menos que se produzca alguna catástrofe; durante mil años, escucharé las débiles voces de Control de la Misión y haré todo cuanto me pidan. Por ahora sólo me han dicho que estudie cometas. Hasta la última instrucción que haya recibido jamás es una elaboración precisa y carente de ambigüedad de la razón primordial de mi existencia.

Motivo por el cual estas últimas instrucciones resultan tan desconcertantes, pues no tienen ningún sentido. La frecuencia está mal. La potencia de la señal está mal. Ni siquiera soy capaz de entender los protocolos de saludo. Solicito una explicación.

La respuesta llega casi mil minutos más tarde, y consiste en una mezcla

sin precedentes de órdenes y peticiones de información. Respondo lo mejor que sé: sí, ésta es la orientación donde la potencia de la señal era mayor. No, no es la posición habitual de Control de la Misión. Sí, puedo retransmitir: ahí está, desde el principio. Sí, me mantendré a la espera.

Aguardo más instrucciones. Llegan 839 minutos más tarde, y me dicen que deje de estudiar cometas inmediatamente.

Debo comenzar un giro precesivo controlado que barra mis antenas en incrementos de arco consecutivos de 5° en los tres ejes, con un periodo de 94 segundos. Cuando encuentre cualquier tipo de transmisión parecida a la que me desconcertó, debo fijar la orientación de potencia máxima de la señal y derivar una serie de valores de parámetro. Se me instruye asimismo retransmitir la señal a Control de la Misión.

Hago lo que me piden. Durante mucho tiempo no oigo nada, pero mi paciencia es infinita y no sé lo que es el aburrimiento. Al final una fugaz señal familiar se roza contra mi despliegue aferente. La capturo y la sigo hasta su origen, que estoy bien equipada para describir: un cometa transneptúnico en el Cinturón de Kuiper, de aproximadamente doscientos kilómetros de diámetro. Está proyectando un haz de radio comprimido de 21 centímetros a los cielos con una cadencia de 4,57 segundos. Este haz no se cruza en ningún punto con las coordenadas de Control de la Misión. Parece dirigirse a un objetivo completamente distinto.

Control de la Misión tarda mucho más de lo normal en responder a esta información. Cuando lo hace, me pide que altere el rumbo. Control de la Misión me informa de que a partir de ahora nos referiremos a mi nuevo destino como Burns-Caulfield. Dado el combustible actual y las restricciones inerciales no tardaré menos de treinta y nueve años en llegar a él.

Mientras tanto no debo observar ninguna otra cosa.

Había estado haciendo de enlace para un equipo del Instituto Kurzweil, un abigarrado grupo de sabios de última generación convencidos de encontrarse a punto de resolver la paradoja cuántica-glial. Ese atolladero particular llevaba décadas impidiendo el avance de las IA; una vez resuelto, los expertos prometían que estaríamos a dieciocho meses del primer volcado de personalidad y a tan sólo dos años de la emulación fiable de la consciencia humana en un entorno de software. Significaría el fin de la historia corpórea, le abriría la puerta a una

singularidad que llevaba casi cincuenta años aguardando pacientemente entre bastidores.

Dos meses después de la Lluvia de Fuego, el instituto rescindió mi contrato.

Lo cierto es que me sorprendió que hubieran tardado tanto tiempo. Nos había costado tanto, esta inversión de prioridades globales de la mañana a la noche, estas medidas desesperadas que pretendían suplir la iniciativa perdida. Ni siquiera nuestra flamante nueva economía postcarestía podía resistir un cambio tan sísmico sin tambalearse hacia la quiebra. Las instalaciones del espacio profundo, imaginadas desde siempre como seguras en virtud de su lejanía, de repente eran vulnerables por ese preciso motivo. Los hábitats de Lagrange debían reacondicionarse para defenderse de un enemigo desconocido. Las naves comerciales del bucle marciano fueron requisadas, armadas y reasignadas; algunas aseguraron el terreno elevado sobre Marte mientras las demás se dejaron caer hacia el Sol para proteger la Formación de Ícaro.

Daba igual que las Luciérnagas no hubieran disparado ni un tiro contra ninguno de estos objetivos. Sencillamente, no podíamos correr el riesgo.

Todos colaborábamos, naturalmente, desesperados por recuperar una hipotética voz cantante a cualquier precio. Los reyes y las corporaciones garabateaban pagarés en el dorso de sus servilletas y prometían arreglarlo todo cuando pasara la tormenta. En el ínterin, la idea de una utopía a dos años vista fue a sentarse a la sombra del armagedón que amenazaba con desatarse para el próximo martes. El Instituto Kurzweil, como todos los demás, de repente tenía otras preocupaciones.

De modo que regresé a mi apartamento, partí una ampolla de Glenfiddich y abrí ventanas virtuales como pétalos de margarita en mi cabeza. Los iconos de todo el mundo debatían por todas partes, sirviendo sobras cuya fecha de caducidad había expirado hacía dos semanas:

*Vergonzosa violación
de la seguridad global.*

No ha sido nada.

Satélites de comunicación aniquilados.

Miles de muertos.

Colisiones fortuitas.

Muertes accidentales.

(¿Quién los envía?)

Deberíamos haberles visto venir.

¿Por qué no...?

Espacio profundo.

Inverso del cuadrado.

Echa las cuentas.

¡Tenían sistemas antidetección!

(¿Qué quieren?)

¡Nos han violado!

Dios santo.

Sólo nos han sacado una foto.

¿Por qué este silencio?

La Luna está bien.

Marte está bien.

(¿Dónde se han metido?)

¿Por qué no han establecido contacto?

Nada ha tocado las O'Neill.

¡La tecnología implica beligerancia!

(¿Van a volver?)

Nada nos ha atacado.

Nada nos ha invadido.

Todavía.

Por ahora.

(¿Pero dónde están?)

(¿Van a volver?)

(¿Alguien lo puede decir?)

JIM MOORE SÓLO VOZ

ENCRIPTADA

¿ACEPTAR?

La ventana de texto se materializó directamente en mi línea de visión, eclipsando el debate. La leí dos veces. Intenté recordar la última vez que había llamado desde una misión, y no pude.

Apagué el sonido de las otras ventanas.

—¿Papá?

—Hijo —respondió después de un momento—. ¿Estás bien?

—Como todo el mundo. Sigo preguntándome si deberíamos estar celebrándolo o cagándonos en los pantalones.

No contestó de inmediato.

—Es una buena pregunta, la verdad —dijo al final.

—Supongo que no podrás darme ningún consejo. Al nivel de la calle no nos quieren contar nada.

Era una petición retórica. Su silencio no hizo sino confirmar lo obvio.

—Ya lo sé —añadí después de un momento—. Perdona. Es sólo que dicen que la Formación de Ícaro ha caído, y...

—Ya sabes que no puedo... Oh. —Mi padre hizo una pausa—. Eso es ridículo. Ícaro está bien.

—¿Sí?

Pareció meditar sus palabras.

—Las Luciérnagas seguramente ni se fijaron en ella. No emite ningún rastro de partículas siempre y cuando permanezca alejado del flujo, y el resplandor solar lo ocultaría a menos que alguien supiera dónde buscar.

Era mi turno de guardar silencio. Esta conversación de repente me daba mala espina.

Porque cuando mi padre entraba en acción, desaparecía del radar. Nunca llamaba a su familia.

Porque incluso cuando mi padre regresaba de la acción, nunca hablaba de ello. Daba igual que la Formación de Ícaro siguiera estando operativa o hubiera volado en pedazos arrojados al Sol como mil kilómetros de origami hecho confeti;

no revelaría ni una ni otra versión a menos que se produjera un anuncio oficial. Lo cual —actualicé una ventana informativa para cerciorarme— no había ocurrido.

Porque si bien mi padre era un hombre de pocas palabras, no lo era de frecuentes pausas de vacilación... y durante esta conversación había vacilado antes de todas y cada una de las frases que había pronunciado.

Tiré suavemente del sedal: —Pero han enviado naves... — Y empecé a contar.

Mil uno, mil dos...

—Simple precaución. Ya iba siendo hora de hacerle una visita a Ícaro de todos modos. Uno no cambia toda la transmisión sin al menos dejarse caer y comprobar primero los neumáticos nuevos.

Casi tres segundos en responder.

—Estás en la Luna —dije.

Pausa.

—Casi.

—¿Qué haces...? Papá, ¿por qué me estás contando esto? ¿No es una infracción de seguridad?

—Vas a recibir una llamada —me dijo.

—¿De quién? ¿Por qué?

—Están formando un equipo. La clase de... gente con la que tú te relacionas. —Mi padre era demasiado racional para poner en duda las contribuciones de los rehechos y los híbridos que habitaban entre nosotros, pero nunca había aprendido a disimular la desconfianza que le inspiraban—. Necesitan un sinteticista —dijo.

—Qué suerte que tengas uno en la familia.

Las ondas de radio rebotaron de un lado para otro.

—No se trata de nepotismo, Siri. Lo que más deseaba era que eligieran a otro.

—Gracias por el voto de conf...

Pero lo vio venir, y me interrumpió antes de que mis palabras pudieran salvar la distancia.

—No estoy criticando tus aptitudes y tú lo sabes. Sencillamente, eres el más cualificado, y el trabajo es vital.

—¿Entonces por qué...? —empecé, y me detuve. No se trataba de mantenerme lejos de algún seminario teórico en un laboratorio del hemisferio oeste—. ¿Qué sucede, papá?

—Las Luciérnagas. Han descubierto algo.

—¿Qué?

—Una señal de radio. Del Kuiper. Hemos rastreado la orientación.

—¿Están hablando?

—No con nosotros. —Carraspeó—. Fue más suerte que otra cosa lo que nos llevó a interceptar la transmisión.

—¿Con quién están hablando?

—No lo sabemos.

—¿Son pacíficos? ¿Hostiles?

—Hijo, no lo sabemos. La encriptación parece conocida, pero ni siquiera podemos estar seguros de eso. Lo único que tenemos es la localización.

—Así que vais a mandar a un equipo. —*Me vais a mandar a mí.* Nunca habíamos ido al Kuiper. Hacía décadas que ni siquiera enviábamos robots. No es que nos faltaran los medios. Sencillamente, no nos habíamos tomado la molestia; todo lo que necesitábamos estaba mucho más cerca de casa. La era interplanetaria se había quedado en los asteroides.

Pero ahora algo acechaba en la linde más lejana de nuestro jardín, llamando al vacío. Quizá estuviera comunicándose con otro sistema solar. Quizá estuviera comunicándose con algo más próximo, algo que estaba en camino.

—No es la clase de situación que se pueda ignorar sin peligro —dijo mi padre.

—¿Y las sondas?

—Claro. Pero no podemos esperar a que informen. La misión saldrá antes; se pueden enviar actualizaciones en ruta.

Me dio unos pocos segundos extra para digerir eso. Cuando persistí en mi mutismo, continuó:

—Tienes que entenderlo. Nuestra única ventaja es que, por lo que sabemos, Burns-Caulfield ignora que estamos al corriente. Tenemos que conseguir todo cuanto podamos en el margen de oportunidad que se nos conceda.

Pero Burns-Caulfield se había escondido. A Burns-Caulfield quizá no le

hiciera gracia recibir una visita imprevista.

—¿Y si me niego?

El intervalo de tiempo parecía indicar Marte.

—Te conozco, hijo. No lo harás.

—Pero si lo hiciera. Si soy el más cualificado, si el trabajo es tan vital...

No le hacía falta responder. No me hacía falta preguntar. Cuando las apuestas eran tan altas, los elementos cruciales para la misión no gozaban del lujo de poder elegir. Ni siquiera obtendría la infantil satisfacción de aguantar la respiración y negarme a jugar; la voluntad de resistir no es menos mecánica que la necesidad de respirar. Ambas pueden subvertirse pulsando las teclas neuroquímicas adecuadas.

—Anulasteis mi contrato con Kurzweil —caí en la cuenta.

—Eso es lo mínimo que hemos hecho.

Dejamos que el vacío que nos separaba hablara por nosotros por unos instantes.

—Si pudiera viajar al pasado y deshacer lo... lo que te convirtió en lo que eres —dijo papá después de un momento—, lo haría. En un segundo.

—Ya.

—Me tengo que ir. Sólo quería ponerte sobre aviso.

—Ya. Gracias.

—Te quiero, hijo.

¿Dónde estás? ¿Vas a volver?

—Gracias —repetí—. Es bueno saberlo.

Esto es lo que mi padre no podía deshacer. Esto es lo que soy:

Soy el puente entre la tecnología punta y el punto muerto. Estoy entre el mago de Oz y el hombre detrás del telón. Soy el telón.

No pertenezco a una especie completamente nueva. Mis raíces se remontan a los albores de la civilización, pero esos precursores desempeñaban una función distinta, menos honorable. Se limitaban a engrasar los engranajes de la estabilidad social; endulzaban verdades incómodas, o exageraban la perfidia de imaginarios

hombres del saco en aras del oportunismo político. También eran fundamentales, a su manera. Ni siquiera el estado policial más fuertemente armado puede ejercer la fuerza bruta sobre todos sus ciudadanos a la vez. El gobierno mediante memes es mucho más sutil; la refracción tintada de rosa de la realidad percibida, el temor contagioso a alternativas amenazadoras. Siempre ha habido alguien encargado de la rotación de las topologías de la información, pero a lo largo de la mayor parte de la historia han tenido poco que ver con el aumento de su claridad.

El nuevo milenio cambió todo eso. Ahora nos hemos superado, exploramos terrenos que están más allá de los límites de la mera comprensión humana. A veces sus contornos, aun en el espacio convencional, son sencillamente demasiado intrincados para nuestros cerebros; a veces sus mismos ejes se extienden a dimensiones inconcebibles para unas mentes diseñadas para follar y luchar en alguna pradera prehistórica. Nos constriñen tantas cosas, desde tantas direcciones distintas. Las filosofías más altruistas y sostenibles fracasan ante el bestial imperativo instintivo del interés propio. Existen ecuaciones tan sutiles como elegantes capaces de predecir el comportamiento del mundo cuántico, pero ninguna puede explicarlo. Después de cuatro mil años ni siquiera podemos demostrar que la realidad exista más allá de la mente del soñador en primera persona. La necesidad de intelectos superiores a los nuestros es acuciante.

Pero no se nos da muy bien construirlos. Las cópulas forzadas de mentes y electrones resultaron en éxitos y fracasos igualmente espectaculares. Nuestros híbridos se volvieron tan brillantes como sabios idiotas, e igual de autistas. Injertamos personas a prótesis, obligamos a sus sobrecargadas cintas motrices a hacer malabarismos con carne y maquinaria, y sacudimos la cabeza cuando sus dedos se crispan sin control y tartamudean sus lenguas. Los ordenadores mejoran su propia progenie, se vuelven tan sabios e incomprensibles que sus comunicados exhiben trazas de demencia: faltos de concentración e irrelevantes para las apenas inteligentes criaturas condenadas a quedarse rezagadas.

Y cuando tus excelentes creaciones encuentran las respuestas que les habías pedido, eres incapaz de comprender su análisis y no puedes verificar sus dictámenes. Debes fiarte de su palabra...

... o te vales de la teoría de la información para allanarte el camino, para aplanar el tesseracto en dos dimensiones y la botella de Klein en tres, para simplificar la realidad y rogarles a los dioses que hayan sobrevivido al milenio para que tu honorable deformación de la realidad no socave ninguno de sus pilares fundamentales. Contratas a personas como yo; la prole cruzada de analistas, correctores de pruebas y teóricos de la información.

En entornos formales se me llamaría sinteticista. En la calle me llamarías «jergonauta» o «amapola». Si eres uno de esos sabios idiotas cuyas verdades obtenidas con el sudor de su frente se corrompen y lobotomizan para mayor provecho de poderosos ignorantes a los que sólo les interesa su cuota de mercado, quizá me llames «topo» o «carabina».

Si fueras Isaac Szpindel me llamarías «comisario político», y aunque la pulla sería bienintencionada, también tendría otro sentido.

Nunca he conseguido convencerme de que tomamos la decisión ademada. Puedo citar las justificaciones habituales incluso estando dormido, perorar interminablemente acerca de la topología rotacional de la información y la irrelevancia de la comprensión semántica. Pero más allá de las palabras, sigo sin estar seguro. Tampoco sé si lo estará alguien. Quizá se trate de una colosal estafa consensuada, compinchados por igual timadores v timados. Nos negamos a reconocer que nuestras creaciones estén por encima de nosotros; quizá hablen en lenguas, pero nuestros sacerdotes saben interpretar esos signos. Los dioses dejan sus algoritmos cincelados en la ladera de la montaña, pero es el bueno de Siri quien lleva las tablas a las masas, y no amenazo a nadie.

Tal vez la singularidad ocurriera ya hace años. Sencillamente, nos resistimos a admitir que pudiéramos habernos quedado atrás.

Aquí viven todo tipo de animales. Y algún que otro demonio.

Ian Anderson, *Catfish Rising*

La tercera ola, nos llamaban. Todos en el mismo barco, surcando la extensa oscuridad cortesía de un prototipo de última generación sacado a toda prisa de los simuladores con dieciocho meses de antelación sobre la fecha prevista. En una economía menos atemorizada, semejante agresión al calendario habría llevado a la quiebra a cuatro países y quince multinacionales.

Las dos primeras olas salieron disparadas aún con más prisa. No descubrí lo que había sido de ellas hasta treinta minutos antes de la reunión, cuando Sarasti liberó la telemetría en ConSenso. Entonces me abrí de par en par; la experiencia inundó mis incrustaciones y se derramó por mi corteza parietal en glorioso avance rápido de alta densidad. Todavía puedo recuperar esos datos, tan frescos como el día en que se grabaron. Estoy allí.

Soy ellos.

No llevo piloto. Soy prescindible. Me han mejorado y reducido al mínimo, soy un motor de telemateria con un par de cámaras atornilladas en el frontal, alcanzados ges que convertirían la carne en gelatina. Corro alegremente hacia la oscuridad, mi hermano gemelo un estereoscópico centenar de clics a estribor, chorros duales de piones empujándonos a reacción hacia velocidades relativistas antes incluso de que la vieja Teseo pasara junto a Marte.

Pero ahora, seis mil millones de kilómetros a popa, Control de la Misión cierra el grifo y nos deja en impulso inercial. El cometa se agranda en nuestros visores, un enigma congelado que barre el cielo con su señal como el haz de luz de un faro. Con nuestros rudimentarios sentidos lo observamos en un millar de longitudes de onda.

Hemos vivido para este momento.

Vemos un temblor errático que habla de colisiones recientes. Vemos cicatrices: suaves espacios helados donde una piel otrora accidentada se ha licuado y vuelto a congelar,

demasiado recientemente como para atribuir la menor sospecha al insignificante sol que tenemos a nuestras espaldas.

Vemos una imposibilidad astronómica: un cometa con el corazón de hierro refinado.

Burns-Caulfield canta cuando pasamos por su lado. No para nosotros; ignora nuestro paso igual que ignoró nuestro acercamiento. Canta para alguien completamente distinto. Quizá algún día conozcamos a ese público. Quizá estén esperándonos en los páramos desolados que tenemos ante nosotros. Control de la Misión nos pone panza arriba, nos mantiene fijos sobre nuestro objetivo más allá de cualquier esperanza realista de adquisición. Envían instrucciones de última hora, exprimen nuestras agonizantes señales en busca de cualquier posible traza entre la estática. Puedo sentir su frustración, su renuencia a dejarnos partir; una o dos veces, se nos pregunta incluso si una mezcla juiciosa de impulso y gravedad podría permitirnos demorarnos aquí un poco más.

Pero la deceleración es para maricas. Nuestro destino son las estrellas.

Adiós, Burnsie. Adiós, Control de la Misión. Adiós, Sol.

Nos vemos en la muerte térmica.

Precauidos, nos acercamos al objetivo.

Somos tres en la segunda ola; más lentos que nuestros predecesores, sí, pero aun así mucho más rápidos que nada constreñido por la carne. Nuestro lastre son cargas útiles que nos hacen prácticamente omniscientes. Vemos en todas las longitudes de onda, en radio y cuerdas por igual. Nuestras sondas autónomas miden todo lo que anticiparon nuestros amos; las diminutas líneas de montaje de a bordo pueden fabricar herramientas a partir de átomos, para examinar todo lo que no anticiparon. Átomos, cribados desde donde estamos, fundidos con iones proyectados desde donde estuvimos: la aceleración y el material se acumulan en nuestras barrigas.

Esta masa añadida nos ha demorado, pero más todavía nos han demorado las maniobras de frenado a media ruta. La última mitad de este viaje ha sido una batalla constante contra la inercia de la primera. No es una forma eficaz de viajar. En épocas menos apresuradas habríamos acelerado antes hasta alcanzar una velocidad óptima, habríamos girado quizá en torno a un planeta oportuno para conseguir un empujoncito extra y hubiéramos seguido por inercia casi todo el trayecto. Pero el tiempo apremia, de modo que quemamos todos los cartuchos. Debemos llegar a nuestro destino; no podemos permitirnos el lujo de pasarnos de largo, no nos podemos permitir la exuberancia kamikaze de la primera ola. Ellos se limitaron a atisbar las características del terreno. Nosotros debemos cartografiar hasta la última mota.

Tenemos que ser más responsables.

Ahora, mientras frenamos camino de la órbita, vemos todo lo que vieron ellos y más. Vemos las costras, y el imposible núcleo de hierro. Oímos los cantos. Y allí, justo debajo de la superficie congelada del cometa, vemos una estructura: una infiltración de la arquitectura en la geología. Todavía no estamos lo bastante cerca para aguzar la mirada, y el radar no sirve para afinar los detalles. Pero somos listos, y somos tres, separados ampliamente en el espacio. Las longitudes de onda de tres fuentes de radar se pueden calibrar para cruzarse en un punto de convergencia predeterminado... y esos ecos tripartitos, hologramáticamente remezclados, multiplicarán la resolución por veintisiete.

Burns-Caulfield deja de cantar en cuanto ponemos nuestro plan en marcha. Al instante siguiente me quedo ciego.

Es una aberración temporal, una amplificación refleja de los filtros para compensar la sobrecarga. Mis instrumentos vuelven a funcionar en cuestión de segundos, los diagnósticos internos y externos me dan luz verde. Busco a los otros, confirmo experiencias idénticas, idénticas recuperaciones. Todos seguimos siendo plenamente operativos, a menos que el brusco aumento en la densidad de iones ambiental sea algún tipo de artefacto sensorial. Estamos listos para continuar nuestra investigación de Burns-Caulfield.

El único problema, en realidad, es que Burns-Caulfield parece haberse esfumado...

La *Teseo* no transportaba una tripulación corriente: ni pilotos ni ingenieros, nadie que fregara las cubiertas, nada de carne malgastada en tareas que una maquinaria órdenes de magnitud más reducida no pudiera realizar órdenes de magnitud mejor. Que los grumetes superfluos lastraran otras naves, si las hordas no ascendentes necesitaban imprimir un remedo de utilidad a sus vidas. Que infestaran naves impulsadas únicamente por prioridades comerciales. El único motivo de que nosotros estemos aquí es porque nadie ha optimizado todavía un software específico para el primer contacto. La *Teseo*, con rumbo más allá del borde del sistema solar, con el destino del mundo en sus bodegas, no tenía masa que desperdiciar en autoestima.

De modo que ahí estábamos, rehidratados y limpios como patenas: Isaac Szpindel, para estudiar a los alienígenas. La Banda de los Cuatro —Susan James y sus personalidades secundarias— para hablar con ellos. La mayor Amanda Bates estaba allí para luchar, si hacía falta. Y Jukka Sarasti para gobernarnos a todos, para movernos como piezas de ajedrez sobre un tablero multidimensional visible únicamente para los ojos de los vampiros.

Nos había organizado alrededor de una mesa de conferencias que serpenteaba delicadamente a través de la sala común, manteniendo una discreta y constante distancia con la cubierta curva que había debajo. El tambor entero estaba amueblado al estilo cóncavo temprano, que inducía a las mentes desprevenidas y resacasas a creer que estaban viendo el mundo a través de objetivos de ojo de pez. Por respeto a la decrepitud de los recién no-muertos giraba a un mero quinto de ge, pero sólo estaba entrando en calor. Dentro de seis horas estaríamos a media ge, atrapados en él durante dieciocho de cada veinticuatro horas hasta que la nave decidiera que ya estábamos plenamente recuperados. Durante los próximos días, la caída libre sería un ejercicio tan grato como infrecuente.

Aparecieron esculturas de luz encima de la mesa. Sarasti podría haber transmitido la información directamente a nuestras incrustaciones —la reunión entera podría haberse llevado a cabo a través de ConSenso, sin necesidad de congregarse físicamente en un mismo sitio—, pero si querías asegurarte de que todo el mundo te prestara atención, debías reunirlos.

Szpindel se inclinó hacia mí con gesto conspirador.

—A lo mejor es que a esa sanguijuela le pone ver tanta carne apiñada, ¿eh?

Si Sarasti lo oyó no dio muestras de ello, ni siquiera para mí. Señaló un corazón oscuro que había en el centro de la imagen, perdidos sus ojos tras cristal negro.

—Objeto de Oasa. Emisor de infrarrojos, clase de metano.

En la imagen... nada. Aparentemente nuestro destino era un disco negro, una redonda ausencia de estrellas. En realidad pesaba diez veces más que Júpiter y era un veinte por ciento más ancho en la cintura. Estaba justo en nuestro camino: demasiado pequeño para arder, demasiado remoto para el reflejo de la lejana luz solar, demasiado pesado para un gigante gaseoso, demasiado ligero para una enana marrón.

—¿Cuándo ha aparecido eso? —Bates apretó su pelota de goma con una mano, blanqueándose los nudillos.

—La punta de rayos X está registrada en el sondeo de microondas del 76. — Seis años antes de la Lluvia de Fuego—. Nunca confirmada, nunca readquirida. Como el fogonazo de torsión de una enana de clase L, pero deberíamos ver algo lo bastante grande como para generar esa clase de efecto y el cielo está oscuro en esa localización. La UAI lo llama artefacto estadístico.

Las cejas de Szpindel se unieron como dos orugas en celo.

—¿Qué cambió?

Sarasti sonrió ligeramente, sin separar los labios.

—La metabase se vuelve... tumultuosa, después de la Lluvia de Fuego. Todo el mundo está asustado, busca pistas. Tras la explosión de Burns-Caulfield... — Chasqueó la lengua contra el paladar—. Resulta que la punta podría surgir de un objeto sub-enano, después de todo, si la magnetosfera se torsiona lo suficiente.

Bates:

—¿Se torsiona con qué?

—No lo sé.

Capas de inferencia estadística se amontonaron encima de la mesa mientras Sarasti abocetaba el trasfondo: aun con una localización sólida y la atención de medio planeta, el objeto se había escondido de todo salvo la búsqueda más intensa. Un millar de instantáneas telescópicas se habían apiñado una detrás de otra y comprimido a través de una decena de filtros antes de que emergiera algo de la estática, justo por debajo de la banda de tres metros y el umbral de certidumbre. Durante una eternidad ni siquiera había sido real: tan sólo un fantasma probabilístico hasta que la *Teseo* se acercó lo suficiente para colapsar la forma de onda. Una partícula cuántica, diez veces más pesada que Júpiter.

Los cartógrafos de la Tierra la llamaban Big Ben. La *Teseo* acababa de dejar atrás la órbita de Saturno cuando apareció en las residuales. Ese hallazgo hubiera sido inútil para cualquier otro; ninguna nave pillada en camino habría tenido combustible suficiente para otra cosa que no fuera el largo bucle deyectado de vuelta a casa. Pero la línea de combustible de la *Teseo*, fina e infinitamente atenuada, se extendía hasta el Sol; podía girar, como quien dice, sobre los talones. Habíamos cambiado el rumbo mientras dormíamos y el flujo de Ícaro seguía nuestros movimientos como un gato tras su presa, alimentándonos a la velocidad de la luz.

Y allí estábamos.

—Para que luego hablen de buena suerte —refunfuñó Szpindel.

Al otro lado de la mesa, Bates giró la muñeca. Su pelota salió disparada por encima de mi cabeza; oí cómo chocaba contra la cubierta (*la cubierta no*, me corrigió algo dentro de mí: *la barandilla*).

—En tal caso, asumiremos que el cometa era un señuelo intencionado.

Sarasti asintió con la cabeza. La pelota regresó rebotada a mi línea de visión por encima de mi cabeza y desapareció brevemente tras el cableado espinal, trazando una parábola excéntrica contraintuitiva en la débil gravedad del tambor.

—Así que quieren que los dejen en paz.

Sarasti formó una pirámide con los dedos y giró el rostro en su dirección.

—¿Ésa es tu recomendación?

Ojalá lo fuera.

—No, señor. Sólo digo que la construcción de Burns-Caulfield requirió muchos recursos y esfuerzo. Quienquiera que lo construyese evidentemente valora su anonimato y posee la tecnología necesaria para protegerlo.

La pelota rebotó una última vez y regresó bamboleándose hacia la sala común. Bates dio un respingo de su asiento (flotó por un instante) y la capturó por los pelos al vuelo. Sus movimientos conservaban la torpeza propia de un animal recién nacido, mitad Coriolis, mitad rigor residual. Empero: la mejoría era inmensa para tratarse de cuatro horas. El resto de los humanos apenas habían superado la etapa de aprender a caminar.

—A lo mejor tampoco les costó tanto, ¿eh? —musitó Szpindel—. A lo mejor para ellos fue coser y cantar.

—En cuyo caso lo mismo podrían ser igual de xenófobos, pero estarían aún más avanzados. No debemos precipitarnos.

Sarasti volvió a concentrar su atención en los gráficos oscilantes.

—¿Y bien?

Bates amasó la pelota recuperada con las yemas de los dedos.

—El segundo ratón se lleva el queso. Puede que hayamos pifiado nuestra misión de reconocimiento secreta en el Kuiper, pero eso no significa que debamos andar a ciegas. Enviemos nuestros propios drones por vectores distintos. Aguardemos en una ruta de acercamiento hasta averiguar al menos si nos enfrentamos a amigos o enemigos.

James sacudió la cabeza.

—Si fueran hostiles, podrían haber cargado las Luciérnagas de antimateria. O enviar un solo objeto gigante en vez de sesenta mil pequeños, para que nos exterminara el impacto.

—Las Luciérnagas sólo implican una curiosidad inicial —dijo Bates—. ¿Quién sabe si les gustó lo que vieron?

—¿Y si toda esta teoría de táctica de diversión no es más que un motilón de mierda?

Me giré, sobresaltado por un momento. Los labios de James habían formado las palabras; las había pronunciado Sascha.

—Si uno quiere ocultarse, no va por ahí iluminando el cielo con putos fuegos artificiales —continuó—. No hace falta ninguna táctica de diversión si nadie te busca, y nadie va a buscarte si eres discreto. Si tanto les picaba la curiosidad, podrían haber instalado una cámara espía.

—Que podría ser detectada —dijo con voz suave el vampiro.

—Detesto echar por tierra tu teoría, Jukka, pero las Luciérnagas no es que volaran exactamente bajo el rad...

Sarasti abrió la boca, la volvió a cerrar. Unos dientes afilados, visibles fugazmente, chasquearon audiblemente tras su cara. Los gráficos de la superficie de la mesa se reflejaban en su visor, una banda de titilantes distorsiones policromas donde deberían estar sus ojos.

Sascha cerró el pico.

Sarasti continuó.

—Sacrifican sigilo por velocidad. Para cuando reaccionáis, tienen ya lo que quieren. —Se expresaba en voz baja, pacientemente, un depredador bien alimentado explicándole las reglas del juego a una presa que, la verdad, debería ser más lista: «cuanto más tarde en rastrearle, más esperanzas tendrás de escapar».

Pero Sascha ya había puesto pies en polvorosa. Sus superficies se habían desbandado como un grupo de estorninos aterrados, y cuando Susan James volvió a abrir la boca, fue Susan James la que habló por ella.

—Sascha está al corriente del paradigma actual, Jukka. Sencillamente, le preocupa que pueda estar equivocado.

—¿Tienes otro que ofrecer a cambio? —preguntó Szpindel—. ¿Más opciones? ¿Mayores garantías?

—No lo sé —suspiró James—. Supongo que no. Sencillamente es... extraño, que pretendieran despistarnos activamente. Esperaba que tan sólo quisieran... En fin. —Extendió las manos—. Probablemente no sea nada. Estoy segura de que estarán dispuestos a hablar, si realizamos las presentaciones adecuadamente. Solamente habrá que ser más cautos, quizá...

Sarasti se desplegó de su silla y se cernió sobre nosotros.

—Avanzaremos. Lo que sabemos desaconseja que sigamos retrasándolo.

Bates frunció el ceño y puso su pelota en órbita.

—Señor, lo único que sabemos en realidad es que tenemos un emisor de Oasa en nuestro camino. Ni siquiera sabemos si hay alguien ahí.

—Lo hay —dijo Sarasti—. Están esperándonos.

Transcurrieron varios segundos sin que nadie hablara. Las articulaciones de alguien crujieron en medio del silencio.

—Er... —empezó Szpindel.

Sin mirar, Sarasti alargó el brazo y atajó la trayectoria de regreso de la pelota de Bates.

—Un radar láser sitúa la posición de la *Teseo* hace cuatro horas, cuarenta y ocho minutos. Respondemos con una señal idéntica. Nada. Se lanza una sonda media hora antes de que despertemos. No entraremos a ciegas, pero tampoco vamos a esperar. Ya nos han visto. Cuanto más tiempo esperemos, mayor será el riesgo de contramedidas.

Miré la oscura imagen sin rasgos distintivos que había encima de la mesa: más grande que Júpiter y ni siquiera podíamos verlo aún. Había algo en la sombra de aquella masa que acababa de alargar la mano con indiferencia, con una precisión inimaginable, y nos había pegado en los morros con un rayo láser.

No iba a ser un partido igualado.

Szpindel habló por todos nosotros:

—¿Sabías eso desde el principio? ¿Y nos lo cuentas ahora?

Esta vez la sonrisa de Sarasti fue amplia y llena de dientes. Era como si se hubiera abierto un corte en la mitad inferior de su rostro.

Puede que fuera un vicio de los depredadores. Sencillamente, no pueden resistirse a jugar con la comida.

No era tanto su aspecto. Las extremidades estilizadas, la piel pálida, los caninos y la mandíbula extendida... detalles llamativos, sí, incluso alienígenas, pero no perturbadores, no aterradores. Ni siquiera los ojos, la verdad. Los ojos de los perros y los gatos brillan en la oscuridad; verlos no nos produce ningún escalofrío.

No era su aspecto. Era la forma en que se movían.

Tenía algo que ver con los reflejos, quizá. La forma en que movían los

brazos: como mantis, largos palos articulados que uno sencillamente sabía capaces de extenderse y atraparlo desde la otra punta de la habitación, cuando les viniera en gana. Cuando Sarasti me miraba —cuando me miraba de verdad, a los ojos, libres de la barrera de su visor— medio millón de años sencillamente se evaporaban. El hecho de que estuviera extinguido no significaba nada. El hecho de que hubiéramos llegado tan lejos, de que nos hubiéramos vuelto lo bastante fuertes como para resucitar nuestras propias pesadillas para ponerlas a nuestro servicio... no significaba nada. Los genes no se dejan engañar. Ellos saben lo que hay que temer.

Había que experimentarlo en persona, naturalmente. Robert Paglino conocía la teoría de los vampiros hasta sus detalles moleculares, pero ni siquiera con toda esa información técnica en su cabeza era capaz de entenderlo realmente.

Me llamó, antes de que partiéramos. Estaba esperándolo; desde el anuncio de los alistamientos nuestros relojes habían bloqueado las llamadas de todo el que no estuviera explícitamente en la lista de contactos. Se me había olvidado que Pag lo estaba. No habíamos vuelto a hablar desde Chelsea. Me había resignado a no volver a tener noticias suyas.

Pero allí estaba.

—Ultracuerpo. —Sonrió, un tentativo gesto de acercamiento.

—Me alegro de verte —dije, porque eso era lo que decía la gente en situaciones parecidas.

—Ya, bueno, vi tu nombre en las noticias. Has llegado lejos, para ser un básico.

—No tanto.

—Chorradas. Eres la vanguardia de la especie humana. Eres nuestra primera, última y única esperanza frente a lo desconocido. Tío, les has demostrado cómo se hace. —Levantó un puño y lo enarboló, compartiendo mi triunfo.

«Demostrar cómo se hacía» se había convertido en la piedra angular de la vida de Robert Paglino. Había conseguido que funcionara para él, además, había superado la desventaja de un parto natural con retroajustes, mejoras y pura cabezonería. En un mundo en el que la humanidad se había vuelto obsoleta en cantidades sin precedente, los dos habíamos conservado nuestro estatus de otra era: «profesional cualificado».

—Así que ahora estás a las órdenes de un vampiro —me dijo—. Para que luego hablen de combatir el fuego con el fuego.

—Supongo que estamos practicando. Hasta que nos topemos con lo de verdad.

Se rió. No podía imaginarme por qué. Pero de todos modos respondí con una sonrisa.

Lo cierto era que me alegraba de verlo.

—Bueno, ¿y cómo son? —preguntó Pag.

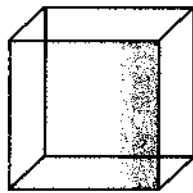
—¿Los vampiros? No sé. Ayer conocí al primero.

—¿Y?

—Difícil de interpretar. A veces parecía que ni siquiera fuera consciente de su entorno, era como si estuviera... perdido en su mundo particular.

—Es consciente, descuida. Esos bichos son tan rápidos que da miedo. ¿Sabías que pueden retener los dos aspectos de un cubo de Necker en la cabeza al mismo tiempo?

Aquel término me sonaba de algo. Accioné los subtítulos y vi el icono de una caja de alambres que me resultaba conocida:



Ahora lo recordaba: se trataba del clásico ejemplo de ilusión ambigua. A veces el panel en sombra parecía estar delante, a veces detrás. La perspectiva saltaba hacia el frente y el fondo mientras se observaba.

—Tú o yo sólo podemos verlo de una forma o de la otra —estaba diciendo Pag—. Los vampiros lo ven de las dos formas a la vez. ¿Te imaginas la ventaja que supone eso?

—Insuficiente.

—*Touché*. Pero, hey, no es culpa suya que los rasgos neutrales se hagan endémicos en poblaciones pequeñas.

—No sé yo si la pifia del crucifijo podría considerarse «neutral».

—Al principio lo era. ¿Cuántos ángulos rectos intersecantes se ven en la

naturaleza? —Descartó la idea con una mano—. En cualquier caso, ésa no es la cuestión. La cuestión es que son capaces de hacer algo que a los humanos nos resulta neurológicamente imposible. Pueden sostener múltiples puntos de vista simultáneos, mi amigo ultracuerpo. Sencillamente, ven cosas que nosotros debemos descifrar paso a paso, ni siquiera tienen que pensar en ello. Sabes, no hay un solo humano básico capaz de decirte, de buenas a primeras, todos los números primos entre uno y mil millones. En el pasado, esa clase de proezas sólo estaban al alcance de un puñado de autistas.

—No usa nunca el pretérito —murmuré.

—¿Huh? Ah, eso. —Pag asintió con la cabeza—. No experimentan nunca el pasado. Para ellos sólo es otro hilo. No recuerdan las cosas, las reviven.

—¿Qué, como una regresión post-traumática?

—No tan traumática. —Hizo una mueca—. No para ellos, al menos.

—¿Así que esto es lo que te obsesiona ahora? ¿Los vampiros?

—Ultracuerpo, los vampiros son la obsesión con mayúsculas para cualquiera que tenga un «neuro» en su currículum. Sólo estoy escribiendo un par de ensayos sobre histología. Receptores de pautas relacionadas, formaciones en forma de sombrero mexicano, filtros de gratificación/irrelevancia. Los ojos, básicamente.

—Ya. —Vacilé—. Ésos le ponen nervioso a uno.

—Y tanto que sí. —Pag asintió con gesto juicioso—. Ese lúcido suyo, tan profundo, ese brillo. Escalofriante. —Sacudió la cabeza, impresionado nuevamente por el recuerdo.

—Nunca has conocido a ninguno —deduje.

—¿Cómo, en persona? Daría el cojón izquierdo por eso. ¿Por qué?

—No es el brillo. Es la... —busqué una palabra que encajara—... la actitud, quizá.

—Ya —dijo, después de un momento—. Supongo que a veces uno sencillamente tiene que estar ahí, ¿eh? Por eso te envidio, ultracuerpo.

—No deberías.

—Debo. Aunque no veáis nunca a quienquiera que enviase a las Luciérnagas, tienes una oportunidad única de investigar a ese tal... Sarasti, ¿verdad?

—Oportunidad desperdiciada conmigo. El único «neuro» en mi haber está en mi historial médico.

Se rió.

—En cualquier caso, como decía, vi tu nombre en los titulares y pensé, hoy, este tío se larga dentro de un par de meses, lo mejor será que deje de esperar su llamada sentado.

Habían pasado más de dos años.

—No pensaba que fueras a descolgar. Creía que estaba en tu lista negra.

—Nah. Eso nunca. —Agachó la cabeza, sin embargo, y se quedó callado.

—Pero deberías haberla llamado —dijo al final.

—Lo sé.

—Estaba muriéndose. Deberías...

—No tuve tiempo.

Dejó reposar la mentira un momento.

—En cualquier caso —continuó, al cabo—, sólo quería desearte buena suerte. —Lo que tampoco era exactamente verdad.

—Gracias. Te lo agradezco.

—Patéales sus culos alienígenas. Si es que los alienígenas tienen culo.

—Vamos cinco, Pag. Nueve si se cuentan los sustitutos. No somos precisamente un ejército.

—Sólo era una forma de hablar, mi mamífero camarada. Entierra el hacha de guerra. Al diablo con los torpedos. Hipnotiza a la serpiente.

Iza la bandera blanca, pensé.

—Supongo que estarás ocupado —dijo—. Me...

—Mira, ¿quieres que quedemos? ¿En el espacio real? Hace tiempo que no me paso por QuBit.

—Me encantaría, ultracuerpo. Por desgracia estoy en Mankoya. Taller de duplicación y troceado.

—¿Cómo, quieres decir presencialmente?

—Investigación de vanguardia. Vicios de la vieja escuela.

—Lástima.

—En cualquier caso, ya te dejo en paz. Sólo quería, ya sabes...

—Gracias —repetí.

—Bueno, ya sabes. Adiós —me dijo Robert Paglino. Lo que era, en el fondo, el verdadero motivo de su llamada.

No esperaba tener otra oportunidad.

Pag me culpaba por la forma en que había terminado con Chelsea. Es justo. Yo le culpaba por la forma en que había empezado.

Había elegido la neuroeconomía por lo menos en parte porque su amigo de la infancia se había convertido en un ultracuerpo delante de sus narices. Yo había recalado en la síntesis básicamente por la misma razón. Nuestros caminos habían divergido, y ya no nos veíamos cara a cara tan a menudo; pero dos décadas después de que vapuleara a un puñado de críos por él, Robert Paglino seguía siendo mi mejor y único amigo.

—Necesitas descongelarte, en serio —me dijo—. Y conozco a la señorita con los guantes para el horno adecuados.

—Ése debe de ser el intento de metáfora más patético de toda la historia del lenguaje humano —repuse.

—En serio, ultracuerpo. Te vendrá bien. Será como un, un contrapeso... que te escorará un poquito hacia la media cómoda, ¿me entiendes?

—No, Pag, no te entiendo. ¿Qué es, otra neuroeconomista?

—Neuroesteticista —dijo.

—¿Sigue habiendo mercado para ellos? —No acertaba a imaginarme cómo; ¿por qué pagar para afinar tu compatibilidad con alguien querido, cuando tener a alguien querido estaba tan pasado de moda?

—No mucho —admitió—. La cuestión es que prácticamente está jubilada. Pero conserva el instrumental, tío. Es muy tigmotáctica. Le gustan las relaciones cara a cara y en carne y hueso.

—No sé, Pag. Suena a trabajo.

—No como tu trabajo. Tiene que ser más fácil que los condenados compuestos a los que sirves de fachada. Es inteligente, es sexy, y se encuentra dentro del estándar de desviación salvo por eso del contacto personal. Lo cual más que una perversión flagrante es un fetichismo adorable. En tu caso podría resultar incluso terapéutico.

—Si quisiera terapia, iría a ver a un terapeuta.

—También hace un poco de eso, además.

—¿Sí? —Sin proponérmelo, añadí—. ¿Es buena?

Me miró de arriba abajo.

—Nadie es tan bueno. No se trata de eso. Sencillamente me pareció que los dos podríais conectar. Chelse es una de las pocas personas que quizá no se deje acobardar completamente por tus problemas de intimidad.

—Todo el mundo tiene problemas de intimidad hoy en día, por si no te habías dado cuenta. —Era imposible no darse cuenta; el índice de natalidad llevaba décadas cayendo en picado.

—Era un eufemismo. Me refería a tu aversión al contacto humano en general.

—¿Y ese eufemismo no te descalifica como humano?

Sonrió con malicia.

—Eso es distinto. Tenemos un pasado juntos.

—No, gracias.

—Demasiado tarde. Se dirige ya al lugar indicado.

—El lug... Pag, eres un capullo.

—El más grande.

Ése era el motivo de que me encontrara irritadamente cara a cara en un salón-bar del espacio real al sur de Beth y Bear. La iluminación era tenue e indirecta, salía arrastrándose de debajo de los asientos y los cantos de las mesas; el cromatismo, esa tarde al menos, giraba desafiadamente en torno a la onda larga. Era un lugar donde los básicos podían fingir ver en infrarrojo.

De modo que fingí por un momento, mientras examinaba a la mujer del compartimento de la esquina: larguirucha y gloriosa, media docena de etnias en pacífica coexistencia sin que se alzara ni una sola voz dominante. Algo refulgía en su mejilla, un tenue *staccato* esmeralda contra el rojo ambiental. Su cabello flotaba formando una difusa nube de ébano alrededor de su cabeza; al acercarme percibí ocasionales destellos metálicos en el interior de ese nimbo, los hilos de un generador de estática que producía la ilusión de ingravidez. A la luz normal su piel roja como la sangre adoptaría sin duda el tono acaramelado de los mestizos impenitentes que estaba tan en boga.

Era atractiva, pero todo el mundo lo era bajo aquella luz; cuanto mayor fuera la longitud de onda, más se suavizaba el enfoque. Con motivo los antros de

folleto no usan fluorescentes.

No piques, me dije.

—Chelsea —se anunció. Su meñique descansaba en uno de los cargadores implantados en la mesa—. Antigua neuroesteticista, actual parásito de nuestra espléndida economía gracias a genes y máquinas de última generación.

El fulgor de su mejilla batió unas lánguidas alas brillantes: un tatuaje, una mariposa bioluminiscente.

—Siri —dije—. Sinteticista autónomo, esclavo de los genes y máquinas que te han convertido en parásito.

Señaló el asiento vacío. Lo ocupé mientras examinaba el sistema que tenía delante, evaluando la mejor manera de realizar una desconexión rápida pero diplomática. La postura de sus hombros me indicó que le gustaban los paisajes lumínicos, afición que le daba vergüenza admitir. Monahan era su artista favorito. Se consideraba una chica natural por llevar usando libidinales químicos todos estos años, aunque una edición sináptica habría sido lo más fácil. Se regodeaba en su inconsistencia: una mujer cuya maquinaria profesional editaba pensamientos en sí, y que al mismo tiempo desconfiaba del impacto deshumanizador de los teléfonos. Afectuosa innata, e innatamente temerosa del afecto no correspondido; indómitamente resuelta a no permitir que nada de eso la detuviera.

Le gustaba lo que veía cuando me miraba. Eso también la asustaba un poco.

Chelsea indicó mi lado de la mesa. Las alfombrillas táctiles brillaban suavemente allí, un zafiro disonante a la luz sanguinolenta, como un juego de huellas dactilares extendidas.

—Tienen buena mierda aquí. Hidroxil extra en el anular, o algo.

La neurofarmacología de línea de montaje no me llama demasiado; está optimizada para gente con más carne en la cabeza. Toqueteé una de las alfombrillas para salvar las apariencias, y apenas sentí un cosquilleo.

—Bueno. Un sinteticista. Explicándole lo incomprensible a los indiferentes.

Sonreí como se esperaba de mí.

—Se parece más bien a tender un puente entre las personas que rompen moldes y las que se llevan el mérito.

Le tocó sonreír a ella.

—¿Y cómo lo haces? Todos esos lóbulos optimizados y remodelaciones... quiero decir, sin son incomprensibles, ¿cómo los comprendes?

—Ayuda pensar que casi todo el mundo es incomprensible también. Proporciona experiencia. —Ea. Eso debería ampliar las distancias.

No lo hizo. Pensó que estaba bromeando. Podía ver cómo reunía fuerzas para presionar solicitando más detalles, para hacer preguntas sobre mi trabajo, lo que conduciría a preguntas sobre mí, lo que conduciría...

—Cuéntame qué se siente —dije con voz suave— al ganarse la vida puenteando cabezas ajenas.

Chelsea hizo una mueca; la mariposa de su mejilla aleteó nerviosamente con el gesto, brillando con más intensidad.

—Dios, por cómo lo dices parece que los convierta en zombis o algo. Son simples retoques, principalmente. Un cambio en los gustos musicales o culinarios, ya sabes, la optimización de la compatibilidad de pareja. Todo es completamente reversible.

—¿No hay drogas para eso?

—Nah. La variación en el desarrollo entre un cerebro y otro es demasiado pronunciada; nosotros apuntamos a una escala realmente diminuta. Pero no se trata tan sólo de microcirugía y sinapsis churruscadas, sabes. Te sorprendería descubrir hasta qué punto pueden ser no invasivas las modificaciones. Se pueden desencadenar toda clase de cascadas tocando sencillamente ciertos sonidos en un orden determinado, o mostrando imágenes con el equilibrio adecuado de geometría y emoción.

—Supongo que esas técnicas son nuevas.

—En realidad no. El ritmo y la música tienen sus raíces en el mismo principio básico. Lo único que hemos hecho nosotros es transformar el arte en ciencia.

—Ya, ¿pero cuándo? —En el pasado reciente, sin duda. En algún momento de los últimos veinte años o así...

Bajó la voz de repente.

—Robert me contó lo de tu operación. Algún tipo de epilepsia viral, ¿cierto? Cuando no eras más que un chiquillo.

Nunca le había pedido explícitamente que lo guardara en secreto. En cualquier caso, ¿qué diferencia había? Mi recuperación había sido completa.

Además, Pag todavía pensaba que era algo que le había ocurrido a otra persona.

—No estoy al corriente de los detalles —continuó con delicadeza Chelsea—. Pero a juzgar por cómo suena, las técnicas no invasivas no habrían ayudado. Estoy segura de que sólo hicieron lo que debían.

Intenté reprimir el pensamiento, sin lograrlo: *Esta mujer me gusta.*

Noté algo entonces, una sensación extraña y desconocida que de alguna manera alivió la tensión en mis vértebras. Sentí la silla sutil, indefinidamente más cómoda a mi espalda.

—En cualquier caso. —Mi silencio le había hecho perder el impulso—.

Desde que se desplomó el mercado no he vuelto a practicar mucho. Pero me dejó con una afinidad por los encuentros cara a cara, si sabes a qué me refiero.

—Sí. Pag me dijo que preferías el sexo en primera persona.

Asintió con la cabeza. —Soy muy tradicional. ¿Algún problema con eso?

No estaba seguro. En el mundo real era virgen, una de las pocas cosas que aún tenía en común con el resto de la sociedad civilizada.

—En principio no, supongo. Es sólo que parece... mucho esfuerzo para tan poca recompensa, ¿sabes?

—¿No lo voy a saber? —Sonrió—. Los compañeros de cama reales no están retocados con aerógrafo. Tienen todas esas necesidades y exigencias que una no puede editar. ¿Cómo culpar a nadie por decirle «no, gracias» a todo eso, ahora que se puede elegir? A veces uno se pregunta cómo conseguían estar juntos nuestros padres.

A veces uno no se pregunta cómo, sino por qué. Sentí cómo me hundía cada vez más en la silla y me volvió a extrañar esa curiosa sensación nueva. Chelsea había dicho que la dopamina estaba trucada. Probablemente fuera eso.

Se inclinó hacia delante, sin timidez, sin coquetear, sin interrumpir el contacto visual ni por un instante en la penumbra de onda larga. Olí el perfume cítrico de las feromonas y los productos sintéticos que se mezclaban en su piel.

—Pero también tiene sus ventajas, una vez se aprenden los movimientos —dijo—. El cuerpo tiene buena memoria. Y, Siri, ¿verdad que sabes que debajo de tu dedo derecho no hay ningún cargador?

Miré. Tenía el brazo izquierdo ligeramente extendido, mi índice tocaba una de las almohadillas de carga; y mi mano derecha se había puesto a imitar el movimiento aprovechando que yo no miraba, tamborileando inútilmente con el dedo encima de la mesa vacía.

La aparté.

—Es algo así como una manía bilateral —reconocí—. El cuerpo adopta posturas simétricas cuando estoy despistado.

Me esperaba algún chiste, o por lo menos una ceja enarcada. Chelsea se limitó a asentir con la cabeza y retomó el hilo.

—De modo que si tú estás dispuesto, yo también. No me he liado nunca con un sinteticista.

—Jergonauta está bien. No me siento orgulloso.

—Mira que siempre sabes decir las palabras correctas en el momento adecuado. —Ladeó la cabeza—. A ver, tu nombre. ¿Qué significa?

Relajado. Eso era. Me sentía relajado.

—No lo sé. Sólo es un nombre.

—Bueno, con eso no basta. Si vamos a intercambiar saliva durante una temporada, te hará falta un nombre que signifique algo.

Y eso era precisamente lo que íbamos a hacer, comprendí. Chelsea lo había decidido cuando yo no miraba. Podría haberle parado los pies en ese momento, haberle dicho que aquello era mala idea, disculparme por cualquier posible malentendido. Pero entonces vendrían las expresiones dolidas, los sentimientos heridos y la culpa porque, después de todo, si yo no sentía ningún interés, ¿para qué diablos me había presentado allí?

Parecía agradable. No quería hacerle daño.

Sólo un ratito, me dije. Será una experiencia.

—Creo que te llamaré Cygnus —dijo Chelsea.

—¿El cisne? Un tanto cursi, pero podría haber sido peor.

Sacudió la cabeza.

—El agujero negro. Cygnus X-1.

Ah: un objeto denso y oscuro que absorbe la luz y lo destruye todo a su paso.

—Joder, pues gracias. ¿Por qué?

—No estoy segura. Hay algo siniestro en ti. —Se encogió de hombros y me regaló todos los dientes de su sonrisa—. Pero no está exento de atractivo. Y si me dejas hacerte un par de arreglos, apuesto cualquier cosa a que con el tiempo se te pasa.

Pag admitiría más tarde, un tanto avergonzado, que tal vez debería haber visto una señal de alarma en aquellas palabras. A golpes se aprende.

Los líderes son visionarios con el instinto de supervivencia mal desarrollado y ni la menor idea de las probabilidades en su contra.

Robert Jarvik

Nuestro explorador cayó hacia la órbita, sin perder de vista a Ben. Nos quedamos rezagados a días de distancia, observando al explorador. Y nada más: nos pasábamos todo el tiempo sentados en el vientre de la *Teseo* mientras el sistema volcaba telemetría en nuestras incrustaciones. Esenciales, irremplazables, fundamentales para la misión; durante aquel primer acercamiento lo mismo podríamos haber sido bultos de lastre.

Superamos el límite de Rayleigh de Ben. La *Teseo* guiñó los ojos a un magro espectro de emisión y distinguió un elemento de halo derivado del Can Mayor, los restos desmembrados de una galaxia desaparecida hacía mucho que se había topado con la nuestra y acabado como un chucho bajo las ruedas de un coche, incontables miles de millones de años atrás. Estábamos acortando distancias con algo de fuera de la Vía Láctea.

La sonda trazó un arco hacia abajo y adentro, y se aproximó lo suficiente como para ampliar la imagen en color falso. La superficie de Ben ganó brillo hasta convertirse en un ebullescente *parfait* de bandas fuertemente contrastadas sobre un fondo de estrellas duras como diamantes. Algo rutilaba allí, chispas débiles sobre un interminable manto nuboso.

—¿Relámpagos? —se preguntó James.

Szpindel negó con la cabeza.

—Meteoritos. Debe de haber montones de pedruscos en la vecindad.

—El color está mal —dijo Sarasti. No estaba con nosotros físicamente —había regresado a su tienda para conectarse a la capitana—, pero Consenso lo colocaba dondequiera que hiciese falta a bordo.

Una cascada de valores morfométricos se derramó por mis incrustaciones:

masa, diámetro, densidad media. Un día en Ben duraba siete horas y doce minutos. Un difuso pero masivo cinturón de acreción rodeaba el ecuador, más toro que anillo, extendiéndose casi medio millón de kilómetros desde lo alto de las nubes: cadáveres pulverizados de lunas, tal vez, reducidas a arenilla.

—Meteoritos. —Szpindel sonrió—. Lo que yo decía.

Parecía tener razón; la proximidad cada vez mayor emborronaba muchas de aquellas chispas rutilantes en brillantes guiones efímeros que arañaban la atmósfera. Más cerca de los polos, las bandas nubosas titilaban con tenues destellos intermitentes de electricidad.

Débiles picos de emisión de radio a 31 y 400 m. Atmósfera exterior rica en metano y amoniaco; litio, agua, monóxido de carbono en abundancia. Hidrógeno sulfito de amonio, haluros de álcali mezclándose localmente en aquellos arremolinados jirones de nubes. Álcalis neutros en las capas superiores. A esas alturas incluso la *Teseo* podía detectarlos a lo lejos, pero nuestro explorador estaba lo bastante cerca como para ver filigranas. Ya no era un disco lo que tenía delante. Estaba contemplando un oscuro muro convexo en furiosas capas rojas y marrones, detectaba tenues manchas de antraceno y pireno.

Una de las miríadas de meteóricas estelas de deyección abrasó el rostro de Ben directamente enfrente de nosotros; por un momento pensé que podía ver incluso la diminuta mota oscura de su núcleo, pero un repentino estallido de estática desgarró la imagen. Bates maldijo en voz baja. La imagen se volvió borrosa, para después estabilizarse cuando la sonda elevó la voz en la escala del espectro. Incapaz de hacerse oír por encima del clamor de onda larga, ahora hablaba por láser.

Y aun así tartamudeaba. Mantenerla alineada a un millón de kilómetros de fluctuación no debería haber supuesto el menor problema; nuestras respectivas trayectorias eran parábolas conocidas, infinitamente predecibles nuestras posiciones relativas en cualquier momento t dado. Pero la estela de condensación del meteorito brincaba y cabriolaba en la imagen, como si el haz estuviera siendo repetida e infinitesimalmente descalibrado. El gas incandescente distorsionaba sus detalles; dudaba que ni tan siquiera una imagen sólida como una roca hubiera podido mostrar un perfil lo bastante definido para ofrecer asidero a los ojos humanos. Aun así. De alguna manera había algo raro en todo aquello, algo relacionado con el diminuto punto negro en el núcleo de aquel brillo cada vez menos intenso. Algo que una parte primitiva de mi mente se negaba a aceptar como natural...

La imagen saltó de nuevo, se ennegreció con un fogonazo, y no regresó.

—La sonda está frita —informó Bates—. Ese pico de ahí al final. Como si hubiera chocado con una espiral de Parker, pero con vientos realmente fuertes.

No me hizo falta ponerle subtítulos. Lo decía todo la expresión de su cara, las arrugas surgidas de repente entre sus cejas: estaba hablando de un campo magnético.

—Es... —empezó, y se interrumpió cuando apareció una cifra en Consenso: «11,2 tesla».

—Hostia —susurró Szpindel—. ¿Eso está bien?

Sarasti chasqueó la lengua en el cielo de la boca y el fondo de la nave. Un momento después ofreció una repetición instantánea, ampliados, suavizados y aumentado el contraste de aquellos últimos segundos de telemetría de la luz visible al infrarrojo profundo. Allí seguía la misma astilla oscura sumergida en llamas, allí seguía la estela de deyección ardiendo a su paso. Se atenuó ahora mientras el objeto rebotaba en la atmósfera más densa y recuperaba altitud. En cuestión de momentos el rastro de calor se había esfumado por completo. El objeto que había ardido en su centro se elevó de nuevo al espacio, como un ascua cada vez más apagada. Un inmenso embudo cónico en su parte anterior se abría como una boca. Unas aletas rechonchas desfiguraban su abdomen ovoide.

Ben se agitó y volvió a apagarse.

—Meteoritos —dijo secamente Bates.

Aquella cosa me había robado el sentido de la escala. Podría haber sido un insecto o un asteroide.

—¿Cómo de grande? —susurré, una fracción de segundo antes de que la respuesta se materializara en mis incrustaciones:

Cuatrocientos metros de longitud en el eje principal.

Ben volvía a estar a una distancia segura en nuestros visores, un ósculo disco tenue centrado en la pantalla frontal de la *Teseo*. Pero recordaba el primer plano: un orbe rutilante de incendios con el corazón negro; un semblante surcado de cortes y hoyos, interminablemente herido, interminablemente cicatrizado.

Había miles de aquellas cosas.

La *Teseo* se estremeció cuan larga era. Se trataba de una simple sacudida de deceleración; pero por un instante, me imaginé que sabía cómo se sentía.

Iniciamos la entrada e hicimos nuestras apuestas.

La *Teseo* se distanció con una combustión de noventa y ocho segundos, nos introdujo en un vasto arco que podría, con un mínimo esfuerzo, convertirse en órbita... o en una discreta pasada de reconocimiento si el vecindario resultaba ser menos acogedor de lo esperado. El flujo de Ícaro se hizo invisible a babor, perdida al espacio-tiempo su inagotable energía. Nuestro parasol, grande como una ciudad y fino como una molécula, se replegó y resguardó hasta la próxima vez que la nave tuviera sed. Las reservas de antimateria empezaron a soltarse inmediatamente; esta vez estábamos vivos para presenciarlo. El declive era infinitesimal, pero había algo intranquilizador en la repentina aparición de aquel signo menos en la pantalla.

Podríamos habernos quedado pegados a las faldas de mamá, dejar una boya atrás en el flujo de telemateria para reenviarnos energía a través del pozo. Susan James se preguntó por qué no lo habíamos hecho.

—Demasiado arriesgado —dijo Sarasti, sin abundar en la respuesta.

Szpindel se inclinó en dirección a James.

—¿Por qué ofrecerles otro blanco contra el que disparar, eh?

Enviamos más sondas ante nosotros, las escupimos con fuerza y con las reservas justas de combustible para efectuar un vuelo de reconocimiento y autodestruirse. No podían apartar los ojos de las máquinas que giraban alrededor de Big Ben. La *Teseo* fijaba su propia mirada sin pestañear, más lejana pero también más aguda. Pero si aquellos buceadores de altura tenían la menor idea de nuestra presencia allí, nos ignoraban por completo. Los seguimos a través de una distancia cada vez menor, les vimos efectuar picados y bucles por un millón de parábolas en un millón de ángulos. No vimos nunca que colisionaran, ni entre sí, ni con el laberinto de roca que rodeaba el ecuador de Ben. Todos los perigeos se sumergían fugazmente en la atmósfera; allí se incendiaban, aminoraban, y regresaban acelerando al espacio, con sus embudos anteriores encendidos de calor residual.

Bates cogió una imagen de ConSenso, trazó líneas luminosas y una conclusión alrededor del extremo frontal:

—Estatorreactor.

Encontramos casi cuatrocientos mil en menos de dos días. Eso parecía ser la mayoría de ellos; el número de nuevos avistamientos se estabilizó después de aquello, con la curva de acumulación alisándose hacia una asíntota teórica. La mayoría de las órbitas eran próximas y rápidas, pero Sarasti proyectó una distribución de frecuencia que alcanzaba casi hasta Plutón. Podríamos habernos quedado allí años, sin dejar de detectar ocasionales puntas de pala de regreso de su

prolongada incursión en el vacío.

—Las más veloces superan las cincuenta ges en curva cerrada —señaló Szpindel—. No hay carne capaz de resistir eso. Yo digo que no están tripuladas.

—La carne se puede reforzar —dijo Sarasti.

—Con tanto andamiaje habría que dejar de marear la perdiz y llamarla directamente máquina.

La morfometría de la superficie era absolutamente uniforme. Cuatrocientos mil inmersores, todos ellos idénticos. Si había algún macho alfa impartiendo órdenes al rebaño, resultaba indistinguible a simple vista.

Una noche —tal y como se medían esas cosas a bordo— seguí un suave chirrido de electrónica torturada hasta la cabina de observación. Allí estaba flotando Szpindel, contemplando a los buceadores. Había cerrado los escudos, bloqueado las estrellas y construido un nidito analítico en su lugar. Por el interior de la cúpula se derramaban gráficos y ventanas como si el espacio virtual de la cabeza de Szpindel no bastara para contenerlos. Los gráficos táctiles lo iluminaban desde todos los ángulos, convirtiendo su cuerpo en un brillante mosaico de tatuajes titilantes.

El hombre ilustrado.

—¿Te importa que pase? —pregunté.

Soltó un gruñido: «Sí, pero no tanto como para armar un escándalo».

Dentro de la cúpula, el sonido de un fuerte aguacero siseaba y chisporroteaba tras el chirrido que me había guiado hasta allí.

—¿Qué es eso?

—La magnetosfera de Ben. —No me dirigió la mirada—. Bonita, ¿eh?

Los sinteticistas no se forman ninguna opinión sobre su trabajo; de ese modo los efectos del observador se reducen a su mínima expresión. Esta vez me permití cometer una pequeña infracción.

—La estática es bonita. Podría pasar sin los chirridos.

—¿Me tomas el pelo? Ésa es la música de las esferas, comisario. Es preciosa. Como el antiguo jazz.

—A eso tampoco le cogí nunca el tranquillo.

Se encogió de hombros y anuló el registro superior, dejando que la lluvia tamborileara a nuestro alrededor. Sus ojos inquietos se fijaron en un gráfico arcano.

—¿Quieres una exclusiva para tus apuntes?

—Claro.

—Ahí la tienes. —La luz que se reflejaba en su guante de retroalimentación se irisó como el ala de una libélula cuando señaló: un espectro de absorción, en un bucle temporal. Surgieron y remitieron picos brillantes, sucesivamente, a lo largo de un marco de quince segundos.

Los subtítulos únicamente me revelaron longitudes de onda y ángstroms.

—¿Qué es eso?

—Pedos de inmersor. Esos cabrones están vertiendo material orgánico complejo en la atmósfera.

—¿Cómo de complejo?

—Es difícil saberlo, por ahora. Las trazas son débiles, y se disipan rápidamente. Pero azúcares y aminos por lo menos. Proteínas, tal vez. Tal vez más.

—¿Tal vez vida? ¿Microbios? —Un proyecto de terraformación alienígena...

—Depende de lo que entienda uno por vida, ¿eh? —dijo Szpindel—. Ni siquiera los deinococos durarían mucho ahí abajo. Pero es una atmósfera grande. Será mejor que se lo tomen con calma si pretenden reformarla entera a base de inoculaciones directas.

Si era eso lo que pretendían realmente, unos inóculos autorreplicantes acelerarían mucho el trabajo.

—A mí me suena a vida.

—Aerosoles agrícolas, a eso me suena a mí. Esos cabrones están transformando todo ese puñetero balón de gas en un arrozal más grande que Júpiter. —Me dirigió una sonrisa sobrecogedora—. Algo tiene buen apetito, ¿eh? Hace que uno se pregunte si no vamos a estar en ligera inferioridad numérica.

Los hallazgos de Szpindel acapararon el centro de atención en nuestra siguiente asamblea.

El vampiro nos lo resumió, con apoyos visuales bailando encima de la mesa:

—Selector-r autorreplicante de Von Neumann. El germen arraiga y desarrolla aspiradoras, las aspiradoras extraen materias primas del cinturón de acreción. Algunas perturbaciones en esas órbitas; el cinturón no está asentado

todavía.

—No he visto que nadie diera a luz en el rebaño —observó Szpindel—. ¿Algún indicio de fábricas?

Sarasti negó con la cabeza.

—Descartadas, tal vez. O descompiladas. O puede que el rebaño deje de reproducirse una vez alcanzado el N óptimo.

—Éstas sólo son las excavadoras —señaló Bates—. Los inquilinos llegarán más tarde.

—Y muchos, ¿eh? —añadió Szpindel—. Nos superarán en número por órdenes de magnitud.

James:

—Pero también es posible que tarden siglos en presentarse.

Sarasti chasqueó la lengua.

—¿Construyen Luciérnagas esas aspiradoras? ¿Burns-Caulfield?

Era una pregunta retórica. Szpindel contestó de todos modos:

—No veo cómo.

—Lo hace otra cosa, entonces. Algo que ya está aquí.

Nadie dijo nada por un momento. La topología de James se alteró y modificó en el silencio; cuando volvió a abrir la boca, alguien indefiniblemente más joven habló por ella.

—Su hábitat no se parece en nada al nuestro, si piensan construir un hogar ahí fuera. Eso nos da esperanzas.

Michelle. La sinesteta.

—Proteínas. —Era imposible leer en los ojos de Sarasti tras su visor. «Bioquímicas equiparables. Podrían devorarnos».

—Quienesquiera que sean estos seres, ni siquiera viven a la luz del sol. Si no se solapan los territorios ni los recursos, no habrá ninguna base para el conflicto. No hay motivo por el que no debemos llevarnos bien.

—Por otra parte —acotó Szpindel—, la tecnología implica beligerancia.

Michelle resopló suavemente.

—Según una caterva de historiadores teóricos que no se han encontrado nunca con un alienígena de verdad, sí. Puede que ahora tengamos la oportunidad

de demostrar que se equivocan. —Al instante siguiente desapareció, barrida su personalidad como un montón de hojas ante un vendaval, y Susan James retomó su lugar para decir:

—¿Por qué no se lo preguntamos?

—¿Preguntarles? —dijo Bates.

—Hay cuatrocientas mil máquinas ahí fuera. ¿Cómo sabemos que no pueden hablar?

—Las habríamos oído —dijo Szpindel—. Son zánganos.

—Con sondearlas no se pierde nada, sólo para estar seguros.

—No hay motivo por el que deban hablar aunque sean inteligentes. El lenguaje y la inteligencia ni siquiera están tan fuertemente correlacionados en la Tie...

James puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no intentarlo, al menos? Para eso hemos venido. Para eso he venido yo. Mandémosles una puta señal, nada más.

Transcurrido un momento, Bates recogió el guante.

—Teoría de juegos mal aplicada, Suze.

—Teoría de juegos. —Consiguió que sonara como una maldición.

—Ojo por ojo es la mejor estrategia. Nos sondearon, les sondeamos. Ahora la pelota está en su tejado; si enviamos otra señal, podríamos desvelar demasiado.

—Conozco las reglas, Amanda. Según ellas, si la otra parte no vuelve a tomar la iniciativa, nos pasaremos el resto de la misión ignorándonos porque la teoría de juegos dice que no hay que dar muestras de ansiedad.

—Esa regla sólo se aplica cuando uno se enfrenta a un jugador desconocido —explicó la mayor—. Cuanto más sepamos, más opciones tendremos.

James suspiró.

—Es sólo que... es como si todos asumierais que van a ser hostiles. Como si una simple señal de saludo fuera a echármolos encima.

Bates se encogió de hombros.

—Tiene sentido ser precavidos. Llamadlo deformación profesional, pero no me apetece cabrear a algo que se gana la vida saltando entre las estrellas y terraformando superjovianos. No hará falta que le recuerde a nadie que la *Teseo* no es ninguna nave de guerra.

Había dicho «a nadie»; quería decir «a Sarasti». Y Sarasti, con la mirada perdida en su horizonte particular, no respondió. No de viva voz, al menos; pero sus superficies hablaban en un idioma completamente distinto.

«Todavía no», decían.

Bates tenía razón, por cierto. Oficialmente la *Teseo* estaba equipada para la exploración, no para el combate. Sin duda nuestros amos y señores preferirían haberla armado hasta los dientes con misiles nucleares y cañones de partículas junto con su carga científica, pero ni siquiera un chorro de combustible de telemateria puede cambiar las leyes de la inercia. Un prototipo bélico se habría tardado más en construir; uno más grande, hasta los topes de artillería pesada, tardaría más en acelerar. El tiempo, habían decidido nuestros amos y señores, era oro y valía más que cualquier arsenal. En caso de apuro, nuestras fábricas podían construir casi cualquier cosa que necesitáramos, con tiempo. Quizá llevara un rato montar un cañón de partículas desde cero, y quizá tuviéramos que esquilmar algún asteroide local para conseguir las materias primas, pero era factible. Asumiendo que nuestros adversarios estuvieran dispuestos a esperar, en aras del juego limpio.

¿Pero quién nos aseguraba que incluso nuestras mejores armas fueran a servir de algo contra la inteligencia que había diseñado la Lluvia de Fuego? Si los desconocidos eran hostiles, probablemente estábamos condenados hiciéramos lo que hiciéramos. Los desconocidos estaban tecnológicamente avanzados... y había quienes afirmaban que eso los volvía hostiles por definición. «La tecnología implica beligerancia», decían.

Supongo que debería explicarlo, ahora que es completamente irrelevante. Seguramente ya lo hayáis olvidado después de todo este tiempo.

Érase una vez que había tres tribus. Los Optimistas, cuyos santos patronos eran Drake y Sagan, creían en un universo infestado de inteligencia benigna: hermanos espirituales más vastos e iluminados que nosotros, una gigantesca fraternidad galáctica a cuyas filas ascenderíamos algún día. «Sin duda», sostenían los Optimistas, «el viaje espacial implica esclarecimiento, pues requiere el control de enormes energías destructivas. Cualquier raza incapaz de dejar atrás sus propios instintos brutales se erradicará a sí misma mucho antes de aprender a tender puentes sobre los abismos interestelares.»

El opuesto de los Optimistas eran los Pesimistas, quienes rendían pleitesía a

las imágenes esculpidas de san Fermi y una caterva de pesos ligeros de menor relevancia. Los Pesimistas se imaginaban un universo solitario repleto de pedruscos muertos y barro procariótico. «Las probabilidades son sencillamente demasiado bajas», insistían. «Demasiados imponderables, demasiada radiación, demasiada excentricidad en demasiadas órbitas. Es un milagro extraordinario que exista siquiera una Tierra; esperar que haya más implica darle la espalda a la razón y abrazar el fanatismo religioso. Después de todo, el universo tiene catorce mil millones de años: si hubiera más vida inteligente en la galaxia, ¿no estaría aquí ya?» Equidistantes a las otras dos tribus estaban los Historiadores. Éstos no se rompían mucho la cabeza pensando en la posible prevalencia de extraterrestres inteligentes dedicados a surcar el espacio... «pero si hubiera alguno», decían, «no serían solamente inteligentes. Serían malvados».

Quizá parezca una conclusión demasiado obvia. ¿Qué es la historia humana sino una perpetua sucesión de tecnologías superiores aplastando a las inferiores bajo sus botas? Pero la cuestión no era sólo la historia de la humanidad, ni la injusta ventaja que pudiera obtener un bando dado gracias a determinadas herramientas; los oprimidos estaban tan dispuestos a usar armamento avanzado como sus opresores, en cuanto éstos se descuidaban. No, la verdadera cuestión era cómo llegaban esas herramientas ahí para empezar. La verdadera cuestión era para qué sirven las herramientas.

A juicio de los Historiadores, las herramientas existían por un único motivo: para obligar al universo a adoptar formas antinaturales. La naturaleza era el enemigo; eran, por definición, una rebelión contra el orden establecido de las cosas. La tecnología se atrofia en entornos apacibles, no ha prosperado jamás en ninguna cultura poseída por la fe en la armonía natural. ¿Para qué inventar reactores de fusión si la climatología es propicia, si abunda el alimento? ¿Para qué construir fortalezas si no se tienen enemigos? ¿Para qué imponer cambios a un mundo que no constituye ninguna amenaza?

La civilización humana estaba muy ramificada, no hace tanto tiempo. Incluso en el siglo XXI, un puñado de tribus aisladas apenas habían desarrollado utensilios de piedra. Algunas optaban por la agricultura. Otras no se conformaban hasta haberle puesto fin a la naturaleza misma, y aún otras hasta haber construido ciudades en el espacio.

Sin embargo, a todos nos llegaba nuestro descanso tarde o temprano. Cada nueva tecnología apisonaba las inferiores, se encumbraba en una suerte de asíntota satisfecha y se detenía... hasta que mi propia madre se recluyó como una larva en un panal, reblandecida por las máquinas, despojada de incentivos por su propia complacencia.

Pero la historia nunca había dicho que todo el mundo tuviera que parar donde paramos nosotros. Solamente sugería que quienes pararon habían dejado de luchar por la existencia. Podía haber otros mundos más infernales donde incluso la mejor tecnología humana sucumbiría, donde el entorno seguiría siendo el adversario, donde los únicos supervivientes serían quienes se defendieran con herramientas más afiladas e imperios más robustos. Las amenazas contenidas en dichos entornos no serían sencillas. El clima implacable y los desastres naturales o bien te mataban o bien no, y una vez conquistados —o adaptados— perdían su relevancia. No, los únicos factores ambientales que seguían teniendo importancia eran aquéllos que devolvían los golpes, los que combatían la estrategia con estrategia, los que obligaban a sus enemigos a escalar cumbres cada vez más altas tan sólo para seguir con vida. En última instancia, el único adversario que importaba era el inteligente.

Y si los mejores juguetes terminan en manos de quienes no han olvidado nunca que la vida en sí es una declaración de guerra contra oponentes inteligentes, ¿qué dice eso sobre una raza cuyas máquinas viajan entre las estrellas?

El argumento era brutalmente simple. Podría haber bastado incluso para otorgarles la victoria a los Historiadores... si tales debates se hubieran resuelto alguna vez apelando a la lógica, y si una población aburrida no le hubiera concedido ya el combate a Fermi por puntos. Pero el paradigma de los Historiadores era sencillamente demasiado feo, demasiado darwiniano, para la mayoría de la gente y, además, lo cierto era que a nadie le importaba ya. Ni siquiera los últimos descubrimientos de la sonda de Cassidy cambiaron gran cosa. ¿Y qué si la atmósfera de un pedrusco en el Eridano de la Osa Mayor contenía oxígeno? Estaba a cuarenta y tres años luz de distancia, y no decía nada; si uno quería candelabros flotantes y mesías alienígenas, podía encargarlos a medida en el Paraíso. Si lo que quería era testosterona y prácticas de tiro al blanco, podía elegir una vida de ultratumba repleta de feroces monstruos alienígenas sin la menor puntería. Si el mero concepto de una inteligencia alienígena hacía que tu punto de vista se tambaleara, podías explorar una galaxia virtual de planetas vacíos, fecundos y dispuestos a recibir con los brazos abiertos a cualquier peregrino terrícola temeroso de Dios que se dejara caer por allí.

Todo estaba ahí mismo, justo al otro lado de los quince minutos que duraban una operación de cableado y la instalación de un enchufe cervical. ¿Por qué soportar los atestados y malolientes confines del viaje espacial en la vida real para ir a visitar un charco de barro en Europa, la luna de Júpiter?

Y así, inevitablemente, fue surgiendo una cuarta tribu, una hueste celestial que se impuso a todas las demás: la tribu a la que nada le importaba una mierda.

Los mismos que no supieron qué hacer cuando aparecieron las Luciérnagas.

Así que nos mandaron a nosotros, y —en tardío reconocimiento al mantra de los Historiadores— le encargaron a una guerrera que nos acompañara, por si acaso. Era sumamente improbable que ninguna hija de la Tierra fuera rival para una raza dotada de tecnología interestelar, en caso de resultar ésta poco amigable. Empero, me daba cuenta de que la presencia de Bates suponía un alivio, por lo menos para los integrantes humanos de la expedición. Si uno tiene que presentarse desarmado ante un T-rex arisco con un cociente intelectual de cuatro dígitos, qué menos que contar con una especialista en combate a su lado.

Cuanto menos, podría sacarle punta a la rama que arrancara del árbol más próximo e improvisar una lanza.

—Lo juro, como los alienígenas terminen zampándonos a todos, la culpa será de la Iglesia de la Teoría de Juegos —dijo Sascha.

Estaba cogiendo un ladrillo de cuscús de la cocina. Yo había ido allí en busca de cafeína. Estábamos más o menos a solas; el resto de la tripulación se había desperdigado entre la cúpula y Fabricación.

—¿No la usan los lingüistas? —Conocía a algunos que sí.

—Nosotros no. —«Y los que sí son unos zopencos»—. Lo que pasa con la teoría de juegos es que presupone un interés propio racional entre los jugadores. Y las personas sencillamente no son racionales.

—Yo solía pensar lo mismo —reconocí—. Hoy en día se incluye la neurología social como factor a tener en cuenta.

—La neurología social humana. —Le pegó un bocado a un pico de su ladrillo y habló con la boca llena de sémola—. Para eso sirve la teoría de juegos. Jugadores racionales, o humanos. Y permíteme el atrevimiento de dudar que «eso» encaje en ninguna de esas dos categorías. —Agitó la mano hacia algún tipo de alienígena arquetípico apostado detrás del mamparo.

—Tiene sus limitaciones —admití—. Supongo que hay que usar las herramientas que uno tiene a su disposición.

Sascha soltó un bufido.

—De modo que si no tuvieras a tu disposición un plano en condiciones, basarías la casa de tus sueños en un libro de poemillas obscenas.

—A lo mejor no. —Un poco a la defensiva a mi pesar, añadí—: Yo la he encontrado útil, no obstante. En áreas donde uno no se lo esperaría.

—¿Sí? Nómbrame alguna.

—Los cumpleaños —dije, e inmediatamente deseé no haberlo hecho.

Sascha dejó de masticar. Algo detrás de sus ojos centelleó, casi estroboscópicamente, como si sus otros ojos estuvieran aguzando el oído.

—Continúa —dijo; podía sentir cómo la Banda al completo estaba pendiente de mis palabras.

—No es nada, en serio. Tan sólo un ejemplo.

—Bueno. Cuéntanos. —Sascha ladeó la cabeza de James.

Me encogí de hombros. No tenía sentido hacer una montaña de este grano de arena.

—Bien, según la teoría de juegos, uno no debería decirle a nadie cuándo es su cumpleaños.

—No te sigo.

—Es una proposición en la que se pierde siempre. No hay estrategia ganadora.

—¿A qué te refieres con estrategia? Se trata de un cumpleaños.

Ésas habían sido las palabras exactas de Chelsea cuando intenté explicárselo a ella. «Mira», le había dicho, «supongamos que le cuentas a todo el mundo cuándo es y no pasa nada. Sería como un guantazo en la cara.»

«O supongamos que te organizan una fiesta», había replicado Chelsea.

«Entonces no sabrás si lo hacen de corazón, o si tu interacción previa con ellos les provocó un sentimiento de culpa que a su vez los condujo a observar una ocasión que preferirían haber ignorado. Pero si no se lo dices a nadie, y nadie conmemora el evento, no habrá razón para sentirse mal porque, a fin de cuentas, nadie lo sabía. Y si alguien te invita a un trago sabrás que es sincero porque nadie se tomaría la molestia de averiguar cuándo es tu cumpleaños... y luego celebrarlo... si no le cayeras bien de verdad.»

Evidentemente, la Banda estaba más que al corriente de cosas así. No me hacía falta explicárselo verbalmente: podría limitarme a coger un pedazo de ConSenso y dibujar la tabla de resultados, *Decir/No decir* junto a las columnas, *Celebrado/No celebrado* junto a las filas, la inapelable lógica en blanco y negro de los costes y los beneficios en las mismas casillas. La matemática era irrefutable: la

estrategia ganadora pasaba siempre por la omisión. Sólo los memos revelaban la fecha de su cumpleaños.

Sascha me miró.

— ¿Alguna vez le has enseñado esto a alguien más?

— Claro. A mi novia.

Enarcó las cejas.

— ¿Tú has tenido novia? ¿Una de verdad?

Asentí con la cabeza.

— Una vez.

— Quiero decir después de explicarle esto.

— Bueno, sí.

— Ajá. — Su mirada se desvió a la tabla de resultados—. Sólo por curiosidad, Siri. ¿Cómo reaccionó?

— No lo hizo, la verdad. No al principio. Después... bueno, se rió.

— Mejor persona que yo. — Sascha sacudió la cabeza—. Yo te habría dejado en el acto.

Mi paseo de todas las noches por la columna vertebral: un glorioso vuelo onírico por un solitario grado de libertad. Atravesaba flotando escotillas y corredores, extendía los brazos en cruz y giraba llevado por las suaves brisas ciclónicas del tambor. Bates dibujaba círculos a mi alrededor, haciendo rebotar su pelota contra bidones y mamparos, estirándose para capturar cada curva de retorno en la pseudogravedad acelerada. A mi paso, la bola se perdió por el hueco de una escalera lejos de su alcance; las maldiciones de la mayor me siguieron a través del ojo de aguja que unía la cripta y el puente.

Frené justo antes de llegar a la cúpula, detenido por el sonido de voces susurradas al frente.

— Pues claro que son preciosas —murmuró Szpindel—. Para algo son estrellas.

— Y supongo que no soy la primera en tu lista de personas con quien compartir la vista —dijo James.

—Segunda por los pelos. Pero tengo una cita con Meesh.

—No me había dicho nada.

—No te lo cuenta todo. Pregúntaselo.

—Hey, que este cuerpo se toma sus antiliberales. Aunque el tuyo no.

—Qué mente tan sucia, Suze. El erotismo sólo es una clase de amor, ¿eh?
Los griegos de la antigüedad reconocían hasta cuatro.

—Vaaale. —Definitivamente no era Susan, ya no—. Era de esperar que
tuvieras como modelo a un puñado de sodomitas.

—Joder, Sascha. Lo único que pido es unos minutos a solas con Meesh antes
de que restalle el látigo de nuevo...

—También es mi cuerpo, Ike. ¿Es que quieres darme gato por liebre?

—Sólo quiero hablar, ¿eh? A solas. ¿Es mucho pedir?

Oí cómo Sascha cogía aliento.

Oí cómo Michelle lo soltaba.

—Lo siento, chico. Ya conoces a la Banda.

—Gracias a Dios. Cada vez que quiero un cara a cara es como enfrentarse a
un comité de investigación.

—Supongo que tienes suerte de caerles bien.

—Sigo diciendo que deberías dar un golpe de estado.

—Siempre podrías venirte a vivir con nosotros.

Oí el roce de cuerpos en delicado contacto.

—¿Cómo estás? —preguntó Szpindel—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Creo que por fin me he acostumbrado a estar viva de
nuevo. ¿Y tú?

—Hey, yo siempre estoy como una rosa, da igual cuanto tiempo haya
pasado muerto.

—Siempre haces un buen trabajo.

—Vaya, *merci*. Lo intento.

Un pequeño silencio. La *Teseo* tarareó suavemente para sí.

—Mamá tenía razón —dijo Michelle—. Son preciosas.

—¿Qué ves, cuando las miras? —Y a continuación, corrigiéndose—: Quiero decir...

—Son... puntiagudas —respondió Michelle—. Cuando giro la cabeza es como si unas bandas de agujitas muy finas me recorrieran la piel en oleadas. Pero no me duele nada. Sólo es un cosquilleo. Resulta casi electrizante. Es agradable.

—Ojalá yo pudiera sentir lo mismo.

—Tienes la interfaz. Acóplate una cámara al lóbulo parietal en vez de a la corteza visual.

—Así sabría cómo siente la visión una máquina, ¿eh? Aun así seguiría sin saber cómo la sientes tú.

—Isaac Szpindel. Eres un romántico.

—Nah.

—No quieres saberlo. Prefieres que siga siendo un misterio.

—Ya tengo que enfrentarme a misterios de sobra aquí fuera, por si no te habías percatado.

—Sí, pero no podemos hacer nada al respecto.

—Eso cambiará. En menos que canta un gallo nos estaremos dejando la piel.

—¿Tú crees?

—Cuenta con ello —dijo Szpindel—. Hasta ahora nos hemos limitado a observar de lejos, ¿eh? Me apuesto lo que sea a que ocurrirán toda clase de cosas interesantes cuando nos metamos ahí y empecemos a atizar con el palo.

—A lo mejor para ti. Tiene que haber algo biológico en la mezcla, con tantos elementos orgánicos.

—Y tanto que sí. Y tú estarás comunicándote con ello mientras yo le pego un repaso a su física.

—Puede que no. Quiero decir, mamá no lo reconocería ni en un millón de años, pero diste en el clavo con lo del lenguaje. Bien pensado, es un rodeo. Como intentar describir un sueño con señales de humo. Es noble, quizá la acción más noble que pueda realizar un cuerpo, pero no se puede convertir una puesta de sol en una ristra de gruñidos sin perder algo por el camino. Nos limita. A lo mejor lo que hay ahí fuera ni siquiera lo usa. —Apuesto a que lo usa, sin embargo.

—¿Desde cuándo? Eres tú el que siempre está señalando la ineficacia del lenguaje.

—Sólo cuando intento sacarte de tus casillas. Sacarte las bragas... es otro cantar. —Se rió de su propio chiste—. En serio, ¿qué van a usar si no, telepatía? Seguro que antes de darte cuenta estás metida en jeroglíficos hasta las cejas. Es más, los descifrarás en un tiempo récord.

—Eres un encanto, pero lo dudo. La mitad del tiempo ni siquiera consigo descifrar a Jukka. —Michelle se quedó callada un momento—. Lo cierto es que de vez en cuando me desconcierta.

—A ti y a siete mil millones como tú.

—Ya. Sé que es una tontería, pero cuando no está cerca hay una parte de mí que no puede dejar de preguntarse dónde estará escondido. Y cuando lo tengo justo delante, me da la impresión de que debería ser yo la que se escondiera.

—No es culpa suya que nos ponga los pelos de punta.

—Lo sé. Pero tampoco se puede decir que ayude a mantener el ánimo. ¿A qué genio se le ocurrió poner un vampiro al mando?

—¿Dónde si no lo pondrías, eh? ¿Quieres ser tú la que le dé órdenes a él?

—Y no es sólo cómo se mueve. Es la forma en que habla. Sencillamente está... mal.

—Ya sabes que él...

—No me refiero a eso del tiempo presente, ni a todas las glotales. Él... en fin, ya sabes cómo se expresa. Es sucinto.

—Es pragmático.

—Es artificial, Isaac. Es más inteligente que todos nosotros juntos, pero a veces habla como si su vocabulario consistiera en un máximo de cincuenta palabras. —Resopló suavemente—. No se moriría por usar un adverbio de vez en cuando.

—Ah. Pero eso lo dices porque eres lingüista, y no entiendes por qué querría alguien perderse la deslumbrante belleza del idioma. —Szpindel carraspeó con pomposidad fingida—. Ahora bien, yo, que soy biólogo, lo encuentro perfectamente lógico.

—¿En serio? Pues explícamelo, oh sabio y poderoso mutilador de ranas.

—Fácil. La sanguijuela es nómada, no residente.

—¿Qué...? Ah, ballenas asesinas, ¿verdad? Silbidos dialectales.

—He dicho que te olvides del idioma. Piensa en el estilo de vida. Las

residentes se alimentan de peces, ¿eh? Viven en grandes manadas, no viajan mucho, hablan sin parar. —Oí un susurro de movimiento y me imaginé a Szpindel inclinándose hacia Michelle y apoyándole una mano en el brazo. Me imaginé los sensores de sus guantes diciéndole cómo era su tacto—. Las nómadas, en cambio... comen mamíferos. Focas, leones marinos, presas inteligentes. Lo bastante inteligentes como para ponerse a cubierto si oyen el chapoteo de una aleta o una sucesión de chasquidos. De modo que las nómadas son sigilosas, ¿eh? Cazan en grupos pequeños, patrullan grandes zonas, mantienen la boca cerrada para que nadie las oiga llegar.

—Y Jukka es nómada.

—Su instinto le dice que guarde silencio en la proximidad de su presa.

Cada vez que abre la boca, cada vez que nos permite verlo, está rebelándose contra su propio encéfalo. Tal vez no debamos ser tan duros con el viejo por el simple hecho de que no sea el orador más animado del mundo, ¿eh?

—¿Cada vez que tenemos una reunión tiene que combatir el impulso de devorarnos? Me quedo mucho más tranquila.

Szpindel se rió por lo bajo.

—Probablemente no sea tan grave. Supongo que incluso las ballenas asesinas bajan la guardia tras una captura. ¿Para qué caminar de puntillas con la barriga llena, eh?

—De modo que no está enfrentándose a su encéfalo. Sencillamente, no tiene hambre.

—Seguramente sea un poco de las dos cosas. El encéfalo no es algo que se pueda perder, ya sabes. Pero te diré una cosa. —La voz de Szpindel perdió un ápice de su jovialidad—. Si Sarasti quiere celebrar alguna que otra reunión desde sus aposentos, por mí perfecto. ¿Pero cuando dejemos de verlo? Entonces será cuando haya que empezar a tener cuidado.

En retrospectiva, por fin puedo admitirlo: envidiaba el éxito que tenía Szpindel con las mujeres. Modificado y reconstruido, un amasijo larguirucho de tics y manías que apenas era capaz de sentir su propia piel, y sin embargo conseguía resultar...

Encantador. Ésa era la palabra. Encantador.

Como requisito social el encanto estaba poco menos que obsoleto, era cada vez más irrelevante, igual que el emparejamiento no virtual entre dos personas. Pero incluso yo había probado uno de éstos; y no me hubiera venido mal tener el conjunto de habilidades de autoironía de Szpindel a mi disposición.

Sobre todo cuando las cosas con Chelsea empezaron a venirse abajo.

Yo tenía mi propio estilo, naturalmente. Procuraba ser encantador a mi manera. Una vez, tras la enésima pelea sobre sinceridades y manipulaciones emocionales, había empezado a pensar que quizá un toque de fantasía podría limar nuestras asperezas. Había comenzado a sospechar que Chelsea sencillamente no entendía el concepto de política sexual. Vale, se había ganado la vida editando cerebros, pero puede que se hubiera limitado a memorizar todo ese sistema de circuitos sin detenerse a pensar en cómo había surgido para empezar, en las reglas últimas de selección natural que le habían dado forma. Puede que sencillamente no supiera que éramos rivales evolutivos, que todas las relaciones estaban abocadas al fracaso. Si lograba meterle esa idea en la cabeza —si lograba traspasar sus defensas a fuerza de «encanto»— tal vez nos pudiéramos mantener unidos.

De modo que le di vueltas al tema, y se me ocurrió la forma perfecta de aumentar su consciencia. Le escribí un cuento para dormir, una irresistible mezcla de humor y afecto, que titulé:

EL LIBRO DE LA OVOGÉNESIS

En el principio había gametos. Y aunque existía el sexo, no era así con el género, y reinaba el equilibrio en la vida.

Y Dios dijo: «Hágase el esperma», y la simiente se redujo de tamaño y se abarató su producción, e inundó el mercado.

Y Dios dijo: «Háganse los óvulos», y una plaga de esperma cayó sobre otras simientes. Y así, pocas fructificaron, pues el esperma no llevaba alimento al cigoto, y sólo los óvulos más grandes se sobrepusieron a la carestía. Y éstos aumentaron aún más de tamaño con el paso del tiempo.

Y Dios colocó los óvulos en un útero, y dijo: «Aguardad aquí, pues vuestro peso os hace difíciles de transportar, y el esperma debe buscaros en vuestras cámaras. De este modo se os fertilizará interiormente». Y así se hizo.

Y Dios les dijo a los gametos: «Que el fruto de vuestra fusión brote en todas partes y adopte todas las formas. Que respire aire, agua, o el légamo sulfúrico de los

abismos hidrotermales. Pero no olvidéis el único mandamiento que os impongo, inalterado desde el alba del tiempo: propagad vuestros genes».

Y así llegaron el esperma y el óvulo al mundo. Y el esperma dijo: «Soy barato y abundante, y sembrado en cantidad suficiente cumpliré sin duda los designios de Dios. Eternamente buscaré nuevas parejas y las abandonaré luego cuando porten la vida, pues muchos son los úteros y el tiempo escasea».

Pero el óvulo dijo: «Ay, sobre mis espaldas pesa la carga de la procreación. He de transportar formas que sólo a medias son mías, gestarlas y nutrirlas aunque abandone mi cámara» (pues muchos de los cuerpos del óvulo contenían ya la calidez de la sangre, y también pelo). «El número de hijos que puedo tener es limitado, y debo entregarme a ellos, y protegerlos de todo mal. Y haré que el esperma me ayude en esta tarea, pues él me ha metido en esto. Y aunque bregue a mi lado, tendré cuidado de que no se separe de mí y yazca con mis competidores.» Y esto no le hizo gracia al esperma.

Y Dios sonrió, pues su mandamiento había hecho que el esperma y el óvulo estuvieran en guerra, hasta el día en que ambos se volvieran obsoletos.

Le llevé flores un martes por la noche, cuando la luz era perfecta. Subrayé la ironía de esa romántica tradición antigua —los genitales amputados de otra especie, ofrecidos como soborno previo a la cópula— y le recité mi historia justo cuando ya nos disponíamos a follar.

Todavía no sé qué es lo que salió mal.

*El techo de cristal está en ti.
El techo de cristal es la consciencia.*

Jacob Holtzbrinck,
Las claves del planeta

Circulaban rumores, antes de que abandonáramos la Tierra, sobre una cuarta ola: una flota de acorazados espaciales que seguía nuestra estela sigilosamente, por si acaso la carne de cañón se tropezaba con algo desfavorable. O, si los alienígenas resultaban ser amigables, una fragata diplomática cargada de políticos y directores ejecutivos listos para abrirse paso a codazos hasta la primera fila. Daba igual que la Tierra no tuviera acorazados espaciales ni naves diplomáticas; tampoco la *Teseo* existía antes de la Lluvia de Fuego. Nadie nos había dicho que existiera semejante contingente, pero uno tampoco les enseña todas las cartas a los soldados del frente. Cuanto menos sepan, menos podrán revelar.

Sigo sin saber si esa cuarta ola llegó a existir alguna vez. Nunca vi nada que demostrara su existencia, por si eso sirve de algo. Es posible que los dejáramos rezagados en Burns-Caulfield. O puede que nos siguieran todo el camino hasta Big Ben, se acercaran lo justo para ver contra qué nos medíamos, y dieran media vuelta antes de que las cosas se pusieran feas.

Me pregunto si sería eso lo que pasó. Me pregunto si regresaron a casa.

En retrospectiva, espero que no.

Una esponja gigante chocó contra el costado de la *Teseo*. Cayó como un péndulo. En la otra punta del tambor, Szpindel gritó como si se hubiera escaldado; en la galería, mientras partía una ampolla de café caliente, a punto estuve de escaldarme yo de verdad.

Ya está, pensé. Nos hemos acercado demasiado. Nos están atacando.

—¿Qué de...?

La línea de comunicación chasqueó cuando Bates enlazó desde el puente.

—El motor principal acaba de encenderse. Estamos cambiando de rumbo.

—¿A qué? ¿Adónde? ¿Por orden de quién?

—Mía —dijo Sarasti, apareciendo sobre nosotros.

Nadie habló. El sonido de algo que rechinaba llegó flotando al tambor a través de la escotilla de popa. Examiné el plan de distribución de recursos de la *Teseo*. Fabricación estaba rehabilitándose para la producción en masa de cerámicas alteradas.

Escudos antirradiación. Artilugios sólidos, grandes y primitivos, lejos de los campos magnéticos controlados que solíamos utilizar.

La Banda salió de su tienda con cara de sueño y Sascha refunfuñó:

—¿Qué coño pasa?

—Mira. —Sarasti se adueñó de ConSenso y lo zarandó.

Era una ventisca, más que un resumen de la situación: pozos de gravedad y trayectorias orbitales, simulaciones de estallidos en nubarrones de amoníaco e hidrógeno, mapas planetarios estereoscópicos enterrados bajo filtros que iban de gamma a radio. Vi puntos de ruptura, depresiones y equilibrios inestables. Vi catástrofes de pliegues cartografiadas en cinco dimensiones. Mis aumentos pugnaban por procesar la información; la mitad carnosa de mi cerebro se esforzaba por comprender el quid de la cuestión.

Había algo escondido allí abajo, a la vista de todos.

El cinturón de acreción de Ben seguía sin aprender modales. Su grosería no era evidente; Sarasti no había tenido que rastrear hasta el último guijarro, montaña y planetesimal para descubrir la pauta, pero casi. Y ni él ni la inteligencia conjunta que compartía con la capitana habían podido explicar esas trayectorias como el mero residuo de alguna perturbación anterior. La polvareda sencillamente se negaba a asentarse; una parte de ella desfilaba colina abajo al son de algo que en esos momentos alargaba los brazos a través del manto nuboso para extraer escombros de la órbita.

No todos los escombros parecían impactar. Las regiones ecuatoriales de Ben parpadeaban constantemente a golpe de meteorito —los destellos eran mucho más tenues que las brillantes estelas de los buceadores, y se apagaban en un abrir y cerrar de ojos—, pero esas distribuciones de frecuencia no se correspondían

realmente con todas las rocas que habían caído. Era casi como si, de vez en cuando, un pedazo de detrito sencillamente se trasladara a un universo paralelo en pleno vuelo.

O como si algo se lo tragara en éste. Algo que daba la vuelta al ecuador de Ben cada cuarenta horas, lo bastante bajo casi como para rozar la atmósfera. Algo que no se mostraba a la luz visible, ni al infrarrojo, ni al radar. Algo que podría haberse quedado en pura hipótesis si un buceador no hubiera trazado un rastro incandescente en la atmósfera detrás de ello cuando la *Teseo*, por casualidad, estaba mirando.

Sarasti amplió ese foco: una radiante estela de deyección que cruzaba en diagonal el perpetuo paisaje nocturno de Ben, tambaleándose parcialmente uno o dos grados a la izquierda, recuperando titubeante la posición antes de perderse de vista. La imagen congelada mostraba un rayo de luz sólida, un segmento separado de su sección media y ligerísimamente descentrado.

Un segmento que medía nueve kilómetros de largo.

—Está camuflado —dijo Sascha, impresionada.

—No demasiado bien. —Bates salió de la escotilla de proa y planeó en el sentido de rotación—. Es un artefacto reflectante de lo más obvio. —Se agarró a la escalera a medio camino del puente, aprovechó el impulso imprimido por la aceleración resultante de anclarse contra la rotación, se elevó verticalmente y plantó los pies en los escalones—. ¿Por qué no lo hemos detectado antes?

—No hay luz de fondo —sugirió Szpindel.

—No es sólo la estela de deyección. Fijaos en las nubes. —Como era de esperar, el telón de fondo nuboso de Ben mostraba la misma dislocación sutil. Bates subió al puente y se dirigió a la mesa de conferencias—. Deberíamos haberlo visto antes.

—Las demás sondas no ven ese artefacto —dijo Sarasti—. Esta sonda se acerca desde un ángulo más amplio. Veintisiete grados.

—¿Más amplio en relación con qué? —quiso saber Sascha.

—Con la línea —murmuró Bates—. Entre nosotros y ellos.

La imagen táctica mostraba todo: la *Teseo* caía hacia el interior siguiendo un arco obvio, pero las sondas que habíamos despachado no perdían el tiempo con transferencias de Hohmann, sino que descendían directamente desintegrándose, sin que sus trayectorias se curvaran apenas, todas ellas dentro de unos pocos grados de la línea teórica que conectaba a Ben con la *Teseo*.

Excepto ésta. Ésta había entrado apartándose, por eso había visto el truco.

—Cuanto más lejos de nuestra posición, más flagrante es la discontinuidad —entonó Sarasti—. Creo que resulta claramente visible desde cualquier acercamiento perpendicular al nuestro.

—¿De modo que estamos en un punto ciego? ¿Lo veremos si cambiamos el rumbo?

Bates sacudió la cabeza.

—El punto ciego se mueve, Sascha. Está...

—Siguiéndonos. —Sascha aspiró el aire entre dientes—. Hijo de puta.

Szpindel se revolvió.

—¿Pero qué es? ¿Nuestra fábrica de aspiradoras?

Los píxeles de la imagen congelada empezaron a arrastrarse. Emergió algo, granuloso e indistinto, de las turbulentas curvas y remolinos de la atmósfera de Ben; no sabía hasta qué punto la forma era real, y hasta qué punto una intrusión fractal del paisaje nuboso de fondo. Pero el perfil general era el de un toro, o tal vez una colección de cositas aserradas más pequeñas apiladas en un anillo irregular; y era grande. Aquellos nueve clics de estela de deyección desplazada apenas habían rozado el perímetro, cruzando un arco de cuarenta o cincuenta grados. Este chisme que se escondía a la sombra de diez Júpiteres medía casi treinta kilómetros de lado a lado.

En algún momento durante el resumen de la situación de Sarasti habíamos dejado de acelerar. «Abajo» volvía a estar donde le correspondía.

Nosotros no, sin embargo. Nuestro dubitativo acercamiento era cosa del pasado: ahora descendíamos en línea recta, y al diablo con todo.

—Esto, eso mide treinta clics de ancho —señaló Sascha—. Y es invisible. ¿No deberíamos andarnos con un poco más de cuidado ahora, tal vez?

Szpindel se encogió de hombros.

—Si fuéramos más listos que los vampiros, no los necesitaríamos, ¿eh?

Una faceta nueva apareció en la imagen. Histogramas de frecuencias y espectros armónicos que dejaron de ser una línea plana para convertirse en paisajes montañosos, un coro de luz visible.

—Láser modulado —informó Bates.

Szpindel levantó la cabeza.

— ¿De esa cosa?

Bates asintió.

— Justo después de que descubriéramos su tapadera. Interesante coincidencia.

— Escalofriante coincidencia — dijo Szpindel—. ¿Cómo se ha enterado?

— Cambiamos de ruta. Nos dirigimos directamente hacia él.

El panorama luminoso seguía desplegándose, golpeando la ventana.

— Sea lo que sea — dijo Bates—, nos está hablando.

— En fin — comentó una voz bienvenida—, pues digámosle hola.

Susan James había vuelto a ocupar el sillón del piloto.

Yo era el único espectador propiamente dicho.

Todos los demás estaban realizando alguna tarea. Szpindel pasaba la silueta abocetada por Sarasti por una serie de filtros, quizá con la esperanza de exprimir unas gotas de biología de la ingeniería. Bates comparaba la morfometría entre el artefacto disimulado y los buceadores. Sarasti nos observaba a todos desde lo alto y pensaba sus pensamientos de vampiro, más profundos que nada a lo que nosotros pudiéramos siquiera aspirar. Pero no eran más que trabajos de mentirillas. La Banda de los Cuatro estaba en la pista central, bajo la capaz supervisión de Susan James.

Agarró el asiento más cercano, se acomodó y levantó las manos como si se dispusiera a dirigir una orquesta. Sus dedos temblaron en el aire mientras pulsaba unos iconos virtuales; sus labios y su mandíbula se movían al compás de órdenes subvocalizadas. Me introduje en su canal y vi el texto que contenía la señal alienígena:

RORSCHACH A NAVE QUE SE APROXIMA 116° AZ -23° DEC REL. HOLA TESEO. RORSCHACH A NAVE QUE SE APROXIMA 116° AZ -23° DEC REL. HOLA TESEO. RORSCHACH A NAVE QUE SE APROXIMA 116° AZ -23° DEC REL. HOLA TESEO. RORSCHACH A NAVE QUE SE APROXI...

Había descifrado la puñetera cosa. Tan pronto. Incluso estaba respondiendo:

Teseo a Rorschach. Hola Rorschach.

HOLA TESEO. BIENVENIDA AL BARRIO.

Le había llevado menos de tres minutos. O mejor dicho, «les» había llevado menos de tres minutos: cuatro personalidades axiales plenamente conscientes y unas pocas decenas de módulos semióticos inconscientes, todos ellos trabajando en paralelo, todos ellos exquisitamente cincelados en el mismo pegote de materia gris. Casi podía entender por qué alguien estaba dispuesto a ejercer semejante violencia deliberadamente sobre su propia mente, si con ello lograba esta clase de rendimiento.

Hasta ese momento nunca había estado realmente convencido de que ni siquiera la supervivencia fuera razón suficiente.

Solicitamos permiso para aproximarnos, envió la Banda. Sencillo y directo al grano: sólo hechos e información, gracias, con el menor resquicio posible para ambigüedades y malentendidos. Los sentimientos pomposos como «venimos en son de paz» podían esperar. Un apretón de manos no era momento para intercambios culturales.

DEBERÍAIS MANTENEROS ALEJADOS. EN SERIO. ESTE LUGAR ES PELIGROSO.

Eso suscitó cierta atención. Bates y Szpindel vacilaron momentáneamente dentro de sus cascos envolventes y miraron de reojo al de James.

Solicitamos información sobre el peligro, respondió la Banda. Todavía concisa.

DEMASIADO CERCA ES PELIGROSO PARA VOSOTROS. COMPLICACIONES EN ÓRBITA BAJA.

Solicitamos información sobre las complicaciones en órbita baja.

ENTORNO LETAL. ROCAS Y RADIACIÓN. SOIS BIENVENIDOS. YO PUEDO AGUANTARLO PERO NOSOTROS SOMOS ASÍ.

Estamos al corriente de las rocas en órbita baja. Estamos equipados para resistir la radiación. Solicitamos información sobre otros peligros.

Escarbé en la transcripción hasta llegar al canal del que provenía. La *Teseo* había convertido una parte del haz recibido en ondas de sonido, según el código cromático. Así pues, la comunicación era oral. Hablaban. Detrás de aquel icono estaban los sonidos puros de un idioma alienígena. Naturalmente, no me pude resistir.

—Cualquier momento es bueno entre amigos, ¿verdad? ¿Habéis venido a la celebración?

Inglés. La voz era humana, masculina. Vieja.

—Hemos venido a explorar —respondió la Banda, aunque su voz era pura *Teseo*—. Solicitamos dialogar con los agentes que enviaron objetos al espacio circunsolar.

—Primer contacto. Suena a motivo de celebración.

Comprobé la fuente dos veces. No, esto no era ninguna traducción; ésta era la señal real sin procesar proveniente de... «Rorschach», se llamaba a sí mismo. Parte de la señal, en cualquier caso; había otros elementos, no acústicos, codificados en el haz.

Los examiné por encima mientras James decía:

—Solicitamos información sobre vuestra celebración. —El protocolo de presentación estándar entre naves.

—Sentís interés. —La voz era más fuerte ahora, más joven.

—Sí.

—¿Vosotros?

—Sí —repitió pacientemente la Banda.

—¿Vosotros?

Un instante de duda.

—Aquí la *Teseo*.

—Eso ya lo sé, humano básico. —En mandarín, ahora—. ¿Quiénes sois vosotros?

No se había producido ningún cambio aparente en la cadencia. De alguna manera, no obstante, la voz sonaba crispada.

—Susan James al habla. Soy...

—No serías feliz aquí, Susan. Creencias religiosas fetichistas en juego. Hay regulaciones peligrosas.

James se mordió el labio.

—Solicitamos aclaración. ¿Esas regulaciones suponen un peligro para nosotros?

—Sin duda podrían suponerlo.

—Solicitamos aclaración. ¿Las regulaciones son peligrosas, o el entorno en órbita baja?

—El entorno de las irregularidades. Deberías prestar atención, Susan. La falta de atención connota falta de interés —dijo *Rorschach*.

Transcurrido un momento, añadió:

—O de respeto.

Tuvimos cuatro horas antes de que Ben se cruzara en nuestro camino. Cuatro horas de comunicación ininterrumpida, mucho más fácil de lo que nadie se esperaba. Después de todo, hablaba nuestro idioma. Expresaba repetidamente un educado interés por nuestro bienestar. Y aun así, pese a todo su dominio del lenguaje humano, nos había contado muy poco. Durante cuatro horas había conseguido evitar dar una respuesta directa a cualquier tema que se desviara de lo sumamente desaconsejable que era un contacto más estrecho, y cuando eclipsó tras Ben seguíamos sin saber por qué.

Sarasti bajó a la cubierta en medio de la conversación, sin que sus pies tocaran las escaleras en ningún momento. Alargó un brazo y se agarró a una barandilla para estabilizar su aterrizaje, y sólo se tambaleó ligeramente. Si yo hubiera intentado hacer lo mismo habría terminado rebotando por todo el piso como un guijarro en una mezcladora de cemento.

Permaneció inmóvil como la piedra durante el resto de la sesión, impasible, con los ojos ocultos tras su visor de ónice. Cuando la señal de *Rorschach* se apagó en medio de una frase, nos reunió alrededor de la mesa de la sala común con un gesto.

—Habla —dijo.

James asintió con la cabeza.

—No dice gran cosa, aparte de invitarnos a mantener la distancia. Hasta ahora la voz manifestada se corresponde con la de un varón adulto, aunque la edad aparente varió.

Él ya había oído todo eso.

—¿Estructura?

—Los protocolos de comunicación entre naves son perfectos. Su vocabulario es mucho más amplio de lo que podría derivarse de una comunicación estándar entre unas pocas naves, lo que significa que han estado escuchando todo nuestro tráfico dentro del sistema... yo diría que durante años, al menos. Por otra parte, el vocabulario de ninguna manera muestra la versatilidad que se obtendría observando retransmisiones de ocio multimedia, por lo que seguramente llegaron después de la era de las telecomunicaciones.

—¿Cómo utilizan el vocabulario que poseen?

—La gramática les permite estructurar frases y usan dependencias de largo alcance. Su competencia lingüística es de al menos cuatro niveles y no veo por qué no debería aumentar si se continúa el contacto. No son loros, Jukka. Conocen las reglas. Ese nombre, por ejemplo...

—*Rorschach* —murmuró Bates, cuyos nudillos crujieron al apretar su pelota—. Interesante elección.

—He consultado el registro. Hay un carguero I-CAN llamado *Rorschach* en el bucle marciano. Quienquiera que sea nuestro interlocutor debe de considerar que su plataforma es lo que sería una nave para nosotros, y escogió uno de nuestros nombres para caracterizarla adecuadamente.

Szpendel se dejó caer en la silla que había a mi lado, recién regresado de una visita fugaz a la cocina. Una ampolla de café relucía como gelatina en su mano.

—¿Precisamente ese nombre, con la de naves que hay en el sistema interior? Me parece demasiado simbólico para tratarse de una decisión fortuita.

—No creo que fuera fortuita. Los nombres de nave poco usuales suscitan

comentarios; el piloto de la *Rorschach* establece la comunicación con otro vehículo, éste le suelta: «abuelita, abuelita, qué nombre más raro tienes», la *Rorschach* responde con algún comentario improvisado sobre el origen de su nomenclatura y todo va a parar a las ondas. Alguien que escuche toda esa cháchara no sólo intuirá el significado del nombre y el objeto al que se aplica, sino que sabrá extraer alguna implicación significativa a partir del contexto. Nuestros amigos alienígenas probablemente escucharon a hurtadillas la mitad del registro y dedujeron que *Rorschach* sería una etiqueta más adecuada para algo misterioso que, digamos, SS *Jaymie Matthews*.

—Territoriales y listos. —Szpindel hizo una mueca y conjuró una taza de debajo de su silla—. Estupendo.

Bates se encogió de hombros.

—Territoriales, es posible. No necesariamente agresivos. De hecho, me pregunto si podrían dañarnos aunque se lo propusieran.

—Yo no —repuso Szpindel—. Esas aspiradoras...

La mayor descartó la idea con un ademán.

—Las naves de gran tamaño giran despacio. Si intentaran emboscarnos nos percataríamos con antelación de sobra. —Miró alrededor de la mesa—. A ver, ¿soy la única a la que todo esto le parece extraño? ¿Se escondería una tecnología interestelar que redecora superjovianos y alinea meteoroides como si fueran elefantes desfilando? ¿De nosotros?

—A no ser que haya alguien más ahí fuera —sugirió con nerviosismo James.

Bates negó con la cabeza.

—El camuflaje era direccional. Nos apuntaba a nosotros y a nadie más.

—E incluso nosotros lo descubrimos —añadió Szpindel.

—Exacto. De modo que ahora pasan al plan B, que hasta el momento se reduce a simples fanfarronadas y advertencias veladas. Lo único que digo es que no se comportan como gigantes. La conducta de la *Rorschach* me parece... improvisada. No creo que nos esperaran.

—Por supuesto que no. Burns-Caulfield estaba...

—No creo que nos esperaran todavía.

—Hm —dijo Szpindel, digiriéndolo.

La mayor se pasó una mano por el cuero cabelludo desnudo.

—¿Por qué iban a esperarnos para luego sencillamente tirar la toalla cuando descubrimos que nos tenían en el punto de mira? Era lógico que buscáramos en otra parte. Burns-Caulfield podría haber sido una simple maniobra para ganar tiempo; en su lugar, yo predeciría nuestra llegada aquí tarde o temprano. Pero creo que por algún motivo erraron sus cálculos. Nos presentamos antes de lo esperado y les pillamos con el culo al aire.

Szpindel partió la ampolla y vertió el contenido en su taza.

—Menudo error de cálculo para alguien tan listo, ¿eh? —Un holograma surgió al contacto con el líquido humeante, refulgiendo en tenue conmemoración de las Llanuras de Cristal de Gaza. El aroma a café plastificado inundó la sala común—. Sobre todo después de habernos medido hasta el último metro cuadrado —añadió.

—¿Y qué han visto? I-CAN. Velas solares. Naves que tardan años en llegar al Kuiper y después no tienen combustible para ir a ninguna otra parte. Por aquel entonces no existía la telemateria más allá de los simuladores Boeing y media decena de prototipos. Era fácil pasarla por alto. Debieron de pensar que una simple estratagema les conseguiría todo el tiempo que necesitaban.

—¿Para qué? —se preguntó James.

—Sea lo que sea —dijo Bates—, tenemos asientos de primera fila.

Szpindel levantó la taza con mano poco firme y dio un sorbo. El café temblaba en su prisión, la superficie ondulaba y se rizaba en la gravedad poco entusiasta del tambor. James frunció los labios en un gesto de ligera desaprobación. Los recipientes de líquidos sin tapa estaban técnicamente prohibidos en cualquier entorno de gravedad variable, aun para las personas sin los problemas de destreza de Szpindel.

—De modo que se están tirando un farol —dijo Szpindel por fin.

Bates asintió.

—Eso creo. La *Rorschach* está en proceso de construcción todavía. Quizá nos enfrentemos a algún tipo de sistema automatizado.

—Así que podemos ignorar los carteles de no pisar la hierba, ¿eh? Entrar hasta la cocina.

—Podemos permitirnos aguardar nuestra oportunidad. Podemos permitirnos no forzar las cosas.

—Ah. De modo que aunque podríamos encargarnos de ella ahora, tal vez, quieres esperar hasta que evolucione de «invisible» a «invulnerable». —Szpindel se

estremeció y posó su café—. ¿Dónde dices que recibiste tu adiestramiento? ¿En la Academia Militar de las Oportunidades Desperdiciadas?

Bates hizo oídos sordos a la pulla.

—El hecho de que la *Rorschach* esté desarrollándose todavía podría ser el mejor de los motivos para dejarla en paz por ahora. No sabemos qué aspecto podría adoptar la forma... madura, supongo... la forma madura de este artefacto. Vale, se escondió. Muchos animales se resguardan de los depredadores sin ser depredadores a su vez, sobre todo los jóvenes. Vale, es... esquivo. No nos proporciona las respuestas que queremos. Pero es posible que no las tenga, ¿os habéis parado a considerar esa opción? ¿De qué serviría interrogar a un embrión humano? De adulto sería un animal completamente distinto.

—De adulto nos podría pasar el culo por la trituradora.

—El «embrión» también, que nosotros sepamos. —Bates puso los ojos en blanco—. Jesús, Isaac, tú eres el biólogo. No debería explicarte cuántos bichitos asustadizos se revuelven y lanzan bocados si se ven arrinconados. El puercoespín no busca problemas, pero eso no le impedirá dejarte el morro como un alfiletero si no respetas sus señales de aviso.

Szpindel no dijo nada. Movi6 su café de lado por la superficie de la mesa cóncava, hasta el límite de su brazo. El líquido se quedó en la taza, un círculo oscuro perfectamente paralelo al borde pero ligeramente inclinado hacia nosotros. Incluso me pareció distinguir un atisbo de convexidad en la superficie.

El efecto puso una débil sonrisa en los labios de Szpindel.

James carraspeó.

—No pretendo menospreciar tu preocupación, Isaac, pero no se puede decir que hayamos agotado la vía diplomática. Y por lo menos está dispuesto a hablar, aunque no sea tan franco como nos gustaría.

—Claro que habla —dijo Szpindel, sin dejar de observar la taza inclinada—. No como nosotros.

—Bueno, no. Hay algunas...

—No es que sea descuidado, es que a veces parece directamente disléxico, ¿te has percatado? Y confunde los pronombres.

—Para haber aprendido el idioma exclusivamente escuchando a hurtadillas, de forma pasiva, lo habla con una soltura asombrosa. De hecho, por lo que he podido observar, procesan el discurso con más fluidez que nosotros.

—Hay que hablar con soltura si se quieren dar largas, ¿eh?

—Si fueran humanos estaría de acuerdo contigo —respondió James—. Pero lo que a nosotros nos parece secretismo o evasivas podría explicarse fácilmente por la dependencia de unidades conceptuales más pequeñas.

—¿Unidades conceptuales? —Bates, me empezaba a dar cuenta, no recurría nunca a los subtítulos si podía evitarlo.

James asintió con la cabeza.

—Es como analizar una línea de texto palabra por palabra en vez de fijarse en la frase completa. Cuanto más pequeñas son las unidades, más deprisa se pueden reconfigurar; eso proporciona unos reflejos semánticos muy rápidos. La pega es que cuesta mantener el mismo nivel de consistencia lógica, puesto que las pautas dentro de la estructura general tienden a entremezclarse.

—Guau. —Szpindel se puso recto, olvidándose por completo de su café y la fuerza centrípeta.

—Lo único que digo es que no tenemos por qué estar viéndonoslas necesariamente con un ardid. Es posible que una entidad que procesa la información a determinada escala pase por alto algunas inconsistencias a otro nivel; nivel al que quizá ni siquiera tenga acceso consciente.

—No es eso lo que dices.

—Isaac, no se pueden aplicar normas humanas a...

—Me preguntaba qué estarías tramando. —Szpindel se sumergió en las transcripciones. Un momento después resaltó un extracto:

Solicitamos información sobre los entornos que consideráis letales. Solicitamos información sobre vuestra respuesta a la posibilidad de una exposición inminente a entornos letales.

ENCANTADOS DE AYUDAR. PERO VUESTRO «LETAL» ES DISTINTO DEL NUESTRO. HAY NUMEROSAS CIRCUNSTANCIAS VARIABLES.

—¡Estabas poniéndolo a prueba! —proclamó Szpindel. Chasqueó los labios; su mentón sufrió un tic—. ¡Buscabas una respuesta emocional!

—Sólo era una idea. No demostró nada.

—¿Hubo alguna diferencia? ¿En la velocidad de respuesta?

James vaciló, pero al final negó con la cabeza.

—Era una idea estúpida. Hay tantas variables, no podemos ni imaginarnos cómo... quiero decir, son alienígenas...

—La patología es clásica.

—¿Qué patología? —pregunté.

—Lo único que indica es que son distintos de los humanos básicos —insistió James—. Algo que no nos pilla de nuevas a ninguno de los aquí presentes.

Lo intenté otra vez:

—¿Qué patología?

James meneó la cabeza. Fue Szpindel el que me puso al corriente:

—Hay un síndrome del que tal vez hayas oído hablar, ¿eh? Se acelera el habla, se pierde la consciencia, se tiende al malapropismo y la contradicción. Carencia de afecto emocional.

—No estamos hablando de seres humanos en este caso —repitió James, en voz baja.

—Pero si lo estuviéramos —añadió Szpindel—, podríamos calificar a *Rorschach* de sociópata clínico.

Sarasti no había dicho nada en todo este tiempo. Ahora, mientras las últimas palabras de Szpindel flotaban en el aire, me fijé en que todos evitaban dirigirle la mirada.

Todos sabíamos que Jukka Sarasti era un sociópata, naturalmente. La mayoría de nosotros sencillamente no lo mencionaba por educación.

Szpindel no era tan educado. O puede que se debiera simplemente a que parecía casi comprender a Sarasti; podía mirar más allá del monstruo y ver el organismo, que no dejaba de ser un producto de la selección natural por mucha carne humana que hubiera devorado a lo largo de los eones. Esa perspectiva lo tranquilizaba, en cierto modo. Podía sostenerle la mirada a Sarasti sin pestañear.

—Me da pena el pobre hijo de puta —dijo una vez, durante el periodo de formación.

A algunas personas eso les hubiera parecido absurdo. Este hombre, tan

tremendamente modificado con máquinas que sus propias habilidades motrices se habían deteriorado debido a la falta de cuidado y alimentación adecuada; este hombre, que oía en rayos X y veía en tonos de ultrasonido, tan corrupto de retroajustes que ya ni siquiera era capaz de sentir las yemas de los dedos sin ayuda... este hombre, ¿cómo iba a compadecerse de nadie, y menos de un depredador de ojos infrarrojos diseñado para asesinar sin sentir el menor remordimiento?

—La empatía no es habitual en los sociópatas —observé.

—Quizá debería serlo. Nosotros, por lo menos —agitó un brazo; al otro lado del simulador, un grupo de sensores dirigidos por control remoto chirrió y giró en sincronía—, elegimos nuestras modificaciones. Los vampiros tuvieron que convertirse en sociópatas. Se parecen demasiado a su presa; muchos taxonomistas ni siquiera consideran que sean una subespecie, ¿lo sabías? Nunca divergieron lo suficiente como para enclaustrarse en un aislamiento reproductivo completo. De modo que posiblemente se trate de un síndrome más que de una raza. Tan sólo una pandilla de caníbales a la fuerza con un conjunto de deformidades consistentes.

—¿Y qué tiene eso que...?

—Si lo único que puedes comer es tu propia especie, la empatía será lo primero que desaparezca. La psicopatía parece menos trastorno vista así, ¿eh? Una simple estrategia de supervivencia. Pero siguen poniéndonos la piel de gallina, así que... los cargamos de cadenas.

—¿Crees que deberíamos haber reparado la pifia del crucifijo? —Todo el mundo sabía por qué no lo habíamos hecho. Sólo un idiota resucitaría a un monstruo sin guardarse las espaldas. Los vampiros venían con el pestillo de seguridad echado: sin sus antieuclicianos, a Sarasti le daría un ataque epiléptico en cuanto le pusiera la vista encima al marco de una ventana de cuatro paneles.

Pero Szpindel negó con la cabeza.

—No podíamos arreglarlo. O sí —se corrigió—, pero la pifia está en la corteza visual, ¿eh? Conectado a la omnisapiencia. Si se altera, se inutilizan sus facultades de detección de pautas, ¿y entonces qué sentido tendría haberlos traído de vuelta?

—No lo sabía.

—Bueno, ésa es la versión oficial. —Guardó silencio un momento, antes de esbozar una sonrisa traviesa—. Por otra parte, no tuvimos ningún problema a la hora de arreglar las cadenas de protocaderina cuando nos convino.

Subtitulé. Por el contexto, ConSenso me ofreció «protocaderina gamma-Y»: la mágica proteína cerebral homínida que los vampiros no habían conseguido sintetizar nunca. El motivo de que no se hubieran pasado a las cebras y los jabalíes cuando se les negaron las presas humanas, de que nuestro descubrimiento del terrible secreto del ángulo recto hubiera sido el principio de su fin.

—En cualquier caso, creo que sencillamente se siente... solo. —Un tic nervioso tironeó de la comisura de los labios de Szpindel—. Es un lobo solitario, con ovejas por toda compañía. ¿No te sentirías solo tú también?

—No les gusta la compañía —le recordé. Uno no ponía a dos vampiros del mismo sexo en la misma habitación, a no ser que tuviera ganas de presenciar un baño de sangre. Eran cazadores solitarios y muy celosos de su territorio. Con una proporción mínima viable de un depredador por cada diez presas —y con las presas humanas tan repartidas por el paisaje del Pleistoceno—, la mayor amenaza para su supervivencia había sido la competencia de sus propios congéneres. La selección natural nunca les había enseñado a jugar limpio entre ellos.

Ese argumento, sin embargo, dejó frío a Szpindel.

—Eso no significa que no pueda sentirse solo —insistió—. Tan sólo que no puede arreglarlo.

Se saben la música pero no la letra.

Robert Hare, *Without Conscience*

Lo hicimos con espejos, grandes chismes parabólicos increíblemente finos y tres veces más altos que una persona. La *Teseo* los levantó y los atornilló a unos petardos cargados de la escasa antimateria que quedaba en nuestras mermadas bodegas. Con doce horas de sobra los lanzó como confeti en precisas trayectorias balísticas, y cuando estuvieron a una distancia segura los encendió. Salieron disparados en todas direcciones, dejando una estela de gamma tras ellos hasta que se agotaron. Después siguieron por inercia, desplegando sus mercúricas alas de insecto en el vacío.

A lo lejos, cuatrocientas mil máquinas alienígenas caían en parábola, se incendiaban y no nos hacían el menor caso.

La *Rorschach* rodeaba Ben a mil quinientos kilómetros escasos de la atmósfera, en un veloz círculo interminable que tardaba poco menos de cuarenta horas en completarse. Cuando la perdimos de vista, todos los espejos estaban ya fuera de la zona de ceguera total. Un primer plano del ecuador de Ben flotaba en ConSenso. Los iconos de los espejos brillaban a su alrededor como un esquema explosivo, como las facetas inconexas de un gigantesco ojo compuesto en expansión. Ninguno tenía frenos. No mantendrían por mucho tiempo las atalayas que conquistarán.

— Ahí — dijo Bates.

Un espejismo tembló a la izquierda, un punto diminuto de caos arremolinado que mediría aproximadamente la mitad de una uña vista a un brazo de distancia. No nos decía nada, era pura oscilación debida al calor, pero la luz rebotaba hacia nosotros desde decenas de repetidores lejanos, y si bien cada uno de ellos revelaba poco más que nuestra última sonda —un parche de nubes oscuras ligeramente deformado por algún prisma invisible—, cada una de esas imágenes se refractaba de forma distinta. La capitana cribó destellos de los cielos y los ordenó en una vista compuesta.

Aparecieron detalles.

Primero un diminuto resquicio de sombra, un hoyuelo minúsculo poco menos que perdido en las efervescentes bandas nubosas del ecuador. Acababa de rodear el canto del disco; una piedra en el arroyo tal vez, un dedo invisible clavado en las nubes, turbulencias y tensiones que hacían jirones las capas limítrofes a ambos lados.

Szpindel entornó los ojos.

—Efecto de Plage. —Los subtítulos decían que estaba hablando de un tipo de mancha solar, un nudo en el campo magnético de Ben.

—Más arriba —dijo James.

Algo flotaba sobre aquel hoyuelo en las nubes, del mismo modo que un trasatlántico parece flotar sobre la depresión que ara en la superficie del agua. Aumenté el zoom: comparada con una enana de Oasa de masa diez veces superior a la de Júpiter, la *Rorschach* era pequeña.

Comparada con la *Teseo*, era un coloso.

Se apreciaba no solamente un toro sino una maraña, un caos de lana de vidrio del tamaño de una ciudad, bucles, puentes y agujas atenuadas. La textura de la superficie era puro artificio, desde luego; ConSenso se limitaba a envolver el enigma con un telón de fondo refractado. Aun así. A su siniestra y preocupante manera, era casi bonito. Un nido de serpientes de obsidiana y grises columnas de cristal.

—Está hablando otra vez —informó James.

—Respóndele —dijo Sarasti, y nos abandonó.

James respondió: y mientras la Banda dialogaba con el artefacto, los demás lo espíabamos. Nos falló la vista con el tiempo —los espejos se desviaron de sus respectivos vectores, las líneas de visión fueron degradándose a cada segundo que pasaba—, pero ConSenso se llenó de cosas aprendidas mientras tanto. *Rorschach* tenía una masa de $1,8 \cdot 10^{10}$ Kg. dentro de un volumen total de $2,3 \cdot 10^8$ metros cúbicos. Su campo magnético, a juzgar por la estática de la radio y su efecto de Plage, era miles de veces más fuerte que el del Sol. Asombrosamente, algunas partes de la imagen compuesta eran lo bastante nítidas como distinguir finos surcos en espiral imbricados dentro de la estructura. («Secuencia de Fibonacci», informó Szpindel, fijando en mí momentáneamente un ojo tembloroso. «Por lo

menos no son tan alienígenas.») Unas protuberancias esferoides desfiguraban los picos de al menos tres de las innumerables columnas de *Rorschach*; los surcos estaban más espaciados entre sí en esas zonas, como si tuviera la piel atirantada y tumefacta por una infección. Justo antes de que un espejo fundamental se saliera de su alcance atisbó otra columna, rota a una tercera parte de su longitud. El material desgarrado flotaba flácido e inerte en el vacío.

—Por favor —musitó Bates—. Decidme que eso no es lo que parece.

Szpindel sonrió.

—¿Esporangio? ¿Una vaina? ¿Por qué no?

Puede que la *Rorschach* estuviera reproduciéndose, pero no cabía ninguna duda de que estaba creciendo, alimentada por un reguero constante, de escombros desprendidos del cinturón de acreción de Ben. Ahora estábamos lo bastante cerca como para gozar de una buena vista de esa procesión: rocas, montañas y guijarros caían como sedimentos succionados por un desagüe. Las partículas que colisionaban con el artefacto sencillamente se quedaban pegadas; la *Rorschach* engullía a sus presas como si de una gigantesca ameba metastásica se tratara. La masa adquirida aparentemente se procesaba internamente y se destinaba a zonas de crecimiento como colmenas; a juzgar por los cambios infinitesimales en la alometría del artefacto, crecía desde las puntas de sus ramas.

El desfile no cesaba nunca. *Rorschach* era insaciable.

Era un atractor extraño en el abismo interestelar; las trayectorias de caída que seguían las rocas eran precisa y absolutamente caóticas. Era como si algún Kepler superlativo hubiera dispuesto todo el sistema como un juguete de cuerda de proporciones astronómicas, lo hubiera puesto todo en movimiento de una patada y dejado que la inercia se encargara del resto.

—No sabía que eso fuera posible —dijo Bates.

Szpindel se encogió de hombros.

—Hey, las trayectorias caóticas son igual de deterministas que cualquier otra.

—Eso no significa que se puedan predecir, y menos organizar de esa manera. —La información luminosa se reflejaba en la calva de la mayor—. Habría que conocer las condiciones iniciales de un millón de variables distintas con una precisión de diez decimales. Literalmente.

—Pues sí.

—Ni siquiera los vampiros son capaces de algo así. Ni los ordenadores

cuánticos.

Szpindel encogió los hombros como una marioneta.

Mientras tanto la Banda estaba saltando de un personaje a otro, bailando con una pareja invisible que —por mucho que se esforzara— nos indicaba poco más allá de las interminables permutaciones de «No os gustaría estar aquí, en serio». Respondía a todos los interrogantes con otro, pero de alguna manera siempre parecía contestar.

—¿Enviasteis las Luciérnagas? —preguntó Sascha.

—Enviamos muchas cosas a muchos lugares —repuso *Rorschach*—. ¿Qué indican sus características específicas?

—Desconocemos sus características específicas. Las Luciérnagas se incendiaron sobre la Tierra.

—Entonces, ¿no deberías buscar allí? Cuando nuestras crías levantan el vuelo, están solas.

Sascha apagó el canal.

—¿Sabéis con quién estamos hablando? Con el puto Jesús de Nazaret, nada menos.

Szpindel miró a Bates, que se encogió de hombros, levantando las palmas.

—¿No lo habéis pillado? —Sascha sacudió la cabeza—. Eso último era el equivalente informativo de «al César lo que es del César». Punto por punto.

—Gracias por ponernos de fariseos —rezongó Szpindel.

—Hey, si el judío encaja...

Szpindel puso los ojos en blanco.

Fue entonces cuando me percaté por primera vez: una diminuta imperfección en la topología de Sascha, una mota de duda que desfiguraba una de sus facetas.

—No estamos llegando a ninguna parte —dijo—. Probemos otra cosa. —Se fue con un guiño; Michelle reabrió el canal de salida—. *Teseo a Rorschach*. Abiertos a solicitudes de información.

—Intercambio cultural —dijo *Rorschach*—. Me parece bien.

Bates arrugó el entrecejo.

—¿Es buena idea?

—Ya que no parece dispuesto a desvelar información, tal vez deba recibirla. Y podríamos averiguar muchas cosas de la clase de preguntas que haga.

—Pero...

—Habládnos de vuestro hogar —dijo *Rorschach*.

Sascha reapareció el tiempo justo para decir:

—Tranquila, mayor. Nadie ha dicho que tengamos que darle las respuestas correctas.

La mancha de la topología de la Banda había parpadeado cuando Michelle tomó el mando, pero sin llegar a desaparecer. Se acrecentó ligeramente mientras Michelle describía una hipotética ciudad natal en términos comedidos sin mencionar ningún objeto de menos de un metro de largo. (ConSenso confirmó mi suposición: ése era el límite teórico de la precisión visual de las Luciérnagas.) Cuando Cruncher, cosa rara en él, se adueñó del timón...

—No todos tenemos padres o primos. Algunos no los tuvieron nunca. Salieron de tanques.

—Entiendo. Qué triste. «Tanques» suena tan deshumanizador.

... la mancha se oscureció y se propagó por su superficie como un charco de aceite.

—Es demasiado confiado —declaró Susan instantes después.

Para cuando Sascha hubo revertido a Michelle era ya algo más que una simple duda, más fuerte que la sospecha; se había convertido en una revelación, un pequeño meme oscuro que infectaba por turnos cada una de las mentes del cuerpo. La Banda estaba tras la pista de algo. Todavía no sabían muy bien qué.

Yo sí.

—Cuéntame más cosas sobre vuestros primos —retransmitió *Rorschach*.

—Nuestros primos caen cerca del árbol genealógico —respondió Sascha—, con sus sobrinos, sobrinas y neandertales. No nos gustan los primos irritados.

—Nos gustaría saber más sobre este árbol.

Sascha hizo enmudecer el canal y nos lanzó una mirada que decía: «¿Podría ser más obvio?».

—No ha sido capaz de analizar eso sintácticamente. Había tres ambigüedades lingüísticas. Sencillamente las ignoró.

—Bueno, ha solicitado una aclaración —señaló Bates.

—Ha seguido la secuencia de preguntas lógica. Es completamente distinto.

Bates seguía sin enterarse de nada. Szpindel, en cambio, empezaba a olerse algo.

Un movimiento sutil me llamó la atención. Sarasti había regresado y flotaba sobre la brillante topografía de la mesa. El juego de luces reptaba por sus gafas cuando movía la cabeza. Podía sentir sus ojos detrás de ellas.

Y algo más, detrás de él.

No sabía qué era. No podía precisar nada más allá de la vaga impresión de que algo andaba mal, algo en segundo plano. Algo andaba mal en la otra punta del tambor. No, no era eso; algo más próximo, algo fuera de lugar en algún punto del eje del tambor. Pero allí no había nada, nada que yo pudiera ver... sólo las tuberías y los conductos desnudos de la columna que serpenteaban por el espacio vacío, y...

Y, de repente, lo que fuera que andaba mal volvió a estar en su sitio. Fue eso lo que afinó mi concentración al final: la evaporación de algún tipo de anomalía, una regresión a la normalidad que me llamó la atención como un atisbo de movimiento. Podía ver el punto exacto de la columna donde se había producido el cambio. Ahora no había nada fuera de lugar allí... pero lo había habido. Estaba en mi cabeza, subliminal, un picor tan próximo a la superficie que podría precisarlo, lo sabía, si me concentraba.

Sascha estaba hablando con un artefacto alienígena al final de un haz láser. Estaba repasando las relaciones familiares, evolutivas y domésticas por igual: neandertales, cromañones y primos maternos a dos grados de parentesco de distancia. Llevaba horas haciéndolo y todavía le quedaban más horas antes de terminar, pero en esos momentos su parloteo me distraía. Intenté bloquearla y concentrarme en la imagen percibida a medias que jugaba con mi memoria. Había visto algo ahí, hacía tan sólo un momento. Uno de los conductos tenía... sí, demasiados codos en una de las tuberías. Algo que debería haber sido recto y liso y que sin embargo estaba articulado de alguna manera. Pero no era una de las tuberías, me acordé: una tubería extra, un algo extra por lo menos, algo...

Huesudo.

Era una locura. Allí no había nada. Estábamos a medio año luz de casa conversando con alienígenas invisibles sobre reuniones familiares, y la vista me estaba jugando una mala pasada.

Tendría que hablar con Szpindel al respecto, si se repetía.

Me devolvió a la realidad una pausa en el parloteo de fondo. Sascha había dejado de hablar. A su alrededor flotaban facetas oscuras como un nubarrón. Recuperé lo último que había dicho:

—Por lo general encontramos a nuestros sobrinos con telescopios. Son duros como hobblinitas.

Más ambigüedad calculada. Y «hobblinitas» ni siquiera era una palabra.

En sus ojos se reflejaban decisiones inminentes. Sascha estaba asomada al filo del precipicio, calculando la profundidad de las oscuras aguas del fondo.

—No has mencionado en ningún momento a tu padre —dijo *Rorschach*.

—Eso es verdad, *Rorschach* —reconoció en voz baja Sascha, cogiendo aliento...

Y dando un paso adelante.

—¿Así que por qué no me comes la polla peluda tan gorda que tengo?

El tambor enmudeció de golpe. Bates y Szpindel se la quedaron mirando fijamente, boquiabiertos. Sascha cerró el canal y se giró de cara a nosotros, sonriendo de oreja a oreja.

—Sascha —dijo sin aliento Bates—. ¿Te has vuelto loca?

—Aunque así fuera, a esa cosa le da igual. No se entera de nada de lo que le digo.

—¿Qué?

—Ni siquiera sabe lo que dice —añadió Sascha.

—Espera un momento. Dijiste... Susan dijo que no eran loros. Que conocían las reglas.

Y allí estaba Susan, tomando la palestra:

—Lo dije y lo mantengo. Pero la detección de pautas y la comprensión son dos cosas distintas.

Bates sacudió la cabeza.

—¿Nos estás contando que esa cosa con la que hemos hablado... ni siquiera es inteligente?

—Oh, podría serlo, sin duda. Pero no estamos hablando con ella en el estricto sentido de la palabra.

—¿Entonces qué es? ¿Un buzón de voz?

—De hecho —dijo Szpindel, despacio—, creo que lo llaman «habitación china»...

Ya iba siendo hora, pensé.

Lo sabía todo sobre las habitaciones chinas. Yo mismo era una. Ni siquiera lo mantenía en secreto, se lo decía a todo el que se tomara la molestia de preguntar.

En retrospectiva, creo que a veces eso era un error.

—¿Cómo vas a explicarnos a los demás a qué se dedican tus sujetos de última generación si no los entiendes ni tú? —me preguntó una vez Chelsea, cuando las cosas estaban bien entre nosotros. Antes de que me conociera mejor.

Me encogí de hombros.

—Entenderlos no es mi trabajo. Si pudiera, tampoco serían tan de última generación. No soy más que un, ya sabes, un conducto.

—Ya, ¿pero cómo puedes traducir algo si no lo comprendes?

Era un argumento extendido fuera del ámbito profesional. La gente sencillamente no puede aceptar que las pautas poseen inteligencia propia, distinta del contenido semántico que se aferra a sus superficies; si se manipula correctamente la topología, dicho contenido sencillamente... se transfiere.

—¿Has oído hablar alguna vez de la habitación china? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Vagamente tan sólo. Es una historia muy vieja, ¿verdad?

—Tiene por lo menos cien años. Es una falacia, en realidad, un argumento que supuestamente desmiente las pruebas de Turing. Metes a un tipo en una habitación cerrada. A través de una rendija en la pared recibe hojas llenas de garabatos. Tiene acceso a una enorme base de datos de garabatos así porque así, y un puñado de reglas que le indican cómo ordenarlos.

—Gramática —dijo Chelsea—. Sintaxis.

Asentí.

—La cuestión, sin embargo, es que no tiene la menor idea de qué son esos garabatos, ni qué información podrían contener. Lo único que sabe es que si encuentra el garabato delta, por ejemplo, se supone que debe extraer los garabatos

cinco y seis del archivo theta y juntarlos con otro garabato gamma. De modo que ordena su secuencia de respuesta, la pone en la hoja, la mete por la ranura y se echa una siesta hasta que llegue la siguiente iteración. Repetir hasta que el árbol caído quede hecho leña muy pequeña.

—Así que está manteniendo una conversación —dijo Chelsea—. En chino, supongo, de lo contrario se llamaría la inquisición española.

—Precisamente. Lo que demuestra que se pueden emplear los algoritmos de detección de pautas más elementales para participar en una conversación sin tener la menor idea de lo que se está diciendo. Si las reglas proporcionadas son lo bastante buenas, se puede superar incluso una prueba de Turing. Puedes ser ingenioso y locuaz en un idioma que ni siquiera hablas.

—¿En eso consiste la síntesis?

—Sólo la parte relacionada con la reducción de protocolos semióticos. Y sólo en teoría. De hecho estoy recibiendo la información en cantones y respondiendo en alemán, porque soy más conducto que conversador. Pero así te harás una idea.

—¿Cómo consigues recordar todas las normas y protocolos? Debe de haber millones.

—Es como cualquier otra cosa. Una vez se aprenden las reglas, se hace de manera inconsciente. Es como montar en bici, o acceder a la noosfera. Uno no piensa conscientemente en los protocolos para nada, sencillamente... se imagina el comportamiento de los objetivos.

—Mmm. —Una sonrisita sutil jugueteó con la comisura de sus labios—. Pero entonces el argumento no es una falacia completa, ¿verdad? Está comprobado: en realidad tú no entiendes el cantonés ni el alemán.

—Pero el sistema sí los entiende. La habitación entera, con todas sus partes. El tipo que escribe los garabatos sólo es un componente. No esperarías que una sola neurona de tu cabeza entendiera el inglés, ¿no?

—A veces una es el máximo que me puedo permitir. —Chelsea meneó la cabeza. No estaba dispuesta a dejarlo correr. Podía ver cómo ordenaba sus preguntas por orden de prioridad; podía ver cómo se volvían cada vez más... personales.

—Volviendo al tema que nos ocupa —dije, atajándolas todas—, ibas a enseñarme a hacer eso con los dedos...

Una sonrisa traviesa borró las preguntas de su cara.

—Oooh, es verdad...

Implicarse conlleva sus riesgos. Demasiadas variables. Hasta la última herramienta del cobertizo se embota y oxida en cuanto uno se mezcla con el sistema que esté observando.

Aunque todavía pueden usarse en caso de necesidad.

— Ahora se esconde — dijo Sarasti—. Ahora es vulnerable.

»Entramos ahora.

No era tanto una noticia como una confirmación: llevábamos días acercándonos a Ben en línea recta. Aunque tal vez la hipótesis de la habitación china hubiera supuesto el espaldarazo definitivo. En cualquier caso, con la *Rorschach* nuevamente eclipsada, nos dispusimos a llevar la intrusión al siguiente nivel.

La *Teseo* estaba siempre embarazada; una sonda genérica incubada en su planta de fabricación, detenido su desarrollo poco antes del momento de nacer en previsión de exigencias imprevistas de la misión. Entre asamblea y asamblea la capitana había provocado el parto, personalizándola para tareas de contacto directo y trabajo de campo. Salió disparada pozo abajo a muchas ges diez horas antes de la siguiente aparición programada de la *Rorschach*, se zambulló en el torrente de rocas y se echó a dormir. Si nuestros cálculos eran correctos, ningún pedazo de detrito errático la aplastaría antes de que despertara de nuevo. Si todo iba bien, una inteligencia que había orquestado con exactitud una lluvia de millones de objetos pasaría por alto la presencia de un actor nuevo sobre el escenario. Si la suerte nos sonreía, la miríada de inmersores que casualmente se hallaban a la vista en esos momentos no estarían programados como chivatos.

Riesgos asumibles. Si no hubiéramos estado preparados para ellos, lo mismo podríamos habernos quedado en casa.

De modo que esperamos: cuatro híbridos optimizados en algún punto más allá de la mera especie humana, un depredador extinto que había accedido a comandarnos en vez de merendársenos vivos. Esperamos a que la *Rorschach* doblara la esquina. La sonda cayó suavemente por el pozo, embajadora enviada a tierras inhóspitas... o tal vez, si la Banda tenía razón, sencillamente caco profesional listo para colarse en un piso abandonado. Szpindel se refería a ella como «Jack in the box», en honor a un antiguo juguete infantil que ni siquiera constaba en los anales de ConSenso; caímos tras su estela, casi balísticos ahora, con la aceleración y la inercia meticulosamente precalculadas para guiarnos a través del caótico campo

minado que era el cinturón de acreción de Ben.

Kepler no era omnipotente, sin embargo; la *Teseo* gruñía brevemente de vez en cuando, la detonación intermitente de sus reactores reverberaba suavemente a lo largo de la columna cuando la capitana corregía su posición para maniobrar en nuestro descenso al maelstrom.

«Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo», recordé, aunque no sabía de dónde lo había sacado.

—Lo tengo —dijo Bates. Apareció una mota en el canto de Ben; la imagen se amplió instantáneamente para ofrecernos un primer plano—. Maniobra de aproximación.

La *Rorschach* seguía siendo invisible para la *Teseo*, pese a encontrarnos tan cerca, pese a seguir acercándonos. Pero el paralaje ayudó por lo menos a quitar algunas telarañas de los ojos de la sonda; nos reveló agujas y espirales de cristal gris que aparecían y desaparecían a intervalos, entrevisto el interminable horizonte llano de Ben al otro lado del velo traslúcido. La imagen tembló; una serie de ondas recorrieron ConSenso.

—Menudo campo magnético —comentó Szpindel.

—Frenando —informó Bates. Jack giró suavemente en retrogradación y encendió su propulsor. En el monitor táctico, los triangulitos pasaron al rojo.

Le tocaba a Sascha llevar el timón en el cuerpo de la Banda.

—Señal entrante —informó—. Mismo formato.

Sarasti chasqueó la lengua.

—Ponía.

—*Rorschach* a *Teseo*. Hola de nuevo, *Teseo*. —La voz era femenina esta vez, y de mediana edad.

Sascha sonrió.

—¿Lo veis? No se ha ofendido en absoluto. Pese a la gran polla peluda.

—No respondas —ordenó Sarasti.

—Combustión completada —informó Bates.

Flotando ahora, Jack... «estornudó». Una nube de cascarillas plateadas salieron disparadas al vacío hacia su objetivo: millones de agujas de brújula brillantes, tan veloces que hacían que la *Teseo* pareciera lenta. Desaparecieron en un instante. La sonda las vio huir, barrió con sus ojos láser hasta el último grado de

arco, escaneó su cielo dos veces por segundo y tomó nota concienzudamente de todos y cada uno de los destellos reflejados. Sólo al principio volaron aquellas agujas en algo parecido a una línea recta: enseguida entraron en espirales de Lorentz, viraron en bruscos arcos y tirabuzones, y salieron disparadas en nuevas e intrincadas trayectorias rayanas en lo relativista. Los contornos del campo magnético de la *Rorschach* se definieron en ConSenso, a primera vista como las capas superpuestas de una cebolla de cristal.

—¡Boing! —dijo Szpindel.

Un segundo vistazo reveló la cebolla llena de gusanos. Aparecieron invaginaciones, largos túneles sinuosos de energía que proliferaban fractalmente en todas las escalas.

—*Rorschach* a *Teseo*. Hola, *Teseo*. ¿Estás ahí?

Un recuadro holográfico junto al monitor principal dibujó los puntos de un triángulo inestable: la *Teseo* en el vértice, *Rorschach* y Jack definiendo la estrecha base.

—*Rorschach* a *Teseo*. Os estoy viendooo...

—Ésta exhibe una despreocupación mayor de la que él mostró jamás. —Sascha miró de reojo a Sarasti, sin añadir: «¿Estás seguro de esto?». Por su parte, ella empezaba a albergar dudas. Empezaba a pensar en las potenciales consecuencias de equivocarse, ahora que estábamos metidos hasta el cuello. Por lo que a pensárselo mejor sobriamente respectaba era ya un poco tarde; pero tratándose de Sascha, era un logro.

Además, la decisión la había tomado Sarasti.

En la magnetosfera de *Rorschach* estaban formándose grandes aros. Invisibles al ojo humano, sus perfiles se mostraban evanescentes incluso en el monitor táctico; las cascarillas se habían esparcido tanto por el firmamento que incluso la capitana se veía obligada a deducir su posición. Las nuevas macroestructuras flotaban en la magnetosfera como los cardanes apiñados de un espectral giroscopio gigante.

—Veo que no habéis cambiado de vector —observó *Rorschach*—. No os recomendamos que continuéis acercándoos. En serio. Por vuestro propio bien.

Szpindel sacudió la cabeza.

—Hey, Mandy. ¿Está hablando *Rorschach* con Jack?

—Si lo está, no puedo verlo. Nada de luz incidental, nada de impulsos electromagnéticos dirigidos de ninguna clase. —Esbozó una sonrisa desprovista de

humor—. Por lo visto se ha colado bajo el radar. Y no me llames Mandy.

La *Teseo* gruñó, retorciéndose. Trastabillé en la pseudogravedad baja, estiré un brazo para sujetarme.

—Corrección del rumbo —informó Bates—. Roca imprevista.

—*Rorschach* a *Teseo*. Responded, por favor. Vuestra trayectoria actual es inaceptable, repito, vuestra trayectoria actual es inaceptable. Os recomiendo encarecidamente que cambiéis de dirección.

La sonda flotaba ya a escasos kilómetros del canto de la *Rorschach*. A esa distancia mostraba mucho más que campos magnéticos: presentaba a la *Rorschach* misma en brillantes códigos de color tácticos. Invisibles curvas y picos se irisaban en ConSenso a lo largo de infinidad de esquemas de pigmentación a la carta: gravedad, refracción, emisiones de cuerpos negros. Descomunales relámpagos brotaban de puntas de cuernos plasmados en pasteles limón. Los gráficos accesibles para el usuario convertían a la *Rorschach* en un dibujo animado.

—*Rorschach* a *Teseo*. Responded, por favor.

La *Teseo* viró a popa con un gruñido, derrapando. En el monitor táctico, otro pedazo de detrito recién dibujado se desplazó unos discretos seis mil metros a babor.

—*Rorschach* a *Teseo*. Si no podéis responder, por favor... ¡Hostia!

El dibujo animado parpadeó y se apagó.

Había visto lo que había ocurrido en ese último instante, sin embargo: Jack había pasado cerca de uno de aquellos gigantescos aros fantasma; surgió una lengua de energía, como la de una rana; la transmisión se cortó.

—Ahora veo lo que estáis tramando, mamones. Joder, ¿os creías que estábamos ciegos aquí abajo?

Sascha rechinó los dientes.

—Nos...

—No —dijo Sarasti.

—Pero si...

Sarasti siseó, en algún lugar en el fondo de su garganta. Nunca antes había escuchado un sonido semejante procedente de un mamífero. Sascha se mordió la lengua inmediatamente.

Bates estaba peleándose con sus controles.

—Todavía tengo... un mom...

—Llevaos ese chisme cagando leches, ¿oís? ¡Cagando leches!

—Listo. —Bates apretó los dientes cuando regresó la imagen—. Sólo había que recalibrar el láser. —La sonda se había desviado brutalmente de su ruta, como si alguien que intentara vadear un río se hubiera visto atrapado de pronto por la corriente y arrojado por el borde de una cascada, pero seguía retransmitiendo, y seguía moviéndose.

Por los pelos. Bates pugnó por mantener el rumbo. Jack se tambaleó y trastabilló incontrolablemente entre los apretados pliegues de la magnetosfera de *Rorschach*. El artefacto se cernía inmenso ante su ojo. La imagen era estroboscópica.

—Mantén el acercamiento —dijo con calma Sarasti.

—Me encantaría —gruñó Bates—. Lo intento.

La *Teseo* se ladeó otra vez, trazando un tirabuzón. Juraría haber oído cómo rechinaban los cojinetes del tambor por un momento. Otra roca cruzó fugaz el monitor táctico.

—Pensaba que habías localizado esas cosas —refunfuñó Szpindel.

—¿Quieres declarar la guerra, *Teseo*? ¿Es eso lo que te propones? ¿Crees que estás a la altura?

—No ataca —dijo Sarasti.

—A lo mejor sí. —Bates mantuvo la voz baja; noté el esfuerzo que le costó—. Si *Rorschach* puede controlar las trayectorias de estas...

—Distribución normal. Correcciones insignificantes. —Estadísticamente, querría decir: la torsión y la presión que resistía el casco de la nave nos parecían bastante significativos a los demás.

—Ah, vale —dijo de repente *Rorschach*—. Ya lo pillamos. Creéis que no hay nadie aquí, ¿verdad? Algún asesor bien pagado está ganándose el sueldo diciéndoos que no hay de qué preocuparse.

Jack se había adentrado en el bosque. Habíamos perdido la mayoría de las superposiciones tácticas por culpa de la reducción de baudios. A la luz tenuemente visible las inmensas púas estriadas de la *Rorschach*, cada una del tamaño de un rascacielos, enmarcaban una vista de pesadilla desde todos los ángulos. La imagen tembló cuando Bates intentó mantener el haz alineado. ConSenso pintaba las paredes y el aire de telemetría arcana. No tenía la menor idea de lo que quería decir todo aquello.

—Creéis que no somos más que una habitación china —se mofó *Rorschach*.

Jack caía rodando hacia su colisión, intentando asirse a lo que fuera.

—Te equivocas, *Teseo*.

Golpeó algo. Se quedó enganchado.

Y de repente *Rorschach* se hizo visible; nada de compuestos brillantes, nada de perfiles ni simulaciones en colores falsos. Allí estaba por fin, expuesta aun a los ojos humanos.

Imaginaos una corona de espinas, retorcida, oscura y sin reflejos, tan enmarañada que jamás podría adornar cabeza humana alguna. Ponedla en órbita alrededor de una estrella fallida cuya propia penumbra reflejada consigue poco más que siluetear sus satélites. Ocasionales destellos sanguinolentos se entreveían como ascuas tenues en sus surcos y arrugas; sólo lograban enfatizar la oscuridad que reinaba en todas partes.

Imaginaos un artefacto que encarne el concepto mismo de la tortura, algo tan deforme y desfigurado que aun a incontables años luz e inimaginables diferencias biológicas y estéticas de distancia, uno no puede menos que pensar que, de alguna manera, la estructura misma debe de sentir dolor.

Ahora dadle el tamaño de una ciudad.

Titilaba ante nuestros ojos. Los rayos rodeaban las columnas recurvadas de mil metros de largo. ConSenso nos mostró un paisaje infernal estroboscópico, inmenso, siniestro y torturado. Las imágenes compuestas mentían. No contenía ni un ápice de belleza.

—Ya es demasiado tarde —dijo algo desde su interior—. Ahora hasta el último de vosotros está muerto. ¿Y Susan? ¿Estás ahí, Susan?

»Primero iremos a por ti.

La vida es demasiado corta para jugar al ajedrez.

Lord Byron

No cerraron la escotilla tras ellos. Era demasiado fácil perderse allí arriba en la cúpula, donde el desnudo espacio infinito se extendía ciento ochenta grados sobre cada eje. Necesitaban todo aquel vacío, pero también un ancla en su seno: la suave luz indirecta procedente de popa, una sutil corriente de aire proveniente del tambor, los sonidos de la gente y la maquinaria próxima. Les hacía falta que fuera de las dos maneras.

Yo esperaba. Interpretando una docena de pistas flagrantes en su conducta, me había cobijado ya en el compartimento estanco de proa cuando pasaron. Les concedí unos minutos y me dirigí a hurtadillas al puente en penumbra.

—Pues claro que la llamaron por su nombre —estaba diciendo Szpindel—. Era el único nombre que tenían. Se lo dijo ella, ¿recuerdas?

—Sí. —Eso no parecía tranquilizar a Michelle.

—Oye, erais vosotros los que decíais que estábamos hablando con una habitación china. ¿Me estás diciendo que os equivocasteis?

—No... no. Por supuesto que no.

—De modo que en realidad no estaba amenazando a Suze, ¿verdad? No nos estaba amenazando a ninguno. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Se guía por normas, Isaac. Seguía algún tipo de organigrama diseñado tras observar los idiomas humanos en acción. Y de alguna manera esas reglas le indicaban que respondiera con amenazas de violencia.

—Pero si ni siquiera sabe lo que dice...

—No lo sabe. No puede saberlo. Analizamos su discurso de diecinueve formas distintas, probamos unidades conceptuales de todas las extensiones posibles... —Inspiró hondo—. Pero atacó a la sonda, Isaac.

—Jack se acercó demasiado a uno de esos electrodos, nada más.

Sencillamente se tropezó con un rayo.

—¿Entonces no crees que *Rorschach* sea hostil?

Silencio prolongado... lo suficiente como para conseguir que me preguntara si me habrían detectado.

—«Hostil» —dijo Szpindel, al cabo—. «Amigable». Palabras que se aplican a la vida en la Tierra, ¿eh? Ni siquiera sé si tienen sentido aquí fuera.

—Chasquéó suavemente los labios—. Pero creo que podría ser algo así como hostil.

Michelle suspiró.

—Isaac, no hay razón para... quiero decir, no tendría ningún sentido que lo fuera. Es imposible que tengamos algo que quiera.

—Dice que quiere que lo dejemos en paz —respondió Szpindel—. Aunque no sepa lo que significa.

Flotaron en silencio un momento, por encima del mamparo.

—Por lo menos los escudos aguantaron —dijo al final Szpindel—. Ya es algo. —No hablaba sólo de Jack; nuestro caparazón estaba revestido de la misma sustancia ahora. Había consumido dos tercios de nuestras reservas de sustratos, pero nadie quería depender de los campos magnéticos normales de la nave frente a algo que podía jugar tan fácilmente con el espectro electromagnético.

—Si nos ataca, ¿qué haremos? —preguntó Michelle.

—Aprender lo que podamos, mientras podamos. Defendernos. Mientras podamos.

—Si podemos. Asómate ahí fuera, Isaac. Me da igual lo «embrionaria» que sea esa cosa. Dime que no somos irremediabilmente inferiores.

—Inferiores, sin duda. Irremediabilmente, jamás.

—Eso no es lo que dijiste antes.

—Aun así. Siempre hay una forma de ganar.

—Si fuera yo la que dijese eso, responderías que no me hiciera ilusiones.

—Si fueras tú. Pero como soy yo, te diré que es la teoría de juegos.

—Otra vez la teoría de juegos. Jesús, Isaac.

—No, escucha. Estás pensando en los alienígenas como si fueran algún tipo de mamífero. Algo que se preocupa, algo que vela por sus intereses.

—¿Cómo sabes que no es así?

—Porque uno no puede proteger a sus crías si están a años luz de distancia. Están solas, y con lo grande, frío y peligroso que es el universo la mayoría de ellas no sobrevivirán, ¿eh? Lo mejor que puedes hacer es parir millones de crías y consolarte sabiendo que unas pocas siempre saldrán adelante, siquiera al azar. No es una mentalidad mamífera, Meesh. Si quieres un símil terrestre, piensa en las semillas del diente de león. O en los arenques.

Un suspiro abatido.

—Así que son arenques interestelares. Eso no significa que no puedan aplastarnos.

—Pero no saben nada de nosotros, no de antemano. Una semilla de diente de león no sabe lo que le espera antes de brotar. A lo mejor nada. A lo mejor una brizna de maleza que le pasa por encima como paja al viento. O a lo mejor algo que la manda a las Nubes de Magallanes de una patada en el culo. No lo sabe, y no existe ninguna estrategia de supervivencia que valga para todo. Lo que funciona de maravilla para uno es un desastre para otro. Así que lo mejor que puedes hacer es barajar las estrategias según las distintas probabilidades. Es una tirada con los dados cargados y te reporta los mejores rendimientos medios a lo largo de la partida, pero también es posible pifiarla y escoger la estrategia equivocada, por lo menos algunas veces. Es el precio a pagar por hacer negocios. Y eso significa... eso significa... que los jugadores débiles no sólo pueden batir a sus contrincantes más fuertes, sino que estadísticamente están predestinados a hacerlo en algunos casos.

Michelle resopló.

—¿Ésa es tu teoría de juegos? ¿Piedra, papel y tijera con estadísticas?

Puede que Szpindel desconociera la referencia. Se quedó callado, el tiempo suficiente para consultar un subtítulo; luego piafó como un caballo.

—¡Piedra, papel y tijera! ¡Sí!

Michelle se lo pensó un momento.

—Eres un encanto por intentarlo, pero eso sólo funciona si la otra parte está jugando igualmente a ciegas, y no tienen por qué hacerlo si saben de antemano a quién se enfrentan. Y, cariño, tienen tanta información sobre nosotros...

Habían amenazado a Susan. Por su nombre.

—No lo saben todo —insistió Szpindel—. Y el principio funciona en cualquier escenario con información incompleta implicada, no sólo en el extremo ignorante.

—No igual de bien.

—Pero sí un poco, y eso nos proporciona una oportunidad. Da igual lo bien que se te dé el póquer en el momento del reparto, ¿eh? Las cartas siguen repartiéndose con la misma probabilidad.

—Así que ése es nuestro juego. El póquer.

—Da gracias de que no sea el ajedrez. No tendríamos la menor oportunidad.

—Hey. Se supone que soy yo la optimista en esta relación.

—Lo eres. Yo soy alegremente fatalista. Todos entramos en la historia a medio camino, todos nos ponemos al día como mejor podemos, y todos vamos a morir antes de que termine.

—Ése es mi Isaac. Maestro del peor de los casos.

—Se puede ganar. Gana el que más se acerca a acertar el resultado final.

—De modo que son simples suposiciones.

—Exacto. Y no se puede elaborar una suposición decente sin información, ¿eh? Podríamos ser los primeros en descubrir lo que va a ser de la especie humana entera. Yo diría que eso nos sitúa en las semifinales, fácil.

Michelle tardó un buen rato en responder. Cuando lo hizo, no pude oír sus palabras.

Szpindel tampoco:

—¿Cómo?

—De invisible a invulnerable, dijiste. ¿Lo recuerdas?

—Ajá. El día de la graduación de *Rorschach*.

—¿Cuándo, crees?

—Ni idea. Pero no me parece la clase de cosa que vaya a pasar desapercibida. Y es por eso que creo que no nos ha atacado.

Michelle debió de poner cara de no haberlo entendido.

—Porque cuando lo haga, no se conformará con darnos un ligero pescozón de advertencia —dijo Szpindel—. Cuando ese hijoputa se levante en armas, nos vamos a enterar.

Un titilar repentino a mi espalda. Giré sobre los talones en el pasadizo angosto y sofoqué un grito: algo se perdió de vista correteando tras una esquina, algo con brazos, atisbado apenas, esfumado en un instante.

Allí no había nada. No podía haber nada. Imposible.

—¿Has oído eso? —preguntó Szpindel, pero yo ya había huido a popa antes de que Michelle pudiera responder nada.

Habíamos caído tan lejos que a simple vista no se veía ningún disco, apenas se apreciaba curvatura alguna. Caíamos hacia una pared, una vasta llanura ondulada de oscuros nubarrones que se extendían en todas direcciones hasta un horizonte nuevo, infinitamente lejano. Ben ocupaba la mitad del universo.

Y nosotros seguíamos cayendo.

Lejos a nuestros pies, Jack se aferraba a la superficie rugosa de la *Rorschach* con unos palpos erizados como patas de salamanquesa y montaba su campamento. Bombardeó el suelo con rayos X y ultrasonidos, tamborileó con dedos curiosos y escuchó atentamente los ecos, plantó diminutas cargas explosivas y midió la resonancia de sus detonaciones. Propagó semillas como polen; diminutas sondas y sensores a miles, autónomos, miopes, estúpidos y prescindibles. La inmensa mayoría se sacrificaron a la suerte; sólo uno de cada cien duró lo suficiente para retransmitir unas mediciones útiles.

Mientras nuestro explorador de avanzada le tomaba las medidas al vecindario, la *Teseo* dibujaba a mayor escala mapas a vista de pájaro desde el cielo cada vez más próximo. Escupió miles de sondas prescindibles, las repartió por el firmamento y recabó información estereoscópica desde un millar de perspectivas distintas.

El mosaico de datos se montaba en el tambor. La piel de *Rorschach* consistía en un sesenta por ciento de nanotubos de carbono superconductores. Tenía las tripas básicamente vacías; por lo menos algunas de sus oquedades parecían contener atmósfera. Ninguna forma de vida terrestre hubiera durado ni un segundo allí dentro, no obstante; alrededor y en el interior de la estructura bullían intrincadas topografías de radiación y fuerza electromagnética. En algunos lugares la radiación era tan intensa que podría convertir la piel desprotegida en cenizas en un abrir y cerrar de ojos; en los remansos, sencillamente mataría en el mismo lapso de tiempo. Partículas cargadas se perseguían alrededor de circuitos invisibles a velocidades relativistas, brotando de aberturas aserradas, trazando curvas de fuerza magnética lo bastante fuerte como para pertenecer a estrellas de neutrones, arqueándose por el espacio abierto y zambulléndose en picado en la masa negra. Ocasionales protuberancias se hinchaban y estallaban para liberar nubes de

micropartículas, sembrando los cinturones de radiación como esporas. La *Rorschach* parecía un nido de ciclotrones medio desnudos, enredados unos con otros.

Ni Jack abajo ni la *Teseo* arriba lograban detectar ningún punto de entrada, más allá de aquellos abismos intransitables que disparaban o volvían a tragarse chorros de partículas cargadas. La proximidad cada vez mayor no definía ninguna escotilla, portilla ni ventanilla. El hecho de que hubiéramos sido amenazados vía láser implicaba algún tipo de antena óptica o equipo de emisiones; ni siquiera conseguimos encontrar eso.

Una de las características principales de las máquinas de Von Neumann era la autorreplicación. Si *Rorschach* pensaba satisfacer ese criterio (si iba a germinar, o escindir, o parir una vez superado determinado umbral crítico) o si ya lo había hecho, continuaba siendo una incógnita.

Una entre miles. Al final —después de todas las mediciones, las teorías, las deducciones y las puras cuentas de la lechera— estacionamos en órbita con un millón de detalles triviales y ninguna respuesta. En términos de preguntas fundamentales, sólo había una cosa de la que estábamos seguros.

Por ahora, la *Rorschach* no nos estaba disparando.

—A mí me dio la impresión de que sabía lo que decía —observé.

—Supongo que ése es el quid de la cuestión —dijo Bates. No tenía nadie en quien confiar, no participaba nunca en diálogos íntimos que pudieran escucharse a hurtadillas. Con ella, usé el acercamiento directo.

La *Teseo* estaba dando a luz a una carnada, por parejas. Eran unos chismes de aspecto feo, blindados, con forma de huevo aplastado, dos veces más grandes que un torso humano y tachonados de herramientas de jardinería: antenas, puertos ópticos, sierras retráctiles. Cañones de armas.

Bates estaba reuniendo a sus tropas. Flotábamos ante el puerto de Fabricación principal sito en la base de la columna de la *Teseo*. La planta podría haber regurgitado las crías con la misma facilidad directamente en la bodega bajo el caparazón —allí era donde iban a almacenarse de todos modos, hasta que se las convocara—, pero Bates estaba inspeccionando visualmente cada unidad antes de sacarlas por una de las escotillas abiertas escasos metros pasadizo arriba. Quizá fuera un ritual. Tradición militar. Sin duda no había nada que ella pudiera ver con sus ojos que no fuera flagrantemente obvio aun para el más básico de los

diagnósticos.

—¿Supondría algún problema? —pregunté—. ¿Dirigirlos sin tu interfaz?

—Se dirigen solos perfectamente. El tiempo de respuesta mejora sin una persona en la red, de hecho. Es más bien una precaución de seguridad.

La *Teseo* gruñó, mostrándonos su malhumor. La chapa tembló a popa; otro pedazo de detrito local que ya no estaba en nuestro camino. Nos dirigíamos en diagonal hacia una órbita ecuatorial a escasos kilómetros del artefacto; en un alarde de locura, la curva de acercamiento atravesaba directamente el cinturón de acreción.

A los demás no les preocupaba.

—Es como sobrevivir al tráfico en un carril de alta velocidad —había dicho Sascha, desdeñosa de mis temores—. Intenta pasar arrastrándote y acabarás despanzurrado. Hay que cruzar corriendo, dejarse llevar por la corriente. —Pero esta corriente era turbulenta; no habíamos pasado ni cinco minutos seguidos sin una corrección del rumbo desde que *Rorschach* nos retirara la palabra.

—Entonces, ¿tú te lo crees? —pregunté—. ¿Reconocimiento de pautas, amenazas vacías? ¿Nada de qué preocuparse?

—Nadie nos ha disparado todavía —respondió. Quiriendo decir: «Ni de coña».

—¿Qué te parece el argumento de Susan? ¿Nichos distintos, no hay motivos para el conflicto?

—Tiene sentido, supongo. —«Gilipollecés».

—¿Se te ocurre alguna razón por la que algo con necesidades tan diferentes querría atacarnos?

—Eso depende —dijo— de si el hecho de que seamos distintos es razón suficiente.

Vi campos de batalla emplazados en patios de recreo reflejados en su topología. Recordé los míos, y me pregunté si los habría de otro tipo.

Por otra parte, eso no hacía sino corroborar la teoría. En realidad los humanos no peleaban por el color de su piel o su ideología; esas eran simples excusas de conveniencia a efectos de selección natural. En última instancia todo se reducía a líneas genéticas y recursos limitados.

—Creo que Isaac diría que esto es distinto —dije.

—Supongo. —Bates lanzó a un soldado zumbando a la bodega; dos más emergieron en formación; la luz de la columna se reflejaba en sus corazas.

—Por cierto, ¿cuántos de éstos piensas hacer?

—Vamos a allanar una morada, Siri. Sería imprudente dejar la nuestra desprotegida.

Inspeccioné sus superficies mientras ella examinaba las de las máquinas. La duda y el resentimiento bullían justo debajo.

—Estás en una situación difícil —observé.

—Como todos.

—Pero tú eres la responsable de nuestra seguridad, frente a algo de lo que no sabemos nada. Sólo estamos deduciendo que...

—Sarasti no «deduce» nada —dijo Bates—. Está al mando por un motivo. No tiene sentido cuestionar sus órdenes, dado que a todos nos faltarían unos cien puntos de CI para comprender la respuesta.

—Y sin embargo también hay que tener en cuenta su faceta depredadora, de la que nadie dice nada —comenté—. Debe de ser difícil para él, con todo ese intelecto coexistiendo con semejante agresividad instintiva, asegurarse de que se imponga la parte correcta.

Se preguntó en aquel instante si Sarasti podría estar escuchando. Al siguiente decidió que no tenía importancia: ¿por qué debería importarle lo que pensara el ganado, siempre y cuando hicieran lo que se les pedía?

Lo único que dijo fue:

—Creía que los jergonautas no teníais opinión.

—Ésa no es mía.

Bates hizo una pausa. Retomó la inspección.

—Ya sabes lo que hago —dije.

—Aja. —El primero del dúo actual pasó la revisión y se alejó zumbando columna arriba. Se concentró en el segundo—. Simplificas las cosas. Para que la gente en casa pueda entender qué traman los especialistas.

—En parte.

—No necesito ningún traductor, Siri. Soy una simple asesora, suponiendo que las cosas vayan bien. Guardaespaldas, si no.

—Eres una oficial y experta militar. Yo diría que eso te cualifica más que de sobra para valorar la amenaza potencial de *Rorschach*.

—Soy simple músculo. ¿No deberías «simplificar» a Jukka o Isaac?

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

Me miró.

—Tú interactúas —dije—. Todos los componentes del sistema se afectan mutuamente. Procesar a Sarasti sin incluirte en la ecuación sería como intentar calcular la aceleración ignorando la masa.

Volvió a ensimismarse en su progenie acorazada. Otro robot superó el examen.

No es que me odiara. Pero no le gustaba lo que implicaba mi presencia.

«No confían en nuestro criterio», se resistía a decir. «Da igual lo cualificados que estemos, da igual que seamos la vanguardia de la especie. Quizá se deba precisamente a eso. Estamos contaminados. Somos subjetivos. Así que mandan a Siri Keeton para que les explique qué queremos decir exactamente.»

—Lo entiendo —dije, al cabo.

—No me digas.

—No es una cuestión de confianza, mayor. Se trata de ubicación. Nadie goza de una buena vista de ningún sistema desde dentro, da igual quién sea. La perspectiva está distorsionada.

—Pero la tuya no.

—Yo estoy fuera del sistema.

—Ahora estás interactuando conmigo.

—Sólo en calidad de observador. Es imposible alcanzar la perfección, pero no acercarse a ella, ¿sabes? No represento ningún papel en la toma de decisiones o la investigación, no interfiero con ningún aspecto de la misión que se me haya asignado estudiar. Pero hago preguntas, naturalmente. Cuanta más información posea, mejor será mi análisis.

—Creía que no te hacía falta preguntar. Pensaba que los tipos como tú podías interpretar los signos, o algo.

—Todo ayuda. Todo entra en la mezcla.

—¿Lo estás haciendo ahora? ¿Sintetizar?

Asentí con la cabeza.

—Y lo haces sin conocimientos especializados de ningún tipo.

—Soy tan especialista como tú. Mi especialidad es el procesamiento de topologías de la información.

—Sin comprender su contenido.

—Comprender las formas es suficiente.

Bates pareció encontrar una pequeña imperfección en el robot de combate bajo su escrutinio y le raspó el blindaje con una uña.

—¿Eso no podría hacerlo el software sin tu ayuda?

—El software puede hacer muchas cosas. Algunas hemos elegido hacerlas personalmente. —Indiqué al soldado con la cabeza—. Tus inspecciones visuales, por ejemplo.

Sonrió ligeramente, concediéndome la razón.

—Por eso te animo a hablar sin tapujos. Ya sabes que he jurado respetar la confidencialidad.

—Gracias —respondió, queriendo decir: «A bordo de esta nave no existe tal cosa».

La *Teseo* repicó. Tras el timbre, la voz de Sarasti:

—Inserción orbital dentro de quince minutos. Todo el mundo en el tambor dentro de cinco.

—En fin —dijo Bates, mientras despedía a un último soldado—. Allá vamos. —Tomó impulso y salió disparada columna arriba.

Las máquinas de matar recién nacidas chasquearon. Olían como los coches nuevos.

—Por cierto —llamó Bates por encima del hombro—, se te ha pasado por alto la más evidente.

—¿Perdona?

Giró ciento ochenta grados al final del pasadizo y aterrizó como un acróbata junto a la escotilla del tambor.

—La razón. Por qué nos atacaría algo aunque no tuviéramos nada de su interés.

Lo leí en ella:

—Si no estuviera atacándonos realmente. Si estuviera defendiéndose.

—Has preguntado por Sarasti. Hombre listo. Líder fuerte. A lo mejor podría pasar un poco más de tiempo con las tropas.

«El vampiro no respeta su puesto. No escucha consejos. Se pasa la mitad del tiempo escondido.» Me acordé de las ballenas asesinas nómadas.

—A lo mejor está siendo considerado. —«Sabe que nos pone nerviosos».

—Seguro que es eso —dijo Bates.

«El vampiro no se fía de sí mismo.»

No se trataba exclusivamente de Sarasti. Todos se escondían de nosotros, aunque tuvieran las de ganar. Se mantenían siempre justo al otro lado de la frontera del mito.

Había empezado más o menos como empiezan todas las cosas; los vampiros distaban de ser los primeros en haber aprendido las ventajas de la conservación de energía. Las musarañas y los colibríes, equipados con cuerpos diminutos y metabolismos pasados de revoluciones, se morirían de la noche a la mañana de no ser por el letargo en que se sumían a la puesta de sol. Los elefantes marinos acechaban comatosos y sin aliento en el fondo del mar, ascendiendo tan sólo para capturar presas que pasaban o al alcanzar niveles peligrosos de lactosa. Los osos y las ardillas reducían costes dormitando mientras duraban los largos meses de invierno, y los peces pulmonados —cinturón negro en el arte de la hibernación— podían aovillarse y morir durante años, esperando las lluvias.

Con los vampiros era un poco distinto. No se trataba de falta de aliento, ni de exceso de metabolismo, ni de un manto de nieve que cerrara la despensa todos los inviernos. El problema no radicaba tanto en la falta de presas como en la falta de diferencia de ellas; los vampiros formaban una escisión tan reciente de la estirpe ancestral que las tasas de reproducción no habían divergido. No se trataba en este caso de una dinámica liebre-lince de los bosques, donde el número de presas superaba al de depredadores en una proporción de cien a uno. Los vampiros se alimentaban de cosas que se reproducían poco más deprisa que ellos. Habrían exterminado sus propias reservas de alimentos en menos que canta un gallo si no hubieran aprendido a levantar el pie del acelerador.

Para cuando se extinguieron ya habían aprendido a hibernar durante décadas.

Tenía sentido, en más de un aspecto. No sólo atajaba sus necesidades metabólicas mientras sus presas se reproducían a niveles aceptables, sino que además nos daba tiempo a olvidar que fuéramos presas. Qué listos éramos llegado el Pleistoceno, tan listos como para practicar el escepticismo con soltura; si no has

visto a ningún demonio noctívago en todos los años que llevas en la sabana, ¿por qué deberías creerte ningún desvarío senil repetido hasta la saciedad frente a la hoguera del campamento?

Fue letal para nuestros antepasados, aunque aquellos mismos genes del enemigo —asimilados ahora— nos vinieron de perlas cuando dejamos el Sol medio millón de años más tarde. Resultaba casi... alentador, supongo... pensar que tal vez Sarasti sintiera el tirón de otros genes, una aversión a la visibilidad prolongada moldeada tras generaciones de selección natural. Tal vez pasara cada momento que estaba en nuestra compañía combatiendo unas voces que le instaban: «escóndete, escóndete, que se olviden de ti». Tal vez se retiraba cuando estas voces se volvían ensordecedoras, tal vez lo pusiéramos tan nervioso como él a nosotros.

O eso nos gustaría pensar.

Nuestra órbita final combinaba discreción y temeridad a partes iguales.

La *Rorschach* describía un círculo ecuatorial perfecto a 87.900 Km. del centro de gravedad de Big Ben. Sarasti no estaba dispuesto a perderlo de vista, y no hacía falta ser un vampiro para desconfiar de los satélites de transmisión cuando se estaba capeando un temporal de rocas y maquinaria impregnado de radiación. La alternativa por defecto era emparejar las órbitas.

Al mismo tiempo, todo el debate sobre si *Rorschach* hablaba en serio cuando nos amenazó, o si comprendía incluso sus propias amenazas, estaba un poco de más. Que tomara medidas para prevenir la invasión era una posibilidad a tener en cuenta, y la creciente proximidad no hacía sino aumentar el riesgo. De modo que Sarasti había derivado una solución intermedia óptima, una órbita ligeramente excéntrica que rozaba casi el artefacto en el perigeo, pero mantenía una distancia discreta el resto del tiempo. Era una trayectoria más larga que la de *Rorschach*, y más elevada —teníamos que impulsarnos en el arco descendente para mantenernos a la par—, pero el resultado final era una visibilidad continua, y sólo nos acercaba a la distancia de impacto durante tres horas antes y después de tocar fondo.

Nuestra distancia de impacto, naturalmente. Que nosotros supiéramos *Rorschach* podría haber estirado el brazo y destruirnos al vuelo antes de que saliéramos incluso del sistema solar.

Sarasti dio la orden desde su tienda. ConSenso transmitió su voz al tambor mientras la *Teseo* se acercaba al apogeo:

—Ahora.

Jack había levantado una tienda a su alrededor, una ampolla adherida al

casco de *Rorschach* e inflada casi tirante contra el vacío con una mínima inyección de nitrógeno. Ahora puso en acción sus láseres y empezó a cavar: si nuestra interpretación de las vibraciones era acertada, el suelo debería medir sólo treinta y cuatro centímetros de grosor bajo sus pies. Los rayos parpadearon mientras cortaban, pese a sus seis milímetros de blindaje aumentado.

—Hijo de puta —murmuró Szpindel—. Está funcionando.

Horadamos la resistente epidermis fibrosa. Perforamos venas aislantes que podrían haber sido algún tipo de asbesto programable. Atravesamos capas intercaladas de malla superconductora, y los estratos de carbono laminado que las separaban.

Nos abrimos paso.

Los láseres se detuvieron instantáneamente. En cuestión de segundos los gases intestinales de la *Rorschach* habían atirantado la piel de la tienda. Una negra humareda de carbono se arremolinaba en la atmósfera, repentinamente densa.

Nadie nos disparó. Nadie reaccionó. Presiones parciales se amontonaban en ConSenso: metano, amoniaco, hidrógeno. Vapor de agua en abundancia, congelándose tan deprisa como se registraba.

Szpindel soltó un gruñido. Atmósfera reductora. Pre bola de nieve.

—Parecía decepcionado. A lo mejor es una acción en curso —sugirió James—. Como la estructura misma.

—A lo mejor.

Jack sacó la lengua, un gigantesco espermatozoide mecánico de cola mióptica. Su cabeza era un rombo de piel gruesa, acorazada de cerámica en su sección transversal; el diminuto cargamento de sensores que anidaban en su núcleo eran rudimentarios, pero lo bastante pequeños como para que el conjunto entero pudiera hilvanarse por el minúsculo ojal practicado por el láser. Se desenrolló agujero abajo, lamiendo el nuevo orificio de la *Rorschach*.

—Está oscuro ahí abajo —observó James.

Bates:

—Pero hace calor. —281 K. Por encima del nivel de congelación.

El endoscopio surgió a las tinieblas. Los infrarrojos nos ofrecieron la granulosa imagen gris de un... un túnel, al parecer, repleto de niebla y exóticas formaciones rocosas. Las paredes se curvaban como las de un panal, como el interior de un intestino fosilizado. Los callejones sin salida y las bifurcaciones

proliferaban a lo largo del pasadizo. El sustrato básico parecía ser una densa masa de hojas de fibra de carbono. Algunos de los espacios entre aquellas capas eran poco más anchos que una uña; otros parecían lo suficientemente espaciosos como para servir de fosas comunes.

—Damas y caballeros —dijo en voz baja Szpindel—. El Baklava del Diablo.

Juraría que vi moverse algo. Juraría que me resultaba familiar.

La cámara se apagó.

Rorschach

*Las madres quieren más a sus hijos que los padres
porque están más seguras de que son suyos.*

Aristóteles

No pude despedirme de papá. Ni siquiera sabía dónde estaba.

No quería despedirme de Helen. No quería volver allí. Ése era el problema: no hacía falta. No quedaba ningún sitio en el mundo donde la montaña no pudiera levantarse sin más e ir a Mahoma. El Paraíso era un mero suburbio de la aldea global, y la aldea global me dejaba sin excusas.

Enlacé desde mi apartamento. Mis nuevas incrustaciones —específicas para la misión, deslizadas en mi cabeza justo una semana antes— estrecharon la mano a la noosfera y llamaron a las puertas del cielo. Un espíritu servicial, más plausible que san Pedro ya que no menos etéreo, tomó nota de mi mensaje y desapareció.

Estaba dentro.

Aquello no era ninguna antecámara, ninguna sala de espera. El Paraíso no estaba pensado para las visitas espontáneas; cualquier paraíso en el que los encorsetados en carne se sintieran como en casa habría sido intolerablemente pedestre para las almas incorpóreas que allí habitaban. Naturalmente, no había razón por la que los visitantes y los residentes debieran compartir la misma vista. Podría haber materializado de la nada cualquier panorama convencional si hubiera querido, podría haber visto este sitio renderizado en cualquier estilo de mi elección. Salvo por los ascendidos en sí, por supuesto. Ésa era una de las ventajas de la otra vida: sólo ellos decidían qué cara veíamos nosotros.

Pero la cosa en que se había convertido mi madre no tenía cara, y antes muerto que dejar que me viera escondido tras una máscara.

—Hola, Helen.

—¡Siri! ¡Qué sorpresa más estupenda!

Ella era una abstracción dentro de una abstracción: una intersección

imposible de decenas de paneles brillantes, como si todas y cada una de las partes desmontadas de una vidriera se hubieran encendido y puesto en movimiento. Se arremolinaba ante mí como un banco de peces. Su mundo imitaba a su cuerpo: luces, ángulos y tridimensionales imposibilidades de Escher, apiladas como radiantes nubarrones. Y sin embargo, de alguna manera la habría reconocido en cualquier parte. El Paraíso era un sueño; sólo al despertar caía uno en la cuenta de que los personajes que se encontraba no se parecían en nada a cómo eran en la vida real.

Sólo había un distintivo familiar en todo el espectro sensorial. El cielo de mi madre olía a canela.

Contemplé su avatar luminoso y me imaginé el corpus empapado en un tanque de nutrientes, a gran profundidad bajo tierra.

—¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien. Aunque claro, lleva un poco de tiempo acostumbrarse, saber que tu mente ya no es realmente tuya. —El Paraíso no se limitaba a alimentar los cerebros de sus residentes; se alimentaba de ellos a su vez, aprovechaba el exceso de energía de las sinapsis ociosas para ejecutar su propia infraestructura—. Te tienes que mudar aquí, cuanto antes mejor. No querrás irte nunca.

—De hecho, me voy —dije—. Embarcamos mañana.

—¿Embarcáis?

—El Kuiper. Ya sabes. ¿Las Luciérnagas?

—Ah, sí. Me parece que he oído algo al respecto. No recibimos muchas noticias del mundo exterior, ¿sabes?

—En cualquier caso, sólo quería pasarme a decir adiós.

—Me alegra que hayas venido. Esperaba verte sin, ¿sabes?

—¿Sin qué?

—Ya sabes. Sin tu padre escuchando a hurtadillas.

Otra vez no.

—Papá está en misión, Helen. Crisis interplanetaria. A lo mejor has oído algo.

—Por supuesto. ¿Sabes?, no siempre me han gustado las... misiones prolongadas de tu padre, aunque puede que en realidad fuera lo mejor. Cuanto menos estuviera cerca, menos podría hacer.

—¿Hacer?

—Hacerte. —La aparición se quedó inmóvil unos instantes, fingiendo vacilación—. Nunca te lo he contado antes, pero... no. No debería.

—¿No deberías qué?

—Reabrir, en fin, viejas heridas.

—¿Qué viejas heridas? —Justo mi frase. No podía evitarlo, estaba demasiado bien adiestrado. Siempre ladraba cuando me daban la orden.

—Bueno —empezca—, a veces volvías... eras tan, tan joven... y tu expresión era tan dura y decidida, y yo me preguntaba: ¿por qué estás tan enfadado, pequeño? ¿Qué puede pasar para que alguien tan joven esté tan enfadado?

—Helen, ¿de qué estás hablando? ¿Volvía de dónde?

—De los sitios a los que él te llevaba. —Algo parecido a un estremecimiento surcó sus facetas—. Él todavía estaba en casa por aquel entonces. No era tan importante, un simple contable aficionado al kárate, empeñado en desvariar sobre medicina forense, teoría de juegos y astronomía hasta que todo el mundo se quedaba dormido.

Intenté imaginármelo: mi padre, el parlanchín.

—No parece propio de papá.

—Bueno, claro que no. Eras demasiado joven para acordarte, pero por aquel entonces él no era más que un pobre hombre. Todavía lo es, en realidad, bajo todas esas misiones secretas y reuniones clasificadas. Pero ya entonces le gustaba... En fin, no era culpa suya, supongo. Tuvo una infancia muy complicada, y nunca aprendió a afrontar los problemas como un adulto. Él, en fin, le gustaba imponerse, por así decirlo. Yo eso no lo sabía antes de casarnos, por supuesto. De lo contrario, me... Pero hice un pacto, hice un pacto, y no lo rompí nunca.

—¿Qué, me estás diciendo que te maltrataba? —*De los sitios a los que él te llevaba*—. ¿Me... me estás diciendo que me maltrataba a mí?

—El maltrato tiene muchas caras, Siri. A veces las palabras hacen más daño que las balas. Y el abandono de un niño...

—Él no me abandonó. —*Me dejó contigo*.

—Nos abandonaba a los dos, Siri. A veces durante meses seguidos, y yo... nosotros no sabíamos nunca si regresaría. Fue decisión suya hacernos eso, Siri. No le hacía falta ese empleo, había muchas otras cosas para las que estaba cualificado. Cosas que eran superfluas desde hacía años.

Sacudí la cabeza, incrédulo, incapaz de decir en voz alta: ¿lo odiaba porque no había tenido el detalle de volverse innecesario?

—Papá no tiene la culpa de que la seguridad planetaria siga siendo un servicio fundamental —dije.

Continuó como si no me hubiera oído.

—Hubo un tiempo en que era inevitable, en que la gente de nuestra edad tenía que trabajar para llegar a fin de mes. Pero incluso por aquel entonces la gente quería pasar tiempo con su familia. Aunque no se lo pudieran permitir. Elegir... elegir seguir trabajando cuando ni siquiera era necesario, eso es... —Se fragmentó y se recompuso a mi lado—. Sí, Siri. Creo que eso es una clase de maltrato. Y si tu padre me hubiera sido la mitad de leal que yo a él durante todos estos años...

Me acordé de Jim, la última vez que lo había visto: esnifando vasopresina bajo la atenta mirada de unos centinelas robotizados.

—No creo que papá haya sido desleal con ninguno de los dos.

Helen suspiró.

—No espero que lo entiendas realmente. No soy tan estúpida, he visto lo que ocurría. Tuve que criarte básicamente sola todos estos años. Siempre me tocó a mí hacer el papel de mala, siempre tuvo que ser mi mano la que te impusiera disciplina porque tu padre estaba por ahí en alguna «misión secreta». Luego venía a casa a pasar una o dos semanas y se las daba de niño bueno por dignarse visitarnos. En realidad no te culpo por eso más que a él. La culpa no resuelve nada ya. Sencillamente pensaba... en fin, la verdad, pensaba que deberías saberlo. Tómatelo como quieras.

Un recuerdo, inesperado: llamado a la cama de Helen cuando tenía ocho años, su mano acariciándome la cicatriz, su aliento dulzón contra mi mejilla. «Ahora eres tú el hombre de la casa, Siri. No podemos seguir contando con tu padre. Sólo estamos tú y yo...» Me quedé un rato sin decir nada. Al final:

—¿No sirvió de nada?

—¿Qué quieres decir?

Miré a mi alrededor a toda aquella abstracción diseñada a medida: retroalimentación interna, lúcidamente soñada.

—Aquí eres omnipotente. Desea cualquier cosa, imagínate cualquier cosa; ahí la tienes. Pensé que te habría cambiado más.

Las baldosas arco iris bailaron y soltaron una risa forzada.

—¿No te parece cambio suficiente?

Ni de lejos.

Porque el Paraíso tenía una pega. Daba igual cuántos artilugios y avatares construyera Helen allí dentro, daba igual cuántos recipientes vacíos cantaran sus alabanzas o se compadecieran por las injusticias que había sufrido, en última instancia sólo estaba hablando sola. Había otras realidades sobre las que no tenía ningún control, otras personas que no jugaban según sus reglas... y si pensaban en Helen alguna vez, pensaban lo que les salía de las narices.

Podía pasarse el resto de su vida sin volver a ver a nadie. Pero sabía que estaban ahí fuera, y eso la volvía loca. Mientras salía del Paraíso, se me ocurrió que por omnipotente que fuera, sólo había una forma de que mi madre pudiera ser verdaderamente feliz en su propia creación personal.

El resto de la creación tendría que desaparecer.

—Esto no debería pasar —dijo Bates—. El blindaje era bueno.

La Banda estaba levantada al otro lado del tambor, ordenando algo en su tienda. Sarasti acechaba fuera del escenario hoy, controlando los procedimientos desde su habitación. Eso me dejaba con Bates y Szpindel en la sala común.

—Contra un impulso electromagnético directo, tal vez. —Szpindel se desperezó, sofocó un bostezo—. A veces los ultrasonidos crean campos magnéticos a través de los escudos, en tejidos vivos al menos. ¿Alguna posibilidad de que pudiera haberle ocurrido algo así a tus aparatos?

Bates extendió las manos.

—¿Quién sabe? Lo mismo podría ser todo magia negra y elfos ahí abajo.

—Bueno, no ha sido un desperdicio total. Podemos hacer algunas deducciones inteligentes, ¿eh?

—Como por ejemplo...

Szpindel levantó un dedo.

—Las capas que atravesamos no podrían ser el resultado de ningún proceso metabólico del que yo tenga conocimiento. De modo que no está «viva», no en términos biológicos. Aunque eso tampoco significa gran cosa hoy en día —añadió, paseando la mirada de reojo por el vientre de nuestra bestia.

—¿Y vida dentro de la estructura?

—La atmósfera es anóxica. Eso descarta probablemente cualquier tipo de vida multicelular compleja. Microbios, tal vez, aunque en tal caso espero fervientemente que aparezcan en las muestras. Pero cualquier cosa lo bastante compleja como para pensar, por no hablar de construir algo así —indicó la imagen que aparecía en ConSenso—, necesitaría un metabolismo que consumiera mucha energía, y eso significa oxígeno.

—¿Crees que está vacía?

—Yo no he dicho eso, ¿verdad? Sé que se espera de los alienígenas que sean muy misteriosos y eso, pero sigo sin entender por qué querría construir nadie una reserva natural del tamaño de una ciudad para sus microbios anaeróbicos.

—Tiene que ser el hábitat de algo. ¿Para qué molestarse en crear una atmósfera si se tratara de un simple instrumento de terraformación o algo así?

Szpindel esgrimió un dedo en dirección a la tienda de la Banda.

—Lo que dijo Susan. La atmósfera aún está en obras y nosotros tenemos libertad para pasearnos hasta que aparezcan los dueños.

—¿«Libertad»?

—Por así decirlo. Y ya sé que sólo hemos visto una fracción de una fracción de lo que hay dentro. Pero es evidente que algo nos vio venir. Nos recibió a gritos, que yo recuerde. Si son inteligentes y son hostiles, ¿por qué no disparan?

—A lo mejor lo están haciendo.

—Si hay algo escondido en el fondo del pasillo, destrozando tus robots, no lo está haciendo más deprisa de lo que cabría esperar de las condiciones ambientales básicas.

—Lo que tú llamas «condiciones ambientales básicas» podrían ser medidas antiinvasión activas. ¿Por qué si no este «hábitat» tan inhabitable?

Szpindel puso los ojos en blanco.

—Está bien, me confundí. No sabemos lo suficiente para hacer deducciones inteligentes.

No porque no lo hubiéramos intentado. Una vez irreparablemente frita la cabeza sensora de Jack, lo habíamos relegado a excavar la superficie; había ensanchado el orificio en incrementos infinitesimales, abrasando pacientemente el borde de nuestra mirilla inicial hasta que midió casi un metro de ancho. Entre tanto habíamos personalizado los soldados de Bates —los habíamos blindado

contra reactores nucleares y el interior de ciclotrones— y una vez alcanzado el perigeo los habíamos lanzado contra *Rorschach* como piedras arrojadas a un bosque encantado. Todos ellos habían traspasado el portal de Jack, desenrollando filamentos finos como bigotes de gato tras ellos para transmitir información por la atmósfera cargada.

Habían enviado atisbos, más que nada. Unas pocas viñetas ampliadas. Habíamos visto moverse las paredes de *Rorschach*, lánguidas ondas peristálticas que se propagaban por sus entrañas. Habíamos visto pegajosas invaginaciones en obras, minuciosas constricciones que supuestamente, con el tiempo, aislarían un pasadizo. Nuestros soldados habían surcado planeando algunas zonas, cruzado a trompicones otras donde el ambiente magnético les hacía perder el equilibrio. Habían cruzado extrañas gargantas revestidas de dientes como navajas, miles de hojas triangulares dispuestas en hileras paralelas, helicoidales. Habían bordeado con cuidado nubes de niebla tallada en abstractas formas fractales, fluctuantes e interminablemente recursivas, ensartadas sus gotas cargadas en una miríada de líneas de fuerza electromagnética convergentes.

Al final, hasta el último de ellos había muerto o desaparecido.

—¿Hay algún modo de aumentar el blindaje? —pregunté.

Szpindel me lanzó una mirada.

—Lo hemos cubierto todo excepto las cabezas sensoras —me explicó Bates—. Si las tapamos, nos quedaremos ciegos.

—Pero la luz visible es inofensiva. ¿Y si usamos enlaces puramente opt...?

—Estamos usando enlaces ópticos, comisario —me espetó Szpindel—. Y por si no te has percatado esa mierda sigue filtrándose.

—¿Pero no hay, ya sabes —busqué el término adecuado—, filtros de paso de banda? ¿Algo que permita la entrada de longitudes de onda visibles y aisle las letales a ambos lados?

Soltó un bufido.

—Claro. Se llama atmósfera, y si nos hubiéramos traído alguna... unas cincuenta veces más profunda que la de la Tierra... a lo mejor conseguía bloquear en parte el caldo ese de ahí abajo. Vale, la Tierra también recibe mucha ayuda de su campo magnético, pero no pienso jugarme el cuello por ningún EM que instalemos en ese sitio.

—Si por lo menos dejáramos de tropezamos con esos picos —dijo Bates—. Ése es el verdadero problema.

—¿Son aleatorios? —pregunté.

El encogimiento de hombros de Szpindel pareció un escalofrío.

—No creo que haya nada aleatorio en ese lugar. ¿Pero quién sabe? Necesitamos más información.

—La cual no es probable que obtengamos —dijo James, caminando a nuestro encuentro alrededor del techo— si seguimos quedándonos sin drones.

El condicional era pura formalidad. Habíamos probado suerte y sacrificado un robot tras otro con la esperanza de que a uno de ellos le tocara la lotería; las tasas de supervivencia tendían exponencialmente a cero con la distancia del campamento base. Habíamos intentado escudar el filamento óptico para reducir la fuga de apertura; los cables resultantes eran rígidos y poco prácticos, envueltos en tantas capas de ferrocerámica que prácticamente era como si estuviéramos conduciendo a las máquinas con un palo.

Habíamos intentado cortar las sujeciones y enviar a los robots a explorar por su cuenta, agachando la cabeza contra la ventisca radiante y almacenando sus hallazgos para un volcado posterior; no había regresado ninguno. Lo habíamos intentado todo.

—Podemos entrar nosotros —dijo James.

Casi todo.

—Claro —respondió Szpindel, con una voz que quería decir de todo menos «claro».

—Es la única manera de averiguar algo útil.

—Ya. Como cuántos segundos tarda el cerebro en convertirse en sopa de sincrotrón.

—Podemos blindar nuestros trajes.

—Ah, ¿como los drones de Mandy, quieres decir?

—En serio, preferiría que no me llamaras así —observó Bates.

—La cuestión es que *Rorschach* te mata tanto si eres de carne como mecánico.

—La cuestión es que la carne muere de forma diferente —replicó James—. Tarda más.

Szpindel sacudió la cabeza.

—Estaríais más que muertos en cuestión de cincuenta minutos. Aun

blindados. Aun en las llamadas zonas frías.

—Y completamente asintomáticos durante tres horas o más. E incluso después de eso tardaríamos días en morir de verdad, y volveríamos aquí mucho antes de eso, y la nave podría parchearnos así de fácil. Eso lo sabemos, Isaac, está justo ahí, en ConSenso. Y si nosotros lo sabemos, tú también. Así que ni siquiera deberíamos estar teniendo esta discusión.

—¿Ésa es tu solución? ¿Saturarnos de radiación cada treinta horas para que luego yo tenga que extirpar los tumores y remendar las células de todo el mundo?

—Las vainas son automáticas. No tendrías que mover ni un dedo.

—Por no mencionar el efecto de esos campos magnéticos sobre el cerebro. Estaríamos alucinando desde que pusiéramos el pie en...

—Trajes de Faraday.

—Ah, para entrar ciegos y sordos. Buena idea.

—Podemos dejar pasar la luz. Infrarrojos...

—Todo es EM, Suze. Aunque selláramos completamente los cascos y empleáramos cámaras, sufriríamos filtraciones en la junta del cable.

—Algunas, sí. Pero mejor eso...

—Jesús. —Un espasmo de la comisura de los labios de Szpindel dejó gotitas de saliva flotando en el aire—. Déjame hablar con Mi...

—Ya lo he discutido con el resto de la Banda, Isaac. Todos estamos de acuerdo.

—¿Que todos estáis de acuerdo? Eso no es una mayoría suficiente, Suze. Que tengas el cerebro dividido en trocitos no significa que cada porción valga por un voto.

—No veo por qué no. Cada uno de nosotros es por lo menos tan inteligente como tú.

—Todos son tú. Sólo que particionados.

—No parece que te suponga ningún problema tratar a Michelle como un ente individual.

—Michelle es... o sea, sí, todos sois facetas muy diferentes, pero sólo hay un original. Tus alter...

—No nos llames así. —Sascha irrumpió con voz fría como el oxígeno líquido—. Nunca.

Szpindel intentó corregirse.

—No pretendía... Tú sabes que yo no...

Pero Sascha se había ido ya.

—¿Qué intentas decir? —preguntó la voz más suave que llegó tras su estela—. ¿Te crees que soy simplemente... que en realidad soy mamá, que actúo y finjo? ¿Te crees que cuando estamos juntos estás solo con ella?

—Michelle —se lamentó Szpindel—. No. Lo que creo...

—Da igual —intervino Sarasti—. Aquí no se vota.

Flotaba sobre nuestras cabezas, parapetado tras su visor e inescrutable en el centro del tambor. Ninguno de nosotros lo había visto llegar. Giró lentamente sobre su eje, manteniéndonos a todos a la vista mientras rotábamos a su alrededor.

—*Escila* preparada. Amanda necesita dos soldados sin correa con armamento preventivo. Cámaras de uno a un millón de ángstroms, timpánicos blindados, nada de circuitos autónomos. Reforzadores de plaquetas, dimenhidrinato y yoduro de potasio para todos antes de las 13:50.

—¿Todos? —preguntó Bates.

Sarasti asintió con la cabeza.

—La ventana se abre a las cuatro horas veintitrés. —Empezó a alejarse columna abajo.

—Yo no —dije.

Sarasti se detuvo.

—Yo no formo parte de las operaciones de campo —le recordé.

—Ahora sí.

—Soy un sinteticista. —Y él lo sabía. Por supuesto que lo sabía, todos lo sabían: no se puede observar un sistema a menos que te quedes fuera de él.

—En la Tierra eres un sinteticista. En el Kuiper eres un sinteticista. Aquí eres masa. Haz lo que se te ordena.

Desapareció.

—Bienvenido al conjunto —dijo Bates en voz baja.

La miré mientras el resto del grupo se disolvía.

—Sabes que yo...

—Estamos muy lejos, Siri. No podemos esperar catorce meses a que tus jefes nos digan algo, y lo sabes.

Saltó sin coger carrerilla y trazó un arco limpio entre los hologramas hasta el núcleo ingrávido del tambor. Pero allí se detuvo, como distraída por una revelación súbita. Se aferró a un conducto espinal y giró para encararse conmigo.

—No deberías hacerte de menos —dijo—. Y tampoco a Sarasti. Eres un observador, ¿no? Es una apuesta segura decir que ahí abajo habrá muchas cosas dignas de ser observadas.

—Gracias —respondí. Pero ya sabía por qué estaba enviándome Sarasti a la *Rorschach*, y no era sólo para «observar».

Tres agentes valiosos en la boca del lobo. Más un señuelo que aumentaba a una entre cuatro las probabilidades de que el enemigo apuntara a alguien menos valioso.

*Entonces se apoderará de ti el espíritu del Señor,
profetizarás con ellos y serás transformado en otro hombre.*

1 Samuel 10:6

—Probablemente estuvimos fracturados durante la mayor parte de nuestra evolución —me dijo una vez James, cuando todavía estábamos empezando a conocernos. Se dio un golpecito en la sien—. Aquí arriba hay espacio de sobra; un cerebro moderno puede ejecutar decenas de núcleos inteligentes sin esforzarse demasiado. Y la realización de múltiples tareas en paralelo supone indudables ventajas a la hora de sobrevivir.

Asentí con la cabeza.

—Diez cabezas mejor que una.

—Nuestra integración podría haber ocurrido bastante recientemente, de hecho. Algunos expertos opinan que aún podemos revertir a esa multiplicidad en circunstancias adecuadas.

—Bueno, está claro. Tú eres la prueba viviente.

Negó con la cabeza.

—No me refiero a la partición física. Somos el último grito, sin duda, pero en teoría ni siquiera haría falta una operación quirúrgica. El simple estrés podría conseguir algo parecido, si fuera lo bastante fuerte. Si se produjera en una fase temprana de la niñez.

—No me digas.

—Bueno, en teoría —reconoció James, y cambió a Sascha para continuar—. En teoría, los cojones. Hay casos documentados hace no más de cincuenta años.

—¿En serio? —Resistí la tentación de consultarlo en mis incrustaciones; la mirada desenfocada puede ser delatora—. No lo sabía.

—Bueno, no es que se hable mucho de ello ahora. Por aquel entonces eran unos putos bárbaros con los multinúcleo... Se consideraba un «trastorno» y se

trataba como si fuera una especie de enfermedad. Y su idea de una cura pasaba por conservar uno de los núcleos y asesinar a todos los demás. No lo llamaban asesinato, naturalmente. Lo llamaban «integración» o alguna chorrada por el estilo. Eso es lo que hacía la gente por aquel entonces: creaban otras personas para que soportasen todos los abusos y las torturas, y cuando ya no las necesitaban se deshacían de ellas.

No era el tono que la mayoría de nosotros esperaba encontrarse en una fiesta supuestamente pensada para romper el hielo. James había retomado el asiento del conductor y la conversación había vuelto a la normalidad.

Pero no había oído que ningún integrante de la Banda utilizara el término «alter» para describir a los otros, ni entonces ni después. Cuando Szpindel lo dijo me pareció algo inocuo. Me pregunté por qué se habrían ofendido de esa manera... y ahora, flotando a solas en mi tienda con unos pocos minutos que matar previos a la operación, no había nadie para ver cómo se desenfocaba mi mirada.

«Alter» se remontaba a hacía más de un siglo, me dijo ConSensio. Sascha tenía razón; hubo un tiempo en que el CMN era TPM, un «trastorno» más que un «complejo», y no se había inducido nunca premeditadamente. Según los expertos de la época, las personalidades múltiples surgían espontáneamente de inimaginables calderos de abuso, imágenes fragmentarias sacrificadas a violaciones y palizas mientras el niño que estaba detrás de ellas se refugiaba en algún santuario ignoto entre los pliegues del cerebro. Se trataba tanto de una estrategia de supervivencia como de un tributo ritual: almas indefensas que se hacían pedazos y ofrendaban fragmentos de su ser con la desesperada esperanza de que los iracundos dioses llamados mamá o papá no fueran insaciables.

Nada de todo aquello había sido real, como se descubrió. O por lo menos, no se había confirmado nada. Los expertos de entonces eran poco más que chamanes enfrascados en rituales improvisados: retorcidas entrevistas subjetivas llenas de preguntas coaccionantes y pistas no verbales, búsquedas de chatarra por infancias regurgitadas. A veces una inyección de litio o haloperidol si los abalorios y los cascabeles no funcionaban. La tecnología necesaria para cartografiar la mente acababa de despegar; la tecnología necesaria para editarla estaba a años de distancia. De modo que los «terapeutas» y «psicólogos» tanteaban a sus víctimas y se inventaban nombres para las cosas que no entendían, y discutían postrados ante los altares de Freud, Klein y los antiguos astrólogos. Haciendo todo lo posible por sonar como científicos.

Inevitablemente, fue la ciencia lo que los aplastó a todos; el TPM era una moda pasajera casi olvidada antes incluso de la llegada de la remodelación

sináptica. Pero «alter» era una palabra de aquella época, y sus connotaciones persistían. Entre quienes recordaban la historia, alter equivalía a traición y sacrificio humano. Alter significaba carne de cañón.

Si me imaginaba la topología de las almas coexistentes de la Banda podía entender por qué Sascha abrazaba la mitología. Podía entender por qué Susan se lo permitía. Después de todo, el concepto no tenía nada de implausible; la mera existencia de la Banda daba fe de ello. Y cuando uno ha sido arrancado de una entidad preexistente, esculpido de la inexistencia directamente en la edad adulta — un mero fragmento de personalidad, sin tan siquiera un cuerpo que considerar propio a tiempo completo—, se puede permitir el lujo de sentir cierta cantidad de rabia. Claro que sois todos iguales, estáis todos en el mismo barco. Claro que no hay ninguna personalidad mejor que otra. La de Susan sigue siendo la única que tiene apellido.

Mejor dirigir ese resentimiento contra antiguas afrentas, reales o imaginarias; menos problemático, al menos, que descargarlo sobre alguien con quien compartes carne y hueso.

Comprendí otra cosa, además. Rodeado de gráficos que documentaban el imparable crecimiento del leviatán que teníamos debajo, no sólo podía ver por qué Sascha se había opuesto a aquel término; veía también por qué Isaac Szpindel, sin duda inconscientemente, lo había empleado para empezar.

Por lo que a la Tierra respectaba, todos los tripulantes de la *Teseo* éramos alter.

Sarasti se quedó atrás. No tenía un sustituto.

Allí estábamos los demás, no obstante, apiñados en el trasbordador, encajonados en unos trajes espaciales tan acolchados con protecciones que parecíamos buzos sacados de otro siglo. Era un equilibrio aceptable; el exceso de blindaje habría sido peor que su ausencia, dividiría las partículas primarias en secundarias, igual de letales y dos veces más numerosas. A veces había que vivir con una exposición moderada; la única alternativa pasaba por arrojarse en plomo como un insecto en su pupa.

Despegamos seis horas antes del perigeo. *Escila* corría delante como una niña entusiasmada, dejando atrás a su progenitora. No había ningún entusiasmo en los sistemas que me rodeaban, sin embargo. Excepto en uno: la Banda de los Cuatro se mostraba exultante tras su coraza facial.

—¿Nerviosa? —le pregunté.

Respondió Sascha:

—«Nerviosa», joder. Trabajo de campo, Keeton. Primer contacto.

—¿Y si no hay nadie? —*¿Y si hay alguien, y no le caemos bien?*

—Mejor aún. Así podremos estudiar sus señales de tráfico y sus cajas de cereales sin sus polis vigilándonos constantemente por encima del hombro.

Me pregunté si estaría hablando por los demás. Estaba casi seguro de que no hablaba por Michelle.

Todas las escotillas de *Escila* se habían sellado. No había vista del exterior, nada que ver dentro salvo robots, cuerpos y la silueta enmarañada que no dejaba de crecer en el HUD de mi casco. Pero podía sentir la radiación traspasando nuestra armadura como si estuviera hecha de pañuelos de papel. Podía sentir las enrevesadas crestas y trochas del campo magnético de la *Rorschach*. Podía sentir a la *Rorschach* misma, cada vez más próxima: el dosel calcinado de un bosque alienígena arrasado por el fuego, mas paisaje que artefacto. Me imaginé titánicos arcos de electricidad saltando entre sus ramas. Me imaginé en su camino.

¿Qué clase de criaturas elegirían vivir en semejante sitio?

—En serio crees que haremos buenas migas —dije.

El encogimiento de hombros de James pasó casi desapercibido bajo su armadura.

—Puede que no al principio. Quizá hayamos empezado con mal pie, tal vez haya que aclarar toda clase de malentendidos. Pero tarde o temprano llegaremos a entendernos.

Evidentemente creía que eso respondía a mi pregunta.

El traspasador se escoró; chocamos como bolos unos con otros. Treinta segundos de micromaniobras nos condujeron a una parada sólida. Una animación jovial se desplegaba en el HUD en verdes y azules: el sello de amarre del traspasador, traspasando la membrana que hacía las veces de entrada al vestíbulo hinchable de la *Rorschach*. Aun como dibujo animado parecía vagamente pornográfico.

Bates se había instalado previamente junto a la escotilla. Corrió a un lado la puerta interior.

—Agachaos todos.

No era una maniobra sencilla, envueltos en soportes vitales y

ferrocerámicas. Los cascos se ladearon y entrechocaron. Los soldados, aplastados sobre nuestras cabezas como mortíferas cucarachas gigantes, cobraron vida con un zumbido y se despegaron del techo. Se abrieron paso entre chirridos hasta la estrecha estancia frontal, saludaron a su ama con crípticos bamboleos, y abandonaron el escenario por la izquierda.

Bates cerró la escotilla interior. La cerradura rotó y volvió a abrirse a una cámara vacía.

Todo en orden, según el tablero. Los drones esperaban pacientemente en el vestíbulo. Nada se había abalanzado sobre ellos.

Bates los siguió.

Tuvimos que esperar una eternidad a que llegara la imagen. La tasa de baudio podría medirse con cuentagotas. Las palabras viajaban en ambos sentidos sin problemas —«Sin sorpresas por el momento», informó Bates con un vibrato de birimbao distorsionado—, pero cualquier imagen valía más que un millón de ellas, y...

Ahí: a través de los ojos del soldado de detrás veíamos al soldado de delante en inmóvil monocromo granuloso. Era una postal del pasado: la vista dio paso al sonido, torpes y densas vibraciones de metano que chocaban con el casco. Cada imagen plagada de estática tardaba unos segundos interminables en concretarse en el HUD: los soldados descendiendo al foso; los soldados emergiendo al duodeno de *Rorschach*; un críptico y hostil paisaje cavernoso en incrementos sistemáticos. En la esquina inferior izquierda de cada imagen se sucedían las mediciones cronológicas y los teslas.

Se pierde mucho cuando uno deja de confiar en el espectro electromagnético.

—Tiene buena pinta —informó Bates—. Voy a mirar.

En un universo más benévolo las máquinas habrían planeado por el bulevar, transmitiendo imágenes perfectas de resolución cristalina. Szpindel y la Banda estarían tomando café en el tambor, encargándoles a los soldados que tomaran una muestra de esto o un primer plano de aquello. En un universo más benévolo, yo ni siquiera estaría aquí.

Bates apareció en la siguiente postal, emergiendo de la fístula. En la siguiente estaba dando la espalda a la cámara, aparentemente oteando el perímetro.

En la siguiente nos estaba mirando de frente.

—Oh... OK —dijo—. Venga... bajad...

—No tan deprisa —repuso Szpindel—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Un poco... rara, pero...

—¿Rara cómo? —El envenenamiento por radiación se anunciaba con náuseas, pero a menos que hubiéramos errado seriamente nuestros cálculos eso no ocurriría hasta dentro de una o dos horas. No hasta mucho después de que todos estuviéramos letalmente cocidos.

—Ligera desorientación —informó Bates—. Esto es un poco espeluznante, pero... debe de ser el síndrome de Grey. Es tolerable.

Miré a la Banda. La Banda miró a Szpindel. Szpindel se encogió de hombros.

—Las cosas no se van a poner mejor —dijo Bates a lo lejos—. El tiempo... el tiempo es oro, muchachos. Bajad aquí.

Bajamos.

Aquel lugar no estaba vivo, ni por asomo.

Embrujado, más bien.

Aunque las paredes no se movieran, se movían: siempre por el rabillo del ojo, esa sensación de movimiento reptante. Siempre en segundo plano en la mente esa sensación de estar siendo observado, la sobrecogedora certeza de que unos alienígenas malévolos nos espiaban sin que pudiéramos verlos. Más de una vez giré sobre los talones, esperando pillar a uno de esos fantasmas al descubierto. Lo único que llegué a ver fue un soldado medio ciego flotando por el pasillo, o un tembloroso compañero de tripulación devolviéndome la mirada con los ojos como platos. Y las paredes de algún tipo de resplandeciente lava negra con cien ojos incrustados, todos ellos cerrados de golpe un momento antes. Nuestras luces repelían la oscuridad puede que unos veinte metros en todas direcciones; más allá, un hervidero de sombras y niebla. Y los sonidos... *Rorschach* rechinaba a nuestro alrededor como un antiguo barco de madera atrapado en el hielo. La electricidad siseaba como serpientes de cascabel.

Te dices que son simples imaginaciones. Te recuerdas que está todo bien documentado, que es una consecuencia inevitable de arrimar demasiado la carne al magnetismo. Los campos de alta energía liberan los fantasmas y los grises de tu

lóbulo temporal, extraen un temor paralizante del mesencéfalo para saturar la mente consciente. Te joden los nervios motrices y consiguen que incluso las incrustaciones latentes tañan como frágil cristal.

Artefactos de energía. Eso es lo que son, nada más. No dejas de repetírtelo, te lo repites tantas veces que pierde cualquier pretensión de racionalidad y evoluciona en un ensalmo recitado de memoria, un hechizo para mantener a raya a los espíritus malignos. No son reales, estas voces que susurran justo contra tu casco, esas criaturas entrevistas que oscilan al límite de la visión. Son efectos mentales, los mismos pases de manos neurológicos que convencieron a la gente durante eras de que estaban siendo acosados por fantasmas, abducidos por alienígenas, cazados por...

... vampiros...

... y te preguntas si Sarasti se habrá quedado atrás realmente o si ha estado allí desde el principio, esperándote...

—Otro pico —advirtió Bates mientras los teslas y los sieverts repuntaban en mi HUD—. Esperad.

Estaba instalando la jaula de Faraday. O intentándolo. Debería ser fácil; ya había extendido la línea de anclaje principal desde el vestíbulo a la flácida bolsa que flotaba en medio del pasadizo. Era... eso, algo acerca de una línea de muelle. Para, para mantener la campana centrada. La pared brillaba como arcilla mojada a la luz de la lámpara de mi cabeza. Runas satánicas resplandecían en mi imaginación.

Aseguré la zapata de la línea de muelle contra la pared. Podría haber jurado que el sustrato se encogió. Disparé mi pistola de propulsión y me retiré al centro del pasadizo.

—Aquí están —susurró James.

Había algo. Podía sentirlo detrás de mí en todo momento, daba igual adónde me girara. Podía sentir una inmensa oscuridad rugiente arremolinándose justo fuera de mi vista, una boca voraz tan grande como el mismo túnel. De un momento a otro se abalanzaría a una velocidad imposible y nos engulliría a todos.

—Son preciosos... —dijo James. No había ni rastro de temor en su voz. Fascinación, si acaso.

—¿Qué? ¿Dónde? —Bates no dejaba de dar vueltas, intentando contemplar los trescientos sesenta grados a la vez. Los drones a su mando se bamboleaban sin cesar a los lados, paréntesis blindados que apuntaban al pasadizo en direcciones opuestas—. ¿Qué ves?

—Ahí fuera no. Aquí dentro. Por todas partes. ¿No podéis verlo?

—Yo no veo nada —dijo Szpindel, con voz temblorosa.

—Está en los campos electromagnéticos —dijo James—. Así se comunican. La estructura entera está llena de lenguaje, es...

—No veo nada —repitió Szpindel. Su aliento despertó ecos acelerados y estridentes por todo el enlace—. Estoy ciego.

—Mierda. —Bates se volvió hacia él—. ¿Cómo es posible... la radiación...?

—N-no creo que se trate de eso.

Nueve teslas, y los fantasmas estaban por todas partes. Olía a asfalto y melaza.

—¡Keeton! —me llamó Bates—. ¿Estás con nosotros?

—S-sí. —A duras penas. Había regresado a la campana, mi mano estaba en la línea de sujeción. Intentaba ignorar lo que fuera que estaba dándome golpecitos en el hombro.

—¡Deja eso! ¡Llévatelo!

—¡No! —Szpindel flotaba a la deriva en el pasadizo, con su pistola rebotando contra la correa de su muñeca—. No, tiradme algo.

—¿Cómo?

Todo está en tu cabeza. Todo está en tu...

—¡Que me tiréis algo! ¡Lo que sea!

Bates vaciló.

—Pero no decías que te habías quedado cie...

—¡Hacedlo!

Bates se sacó del cinturón una batería de repuesto del traje y la lanzó. Szpindel estiró el brazo, hizo aspavientos. La batería se le escurrió de los dedos y rebotó contra la pared.

—Estoy bien —jadeó—. Llevadme a la tienda.

Tiré del cordón. La campana se infló como un gigantesco merengue acerado.

—¡Todo el mundo adentro! —Bates disparó su pistola con una mano y agarró a Szpindel con la otra. Me lo pasó y plantó una vaina sensora en la piel de la tienda. Levanté la lona blindada de la entrada como si estuviera arrancando una

costra de su herida. La singular molécula de debajo, infinitamente alargada, infinitamente plegada sobre sí misma, se arremolinaba y brillaba como una pompa de jabón.

—Mételo aquí. ¡James! ¡Ven aquí abajo!

Empujé a Szpindel a través de la membrana. Ésta se abrió a su alrededor con intimidad presurizada, abrazándose a cada resquicio y contorno mientras pasaba.

—¡James! ¿Estás...?

—¡Quitádmela de encima! —La voz desgarrada, ronca y asustada, tan masculina como podía sonar una mujer. Cruncher al mando—. ¡Quitádmela de encima!

Miré atrás. El cuerpo de Susan James flotaba lentamente sin rumbo en el túnel, agarrándose la pierna derecha con las dos manos.

—¡James! —Bates planeó hasta la otra mujer—. ¡Keeton! ¡Ayuda! —Cogió a la Banda por el brazo—. ¿Cruncher? ¿Cuál es el problema?

—¡Eso! ¿Estás ciega? —No sólo estaba agarrando su pierna, comprendí al unirme a ellos. Estaba tirando de ella. Estaba intentando arrancársela.

Algo soltó una risa histérica, justo dentro de mi casco.

—Cógela del brazo —me dijo Bates, sujetándole el derecho, intentando aflojar el cepo mortal de sus dedos sobre la pierna de la Banda—. Cruncher, suelta. Ahora mismo.

—¡Quitádmela de encima!

—Es tu pierna, Cruncher. —Nos dirigimos como pudimos a la campana de inmersión.

—¡No es mi pierna! Mírala, cómo podría... Está muerta. Está pegada a mí...

Ya casi habíamos llegado.

—Cruncher, escucha —le espetó Bates—. ¿Estás conm...?

—¡Quitádmela!

Metimos a la Banda en la tienda. Bates se hizo a un lado cuando me zambullí detrás de ellas. Era asombroso cómo mantenía la calma. De alguna manera conseguía silenciar sus propios demonios y nos conducía a lugar seguro como un collie a sus ovejas ante la proximidad de una tormenta. Era...

No nos había seguido. Ni siquiera estaba allí. Me giré para ver su cuerpo

flotando fuera de la tienda, con una mano enguantada asida al borde de la lona; pero incluso bajo todas aquellas capas de kapton, chromel y policarbonato, incluso tras los reflejos distorsionados de su visor, podía ver que allí faltaba algo. Todas sus superficies habían desaparecido.

Ésta no podía ser Amanda Bates. La cosa que tenía ante mí poseía la misma topología que un maniquí.

—¿Amanda? —gimoteó la Banda a mi espalda, discretamente histérica.

Szpindel:

—¿Qué sucede?

—Voy a quedarme aquí fuera —anunció Bates. Sin la menor inflexión—. De todas formas ya estoy muerta.

—¿Qué...? —Szpindel tenía inflexiones de sobra—. Lo estarás, si no...

—Dejadme aquí —dijo Bates—. Es una orden.

Selló la entrada con nosotros dentro.

No era la primera vez, no para mí. Había sentido dedos hurgándome en el cerebro antes, revolviendo el cieno, arrancando las costras. Fue mucho más intenso cuando me lo hizo *Rorschach*, pero Chelsea era más...

... precisa, se podría decir.

Macramé, lo llamaba: puentes gliales, efectos en cascada, el trocear y picar de ganglios fundamentales. Mientras yo traficaba con la lectura de la arquitectura humana, Chelsea la cambiaba: encontrando los nodos críticos y dándoles un ligerísimo empujoncito, tirando una piedra a algún arroyo en los remansos de la memoria y viendo cómo las ondas se transformaban en una gigantesca catarata en lo más hondo de la psique, corriente abajo. Era capaz de puentear la felicidad en lo que se tardaba en preparar un bocadillo, reconciliarte con toda tu niñez en el transcurso de un par de pausas para almorzar.

Como tantos otros dominios inventados por el hombre, éste había aprendido a andar sin su ayuda. La naturaleza humana estaba convirtiéndose en una edición de cadena de montaje, y la humanidad misma estaba quedando relegada cada vez más de producción a producto. Aun así. Para mí, el conjunto de habilidades de Chelsea arrojó nueva luz sobre un extraño viejo mundo: el cortar y pegar de mentes, no por el bien de una sociedad abstracta, sino por las simples

necesidades egoístas del individuo.

—Déjame darte el don de la felicidad —dijo.

—Ya soy muy feliz.

—Te haré más feliz. Un AAT, yo invito.

—¿Aate?

—Ajuste de Actitud Transitorio. Sigo gozando de privilegios en Sax.

—Ya tengo ajustes de sobra. Como me cambies otra sinapsis acabaré siendo otra persona.

—Eso es ridículo y tú lo sabes. Si fuera así, cada experiencia que tuvieras te convertiría en otra persona.

Pensé en eso.

—A lo mejor lo hace.

Pero se negaba a dejarlo correr, y aun el alegato antifelicidad más convincente estaba predestinado a ser una propuesta insostenible; de modo que una tarde Chelsea revolvió sus armarios y sacó una redecilla para el pelo tachonada de grasientas arandelas grises. La red era una telaraña superconductor, fina como la niebla, que cartografiaba los campos del pensamiento hasta el mínimo detalle. Las arandelas eran imanes de cerámica que bañaban el cerebro con sus propios campos. Las incrustaciones de Chelsea enlazaban con una estación base que jugaba con las pautas de interferencia entre ambas.

—Antes necesitaban una máquina del tamaño de un cuarto de baño sólo para los imanes. —Hizo que me tendiera en el diván y me calara la malla en la cabeza—. Ése es el único milagro digno de calificarse como tal que se obtiene con un equipo portátil como éste. Podemos encontrar zonas calientes, e incluso podemos borrarlas si hace falta, pero los efectos de la estimulación magnética craneal desaparecen con el tiempo. Tendremos que ir a una clínica para conseguir algo permanente.

—¿Y qué es lo que queremos pescar, exactamente? ¿Recuerdos reprimidos?

—Eso no existe. —Sonrió con todos los dientes para tranquilizarme—. Sólo hay recuerdos que preferimos ignorar, o que evitamos dando un rodeo, si sabes a qué me refiero.

—Pensaba que éste era el don de la felicidad. ¿Por qué...?

Me puso un dedo en los labios.

—Aunque te cueste creerlo, Cyggers, la gente a veces decide ignorar incluso recuerdos agradables. Como, por ejemplo, si alguna vez disfrutaron con algo que en su opinión no deberían. O —me dio un beso en la frente— si piensan que no merecen ser felices.

—De modo que vamos a...

—Probar suerte. Nunca se sabe hasta que pican. Cierra los ojos.

Un suave ronroneo empezó a sonar en algún lugar entre mis orejas. La voz de Chelsea me guió por la oscuridad.

—Ahora bien, ten en cuenta que los recuerdos no son archivos históricos. Son... improvisaciones, más bien. Muchas de las cosas que se asocian con un suceso en particular podrían estar equivocadas en la práctica, da igual lo claramente que se recuerden. El cerebro tiene la manía de construir compuestos. De insertar detalles tras los hechos. Pero eso no quiere decir que tus recuerdos sean falsos, ¿vale? Son un reflejo sincero de cómo percibiste el mundo en su día, y hasta el último de ellos pasa a moldear cómo lo percibes ahora. Pero no son fotografías. Cuadros impresionistas, más bien. ¿Vale?

—Vale.

—Ah —dijo—. Ahí hay algo.

—¿Qué?

—Un núcleo dinámico. Muy activo en uso de bajo nivel, pero no lo suficiente como para invadir la consciencia. Veamos qué ocurre cuando...

Tenía diez años, había vuelto a casa temprano y acababa de entrar en la cocina, donde flotaba en el aire el aroma de la mantequilla fundida y el ajo. Papá y Helen estaban peleándose en la habitación contigua. La tapa del cubo de la basura se había quedado levantada, lo que ya por sí solo bastaba a veces para sacar a Helen de sus casillas. Pero estaban discutiendo por otra cosa; Helen «sólo quería lo mejor para todos», pero papá decía que «había límites» y «ésa no era forma de solucionar nada». A lo que Helen respondió que «tú no sabes lo que es, apenas vienes a verlo», y así supe que reñían por mí. Lo que de por sí no tenía nada de extraordinario.

Lo que me asustaba realmente era que, por primera vez en su vida, papá estaba respondiendo a los ataques.

—Algo así no se le impone a nadie. Sobre todo sin su consentimiento. —Mi padre no gritaba nunca y su voz sonaba tan baja y templada como siempre, pero jamás la había oído tan fría, dura como el hierro.

—Eso es una majadería —dijo Helen—. Los padres siempre toman decisiones por sus hijos, por su bien, sobre todo si se trata de problemas méd...

—Esto no es ningún problema médico. —Esta vez mi padre llegó a elevar el tono—. Es...

—¡Que no es ningún problema médico! ¡Eso es el colmo de la obstinación, hasta para ti! ¡Le extirparon la mitad del cerebro, por si se te había olvidado! ¿Crees que puede recuperarse de algo así sin ayuda? ¿Qué es esto, la sombra del «cariño estricto» de tu padre? ¡Por qué no le negamos la comida y el agua, ya que estamos!

—Si necesitara mu-ops ya se los habrían prescrito.

Sentí cómo se arrugaba mi gesto ante aquel término desconocido. Algo pequeño y blanco me hizo señas desde el cubo de la basura abierto.

—Jim, sé razonable. Es tan distante, apenas me dirige la palabra.

—Dijeron que llevaría tiempo.

—¡Pero dos años! No tiene nada de malo echarle una mano a la naturaleza, ni siquiera estamos hablando del mercado negro. ¡Ni siquiera hace falta receta, por el amor de Dios!

—Ésa no es la cuestión.

Un bote de pastillas vacío. Eso era lo que había tirado uno de ellos, antes de olvidarse de bajar la tapa. Lo rescaté de entre los desperdicios de la cocina y le di vueltas a la etiqueta en mi cabeza.

—A lo mejor la cuestión debería ser que alguien que casi no pasa ni tres meses al año en casa tenga la desfachatez de juzgar mis aptitudes maternas. Si quieres tener voz y voto en su educación, será mejor que zanjes algunas cuentas pendientes primero. Hasta entonces, te puedes ir a tomar por el culo.

—Nunca más vuelvas a meterle esa mierda en el cuerpo a mi hijo —dijo mi padre.

LIGAMEN™ FÓRMULA IV
PROMOTORES DEL RECEPTOR DE MU-OPIOIDES
ESTIMULANTE DE RESPUESTA MATERNAL
«ESTRECHANDO LOS LAZOS ENTRE MADRE E HIJO DESDE 2042»

—¿Sí? ¿Y cómo me lo vas a impedir, genio? Ni siquiera eres capaz de

encontrar tiempo para averiguar qué ocurre en tu propia familia; ¿crees que vas a poder controlarme desde la puta órbita? ¿Crees...?

De repente, lo único que llegaba de la sala de estar era un suave sonido gimoteante. Me asomé a la esquina.

Mi padre había agarrado a Helen por el pescuezo.

—Lo que creo —gruñó— es que soy capaz de impedir que vuelvas a hacerle algo a Siri, si hace falta. Y también creo que tú lo sabes. —, Entonces ella me vio. Y él. Mi padre soltó el cuello de mi madre, y su expresión se volvió impenetrable de repente.

Pero el triunfo en la de ella era inconfundible.

Me había levantado del diván, con la redecilla apretada en una mano. Chelsea estaba de pie a mi lado, con los ojos muy abiertos, la mariposa en su mejilla inmóvil como si estuviera muerta.

Me cogió la mano.

—Oh, Dios. Cuánto lo siento.

—¿Lo... lo has visto?

—No, claro que no. No puedo leer la mente. Pero eso evidentemente... eso no era un recuerdo agradable.

—Tampoco era tan malo.

Sentí un dolor agudo, incorpóreo, en alguna parte no muy lejos, como una mancha de tinta derramada en un mantel blanco. Tardé un momento en localizarlo: dientes clavados en mi labio.

Me acarició el brazo.

—Te ha puesto muy nervioso. Tus constantes vitales estaban... ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. No es nada. —Sabor a sal—. Aunque siento curiosidad por una cosa.

—Pregunta.

—¿Por qué quieres hacerme esto?

—Porque podemos hacer que desaparezca, Cygnus. Ésa es la cuestión.

Fuera lo que fuese lo que no te gustaba, ahora sabemos dónde se encuentra. Podemos entrar ahí y contenerlo así de fácil. Y después disponemos de días para eliminarlo permanentemente, si es eso lo que quieres. Vuelve a ponerte la malla y...

Me abrazó y me atrajo hacia ella. Olía a arena y sudor. Adoraba su olor. Por un momento, pude sentirme un poco a salvo. Por un momento pude sentirme como si el suelo no fuera a desaparecer bajo mis pies en cualquier momento. De alguna manera, cuando estaba con Chelsea, yo era importante.

Quería que me abrazara eternamente.

—Creo que no —dije.

—¿No? —Pestañeó, mirándome—. ¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes lo que dicen de la gente que no recuerda el pasado.

*Los depredadores corren por su cena. Las
presas corren por su vida.*

Viejo proverbio ecologista

Estábamos ciegos e indefensos, encajonados en una frágil burbuja tras las líneas enemigas. Pero los susurros habían cesado por fin. Los monstruos se habían quedado al otro lado de las mantas.

Y Amanda Bates estaba allí fuera con ellos.

—Qué cojones —exhaló Szpindel.

Los ojos tras su visor se veían activos e inquietos.

—¿Puedes ver? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué le ha pasado a Bates? ¿Se le rompió el traje?

—No lo creo.

—¿Entonces por qué ha dicho que estaba muerta? ¿Qué...?

—Quería decir literalmente —le expliqué—. No «puedo darme por muerta» ni «voy a morir». Quería decir muerta ahora. Como si fuera un cadáver parlante.

—¿Cómo...? —«¿...lo sabes?» Una pregunta estúpida. Su rostro sufrió tics y temblores dentro del casco—. Es una locura, ¿eh?

—Define locura.

La Banda flotaba en silencio, mejilla con mejilla detrás de Szpindel en el reducido habitáculo. Cruncher había dejado de obsesionarse con su pierna en cuanto sellamos la entrada. O puede sencillamente que lo hubieran reducido; me pareció ver facetas de Susan en la crispación de aquellos gruesos dedos enguantados.

El aliento de Szpindel resonaba de fondo en el enlace.

—Si Bates está muerta, nosotros también.

—A lo mejor no. Esperaremos a que pase el pico y saldremos de aquí. Además —añadí—, no estaba muerta. Sólo dijo que lo estaba.

—Joder. —Szpindel estiró el brazo y apretó la palma del guante contra la piel de la tienda. Tanteó la tela adelante y atrás—. Alguien colocó un transductor...

—Ocho en punto —dije—. Más o menos un metro. —Szpindel apoyó la mano en la pared opuesta a la vaina. Mi HUD se inundó de números de segunda mano, propagados como vibraciones por su brazo y transmitidos a nuestros trajes.

Seguía habiendo cinco teslas ahí fuera. Y bajando, no obstante. La tienda se expandió a nuestro alrededor como si respirara, para volver a encogerse un segundo después al pasar de largo un frente de bajas presiones transitorio.

—¿Cuándo has recuperado la vista? —pregunté.

—En cuanto entramos.

—Antes. Viste la batería.

—Se me escapó —refunfuñó—. Aunque tampoco es que sea menos manazas cuando no estoy ciego, ¿eh? ¡Bates! ¿Estás ahí?

—Alargaste el brazo a por ella. Estuviste a punto de atraparla. La ceguera te lo habría impedido.

—La ceguera normal, sí. Pero ésta era cortical. ¿Amanda? Responde, por favor.

—¿Ceguera cortical?

—A los receptores no les ocurre nada —dijo distraídamente—. El cerebro procesa la imagen, pero no puede acceder a ella. El bulbo raquídeo toma los mandos.

—¿Tu bulbo raquídeo ve pero tú no?

—Algo así. Cierra el pico y déjame... Amanda, ¿puedes oírme?

—... no...

No provenía de nadie que estuviera en la tienda, esa voz. Había bajado como un escalofrío por el brazo de Szpindel, apenas audible, con el resto de la información. Del exterior.

—¡Mayor Mandy! —exclamó Szpindel—. ¡Estás viva!

—... no... —Un susurro parecido a la estática.

—Bueno, estás hablando con nosotros, así que de muerta no tienes ni un pelo.

—No...

Szpindel y yo cruzamos las miradas.

—¿Cuál es el problema, mayor?

Silencio. La Banda chocó suavemente contra la pared detrás de nosotros, con todas sus facetas opacas.

—¿Mayor Bates? ¿Puedes oírme?

—No. —Era una voz muerta: sedada, atrapada en una pecera, transmitida por extremidades y plomo a una tasa de baudios de tres dígitos. Pero definitivamente era la voz de Bates.

—Mayor, tienes que entrar en la tienda —dijo Szpindel—. ¿Puedes llegar? —... no...

—¿Estás herida? ¿Te lo impide algo?

—... n-no.

Puede que no fuera su voz, después de todo. Puede que sólo fueran sus cuerdas vocales.

—Mira. Amanda, es peligroso. Ahí fuera hay demasiado peligro, ¿lo entiendes? Te...

—No estoy aquí fuera —dijo la voz.

—¿Dónde estás?

—... en ninguna parte.

Miré a Szpindel. Szpindel me miró a mí. Ninguno de los dos dijo nada.

James sí. Por fin, y en voz baja:

—¿Y qué eres, Amanda?

No hubo respuesta.

—¿Eres *Rorschach*?

Allí en el vientre de la bestia, era tan fácil creer.

—No...

—¿Entonces qué?

—N... nada. —La voz era monótona y mecánica—. No soy nada.

—¿Quieres decir que no existes? —preguntó Szpindel, despacio.

—Sí.

La tienda respiró a nuestro alrededor.

—¿Entonces cómo puedes hablar? —le preguntó Susan a la voz—. Si no existes, ¿con qué estamos hablando?

—Con otra... cosa. —Un suspiro. Una exhalación de estática—. Conmigo no.

—Mierda —musitó Szpindel. La determinación y una idea repentina iluminaron sus superficies. Apartó la mano de la pared; mi HUD enmudeció al instante—. Se le están friendo los sesos. Tenemos que meterla aquí. —Alargó la mano hacia la trabilla.

Estiré el brazo a mi vez.

—El pico...

—Llegó ya a su máximo, comisario. Lo peor ya ha pasado.

—¿Quieres decir que es seguro?

—Es letal. Siempre es letal, y ella está ahí fuera inmersa en ello, y se podría provocar graves daños ella sola en su pres...

Algo golpeó la tienda desde fuera. Algo agarró el pestillo exterior y tiró.

Nuestro refugio se abrió como un ojo. Amanda Bates nos miró a través de la membrana expuesta.

—Registro tres coma ocho —dijo—. Eso es tolerable, ¿verdad?

No se movió nadie.

—Vamos, chicos. Se acabó el recreo.

—Ama... —empezó Szpindel—. ¿Estás bien?

—¿Aquí? Imposible. Pero tenemos trabajo que hacer.

—¿Tú... existes? —pregunté.

—¿Qué estupidez es ésa? Szpindel, ¿cómo de fuerte es este campo? ¿Podemos trabajar en él?

—Ah... —Tragó saliva audiblemente—. Tal vez sería mejor abortar, mayor. Ese pico fue...

—Según mis instrumentos, el pico ha pasado. Y tenemos menos de dos horas para terminar de montar el equipo, tomar muestras del terreno y largarnos

de aquí. ¿Podemos hacer eso sin alucinar?

—No creo que logramos sacudirnos de encima los nervios —reconoció Szpindel—. Pero no deberíamos preocuparnos por... efectos extremos... hasta que se produzca otro pico.

—Bien.

—Lo que podría suceder de un momento a otro.

—No estábamos alucinando —dijo James en voz baja.

—Podemos discutirlo más tarde —sentenció Bates—. Ahora...

—Había una pauta ahí —insistió James—. En los campos. En mi cabeza. *Rorschach* estaba hablando. Quizá no con nosotros, pero estaba hablando.

—Bien. —Bates retrocedió para franquearnos el paso—. A ver si ahora por fin conseguimos aprender a responderle.

—Tal vez deberíamos aprender a escuchar —dijo James.

Huimos como niños asustados poniendo cara de valientes. Dejamos atrás un campamento base: Jack, milagrosamente operativo todavía en su vestíbulo; un túnel a la mansión embrujada; solitarios magnetómetros abandonados a su suerte con la vana esperanza de que no sucumbieran. Crudos pirómetros y termógrafos, antiguos aparatos a prueba de radiación que medían el mundo mediante la flexión y extensión de pastillas metálicas y cincelaban sus descubrimientos en rollos de plástico. Globos que brillaban en la oscuridad, campanas de inmersión y cuerdas guía amarradas unas a otras. Lo dejamos atrás todo, y prometimos regresar dentro de treinta y seis horas si sobrevivíamos hasta entonces.

Dentro de cada uno de nosotros, unas laceraciones infinitesimales nos estaban haciendo papilla las células. Las membranas de plasma sufrían innumerables filtraciones. Las enzimas de reparación, abrumadas, se aferraban desesperadamente a genes hechos jirones y apenas retrasaban lo inevitable. Ansiosos por adelantarse al tráfico en hora punta, parches de mi revestimiento intestinal comenzaron a desportillarse antes de que el resto del cuerpo tuviera ocasión de morir.

Cuando atracamos en la *Teseo*, Michelle y yo nos sentíamos mareados. (El resto de la Banda no, curiosamente; no lograba explicarme cómo era posible tal cosa.) Los demás presentarían los mismos síntomas en cuestión de minutos. Sin

intervención nos pasaríamos los dos días siguientes vomitando las tripas. Luego el cuerpo fingiría recuperarse; durante tal vez una semana no sentiríamos dolor, pero estaríamos desahuciados. Caminaríamos, hablaríamos y nos moveríamos como cualquier otro ser vivo, y quizá nos convenceríamos incluso de que éramos inmortales después de todo.

Entonces nos derrumbaríamos, corroídos por dentro. Sangraríamos por los ojos, la boca y el ano, y si había algún dios misericordioso moriríamos antes de abrirnos como fruta podrida.

Pero naturalmente la *Teseo*, nuestra redentora, nos salvaría de semejante destino. Desfilamos desde el trasbordador a un inmenso globo que Sarasti había erigido para recoger nuestros efectos personales; nos quitamos los trajes y la ropa contaminada y salimos desnudos a la columna. Cruzamos el tambor en fila india, muertos vivientes en formación. Jukka Sarasti —discretamente distante en el suelo rotatorio— se impulsó de un salto cuando pasamos y desapareció a popa, para echar nuestras prendas radiactivas al descompilador.

En la cripta. Nuestros ataúdes esperaban abiertos al otro lado del mamparo del fondo. Nos hundimos agradecidos y mudos en su abrazo. Bates tosió sangre mientras descendían las tapas.

Mis huesos zumbaban cuando la capitana empezó a desconectarme. Me dormí cadáver. Sólo la teoría y las palabras reconfortantes de la maquinaria amiga me aseguraban que volvería a nacer algún día.

«Keeton, espabila.»

Desperté famélico. Unas voces apagadas llegaban hasta mí procedentes del tambor. Me quedé flotando un momento en la vaina, con los ojos cerrados, saboreando las ausencias: ni dolor, ni náusea. Ni la sobrecogedora sensación subliminal de tu cuerpo convirtiéndose poco a poco en puré. Debilidad, y hambre; por lo demás me encontraba bien.

Abrí los ojos.

Algo parecido a un brazo. Gris y húmedo, demasiado... demasiado delgado para ser humano. Sin mano en su extremo. Demasiadas articulaciones, una extremidad rota en una decena de puntos. Se extendía desde un cuerpo apenas visible por encima del borde de la vaina, un atisbo de masa oscura y más extremidades en movimiento inconexo. Se detuvo flotando ante mí, como si lo hubiera pillado haciendo algo malo.

Cuando conseguí reunir el aliento necesario para gritar, ya se había perdido de vista.

Salí de la vaina desbocado, todo ojos. Ahora no veían nada: una cripta vacía, un toma notas desnudo. El mamparo reflejaba vainas vacías a los lados. Accedí a ConSenso: todos los sistemas activos.

No se reflejaba, recordé. No aparecía en el espejo.

Me dirigí a popa, con el corazón martilleando aún en el pecho. El tambor se abrió a mi alrededor, Szpindel y la Banda conversaban en voz baja al fondo. Szpindel levantó la cabeza y una mano temblorosa a modo de saludo.

—Tienes que auscultarme —llamé. Mi voz no sonaba ni la mitad de firme que esperaba.

—Admitir que se tiene un problema es el primer paso —respondió Szpindel—. Pero no esperes milagros. —Se giró hacia la banda; con James al timón, estaban sentados en un diván de diagnóstico, mirando fijamente una pauta de análisis que se reflejaba en el mamparo de atrás.

Me agarré a la esquina de una escalera y bajé de un salto. Coriolis me empujó a un lado como una bandera al viento.

—O estoy alucinando o hay algo a bordo.

—Estás alucinando.

—Hablo en serio.

—Y yo. Coge un número. Aguarda tu turno.

Hablaba en serio. Una vez me obligué a serenarme y leer las señales, vi que ni siquiera estaba sorprendido.

—Supongo que estarás muerto de hambre después de la agotadora siesta que te has echado, ¿eh? —Szpindel indicó la cocina—. Come algo. Estaré contigo enseguida.

Me obligué a desentumecer las últimas sinapsis mientras comía, pero eso sólo requería la mitad de mi mente; la otra mitad seguía temblando de miedo residual, debatiéndose entre el instinto de huir y el de plantar cara. Intenté distraerme consultando las grabaciones de BioMed.

—Era real —estaba diciendo James—. Todos lo vimos.

No. No podía serlo.

Szpindel carraspeó.

—Prueba con esto.

La imagen me mostró lo que ella veía: un pequeño triángulo negro sobre fondo blanco. Al instante siguiente se dividió en una decena de copias idénticas, y luego en una decena de decenas. La proliferación de triangulitos rotaba alrededor de la pantalla central, geométricos y primitivos bailes de salón en formación precisa, todos ellos generando triángulos más pequeños en sus puntas, fractalizando, rotando, evolucionando en un teselado tan intrincado como infinito...

Un retrato robot, comprendí. Una reconstrucción visual interactiva, sin la verborrea. El wetware de combinación de pautas de Susan reaccionaba ante lo que veía —«no, había más; no, la orientación está mal; sí, así, pero más grande»— y la máquina de Szpindel extraía esas reacciones directamente de su cabeza y las plasmaba gráficamente en tiempo real. Era un gran paso adelante respecto a ese burdo atajo llamado lenguaje. Alguien más impresionable podría haberlo calificado incluso de telepatía.

No lo era, sin embargo. Se trataba de simple retroalimentación y correlación. No hace falta ser telépata para transformar un conjunto de pautas en otro. Por suerte.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Susan.

Los triángulos habían iterado hasta desaparecer. Ahora la imagen estaba llena de pentagramas asimétricos interconectados, una telaraña de escamas de pez.

—No nos dirás que eso es «ruido aleatorio» —dijo Susan, triunfal.

—No —respondió Szpindel—. Es una constante de Klüver. —Una...

—Es una alucinación, Suze.

—Por supuesto. Pero algo nos la plantó en la cabeza, ¿verdad? Y...

—Estaba en tu cabeza desde siempre. Estaba en tu cabeza el día que naciste.

—No.

—Es un artefacto de estructura cerebral profunda. Incluso los ciegos congénitos las ven a veces.

—Ninguno de nosotros las había visto antes. Jamás.

—Te creo. Pero no hay información ahí, ¿eh? Eso no era *Rorschach* hablando, sólo... interferencias. Como todo lo demás.

—¡Pero era tan real! No como esos destellos evanescentes que veíamos de refilón por todas partes. Esto era sólido. Era más real que la realidad.

—Por eso se sabe que no lo era. Puesto que no lo ves realmente, no hay defectuosa óptica ocular que limite la resolución.

—Oh —dijo James, y luego, en voz baja—: Mierda.

—Ya. Lo siento. —A continuación—: Cuando estés listo.

Levanté la cabeza; Szpindel estaba haciéndome señas para que me acercara. James se levantó de su silla, pero fue Michelle la que le dio un rápido apretón desconsolado y Sascha la que pasó rezongando junto a mí camino de su tienda.

Cuando llegué a él, Szpindel había convertido el diván en un catre.

—Túmbate.

Me tumbé.

—Antes no me refería a que fuera en *Rorschach*, ¿sabes? Quería decir aquí. He visto algo ahora mismo. Al despertar.

—Levanta la mano izquierda —dijo—. Sólo la izquierda, ¿eh?

Bajé la derecha, torcí el gesto ante el pinchazo.

—Eso es un poco primitivo.

Ojeó la cubeta llena de sangre que sujetaba entre el pulgar y el índice: una trémula lágrima de rubí del tamaño de una uña.

—Las muestras físicas siguen siendo las mejores para según qué cosas.

—¿No se supone que tienen que hacerlo todo las vainas?

Szpindel asintió.

—Considéralo un test de control de calidad. Impide que la nave se confíe. —Dejó la muestra encima del mostrador más cercano. La lágrima se aplanó y estalló; la superficie se bebió mi sangre como si estuviera sedienta. Szpindel chasqueó los labios—. Inhibidores de colinesterasa elevados en el reticulocito. Ñam.

Por lo que parecía, mi análisis de sangre le sabía realmente bien. Szpindel no se limitaba a leer los resultados; los sentía, olía, veía y experimentaba cada átomo de información como gotas de cítrico en la lengua. El subtambor de BioMed entero era una simple parte de las prótesis de Szpindel: un cuerpo extendido con decenas de modos sensores distintos, obligado a hablarle a un cerebro que sólo conocía cinco.

No era de extrañar que simpatizara con Michelle. Él también era casi sinestésico.

—Estuviste allí dentro un poco más que el resto de nosotros —observó.

—¿Eso es significativo?

Un encogimiento de hombros sincopado.

—A lo mejor tus órganos se cocieron un poco más que los nuestros. A lo mejor es sólo que eres de constitución delicada. Tu vaina habría detectado cualquier cosa... inminente, así que supongo que... ah.

—¿Qué?

—Algunas células cerebrales presentan un exceso de actividad. Más en tu vejiga y riñones.

—¿Tumores?

—¿Qué esperabas? La *Rorschach* no es ningún balneario.

—Pero la vaina...

Szpindel hizo una mueca; su idea de una sonrisa tranquilizadora.

—Repara el noventa y nueve por ciento del daño, claro. Cuando llegas al último cero coma uno, los rendimientos decrecen. Éstos son pequeños, comisario. Lo más probable es que tu propio organismo se encargue de ellos. Si no, sabemos dónde viven.

—Los de mi cerebro. ¿Podrían ser la causa...?

—Imposible. —Se mordisqueó el labio inferior un momento—. Claro que el cáncer no es lo único que nos dejó esa cosa.

—Lo que vi. En la cripta. Tenía brazos multiarticulados que salían de una masa central. Tan grande como una persona, quizá.

Szpindel asintió con la cabeza.

—Acostúmbrate a ello.

—¿Los demás también ven estas cosas?

—Lo dudo. Todo el mundo reacciona a su manera, como —el tic de su rostro parecía querer expresar: «¿Me atreveré a decirlo?»— a las manchas de Rorschach.

—Me esperaba alucinaciones sobre el terreno —admití—, ¿pero aquí arriba?

—Los efectos de la estimulación magnética craneal —Szpindel chasqueó los dedos— son persistentes, ¿eh? Cuando se obliga a las neuronas a adoptar un estado, tardan lo suyo en abandonarlo. ¿No recibiste nunca un AAT? ¿Un chico tan bien ajustado como tú?

—Una o dos veces —dije—. Puede.

—El principio es el mismo.

—De modo que voy a seguir viendo esta cosa.

—La versión oficial es que desaparecen con el tiempo. Dentro de un par de semanas habrás vuelto a la normalidad. Pero ahí fuera, con esa cosa... —Se encogió de hombros—. Demasiadas variables. Una de las cuales es, supongo, que seguiremos regresando mientras Sarasti no diga lo contrario.

—Pero básicamente son efectos magnéticos. —Probablemente. Aunque no pienso apostar contra nada que tenga que ver con ese hijoputa.

—¿Podría estar provocándolas otra cosa? —pregunté—. ¿Algo a bordo de esta nave?

—¿Como qué?

—No lo sé. Una fuga en el escudo magnético de la *Teseo*, tal vez.

—Normalmente no. Claro que todos tenemos redes implantadas en la cabeza, ¿eh? Y tú tienes un hemisferio entero de prótesis ahí arriba, quién sabe qué clase de efectos secundarios podrían provocarte. ¿Por qué? ¿*Rorschach* no te parece razón suficiente?

«Los he visto antes», podría haber dicho.

A lo que Szpindel respondería: «Oh, ¿cuándo? ¿Dónde?».

Y yo contestaría tal vez: «Cuando estaba figando en tu intimidad», y cualquier posibilidad de «observación no invasiva» se haría añicos del tamaño de átomos.

—Seguramente no es nada. Es sólo que últimamente estoy... nervioso. Me pareció ver algo raro en el núcleo espinal, antes de que aterrizáramos en *Rorschach*. Sólo por un segundo, sabes, y desapareció en cuanto me fijé en ello.

—¿Brazos multiarticulados con una masa central?

—Dios, no. Un destello nada más, en realidad. Si era algo, probablemente sería la pelota de goma de Amanda flotando por ahí.

—Probablemente. —Szpindel casi parecía divertido—. No nos hará ningún daño comprobar si hay fugas en el escudo, no obstante. Por si acaso. No nos hace falta nada más que nos haga ver cosas, ¿eh?

Sacudí la cabeza al recordar mis pesadillas.

—¿Cómo están los otros?

—La Banda está bien, aunque algo decepcionada. No he visto a la mayor. —
Se encogió de hombros—. A lo mejor está evitándome.

—Le pegó fuerte.

—No más que al resto de nosotros, en realidad. Puede que ni siquiera se acuerde.

—¿Cómo... cómo pudo llegar a creer que ni siquiera existía?

Szpindel sacudió la cabeza.

—No lo creía. Lo sabía. Era un hecho.

—¿Pero cómo...?

—El medidor de la batería del coche, ¿vale? A veces el contacto se corroe. El indicador se queda congelado en vacío, así que piensas que está vacío. ¿Qué vas a pensar si no? No puedes meter la cabeza y contar los electrones.

—¿Intentas decirme que el cerebro tiene una especie de medidor de la existencia?

—El cerebro tiene toda clase de medidores. Puedes «saber» que estás ciego aunque no lo estés; puedes «saber» que ves, aunque te hayas quedado ciego. Y, sí, puedes «saber» que no existes aunque no sea verdad. La lista es larga, comisario. El mal de Cotard, el de Antón, el de Damasco. Eso para empezar.

No había mencionado la ceguera cortical.

—¿Cómo era? —pregunté.

—¿Qué? —Aunque sabía exactamente a lo que me refería.

—Tu brazo... ¿se movió solo? ¿Cuando intentaste atrapar aquella batería?

—Oh. Nah. Todavía tienes el mando, es sólo... es una impresión, eso es todo. Un presentimiento sobre dónde buscar. Una parte del cerebro jugando a las adivinanzas con la otra, ¿eh? —Señaló el diván—. Levanta. Ya te he visto las feas entrañas bastante por hoy. Y dile a Bates que venga si averiguas dónde se esconde. Probablemente en Fab, construyendo un ejército más numeroso.

Los celos destellaban en él como la luz del sol.

—Tienes un problema con ella —dije.

Empezó a negarlo, antes de recordar con quién estaba hablando.

—Nada personal. Es sólo que... un nodo humano al mando de infantería mecánica. Reflejos electrónicos sometidos a los de la carne. Dime tú dónde está el punto débil.

—Abajo en *Rorschach*, yo diría que todos los eslabones de la cadena son débiles.

—No me refería a *Rorschach* —dijo Szpindel—. Nosotros hemos ido allí. ¿Qué les impide a ellos venir aquí?

—Ellos.

—A lo mejor todavía no han llegado —admitió—. Pero cuando lleguen, estoy seguro de que nos enfrentaremos a algo más grande que unos microbios anaeróbicos. —Cuando no respondí continuó, bajando la voz—. Y además, Control de la Misión no tenía ni zorra de la *Rorschach*. Pensaban que estaban enviándonos a algún lugar donde los drones podrían hacer todas las tareas pesadas. Pero qué poco les gusta no estar al mando, ¿eh? Les cuesta admitir que los soldados no son más listos que los generales. De modo que nuestras defensas se ven comprometidas por intereses políticos... como si eso fuera una novedad... y yo no seré militar, pero se me antoja que esa estrategia es deplorable.

Me acordé de Amanda Bates, comadrona durante el parto de sus tropas. «Soy más bien una precaución de seguridad...»

—Amanda... —empecé.

—Mandy me cae bien. Es un mamífero mono. Pero si nos dirigimos a una situación de combate no quiero que me cubra la espalda una red sostenida por su eslabón más débil.

—Si vamos a estar rodeados por un enjambre de robots asesinos, quizá...

—Ya, la gente siempre dice lo mismo. No podemos confiar en las máquinas. A los luditas les encanta pontificar sobre los cruces de cables informáticos, y sobre cuántas guerras accidentales pudieron evitarse porque fue una mano humana la que tuvo la última palabra. Pero lo gracioso del asunto, comisario, es que nadie habla de todas las guerras intencionadas que se declararon por ese mismo motivo. ¿Sigues escribiendo esas postales para la posteridad?

Asentí con la cabeza y no respingué interiormente. Sólo era Szpindel.

—Bueno, pues tienes mi permiso para incluir esta conversación en la próxima. Como si fuera a servir de algo.

Imagínate que eres una prisionera de guerra.

Tienes que reconocer que lo veías venir. Llevabas averiando tecnología y

sembrando biosoles dieciocho meses seguidos; es una buena racha, se mire como se mire. Los saboteadores realistas, por lo general, no disfrutan de largas carreras. Tarde o temprano los apresan a todos.

No siempre fue así. Hubo una época cuando la esperanza de una jubilación pacífica ni siquiera era descabellada. Pero entonces trajeron a los vampiros de vuelta del Pleistoceno y, madre de Dios, no veas si eso puso el equilibrio de poder patas arriba. Esos cabrones siempre van diez pasos por delante. Tiene sentido; después de todo, cazar personas es para lo que evolucionaron las sanguijuelas.

Hay una frase sacada de un libro de texto de comienzos de la dinámica de poblaciones, muy viejo, quizá incluso SigVein. Es algo así como un mantra —tal vez «plegaria» fuera el término más adecuado— para los de tu profesión. «Los depredadores corren por sus presas», dice. «Las presas corren por sus vidas.» La moraleja supuestamente es que, de media, los cazados escapan de los cazadores porque están más motivados.

Tal vez sea cierto si lo reducimos todo a ver quién corre más deprisa. No parece sostenerse cuando la estrategia implica previsión táctica y juegos mentales doblemente inversos, sin embargo. Los vampiros ganan todas las veces.

Así que ahora estás atrapada, y si bien pueden haber sido vampiros quienes tendieron la trampa, fueron traidores humanos básicos los que apretaron el gatillo. Ya llevas seis horas encadenada a la pared de una instalación de detención subterránea, tan anónima como clasificada, viendo cómo algunos de esos mismos humanos juegan con tu novio y cómplice conspirador. Estos juegos no son algo a lo que estés acostumbrada. Implican tenazas, y alambres al rojo, y partes del cuerpo que no estaban diseñadas para desencajarse. Deseas, a estas alturas, que tu amante estuviera muerto, como los otros dos miembros de la célula cuyas partes están esparcidas por toda la sala. Pero no dejan que ocurra. Se están divirtiendo demasiado.

A eso se reduce todo. Esto no es un interrogatorio; hay formas menos invasivas de obtener respuestas más fiables. Éstos de aquí sólo son unos matones sádicos más investidos de autoridad, matando el aburrimiento y otras cosas, y tú sólo puedes llorar, cerrar los ojos con fuerza y gimotear como un animal aunque todavía no te hayan puesto la mano encima. Sólo puedes desear que no te hubieran dejado para el final, porque sabes lo que eso significa.

Pero de repente tus atormentadores se detienen en medio del juego y ladean las cabezas como si estuvieran escuchando alguna voz interior colectiva. Presumiblemente les dice que te liberen de la pared, te lleven a la estancia contigua y te sienten en una de las dos sillas con acolchado de gel que flanquean un elegante

escritorio, porque eso es lo que hacen —con mucha más delicadeza de lo que esperabas— antes de retirarse. También puedes asumir que quienquiera que haya dado estas instrucciones es alguien poderoso y contrariado, porque toda la fanfarronería arrogante y sádica se ha borrado de sus rostros en un abrir y cerrar de ojos.

Te sientas y esperas. La mesa refulge con suaves símbolos crípticos que no te interesarían lo más mínimo ni aunque pudieras entenderlos, ni aunque contuvieran el secreto mismo de los propios vampiros. Una pequeña parte de ti se pregunta si esta reciente novedad no podría ser motivo de esperanza; el resto de ti ser no se atreve a creerlo. Te odias a ti misma por preocuparte de tu propia supervivencia cuando los pedazos de tus amigos y aliados yacen calientes todavía al otro lado de la pared.

Una robusta mujer amerindia aparece en la habitación contigo, ceñida de tela militar sin distintivos. Lleva el pelo rapado, la garganta veteada con la malla ligera de una antena sub-q. Tu bulbo raquídeo ve que mide diez metros de alto, aunque una impertinente incrustación gelatinosa insiste en que su altura está dentro de la media.

La etiqueta de identificación que luce sobre el pecho izquierdo reza *Bates*. No ves nada que indique su rango.

Bates extrae un arma de la funda que le adorna un muslo. Das un respingo, pero no la apunta hacia ti. La deja encima de la mesa, fácilmente a tu alcance, y se sienta enfrente de ti.

Una pistola de microondas. Plenamente cargada, con el seguro quitado. A mínima potencia causa quemaduras y náusea. A máxima, cuece el cerebro dentro de su cráneo. A cualquier potencia intermedia, inflige dolor y daño en incrementos tan refinados como tu imaginación.

Tu imaginación ha sido modificada para apreciar semejantes escalas con suma sensibilidad. Miras fijamente la pistola, intentando descubrir la trampa.

—Dos de tus amigos han muerto —dice Bates, como si tú no acabaras de verlos morir—. Irrecuperablemente.

Irrecuperablemente muertos. Ésa es buena.

—Podrías reconstruir los cuerpos, pero el daño cerebral... —Bates carraspea como si se sintiera incómoda, azorada. Es un gesto humano sorprendente viniendo de un monstruo—. Estamos intentando salvar al otro. No prometemos nada.

«Necesitamos información —dice, yendo al grano.

Por supuesto. Lo de antes era pura psicología, para ablandarla. Bates es el poli bueno.

—No tengo nada que decir —consigues articular. Diez por ciento desafío, noventa por ciento deducción: no habrían podido capturarte, para empezar, a menos que ya lo supieran todo.

—En ese caso necesitamos un acuerdo —dice Bates—. Necesitamos llegar a alguna clase de solución intermedia.

Tiene que estar de broma.

Tu incredulidad debe de reflejarse en tu rostro. Bates responde a ella:

—No creas que no os comprendo, en parte. En el fondo no me agrada mucho la idea de cambiar la realidad por una simulación, como tampoco me trago ese eslogan de «qué es la verdad» que enarbola la economía corporal para intentar vendérselo. Tal vez haya motivos para estar asustados. No es mi problema, no es mi trabajo, sólo es mi opinión y podría estar equivocada. Pero si nos matamos mutuamente mientras tanto, no lo averiguaremos de ninguna manera. Es contraproducente.

Ves los cuerpos descuartizados de tus amigos. Ves trozos en el suelo, todavía un poco vivos, ¿y esta zorra tiene la desfachatez de venir a hablarte de lo que es «contraproducente»?

—No empezamos nosotros —dices.

—No lo sé y me da igual. Como decía, no es mi trabajo. —Bates esgrime un pulgar por encima del hombro en dirección a una puerta que hay en la pared detrás de ella, la puerta por la que debe de haber entrado—. Ahí —dice— están los que han matado a tus amigos. Han sido desarmados. Cuando cruces esa puerta la habitación se desconectará de la red y permanecerá sin vigilancia durante sesenta segundos. Nadie aparte de ti misma te considerará responsable de lo que suceda ahí dentro en ese tiempo.

Es una trampa. Tiene que serlo.

—¿Qué tienes que perder? —pregunta Bates—. Ya podemos hacer contigo lo que queramos. No necesitamos que nos des una excusa.

Vacilante, coges la pistola. Bates no te detiene.

Comprendes que tiene razón. No tienes absolutamente nada que perder. Te pones de pie y, olvidándote del miedo de repente, apuntas el arma a su cara.

—¿Para qué entrar ahí? Puedo acabar contigo aquí mismo.

Se encoge de hombros.

—Podrías intentarlo. Lástima de oportunidad desperdiciada, si me preguntas.

—O sea que entro ahí, salgo dentro de sesenta segundos, ¿y después qué?

—Después hablamos.

—Sólo...

—Considéralo un gesto de buena voluntad —dice—. Restitución, incluso.

La puerta se abre cuando te acercas, se cierra a tu paso. Y allí están, los cuatro, repartidos por la pared como un coro de Cristos en la cruz. No hay brillo en esos ojos ahora. Sólo un terror animal y el reflejo de tornas vueltas. Dos de los Cristos se mojan los pantalones cuando les miras a los ojos.

¿Qué quedan? ¿Cincuenta segundos, tal vez?

No es mucho. Podrías haber hecho mucho más con un poco más de tiempo extra. Pero es suficiente, y no quieres abusar de la buena voluntad de esa tal Bates.

Porque quizá ella sea alguien con quien poder negociar al fin.

En otras circunstancias, la teniente Amanda Bates habría sido llevada ante un consejo de guerra y ejecutada en el plazo de un mes. Daba igual que los cuatro finados fueran culpables de múltiples casos de violación, tortura y homicidio; sencillamente, eso era lo que hacía la gente en tiempos de guerra. Es lo que se había hecho siempre. La guerra no tenía nada de educada, no existía ningún código de honor más allá de la cadena de mando y la protección mutua. Castiga las indiscreciones si tienes que hacerlo; castiga a los culpables si hace falta, aunque sea sólo por salvar las apariencias. Pero por el amor de Dios, acuérdate de cerrar primero la puerta. No le des nunca a tu enemigo la satisfacción de ver disensión en tus filas, no le muestres otra cosa que una unidad y decisión inquebrantables. Quizá haya asesinos y violadores en nuestro seno pero, por todos los santos, para algo son nuestros asesinos y violadores.

Y bajo ningún concepto le concedas el derecho de la venganza a una puta terrorista con más de un centenar de bajas causadas por su mano, muescas en su culata.

A pesar de todo, los resultados eran indiscutibles: un alto el fuego negociado con la tercera franquicia realista más numerosa del hemisferio. Un descenso inmediato del 46% en las actividades terroristas en todos los territorios afectados. La cancelación incondicional de varias campañas en gestación que podrían haber comprometido seriamente tres de las catacumbas principales y

eliminado por completo la maquinaria de Duluth. Todo ello gracias a que la teniente Amanda Bates, mientras daba sus primeros pasos en su primer destino, había apostado por la empatía como estrategia militar.

Era colaboración con el enemigo, era traición, era una afrenta al escalafón. Esas cosas supuestamente estaban reservadas para los diplomáticos y los políticos, no para los soldados.

Aun así. Resultados.

Estaba todo ahí, en el informe: iniciativa, creatividad, voluntad de triunfar por cualquier medio y a cualquier precio. Quizá esas inclinaciones tuvieran que castigarse, quizá sólo hubiera que templarlas. El debate podría haberse prolongado indefinidamente si la historia no se hubiera filtrado; pero se filtró, y de repente los generales se encontraron con una heroína en las manos.

En algún momento durante el transcurso de su consejo de guerra, la sentencia de muerte de Bates se convirtió en rehabilitación; sólo quedaba pendiente decidir si ésta tendría lugar en el cuartel o en la academia militar. Al final resultó que Leavenworth aunaba ambas cosas; la acogió en su seno y la abrazó tan fuerte como para garantizar prácticamente su ascenso, si antes no la mataba. Tres años después la mayor Bates iba camino de las estrellas, donde se le oyó decir:

«Vamos a allanar una morada, Siri...» Szpindel no era el primero en albergar dudas. Otros se habían preguntado ya si su asignación no se debería tanto a unas aptitudes superiores como a la resolución de un caso difícil de relaciones públicas. Yo, naturalmente, no me inclinaba ni por una opinión ni por otra; pero me daba cuenta de cómo algunas personas podrían ver en ella un arma de doble filo.

Cuando el destino del mundo pende de un hilo, hay que vigilar estrechamente a todo aquél cuya carrera alcanzó su momento culminante al aliarse con el enemigo.

*Si se puede ver, lo más probable es que
no exista.*

Kate Keogh,
Grounds for Suicide

Cinco veces lo hicimos. En cinco órbitas consecutivas nos lanzamos entre las fauces del monstruo, dejamos que nos masticara con un trillón de dientes microscópicos hasta que la *Teseo* recogía el sedal y nos remendaba. Nos arrastramos por el vientre de *Rorschach* a trancas y barrancas, concentrándonos todo lo posible en las tareas que nos ocupaban, intentando ignorar los fantasmas que cosquilleaban en nuestros mesencéfalos. A veces las paredes se flexionaban sutilmente a nuestro alrededor. A veces sólo nos lo parecía. A veces nos refugiábamos en nuestra campana de inmersión mientras pasaban en lánguidas espirales oleadas de carga y magnetismo, como bolos de ectoplasma que recorrieran el intestino de una divinidad poltergeist.

A veces nos pillaban al descubierto. La Banda reñía consigo misma, sin saber qué personalidad era cuál. Una vez me sumí en una suerte de parálisis consciente mientras unas manos alienígenas me arrastraban pasadizo abajo; por suerte otras manos me llevaron a casa, y unas voces que afirmaban ser reales me dijeron que me lo había inventado todo. En dos ocasiones Amanda Bates encontró a Dios, vio al cabrón ahí mismo enfrente de ella, supo sin la menor sombra de duda que el creador no sólo existía sino que le hablaba, a ella y a nadie más que ella. Las dos veces perdió la fe cuando la metimos en la campana, pero por un momento la situación fue crítica; sus drones de combate, ebrios de poder pero bajo control visual todavía, se alejaban de sus perímetros dando bandazos y nos apuntaban con sus armas a distancias demasiado cortas para nuestra tranquilidad.

Los soldados morían deprisa. Algunos apenas duraban más de una incursión; unos pocos sucumbían en cuestión de minutos. Los más longevos eran también los más lentos de la carnada, medio ciegos, medio lelos, atascada cada orden y respuesta por el descarnado sonido de alta frecuencia que zumbaba en sus tímpanos blindados. A veces los respaldábamos con otros que hablaban

ópticamente: más rápidos pero nerviosos, y aún más vulnerables. Juntos nos defendían de una oposición que todavía no había dado la cara.

No le hacía falta. Nuestras tropas caían incluso en ausencia de fuego enemigo.

Trabajábamos a pesar de todo, entre ataques nerviosos, delirios y convulsiones ocasionales. Intentábamos guardarnos las espaldas unos a otros mientras los tentáculos magnéticos se adherían a nuestro oído interno y nos mareaban. A veces vomitábamos dentro de los cascos; en momentos así parábamos, pálidos, aspirando el aire acre entre dientes mientras las recicladoras filtraban pegotes y coágulos alrededor de nuestras cabezas. Y dábamos gracias mudas por el pequeño regalo de la antiadherencia y la antiestática de los visores.

Pronto se hizo evidente que mi presencia servía como algo más que simple carne de cañón. Daba igual que carecería de las aptitudes lingüísticas de la Banda o de los conocimientos sobre biología de Szpindel; era otro par de manos, en un lugar donde cualquiera podía quedar fuera de juego en un abrir y cerrar de ojos. Cuantas más personas mantuviera Sarasti en el terreno, mayor era la probabilidad de que por lo menos una de ellas retuviera un asomo de funcionalidad en un momento dado. Así y todo, no podía decirse que estuviéramos en condiciones de conseguir nada. Cada incursión era un ejercicio de temeridad e imprudencia.

Lo hacíamos de todos modos. Era eso o irse a casa.

El trabajo progresaba en incrementos infinitesimales, obstaculizado desde todos los frentes. La Banda no estaba encontrando ni rastro de signos o discurso que descifrar, pero la burda mecánica de esta cosa era fácil de observar. A veces *Rorschach* se particionaba, generaba crestas alrededor de sus pasadizos como los aros cartilagosos que anillan una tráquea humana. En cuestión de horas algunas de ellas podían transformarse en iris contraídos, en septos completos, dúctiles como la cera derretida. Era como si estuviéramos observando el crecimiento de la estructura en discretos segmentos. *Rorschach* se desarrollaba principalmente desde las puntas de sus espinas; habíamos realizado nuestra incursión a cientos de metros de la más próxima, pero evidentemente el proceso se extendía por lo menos hasta allí.

Si aquello formaba parte del proceso de crecimiento normal, no obstante, era un débil eco de lo que debía de estar ocurriendo en el corazón de la colmena. Ésas no podíamos observarlas directamente, no desde dentro; a cien metros escasos de la espina el tubo se volvía demasiado letal aun para la carne suicida. Pero en el transcurso de aquellas cinco órbitas la *Rorschach* creció otro ocho por ciento, tan inconsciente y mecánicamente como la formación de un cristal.

En medio de todo aquello intentaba hacer mi trabajo. Recababa y colegía, manipulaba datos que ni siquiera entendía. Observaba los sistemas que me rodeaban como mejor podía, integraba cada tic y cada rasgo en la mezcla. Una parte de mi mente producía sinopsis y síntesis mientras otra observaba, incrédula y sin enterarse de nada. Ninguna de las dos partes era capaz de discernir de dónde habían salido aquellos descubrimientos.

Era complicado, eso sí. Sarasti no me dejaba volver a salir del sistema. Cualquier observación estaba contaminada por mi propia presencia perturbadora en la ecuación. Hacía lo que podía. No sugería nada que pudiera influir en ninguna decisión crítica. En el terreno hacía lo que se me ordenaba, y nada más. Procuraba ser como uno de los drones de Bates, una simple herramienta sin iniciativa ni impacto sobre la dinámica del grupo. Creo que lo conseguí, más o menos.

Mis informes se acumulaban puntualmente en la bandeja de salida de la *Teseo*, sin enviar. Las interferencias locales nos impedían establecer una señal para hablar con la Tierra.

Szpindel tenía razón: los fantasmas nos seguían a nuestro regreso. Empezamos a oír otras voces aparte de la de Sarasti, susurrando a lo largo de la columna. A veces incluso el mundo envolvente brillantemente iluminado del tambor oscilaba y se estremecía por el rabillo del ojo, y más de una vez advertí huesudos fantasmas sin cabeza con brazos de más, anidados en el andamiaje. Parecían perfectamente sólidos vistos de refilón, pero si me concentraba en un punto se fundían en la sombra, en una oscura mancha traslúcida contra el fondo. Qué frágiles eran, estos fantasmas. El mero hecho de observarlos taladraba agujeros en ellos.

Szpindel había citado demencias una tras otra. Acudí a ConSenso en busca de definiciones y descubrí otro yo completo enterrado debajo del sistema límbico, debajo del rombencéfalo, debajo incluso del cerebelo. Habitaba en el bulbo raquídeo y era más antiguo que los propios vertebrados. Era una entidad autocontenida: oía, veía y sentía, con independencia de todas aquellas otras partes estratificadas encima como tardías ocurrencias evolutivas. No le preocupaba nada más que su propia supervivencia. No tenía tiempo para planes ni análisis abstractos, concentraba todos sus esfuerzos en el procesamiento sensorial más rudimentario. Pero era rápido, y obstinado, y podía reaccionar ante cualquier amenaza en una fracción del tiempo que tardarían sus avispados compañeros de habitación en percatarse siquiera de ellas.

Y aunque no pudiera —aunque el testarudo e inflexible neocórtex se negara a soltarle la correa— seguía intentando transmitir lo que veía, y así Isaac Szpindel experimentaba un inefable presentimiento de «dónde buscar». En cierto modo, poseía una versión rudimentaria de la Banda en su cabeza. Todos la poseíamos.

Indagué más y descubrí a Dios mismo en la carne del cerebro, encontré la estática que había dejado en trance a Bates y presa de convulsiones a Michelle. Rastreeé el síndrome de Grey hasta su cuartel general en el lóbulo temporal. Oí voces que despotricaban en los cerebros de esquizofrénicos. Hallé infartos corticales que inspiraban a la gente a repudiar sus propias extremidades, me imaginé los campos magnéticos que debían de haber actuado en su lugar cuando Cruncher intentó mutilarse. Y en un reducto medio olvidado de los estudios de casos del siglo XX —archivado bajo «Mal de Cotard»— encontré a Amanda Bates y otros como ella, con el cerebro manipulado para negar su propio ser. «Yo antes tenía un corazón», me confesó uno de ellos desde los archivos. «Ahora tengo otra cosa que late en su lugar.» Otro exigía que lo enterraran, porque su cadáver ya empezaba a apestar.

Había más, todo un catálogo de perturbaciones afinadas que *Rorschach* todavía no nos había infligido. Sonambulismo. Agnosias. Negligencia espacial unilateral. ConSentso era un circo de rarezas lleno de monstruosidades que conseguían que la mente se asustara de su fragilidad: una mujer que había muerto de sed pese a tener agua a su alcance, no porque no pudiera ver el grifo sino porque era incapaz de reconocerlo. Un hombre para el que el lado izquierdo del universo no existía, que no podía percibir ni concebir siquiera la parte izquierda de su cuerpo, de una habitación, de una línea de texto. Un hombre para el que el concepto mismo de «izquierda» se había vuelto literalmente impensable.

A veces podíamos concebir cosas y aun así ser incapaces de verlas, aunque las tuviéramos delante de las narices. Rascacielos que surgían de la nada, interlocutores que se transformaban en otra persona aprovechando una distracción momentánea... y no nos dábamos cuenta. No era magia. No cabía calificarlo siquiera de ilusionismo. Lo llamaban ceguera de inatención, y estaba bien documentada desde hacía un siglo o más: una tendencia del ojo a pasar por alto cosas que la experiencia evolutiva clasificaba de improbables.

Descubrí lo opuesto a la ceguera cortical de Szpindel, un mal según el cual no es que el vidente crea estar ciego, sino que el invidente asegura ser capaz de ver. La idea misma era absurda hasta decir basta, y sin embargo allí estaban, retinas desprendidas, nervios ópticos destruidos, cualquier posibilidad de visión negada por las leyes físicas: chocando con las paredes, tropezando con los muebles, inventándose interminables ridiculeces para explicar su torpeza. Las luces, que

alguien había apagado de repente. Un pájaro de vivos colores avistado por la ventana, distraendo la atención del obstáculo interpuesto en su camino. Veo perfectamente, gracias. A mis ojos no les pasa nada.

Medidores en la cabeza, los había llamado Szpindel. Pero había más cosas allí dentro. Había un modelo del mundo, y no mirábamos en absoluto al exterior; nuestros ojos conscientes sólo veían la simulación de nuestras cabezas, una interpretación de la realidad, renovada constantemente por la información de los sentidos. ¿Qué ocurre cuando esos sentidos se apagan, pero el modelo —dañado tal vez por algún trauma o tumor— no se renueva? ¿Hasta cuándo seguiremos mirando sin ver en esa definición obsoleta, reciclando y manipulando la misma información caduca en un desesperado y subconsciente ejercicio de negación completamente sincero? ¿Cuándo caeremos en la cuenta de que el mundo que vemos no refleja el mundo donde vivimos, que nos hemos quedado ciegos?

A veces pasan meses, según los informes de casos. Para una pobre mujer, fue año y medio.

Apelar a la lógica no sirve de nada. ¿Cómo pudiste ver el pájaro si no hay ninguna ventana? ¿Cómo decide uno dónde termina la mitad visible de su mundo si no puede ver la otra mitad para compararlas? Si estás muerto, ¿cómo es que puedes oler tu propia descomposición? Si no existes, Amanda, ¿qué cosa es lo que está hablando con nosotros?

Inútil. Cuando uno es presa del síndrome de Cotard o de la negligencia espacial unilateral no hay argumento que valga. Cuando uno es esclavo de un artefacto alienígena sabe que el yo se ha ido, que la realidad acaba en el medio. Lo sabe con la misma certidumbre inamovible de quien está seguro de la posición de sus propias extremidades, con esa consciencia intrínseca que no requiere otra confirmación. Frente a semejante convicción, ¿qué es la razón? ¿Qué es la lógica?

Dentro de *Rorschach* no había sitio para ellas.

Reaccionó a la sexta órbita.

—Nos está hablando —anunció James. Tenía los ojos abiertos como platos detrás del visor, pero no brillantes, no maniacos. A nuestro alrededor las entrañas de *Rorschach* rezumaban y reptaban por el rabillo de mi ojo; seguía requiriendo un esfuerzo ignorar aquella ilusión. Unas palabras extranjeras correteaban como animalillos bajo mi bulbo raquídeo cuando intenté concentrarme en un aro de protuberancias del tamaño de un dedo que cercaban un segmento de pared.

—No está hablando —dijo Szpindel desde el otro lado de la arteria—. Alucinas otra vez.

Bates no dijo nada. Dos soldados flotaban en medio del espacio, cubriendo tres ejes.

—Esta vez es distinto —insistió James—. La geometría... no es tan simétrica. Se parece casi al disco de Festo. —Giró despacio, señalando al pasadizo—: Creo que es más fuerte aquí abajo...

—Saca a Michelle —sugirió Szpindel—. A ver si ella consigue hacerte entrar en razón.

James se rió débilmente.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —Accionó su pistola y planeó hacia la penumbra creciente—. Sí, definitivamente aquí es más fuerte. Hay contenido, superpuesto a...

Veloz como el pensamiento, *Rorschach* la comunicó.

No había visto nunca nada tan rápido. No había ni rastro de la languidez a la que nos habían acostumbrado los septos de *Rorschach*, ni rastro de parsimoniosa contracción; el iris se cerró en un instante. De pronto la arteria sencillamente terminaba tres metros delante de nosotros, con una membrana negra mate punteada de finas espirales. . Y la Banda de los Cuatro estaba al otro lado.

Los soldados se abalanzaron sobre ella sin perder tiempo, sus láseres restallaron en el aire. Bates estaba gritando: «¡Detrás de mí! ¡Pegaos a las paredes!», impulsándose a patadas por el espacio como un acróbata a cámara rápida, ocupando una posición elevada que debía de ser obvia para ella, al menos. Me dirigí sigilosamente al perímetro. Los hilos de plasma sobrecalentado cortaban el aire, tremolando. Szpindel, por el rabillo de mi ojo, se pegaba al lado opuesto del túnel. Las paredes se estremecían. Podía ver que los láseres estaban pasando factura; el septo se contraía a su contacto como papel quemado, una untuosa humareda negra se elevaba de sus bordes chamuscados y...

Un brillo inesperado, en todas partes. Un caos de luz fracturada inundó la arteria, mil ángulos fluctuantes de incidencia y reflejo. Era como estar atrapado en el vientre de un calidoscopio, apuntado al sol. La luz...

... y un pinchazo agudo en el costado, en el brazo izquierdo. Olor a carne quemada. Un grito, truncado.

¿Susan? ¿Estás ahí, Susan?

Primero iremos a por ti.

A mi alrededor, murió la luz; en mi interior, un enjambre de fosfenos la mezcló con las pseudovisiones crónicas que *Rorschach* me había implantado ya en la cabeza. Las alarmas trinaban irritantemente dentro de mi casco —«ruptura, ruptura, ruptura»— hasta que la tela inteligente del traje se suavizó y coaguló donde estaban los agujeros. Algo escocía demencialmente en mi costado izquierdo. Era como si me hubieran marcado a fuego.

—¡Keeton! ¡Comprueba el estado de Szpindel! —Bates había desactivado los láseres. Los soldados acortaron distancias para el mano a mano, extendiendo cañones candentes y garras de diamante para pelear con algún tipo de material prismático que brillaba suavemente tras aquella piel quemada.

Receptor fibroso, comprendí. Había fragmentado la luz láser, la había convertido en metralla luminosa y nos la había tirado a la cara. Muy listo.

Pero su superficie seguía estando encendida, aun con los láseres apagados; un fulgor difuso, intermitente y parpadeante, filtrado desde el extremo más alejado de la barrera mientras los drones roían infatigablemente el más próximo. Después de un momento caí en la cuenta: la lámpara del casco de James.

—¡Keeton!

Ya. Szpindel.

Su visor estaba intacto. El láser había derretido la malla de Faraday laminada en el cristal, pero el traje se encargaba de cerrar ya ese diminuto agujero. El agujero de detrás, taladrado limpiamente en su frente, persistía. Debajo, los ojos contemplaban el infinito sin pestañear.

—¿Y bien? —preguntó Bates. Podía leer sus vitales tan fácilmente como yo, pero la *Teseo* era capaz de realizar reconstrucciones postmortem.

Daños cerebrales al margen.

—No.

El chirrido de los taladros y las trituradoras cesó; se incrementó la luz ambiental. Aparté la mirada de los restos de Szpindel. Los soldados habían practicado un boquete en la subcapa fibrosa del septo. Uno de ellos continuo horadando hasta el otro lado.

Un sonido nuevo se unió a la mezcla, un suave gáñido animal, desolado y disonante. Por un momento pensé que *Rorschach* estaba susurrándonos otra vez; sus paredes parecieron contraerse ligeramente a mi alrededor.

—¿James? —espetó Bates—. ¡James!

No era James. Era una niña en un cuerpo de mujer en un traje espacial blindado, loca de miedo.

El soldado trajo su cuerpo hecho un ovillo hasta nosotros. Bates lo cogió con delicadeza.

—¿Susan? Vuelve, Suze. Estás a salvo.

Los soldados flotaban intranquilos, alerta en todas direcciones, fingiendo que todo estaba controlado. Bates me miró de reojo.

—Llévate a Isaac.

Y se giró nuevamente hacia James.

—¿Susan?

—N... n-no —hipó una vocecita, la voz de una niña pequeña.

—¿Michelle? ¿Eres tú?

—Había una cosa —dijo la chiquilla—. Me cogió. Me cogió la pierna.

—Nos largamos de aquí. —Bates se llevó a la Banda de regreso por el pasillo. Uno de los soldados se quedó atrás, vigilando el agujero; el otro encabezó la comitiva—. Se ha ido —dijo con suavidad Bates—. Ahí ya no hay nada. ¿Ves la imagen?

—No se puede v-ver —susurró Michelle—. Es in... es in... visible...

El septo iba quedándose atrás en la curva mientras nos retirábamos. El boquete practicado en su centro nos observaba como la pupila aserrada de un inmenso ojo sin párpado. Se mantuvo vacío mientras estuvo a la vista. No salió nada para perseguirnos. Nada que nosotros pudiéramos ver. Un pensamiento empezó a repetirse cíclicamente en mi cabeza, una oración fúnebre poco inspirada sacada de una confesión escuchada a hurtadillas, imposible de acallar por mucho que lo intentara.

Isaac Szpindel no había llegado a las semifinales después de todo.

Susan James volvió a nosotros durante el ascenso. Isaac Szpindel no.

Nos desvestimos sin decir nada en la burbuja de descontaminación. Bates, la primera en quitarse el traje, hizo ademán de acercarse a Szpindel, pero la Banda la detuvo con una mano y una sacudida de cabeza. Sus personalidades se sucedían a velocidad de vértigo mientras desnudaban el cadáver. Susan se desembarazó del

casco, la mochila y el peto. Cruncher mudó la plateada piel de plomo que lo cubría del cuello a los pies. Sascha se libró del mono y expuso su pálida desnudez. Salvo por los guantes. Dejaron los guantes de retroalimentación en su sitio; eternamente táctiles las yemas de sus dedos, eternamente insensible su piel. A lo largo de todo el proceso, los ojos de Szpindel permanecieron abiertos sin pestañear bajo el agujero de su frente, concentrada su mirada vidriosa en cuásares lejanos.

Esperaba que Michelle apareciera a su vez para cerrárselos, pero no llegó a hacerlo.

Tenéis ojos, pero estáis ciegos.

Jesús de Nazaret

No sé qué sentir, pensé. Era un buen hombre. Era decente, era amable conmigo, incluso cuando no sabía que lo estaba escuchando. No lo conocía desde hacía mucho... no era exactamente un amigo... pero aun así. Debería extrañarlo. Debería llorarlo.

Debería sentir algo más que este miedo enfermizo a ser yo el siguiente...

Sarasti no había perdido el tiempo. El sustituto de Szpindel nos recibió cuando salimos, recién descongelado, perfumado de nicotina. La rehidratación de su piel estaba en proceso —de sus muslos colgaban vejigas salinas—, aunque nunca lograría eliminar por completo las aristas de sus rasgos. Le crujían los huesos al moverse.

Miró detrás de mí y reparó en el cuerpo.

—Susan... Michelle, lo...

La Banda se dio la vuelta.

Tosió, empezó a ponerle un condón de cuerpo entero al cadáver.

—Sarasti quiere a todo el mundo en el tambor.

—Estamos calientes —dijo Bates. Aun finalizada antes de tiempo, la expedición había acumulado unos sieverts letales. Una leve náusea cosquilleaba en el fondo de mi garganta.

—Os descontaminaréis luego. —Un largo tirón a una cremallera y Szpindel desapareció, engullido por una untuosa mortaja gris—. Tú. —Se giró en mi dirección e indicó las quemaduras de mi mono—. Conmigo.

Robert Cunningham. Otro prototipo. Pelo moreno, mejillas enjutas, un mentón que podría servir de regla. Más experimentado y brusco que el hombre al que reemplazaba. Si Szpindel era un amasijo de tics y gestos nerviosos, como si estuviera permanentemente cargado de estática, el rostro de Cunningham era tan expresivo como el de un maniquí de cera. El wetware que dirigía aquellos

músculos tenía otras prioridades. Incluso los temblores que padecía el resto de su cuerpo eran contenidos, suavizados por la nicotina que inhalaba cada dos bocanadas de aire.

Ahora no tenía ningún cigarro en la mano. Sostenía tan sólo el cuerpo amortajado de su malhadado predecesor y una antipatía recién descongelada por el sinteticista de a bordo. Le temblaban los dedos.

Bates y la Banda subieron en silencio por la columna. Cunningham y yo partimos detrás, transportando la mortaja de Szpindel entre los dos. Volvían a escocerme la pierna y el costado, ahora que Cunningham me lo había recordado. No habría mucho que pudiera hacer al respecto, sin embargo. Los rayos debían de haber cauterizado la carne a su paso, y si hubieran dañado algún órgano vital yo ya estaría muerto.

Formamos en fila de a uno al llegar a la escotilla: Szpindel primero, con Cunningham empujándolo por los talones. Cuando emergí al tambor Bates y la Banda habían bajado ya a la cubierta y ocupado sus asientos de costumbre. Sarasti, en carne y hueso, los observaba desde el extremo de la mesa de conferencias.

Tenía los ojos al descubierto. Desde este ángulo la suave luz de espectro pleno del tambor los despojaba de su brillo. Si uno no miraba muy de cerca, durante mucho rato, casi podría creer que aquellos ojos eran humanos.

BioMed aguardaba mi llegada. Cunningham señaló un diván de diagnóstico emplazado en una sección de la cubierta anclada que nos servía de enfermería; me acerqué flotando y me coloqué las correas. A dos metros de distancia, al otro lado de una barandilla hasta la cintura que se había elevado de la cubierta, el resto del tambor giraba suavemente. Bates, la Banda y Sarasti daban vueltas a mi alrededor como plomadas sujetas de un hilo.

Accedí a ConSenso para oírlos. James estaba hablando, con voz queda y carente de expresividad.

—Distinguí una pauta nueva en las constantes de formas. Algo en el enrejado. Parecía una señal. Aumentó al adentrarme en el túnel, la seguí, me desmayé. No recuerdo nada más hasta el camino de vuelta. Michelle me puso al corriente, lo mejor que pudo. Eso es todo lo que sé. Lo siento.

A cien grados de distancia, en la zona sin gravedad, Cunningham maniobró a su predecesor para meterlo en un ataúd con opciones distintas de los de proa. Me pregunté si pensaba enfrascarse en una autopsia durante la reunión. Me pregunté si oiríamos los ruidos que haría.

—Sascha —dijo Sarasti.

—Sí. —El característico acento de Sascha infectó la voz—. Mamá tenía el control. Me quedé completamente sorda y ciega cuando perdió el conocimiento. Intenté hacerme con el mando, pero algo me bloqueaba. Michelle, supongo. No sabía que tuviera tantas agallas. Ni siquiera podía ver nada.

—Pero tú no perdiste el sentido.

—Estuve consciente todo el tiempo, que yo sepa. Sólo que completamente a oscuras.

—¿Olor? ¿Tacto?

—Lo sentí cuando Michelle se meó en el traje. Pero no reparé en nada más.

Cunningham había vuelto a mi lado. El inevitable cigarro había aparecido entre sus labios.

—Nada te toca —dedujo el vampiro—. Nada te coge la pierna.

—No —dijo Sascha. No creía en las historias sobre monstruos invisibles de Michelle. Ninguno de nosotros las creía; ¿para qué molestarse, cuando la demencia podía explicar tan fácilmente todas las cosas que experimentábamos?

—Cruncher.

—Yo no sé nada. —Seguía sin acostumbrarme a la virilidad de la voz que emanaba ahora de la garganta de James. Cruncher era adicto al trabajo. Rara vez salía a la superficie en presencia de otros.

—Estás ahí —le recordó Sarasti—. Debes recordar alguna...

—Mamá me había enviado unas pautas para su análisis. Estaba trabajando en ellas. Todavía estoy trabajando en ellas —añadió intencionadamente—. No me di cuenta de nada. ¿Eso es todo?

Todavía no había sido capaz de obtener una buena lectura de él. A veces Cruncher parecía tener más en común con las decenas de módulos inconscientes que operaban en la cabeza de James que con los centros inteligentes que comprendían el resto de la Banda.

—¿No sientes nada? —presionó Sarasti.

—Sólo las pautas.

—¿Algo significativo?

—Espirales y cuadrículas fenomatemáticas estándar. Pero no he terminado. ¿Puedo irme ya?

—Sí. Llama a Michelle, por favor.

Cunningham me picoteó las heridas con anabolizantes, musitando para sí. Entre nosotros se rizaban unas tenues volutas de humo azul.

—Isaac encontró algunos tumores —observó.

Asentí y tosí. Tenía la garganta irritada. La náusea se había vuelto lo bastante pesada como para hundirse por debajo de mi diafragma.

—Michelle —repitió Sarasti.

—Aquí veo algunos más —prosiguió Cunningham—. A lo largo de la base de tu cráneo. Sólo unas pocas decenas de células por ahora, todavía no vale la pena quemarlos.

—Aquí. —La voz de Michelle era apenas audible, aun a través de ConSenso, pero por lo menos era la voz de un adulto—. Estoy aquí.

—¿Qué recuerdas, por favor?

—S-sentí... Mamá tenía el control, y de pronto desapareció y no había nadie más, así que tuve que... tomar el mando...

—¿Ves cerrarse el septo?

—En realidad no. Sentí cómo se oscurecía, pero cuando me di la vuelta ya estábamos atrapados. Y entonces sentí algo a mi espalda, no fue fuerte ni brusco, sencillamente fue como un golpe, y me agarró, y... y...

»Lo siento —dijo después de un momento—. Estoy un poco... mareada...

Sarasti esperó.

—Isaac —susurró Michelle—. Él...

—Sí. —Pausa—. Lo sentimos mucho.

—¿A lo mejor... se puede arreglar?

—No. Hay daños cerebrales. —La voz del vampiro transmitía algo parecido a la lástima, la afectación ensayada de un imitador excepcional. También había algo más, un ansia casi imperceptible, un poso sutil de tentación. No creo que nadie más lo oyera.

Estábamos enfermos, cada vez más. Los depredadores se sienten atraídos por los débiles y los heridos.

Michelle había vuelto a quedarse callada. Cuando continuó, la voz sólo le temblaba un poco:

—No puedo decirte gran cosa. Me agarró. Me soltó. Me vine abajo, y no puedo explicar por qué, es sólo que ese puto lugar te hace cosas, y fui... débil. Lo

siento. No puedo decirte mucho más.

—Gracias —dijo Sarasti, al cabo.

—¿Puedo...? Me gustaría irme, si no te importa.

—Sí —dijo Sarasti. Michelle se hundió bajo la superficie mientras la sala común giraba a mi alrededor. No vi quién ocupó su lugar.

—Los soldados no vieron nada —observó Bates—. Cuando nos abrimos paso hasta el septo, el túnel estaba vacío al otro lado.

—Cualquier bicho habría tenido tiempo de sobra de darse el piro —dijo Cunningham. Afianzó los pies en la cubierta y se agarró a un asidero; el subtambor empezó a moverse. Presioné oblicuamente contra mis correas.

—No disiento —dijo Bates—. Pero si algo hemos aprendido sobre ese sitio es que no podemos fiarnos de nuestros sentidos.

—Fiaos de los de Michelle —dijo Sarasti. Abrió una ventana mientras yo me volvía más pesado: la imagen desde el punto de vista de uno de los robots de un pegote brillante zigzagueando tras las traslúcidas fibras de papel encerado del septo desollado. La linterna de James, al otro lado de la barrera. La imagen se bamboleó un poco mientras el dron atravesaba una bolsa de magnetismo, antes de reanudarse. Se bamboleó, se reanudó. Un bucle de seis segundos.

—Ve algo junto a la Banda.

Los que no éramos vampiros no veíamos nada. Sarasti se percató y congeló la imagen.

—Las pautas de defracción no son consistentes con una sola fuente de luz en el espacio abierto. Veo elementos más tenues, elementos reflectivos. Dos objetos oscuros próximos entre sí, de tamaño similar, reflejando la luz aquí —apareció un cursor en dos puntos completamente anodinos de la imagen— y aquí. Uno es la Banda. El otro es desconocido.

—Un momento —dijo Cunningham—. Si tú puedes ver a través de todo eso, ¿por qué Su... por qué Michelle no vio nada?

—Sinestésica —le recordó Sarasti—. Tú ves. Ella siente.

BioMed tembló ligeramente, sincronizando su ciclo con el del tambor; la barandilla volvió a hundirse en la cubierta. En una esquina lejana, algo sin ojos me espiaba mientras yo lo miraba.

—Mierda —susurró Bates—. Hay alguien en casa.

En realidad nunca hablaban así, por cierto. Oiríais ruidos sin sentido — media decena de idiomas, toda una babel de lenguajes personales— si hablara con sus voces reales.

Algunos de los tics más simples son fieles al original: la beligerancia bienintencionada de Sascha, la aversión al pretérito de Sarasti. Cunningham perdió la mayoría de sus pronombres de género en un accidente imprevisto durante la manipulación de su lóbulo temporal. Pero iba más allá de eso. Todos ellos echaban mano del inglés, el hindi y el hadza cada dos frases; ningún científico real permitiría que las limitaciones conceptuales de un idioma único obstaculizaran sus ideas. En ocasiones actuaban casi como sinteticistas por derecho propio, conversando con gruñidos y gestos que a cualquier básico le parecerían incomprensibles. No es que los mejorados carezcan de aptitudes sociales; es sólo que una vez superado cierto punto, el discurso formal resulta condenadamente lento.

Salvo para Susan James. La contradicción ambulante, la mujer tan devota de idea de la comunicación como aglutinante que se había dividido el cerebro en porciones desunificadas para dejar clara su postura. Ella era la única a la que parecía importarle con quién estaba hablando. Los demás sólo hablaban para sí mismos, aunque estuvieran conversando entre ellos. Incluso los otros núcleos de James expresaban su opinión a su manera, y que cada cual lo tradujera como mejor pudiese. No suponía ningún problema. A bordo de la *Teseo* todo el mundo podía leer a los demás.

Pero a Susan James eso le daba igual. Ajustaba cada una de sus palabras al receptor, se amoldaba.

Yo soy un conducto. Existo para tender puentes, y no cumpliría con mi función si me limitara a contaros lo que decían estas personas. Por eso os relato lo que querían decir, y significará tanto para vosotros como podáis entender.

A excepción hecha de Susan James, lingüista y cabecilla, en quien puedo confiar para hablar por sí misma.

Quince minutos para el apogeo: la máxima distancia segura, por si a *Rorschach* se le ocurría contraatacar. Abajo, a lo lejos, el campo magnético del artefacto presionaba contra la atmósfera de Ben como el meñique de Dios. Grandes nubarrones de tormenta convergían tras él; turbulentas filigranas del tamaño de

lunas colisionaban a su paso.

Quince minutos para el apogeo, y Bates todavía esperaba que Sarasti cambiara de opinión.

En cierto modo, esto era culpa suya. Si se hubiera tomado esta misión como otro mal trago a pasar, quizá las cosas habrían seguido más o menos como hasta entonces. Habría existido un asomo de esperanza de que Sarasti nos permitiera rechinar los dientes y seguir adelante, hostigados ahora por trampas de resorte además del acostumbrado arsenal de sieverts, magnetismo y monstruos del id. Pero Bates había tenido que darle importancia.

Para ella no era otro simple pedazo de mierda más en la cloaca: era el que atascaba el desagüe.

«Ya nos encontramos al límite, intentando sobrevivir al entorno básico de esta cosa. Si ha empezado a tomar contramedidas deliberadas... no sé cómo podemos correr el riesgo.» Catorce minutos para el apogeo, y Amanda Bates todavía estaba arrepintiéndose de sus palabras.

En expediciones anteriores habíamos localizado veintiséis septos en diversas fases de desarrollo. Los habíamos bombardeado con rayos X. Con ultrasonidos. Habíamos visto cómo se extendían rezumando por los pasillos o se replegaban lentamente en las paredes. El iris que se había cerrado de golpe tras la Banda de los Cuatro era un animal completamente distinto.

«¿Y qué probabilidad hay de que el primero en activarse resultara venir equipado con prismas antiláser? No era un movimiento mecánico. Esa cosa estaba esperándonos.» Esperándonos por orden de...

Ésa era la cuestión. Trece minutos para el apogeo, y a Bates le preocupaban los inquilinos.

Siempre había sido una operación de allanamiento de morada, naturalmente. Eso no había cambiado. Pero cuando forzamos la cerradura pensábamos que íbamos a desvalijar una casa de vacaciones vacía, en fase de construcción todavía. Pensábamos que no tendríamos que preocuparnos por los dueños durante una temporada. No esperábamos que uno de ellos tuviera problemas de insomnio y nos pillara con las manos en la masa. Y ahora que lo había hecho y se había perdido de vista en el laberinto, era natural preguntarse qué armas podría tener guardadas debajo de la almohada...

«Esos septos pueden cerrarse en cualquier momento. ¿Cuántos hay? ¿Son fijos, o móviles? No podemos continuar sin conocer la respuesta a estas preguntas.» Al principio, Bates se había sorprendido y alegrado de que Sarasti

estuviera de acuerdo con ella.

Doce minutos para el apogeo. Desde esta atalaya, muy por encima de la estática, la *Teseo* veía a través de la turbulenta y retorcida anatomía de *Rorschach* y no apartaba la mirada de la diminuta herida que le habíamos infligido en el costado. Nuestra tienda lapa la cubría como una ampolla; dentro, Jack nos proporcionaba una segunda vista en primera persona del experimento en curso.

«Señor. Sabemos que la *Rorschach* está habitada. ¿Queremos arriesgarnos a provocar aún más a sus ocupantes? ¿Queremos arriesgarnos a matarlos?» Sarasti no le había dirigido la mirada, no había dicho nada. De lo contrario, sus palabras podrían haber sido: «No entiendo cómo un pedazo de carne como tú consiguió llegar a la edad adulta».

Once minutos para el apogeo, y Amanda Bates lamentaba el hecho —no por vez primera— de que esta misión no estuviera bajo jurisdicción militar.

Íbamos a esperar hasta alcanzar la distancia máxima antes de realizar el experimento. «*Rorschach* podría interpretarlo como un gesto hostil», había admitido Sarasti, con una voz que no hacía la menor concesión a la ironía. Ahora lo teníamos delante, viendo las imágenes que proyectaba ConSenso encima de la mesa. Sobre sus ojos expuestos serpenteaban reflejos, sin lograr enmascarar por completo los destellos más profundos que había tras ellos.

Diez minutos para el apogeo. Susan James deseaba que Cunningham apagara ese condenado cigarro. El humo apestaba camino de los ventiladores, y además, no era necesario. Sólo era una afectación anacrónica, un instrumento para llamar la atención; si necesitaba la nicotina, un parche podría haber calmado sus temblores con la misma facilidad, sin humo ni olores.

No era eso lo único en que estaba pensando, sin embargo. Estaba preguntándose para qué habría llamado Sarasti a Cunningham a su tienda antes durante el turno, y por qué este último la había mirado de forma tan extraña después. Yo también me lo preguntaba. Una rápida consulta a los archivos de ConSenso me indicó que alguien había accedido a su historial médico en ese periodo. Leí sus resultados y dejé que las formas rebotaran de un hemisferio a otro en mi cabeza: una parte de mi cerebro se quedó con «oxitocina elevada» como razón más probable de aquella reunión. Había una posibilidad del ochenta y dos por ciento de que James se hubiera vuelto demasiado confiada para el gusto de Sarasti.

No tenía ni idea de cómo sabía yo eso. Nunca la tenía.

Nueve minutos para el apogeo.

Según nuestros cálculos no se había perdido casi ni una molécula de la atmósfera de *Rorschach*. Eso estaba a punto de cambiar por completo. Nuestra imagen del campamento base se partió como una bacteria escindida: una ventana se concentraba ahora en la tienda lapa; la otra, en un aumento táctico de gran angular del espacio que la rodeaba.

Ocho minutos para el apogeo. Sarasti tiró del enchufe.

Abajo, en la *Rorschach*, nuestra tienda reventó como un insecto bajo una bota. Un géiser brotó de la herida; una tormenta de nieve se arremolinaba a los lados, intrincados como encajes sus rizos cargados. La atmósfera salió en tromba al vacío, se diluyó, cristalizó. Por unos instantes, el espacio alrededor del campamento base rutiló como las estrellas. Era casi hermoso.

A Bates no le parecía hermoso en absoluto. Contemplaba aquella herida sangrante con un rostro tan inexpresivo como el de Cunningham, pero tenía las mandíbulas apretadas como una víctima del tétanos. Sus ojos saltaban de una imagen a otra: atenta a cosas jadeando en las sombras.

Rorschach se convulsionó.

Los gigantes troncos y arterias se estremecieron, un temblor sísmico que se propagaba por toda la estructura. El epicentro comenzó a retorcerse, un vasto segmento rotando sobre su eje, la brecha en el centro de su longitud. Aparecieron líneas de tensión donde el trozo que rotaba chocaba con los trozos a ambos lados que no lo hacían; la estructura parecía suavizarse y estirarse allí, constriñéndose como un gran globo alargado que estuviera retorciéndose para lograr la forma de una ristra de salchichas.

Sarasti chasqueó la lengua. Los gatos emitían un sonido parecido cuando descubrían a un pájaro al otro lado de la ventana.

ConSenso gimió con el sonido de mundos que se rozaban: telemetría de los sensores de campo, con las orejas pegadas al suelo. Los controles de la cámara de Jack habían vuelto a paralizarse. La imagen que enviaba estaba ladeada y era granulosa. La máquina miraba sin parpadear al borde del agujero que habíamos excavado en el inframundo.

Los gemidos cesaron. Una última nube de delicado polvo cristalino se disipó en el espacio, apenas distinguible aun con el máximo aumento.

Ningún cuerpo. Ninguno visible, al menos.

De repente, movimiento en el campamento base. Al principio pensé que sería la estática de la imagen de Jack, rodeando líneas de contraste elevado... pero no, era innegable que algo se movía al filo del boquete que habíamos practicado.

Algo culebreaba casi allí abajo, un millar de micelios grises que sobresalían de la superficie cortada y se adentraban despacio en la oscuridad.

—Es... ah —dijo Bates—. Producto de la caída de presión, supongo. Es una forma de sellar la brecha.

Dos semanas después de que la hiriéramos, *Rorschach* había empezado a curarse.

El apogeo quedaba ya a nuestra espalda. A partir de aquí era todo cuesta abajo. La *Teseo* inició el largo descenso de regreso a territorio enemigo.

—No usa septos —dijo Sarasti.

*Mis genes han engañado a mi cerebro
con una horrible sensación gloriosa.
Así es como persiguen estos engendros
su plan de replicación espantosa.
Pero la mente no es ningún fantoche,
sin picadura sabe gozar de la ponzoña.
Esta vasectomía de aquí no es de coña.
Mis genes se pueden joder esta noche.*

The R-Selectors, *Trunclade*

El sexo en primera persona —el sexo «real», como se empeñaba en llamarlo Chelsea— era un gusto adquirido: la respiración entrecortada, el entrechocar de carne cruda y el hedor de la piel sudorosa llena de poros e imperfecciones, una persona completamente distinta con un conjunto completamente distinto de exigencias y manías. Poseía un atractivo definitivamente animal, sin duda. Así era, después de todo, como veníamos haciéndolo durante millones de años. Pero esta, esta carnalidad tercermundista siempre comportaba cierto elemento de lucha, de pautas asincrónicas en conflicto. No había convergencia. Tan sólo el ritmo de cuerpos en colisión, el esfuerzo por dominar, por someter al otro a la sincronía.

Chelsea opinaba que era amor en estado puro. Yo llegué a considerarlo un combate cuerpo a cuerpo. Antes, mientras follaba con creaciones de mi menú o me ponía en la piel de creaciones ajenas, siempre había podido seleccionar el contraste y la resolución, la textura y la actitud. Las funciones corporales, la resistencia de los deseos enfrentados, el interminable preámbulo que te desgasta la lengua hasta la raíz y te deja la cara pegajosa y brillante... meras perversiones, hoy en día. Opciones para los masoquistas.

Pero con Chelsea no había elección. Con ella, todo era estándar.

Yo se lo consentía. Supongo que no era más paciente con sus perversiones que ella con mi ineptitud a la hora de practicarlas. Había más cosas que hacían que

el esfuerzo mereciera la pena. Chelsea era capaz de discutir sobre cualquier cosa, era retorcida, ingeniosa y más curiosa que un gato. Saltaba sin avisar. Perteneciente a la mayoría sin empleo, seguía disfrutando como una niña del simple hecho de estar viva. Era impulsiva e impetuosa. Le importaban las personas. Pag. Yo. Quería conocerme. Quería llegar hasta mí.

Eso resultaba ser un problema.

—Podríamos intentarlo de nuevo —me dijo una vez en una pausa de sudor y feromonas—. Ni siquiera recordarás qué era lo que tanto te molestaba. Ni siquiera recordarás que estabas molesto, si no quieres.

Sonreí y aparté la mirada; de repente los planos de su rostro me parecían toscos y carentes de atractivo.

—¿Cuántas veces van ya? ¿Ocho? ¿Nueve?

—Sólo quiero que seas feliz, Cyg. La auténtica felicidad es un regalo inconmensurable, y yo puedo ofrecértela si me dejas.

—No quieres hacerme feliz —dijo con delicadeza—. Quieres personalizarme.

Ronroneó en el hueco de mi garganta por un momento. Luego:

—¿Qué?

—Sólo quieres transformarme en algo más... más complaciente.

Chelsea levantó la cabeza.

—Mírame.

Torcí el cuello. Había desactivado los cromatóforos de su mejilla; el tatuaje, transplantado, aleteaba ahora en su hombro.

—Mírame a los ojos —dijo Chelsea.

Contemplé la piel imperfecta que los rodeaba, los vasos capilares que serpenteaban por la esclerótica. Pensé que tenía gracia que aquellos órganos defectuosos, deteriorados, aún consiguieran hipnotizarme en ocasiones.

—A ver —dijo Chelsea—. ¿A qué te refieres?

Me encogí de hombros.

—Sigues fingiendo que esto es una relación cordial. Los dos sabemos que es una competición.

—Una competición.

—Intentas manipularme para que juegue según tus reglas.

—¿Qué reglas?

—La forma en que quieres que evolucione nuestra relación. No te culpo, Chelsea, en absoluto. Llevamos intentando manipularnos unos a otros desde... diablos, ni siquiera es exclusivo de la naturaleza humana. Ocurre lo mismo con todos los mamíferos.

—No me lo puedo creer. —Sacudió la cabeza. Guedejas de cabello enredado cayeron sobre su rostro—. ¿Estamos en pleno siglo XXI y me sales con esta chorrada de la guerra de los sexos?

—Reconozco que tus ajustes constituyen una iteración radical. Puedes meterte en la cabeza de tu pareja y reprogramarla para que sea el criado perfecto.

—¿En serio crees que intento obligarte a algo? ¿Crees que intento adiestrarte como si fueras un cachorro?

—Sólo haces lo que es natural.

—No puedo creerme que me vengas con este disparate.

—Pensaba que valorabas la franqueza en una relación.

—¿Qué relación? Según tú no existe tal cosa. Esto no es más que una... violación mutua, o algo.

—Eso es lo que son las relaciones.

—No me jodas. —Se sentó y descolgó los pies por el borde de la cama. De espaldas a mí—. Sé cómo me siento. Si hay algo que sé, es eso. Y sólo quería hacerte feliz.

—Sé que eso es lo que crees —dije, ecuánime—. Sé que no parece una estrategia. Lógico, al estar tan arraigada. Parece correcto, natural. Es un ardid de la naturaleza.

—Es el ardid de una puta persona.

Me senté a su lado, dejé que mi hombro le rozara el suyo. Se apartó.

—Lo sé —dije, al cabo—. Sé cómo funciona la gente. Es mi trabajo.

Y el suyo, ya puestos. Nadie que se ganara la vida puenteando cerebros podía ser ajeno al cableado básico instalado en su sótano. Chelsea sencillamente había decidido ignorarlo; admitirlo hubiera hecho peligrar su justa ira.

Podría haberle señalado eso también, supongo, pero sabía cuánta tensión era capaz de resistir el sistema y no me apetecía forzar el motor. No quería

perderla. No quería perder aquella sensación de seguridad, aquella sensación de que importaba si estaba vivo o muerto. Sólo quería que me dejara un poco de espacio. Sólo quería que me diera un respiro.

—A veces eres una sabandija asquerosa —dijo.

Misión cumplida.

Nuestra primera aproximación había sido toda cautela y márgenes de seguridad. Esta vez irrumpimos como un equipo de asalto.

La *Escila* volaba hacia *Rorschach* a más de dos ges; su trayectoria era un arco tan abierto como predecible que desembocaba en el campamento base reventado. Incluso podría haber aterrizado allí, que yo supiera; quizá Sarasti quisiera matar dos pájaros de un tiro y hubiera programado el traspbordador para tomar muestras por su cuenta. En tal caso, no aterrizaría con nosotros a bordo. La *Escila* nos escupió al espacio a casi cincuenta kilómetros de la nueva cabeza de playa, nos dejó desnudos y cayendo en picado dentro de una improvisada cápsula de papel que apenas contaba con la masa de reacción necesaria para un aterrizaje suave y una rápida retirada. Ni siquiera teníamos control sobre eso: el éxito dependía de la imprevisibilidad, ¿y qué mejor manera de garantizarla que no saber ni siquiera nosotros lo que estábamos haciendo?

La lógica de Sarasti. La lógica de los vampiros. Podíamos seguirla a medias: la colosal deformación que había sellado la brecha de *Rorschach* era mucho más lenta, mucho más costosa que la guillotina que había atrapado a la Banda. El hecho de que no se hubieran empleado guillotinas sugería que tardaban tiempo en instalarse; en redistribuir la masa necesaria, tal vez, o en cargar sus reflejos. Eso nos daba una oportunidad. Todavía podíamos aventurarnos en el cubil de los leones, siempre y cuando éstos no pudieran predecir nuestro destino y colocar trampas con antelación. Siempre y cuando saliéramos antes de que pudieran colocarlas tras nuestra entrada.

—Treinta y siete minutos —había dicho Sarasti, sin que ninguno de nosotros alcanzara a imaginarse de dónde sacaba esa cifra. Sólo Bates se había atrevido a preguntarlo en voz alta, y él apenas se había dignado mirarla—: No podéis entenderlo.

La lógica de los vampiros. De premisa evidente a conclusión inescrutable. Nuestras vidas dependían de ella.

Los retros seguían un algoritmo preprogramado que equiparaba a Newton

con una tirada de dados. Nuestro vector no era completamente aleatorio; una vez eliminados los ensanches y las zonas de crecimiento, las áreas sin ruta de escape visible, los callejones sin salida y los segmentos no ramificados («Aburrido», dijo Sarasti, descartándolo todo), apenas un diez por ciento del artefacto seguía siendo viable. Ahora nos abalanzábamos hacia un laberinto de zarzas a ocho kilómetros de nuestro punto de aterrizaje original. Allí, en mitad de nuestro acercamiento final, ni siquiera nosotros podíamos predecir el lugar de impacto preciso.

Si *Rorschach* podía, se merecía ganar.

Caíamos. Agujas acanaladas y extremidades retorcidas seccionaban el firmamento dondequiera que miraba, cortaban el distante paisaje estelar y el superjoviano inminente en un aserrado mosaico veteado de negro. A tres kilómetros, o treinta, la punta de una extremidad hinchada reventó en una silenciosa explosión de partículas cargadas, una niebla distante de atmósfera liberada en congelación. Mientras se disipaba pude distinguir hilachos y estelas arremolinadas en espirales complejas: el campo magnético de la *Rorschach*, esculpiendo el aliento mismo del artefacto en aguanieve radiactiva.

No lo había visto nunca con los ojos desnudos. Me sentí como un insecto en una noche estrellada en pleno invierno, cayendo a través de las consecuencias de un incendio forestal.

El trineo accionó los frenos. Me aplasté contra la malla de mi arnés y reboté contra el cuerpo blindado que tenía a mi lado. Sascha. *Sólo Sascha*, recordé. Cunningham había sedado al resto, dejando sólo este núcleo en el cuerpo de la Banda. Ni siquiera sabía que se pudiera hacer eso con las personalidades múltiples. Me miró desde detrás del visor. El traje no dejaba traslucir ninguna de sus superficies. No podía ver nada en sus ojos.

De un tiempo a esta parte ocurría cada vez más a menudo.

Cunningham no estaba con nosotros. Nadie había preguntado por qué, cuando Sarasti asignó las plazas. El biólogo era ahora primero entre iguales, un sustituto restaurado sin nadie detrás de él. El segundo miembro menos reemplazable de nuestra irremplazable tripulación.

Eso hacía aún más conveniente mi presencia. Las apuestas a mi favor habían aumentado a uno entre tres.

Un choque silencioso sacudió la estructura. Los soldados abandonaron el trineo segundos antes de hacer contacto, expulsando diminutos penachos de gas con sus hocicos, formando a nuestro alrededor en un rosetón defensivo. Bates fue la siguiente en salir, liberándose de sus correas y flotando directamente hacia el

habitáculo hinchable. Sascha y yo descargamos el cable de fibra óptica —una bobina cerrada de medio metro de grosor y el triple de ancho— acarreándola entre los dos mientras uno de los soldados se colaba por la escotilla membranosa del vestíbulo.

—En marcha, gente. —Bates colgaba de uno de los asideros—. Treinta minutos para...

Enmudeció. No me hizo falta preguntarle por qué: el soldado de vanguardia se había colocado sobre la entrada recién practicada y nos enviaba la primera postal.

Había luz allí abajo.

Cualquiera diría que aquello tendría que haberlo hecho más fácil. Nuestra especie siempre ha tenido miedo de la oscuridad; durante millones de años nos quedamos acurrucados en cuevas y madrigueras mientras seres invisibles husmeaban y gruñían —o sencillamente esperaban, silenciosos e indetectables— en la oscuridad. Cualquiera diría que la luz, por escasa que fuera, disiparía en parte las sombras, dejando así menos huecos a rellenar con imaginaciones por parte de la mente.

Cualquiera lo diría.

Seguimos al robot hasta un tenue fulgor grumoso como leche mezclada con sangre. Al principio parecía como si la atmósfera misma estuviera encendida, una niebla luminosa que lo oscurecía todo a más de diez metros de distancia. Una ilusión, como descubrimos; el túnel al que salimos medía tres metros de diámetro y estaba alumbrado por hileras de protuberancias brillantes —del tamaño y forma aproximada de dedos humanos mutilados— que formaban una triple hélice irregular alrededor de los muros. Habíamos registrado crestas similares en el primer escenario, aunque las fisuras no eran tan pronunciadas y las crestas habían sido cualquier cosa menos luminosas.

—Es más fuerte cerca del infrarrojo —informó Bates, transmitiendo el espectro a nuestros HUD. El aire hubiera sido transparente para un crótalo. Era transparente al sónar: el soldado de cabeza roció la niebla con cadenas de clics y descubrió que el túnel se ensanchaba en algo parecido a una cámara diecisiete metros más adelante. Al escudriñar en esa dirección sólo pude distinguir perfiles subterráneos entre la bruma. Sólo pude distinguir cosas con fauces que se escabullían poniéndose a cubierto.

—En marcha —dijo Bates.

Enchufamos a los robots y dejamos a uno vigilando la salida. Cada uno de nosotros eligió otro como protector de vanguardia. Las máquinas se comunicaban con nuestros HUD mediante enlaces láser; entre ellas hablaban a través de metros de fibra óptica blindada y endurecida que se desenrollaba de la bobina que viajaba detrás de nosotros. Era la mejor solución disponible en un entorno sin óptimos. Nuestros guardaespaldas con correa nos mantendrían a todos en contacto durante las excursiones solitarias alrededor de esquinas o a lo largo de callejones sin salida.

Sí. Excursiones solitarias. Obligados a dividir el grupo o cubrir menos terreno, íbamos a optar por la primera opción. Éramos cartógrafos de alta velocidad en busca de oro. Todo lo que hacíamos allí era un acto de fe: fe en que los principios unificadores de la arquitectura interna de *Rorschach* pudieran derivarse de las toscas dimensiones que habíamos calculado sobre la marcha. Fe en que la arquitectura interna de *Rorschach* tuviera algún principio unificador. Las generaciones anteriores habían adorado a espíritus malignos y caprichosos. Las nuestras depositaban su fe en un universo ordenado. En el Baklava del Diablo era fácil preguntarse si nuestros antepasados no habrían estado mejor encaminados.

Avanzamos por el túnel. Nuestro destino se hizo visible al ojo humano desnudo: no se trataba tanto de una cámara como de un nexo, una encrucijada formada por la convergencia de una docena de túneles procedentes de distintas direcciones. Unas mallas irregulares de puntitos mercurícos rutilaban a lo largo de varias superficies brillantes; unas resplandecientes protuberancias surgían del sustrato como un tiro de perdigones incrustado en el barro mojado.

Miré a Bates y Sascha.

—¿Panel de control?

Bates se encogió de hombros. Sus drones sondearon las gargantas que nos rodeaban, bañándolas de sónar. Mi HUD abocetó un sencillo modelo en 3D a partir de los ecos: pintura arrojada contra paredes invisibles. Éramos puntos cerca del centro de un ganglio, un diminuto enjambre de parásitos que infestaban un gigantesco huésped hueco. Todos los túneles se alejaban curvándose en una espiral gradual, cada uno de ellos orientado de forma distinta. El sónar podía espiar tras aquellos recodos unos pocos metros más lejos que nosotros. Ni a simple vista ni mediante ultrasonidos se apreciaba nada que distinguiera una opción de otra.

Bates señaló a uno de los pasadizos —«Keeton»— y otro —«Sascha»— antes de dar media vuelta y adentrarse flotando en otro camino sin hollar.

Contemplé el mío, nervioso.

—¿Algo en particular...?

—Veinticinco minutos —fue su respuesta.

Giré y me impulsé lentamente adentrándome en el pasillo que se me 'había asignado. El pasadizo, una larga espiral sin nada de especial, se curvaba en el sentido de las agujas del reloj; veinte metros después aquella curvatura habría bloqueado la vista de su entrada aunque su neblinosa atmósfera no se le hubiera adelantado. Mi dron seguía en cabeza a lo largo del túnel, con su sónar chasqueando como el castañetear de mil dientes diminutos, desenrollando su trailla desde la bobina emplazada a lo lejos, en el nexo.

Era un consuelo, esa correa. Era corta. Los soldados podían alejarse noventa metros y ni uno más, y teníamos órdenes estrictas de permanecer bajo sus faldas en todo momento. Quizá este lóbrego cubil infestado desembocara en el infierno, pero no se esperaba que lo recorriera hasta el final. Mi cobardía contaba con aprobación oficial.

Cincuenta metros más. Cincuenta metros y podría dar media vuelta y correr con el rabo entre las piernas. Mientras tanto lo único que debía hacer era apretar los dientes, concentrarme y grabar: «Todo lo que veáis», había dicho Sarasti. «De lo que no veáis, todo lo posible.» Y esperar que este nuevo límite temporal reducido expirara antes de que los picos de la *Rorschach* nos dejaran balbuciendo incoherencias.

Los muros que me rodeaban se estremecían y temblaban como los músculos de una criatura que acabara de morir. Algo apareció y se perdió de vista con una ligera risita cacareante.

Concéntrate. Graba. Si el soldado no lo ve, es que no es real.

Recorridos sesenta y cinco metros, uno de los fantasmas se coló dentro de mi casco.

Intenté no hacerle caso. Intenté mirar para otro lado. Pero este fantasma no estaba oscilando en la periferia de mi visión; flotaba casi en el centro de mi visor como una mancha mareante entre el HUD y yo. Rechiné los dientes e intenté traspasarlo con la mirada, fijé la vista en la tenue neblina sanguinolenta de la distancia media, contemplé los cuadernos de viaje que se proyectaban sincopadamente en las ventanitas etiquetadas como *Bates* y *James*. Ahí fuera no había nada. Pero allí dentro, flotando delante de mis propios ojos, la última quimera de *Rorschach* imprimía una huella borrosa justo delante de la lectura del sónar.

—Nuevo síntoma —anuncié—. Alucinación no periférica, estable, aunque

informe. Ningún pico que yo detect...

La proyección marcada como *Bates* se dio la vuelta bruscamente.

—Keet...

La ventana y la voz se apagaron al unísono.

Y no sólo la ventana de Bates. La proyección de Sascha y la imagen enviada por el dron oscilaron y desaparecieron al mismo tiempo, dejando mi HUD vacío salvo por las lecturas internas del traje y un mensajito que anunciaba en caracteres rojos: SIN CONEXIÓN. Giré sobre los talones, pero el soldado estaba allí aún, a tres metros de mi hombro derecho. Su puerto óptico resultaba claramente visible, una pestaña rubí insertada en el plastrón.

Sus nidos de armamento también resultaban visibles. Y me apuntaban.

Me quedé helado. El dron temblaba presa de una tenaza electromagnética como si estuviera aterrado. De mí, o...

... o de algo a mi espalda...

Empecé a girarme. Mi casco se llenó repentinamente de estática, y de lo que sonaba —ligeramente— como una voz:

—... der, no te muevas, Kee... no...

—¿Bates? ¿Bates? —Otro icono había surgido en lugar del de SIN CONEXIÓN. El robot estaba usando la radio por algún motivo... y aunque la tenía casi al alcance de la mano, a duras penas podía reconocer la señal.

Retazos de Bates:

—... a tu... derecha enfrente de... —Y también Sascha, un poco más claro:

—¿... qué no lo ve...?

—¿Ver qué? ¡Sascha! Que alguien me lo explique... ¿Ver qué?

—¿... cibes? Keeton, ¿me recibes?

De alguna manera Bates había conseguido potenciar la señal; el rugido de la estática era ensordecedor, pero podía distinguir las palabras que había tras ella.

—¡Sí! ¿Qué...?

—No muevas ni un músculo, ¿lo entiendes? Ni un músculo. Confirmación.

—Confirmado. —El dron me tenía en sus temblorosas miras, oscuros iris bifocales que se ensanchaban a trompicones para luego reducirse a ojos de aguja—. ¿Qué...?

—Hay algo delante de ti, Keeton. Justo entre el robot y tú. ¿No lo ves?

—N-no. Mi HUD se ha caído...

Intervino Sascha:

—¿Cómo no va a poder verlo, si lo tiene d...?

Bates impuso su voz:

—Tiene el tamaño de una persona, simetría radial, ocho, nueve brazos. Como tentáculos, pero... segmentados. Con espinas.

—Yo no veo nada —dije. Pero sí que veía: veía algo que alargaba los brazos hacia mí, en mi vaina, a bordo de la *Teseo*. Veía algo aovillado e inmóvil en la columna de la nave, espiándonos mientras trazábamos nuestros planes.

Veía a Michelle, la sinestésica, encogida en posición fetal: «No podéis verlo... es in... visible...».

—¿Qué hace? —llamé. ¿Por qué no puedo verlo? ¿Por qué no puedo verlo?

—Nada... Sólo flota. Es como si se meciera. Oh, mier... Keet...

El soldado se desplazó a un lado como si acabara de recibir el sopapo de una mano gigante. Rebotó contra la pared y de pronto la conexión láser regresó, llenando el HUD de información: perspectivas en primera persona de Bates y Sascha corriendo por túneles alienígenas, la imagen desde el punto de vista de uno de los robots de un traje espacial con la palabra *Keeton* serigrafiada en el pecho y allí, justo a su lado, algo parecido a una estrella de mar epiléptica con más brazos de la cuenta...

La Banda dobló la esquina como una locomotora sin frenos y ahora casi pude ver algo con mis propios ojos, oscilando como el aire caliente a un costado. Era grande, y se movía, pero de alguna manera mi vista sencillamente patinaba cada vez que intentaba enfocararlo. *No es real*, pensé, mareado de histérico alivio, *sólo es otra alucinación*, pero entonces Bates apareció flotando y estaba allí mismo, sin oscilar, sin lugar a dudas, todo onda de probabilidad colapsada y sólida masa irrefutable. Expuesta, la cosa se encaramó al muro más cercano y corrió sobre nuestras cabezas, enarbolando los brazos segmentados como látigos. Un repentino zumbido crepitante en mi nuca y flotaba libre otra vez, chamuscada y humeante.

Un clic tabaleante. El chirrido de maquinaria al frenar. Tres robots flotaban en formación en el centro del pasadizo. Uno de ellos se encaró con el alienígena. Atisé la punta de una probóscide letal regresando a su funda. Bates desactivó al soldado antes de que éste terminara de cerrar la boca.

Los enlaces ópticos y tres pares de pulmones inundaron mi casco con un rugido de respiración pesada.

El soldado apagado flotaba en el aire turbio. El cadáver alienígena rebotó delicadamente contra la pared, convulsionándose: una hidra de columnas vertebrales humanas, abrasada y sin carne. No se parecía tanto a las visiones que había sufrido a bordo de la *Teseo*, después de todo.

Por algún motivo que no acertaba a precisar, ese detalle me pareció casi tranquilizador.

Los dos robots activos sondearon la niebla hasta que Bates les dio nuevas órdenes; uno de ellos maniobró para asegurar el cadáver, el otro para estabilizar a su compañero caído. Bates agarró al robot muerto y desenchufó su correa.

—Replegaos. Despacio. Estoy justo detrás de vosotros.

Accioné los propulsores. Sascha vaciló. A nuestro alrededor flotaban rollos de cable blindado como cordones umbilicales.

—En marcha —dijo Bates, acoplando una toma de su propio traje directamente al soldado desactivado.

Sascha me siguió. Bates tomó la retaguardia. Consulté mi HUD; un enjambre de monstruos multiarticulados aparecería allí de un momento a otro.

No lo hicieron. Pero el ser carbonizado pegado al vientre de la máquina de Bates era completamente real. Nada de alucinaciones. Ni siquiera una comprensible mala pasada, mezcla de temor y sinestesia. La *Rorschach* estaba habitada. Sus ocupantes eran invisibles.

A veces. Más o menos.

Y, ah sí. Acabábamos de cargarnos a uno.

Bates lanzó al soldado desactivado al vacío en cuanto llegamos al exterior. Sus camaradas lo usaron para practicar el tiro al blanco mientras nosotros nos colocábamos las correas, disparando una y otra vez hasta no dejar de él más que vapor congelado. *Rorschach* convirtió incluso ese tenue plasma en filigranas antes de que se disipara.

A medio camino de regreso a la *Teseo*, Sascha se volvió hacia la mayor:

—Tú...

—No.

—Pero... Saben ir a cagar solos, ¿no? Son autónomos.

—No si están esclavizados.

—¿Avería? ¿Pico?

Bates no respondió.

Llamó a la nave. Para cuando llegamos Cunningham había desarrollado otro pequeño tumor en la columna de la *Teseo*, un quirófano automatizado repleto de sensores y teleoperadores. Uno de los robots supervivientes agarró el cadáver y saltó a la nave en cuanto pasamos por debajo del caparazón, completando la entrega mientras atracábamos.

Renacimos para contemplar los frutos de una necropsia preliminar. ConSenso nos mostraba el fantasma holográfico del alienígena diseccionado como si de un macabro banquete despellejado se tratara. Sus brazos extendidos recordaban a columnas vertebrales humanas. Nos sentamos alrededor de la mesa y esperamos a que fuera otro el que probara el primer bocado.

—¿Tenías que dispararle con microondas? —saltó Cunningham, tamborileando con los dedos encima de la mesa—. La bestia está completamente cocida. Todas las células estallaron desde dentro.

Bates sacudió la cabeza.

—Se produjo una avería.

Cunningham le lanzó una mirada de contrariedad.

—Una avería que casualmente implica apuntar con exactitud contra un objeto en movimiento. No creo que fuera por casualidad.

Bates le sostuvo la mirada sin vacilación.

—Algo cambió la localización autónoma del blanco, de apagada a encendida. Casualidad. Azar.

—El azar es...

—Déjalo estar, Cunningham. Ahora mismo no me apetece escuchar tus chorradas.

El hombre puso los ojos en blanco, y su terso rostro cadavérico se volvió de repente hacia algo que había encima de nosotros. Seguí la dirección de su mirada: Sarasti nos observaba desde las alturas como un búho en busca de ratones de campo, derivando ligeramente con la brisa de Coriolis.

Tampoco esta vez llevaba puesto el visor. Yo sabía que no lo había perdido. Traspasó a Cunningham con la mirada.

—Lo que has descubierto.

Cunningham tragó saliva. La anatomía alienígena se iluminó como un mosaico de teselas codificadas cuando pulsó algunas teclas.

—Está bien. Me temo que no puedo decir gran cosa a nivel celular. Dentro de las membranas no queda casi nada. Tampoco quedan muchas membranas, ya puestos. En términos de morfología general, el espécimen está comprimido dorsoventralmente y es radialmente simétrico, como se puede ver. Exoesqueleto calcáreo, cutícula plástica queratinizada. Nada especial.

Bates expresó su escepticismo.

—¿La piel de plástico no es nada especial?

—Dado el entorno medio me esperaba un plasma de Sanduloviciu. El plástico no es más que petróleo refinado. Carbono orgánico. Este ser tiene una base de carbono. Tiene incluso una base proteínica, aunque sus proteínas son mucho más resistentes que las nuestras. Numerosas cadenas de azufre para su sostén lateral, según he podido deducir de lo que no desnaturalizaron tus robots. —Los ojos de Cunningham miraban más allá de todos nosotros; su consciencia se hallaba visiblemente lejos a popa, pendiente de sensores remotos—. Los tejidos del ser están saturados de magnetita. En la Tierra se encuentra ese material en el cerebro de los delfines, las aves migratorias e incluso algunas bacterias... todo lo que utilice los campos magnéticos para orientarse. Si pasamos a las macroestructuras, encontramos un esqueleto interno neumático que, en principio, hace las veces de musculatura. El tejido contráctil proyecta gas a través de un sistema de vejigas que tensan o relajan cada uno de los segmentos de los brazos.

La luz regresó a los ojos de Cunningham el tiempo suficiente para concentrarse en su cigarro. Se lo llevó a los labios, aspiró hondamente y volvió a soltarlo.

—Fijaos en los pliegues que rodean la base de cada uno de los brazos. —Unos globos flácidos se tiñeron de naranja en el cadáver virtual—. Cloacas, podría decirse. Todo se abre a ellas: comen, respiran y defecan por el mismo compartimento. No presenta otros orificios relevantes.

La Banda puso cara de asco. Sascha:

—¿No se... amontonan las tareas? Parece ineficiente.

—Si una está en uso, hay otras ocho puertas al mismo sistema. Desearás ser

igual de «ineficiente» la próxima vez que te atragantes con un hueso de pollo.

—¿Qué come? —quiso saber Bates.

—No sabría decirlo. He encontrado una especie de mollejas contráctiles alrededor de las cloacas, lo que implica que mastican las cosas, o al menos que lo hicieron alguna vez. Aparte de eso... —Extendió las manos; el cigarrillo dejó tenues volutas a modo de estela—. Si esos contráctiles se inflan lo suficiente pueden crear un aislamiento estanco, por cierto. Lo que unido a la cutícula le permitiría a este organismo sobrevivir brevemente en el vacío. Y ya sabemos que tolera la radiación ambiental, aunque no me preguntéis cómo lo hace. Lo que tenga por genes debe de ser mucho más duro que lo nuestro.

—Así que puede sobrevivir en el espacio —reflexionó Bates.

—En el mismo sentido que un delfín sobrevive debajo del agua. Sólo por tiempo limitado.

—¿Cuánto?

—No estoy seguro.

—Sistema nervioso central —dijo Sarasti.

Bates y la Banda se quedaron repentina y sutilmente callados. La influencia de James se extendió por su cuerpo, suplantando la de Sascha.

Hilos de humo se elevaban de la boca y la nariz de Cunningham.

—No tiene nada de central, al parecer. Ni cefalización, ni órganos sensores agrupados siquiera. El cuerpo está cubierto de algo parecido a manchas oculares, o cromatóforos, o las dos cosas. Hay cerdas por todas partes. Y que yo sepa, si esos filamentos cocidos que he podido reconstruir después de tu «avería» son realmente nervios y no algo completamente distinto, cada una de esas estructuras se controla de forma independiente.

Bates se sentó con la espalda recta.

—¿En serio?

Cunningham asintió con la cabeza.

—Sería algo parecido a controlar individualmente el movimiento de cada cabello individual de la cabeza, aunque esta criatura está cubierta de cerdas diminutas, de arriba abajo. Lo mismo se aplica a sus ojos. Cientos de miles de ellos, todos sobre la cutícula. Cada uno es poco más que una mirilla, pero todos son capaces de enfocar independientemente de los demás y supongo que las distintas imágenes se integrarán en algún momento. El cuerpo entero actúa como una sola

retina difusa. En teoría eso le proporciona una precisión visual enorme.

—Un conjunto de telescopios distribuidos —murmuró Bates.

—Hay un cromatóforo debajo de cada ojo; el pigmento es una especie de criptocromo, por lo que probablemente está relacionado con la vista, pero también puede ampliarse o contraerse por el tejido local. Eso sugiere pautas de pigmentación dinámicas, como las de un pulpo o un camaleón.

—¿Imitación de pautas de fondo? —preguntó Bates—. ¿Explicaría eso por qué no podía verlo Siri?

Cunningham abrió una ventana nueva y reprodujo un granuloso bucle visual de Siri Keeton y su invisible pareja de baile. La criatura que me había pasado desapercibida era siniestramente sólida para las cámaras: un discoide flotante dos veces tan ancho como mi torso, con brazos que se extendían de sus bordes como gruesas cuerdas nudosas. Sobre su superficie oscilaban pautas en oleadas; luces y sombras reflejadas en un remanso poco profundo.

—Como se puede ver, la pauta no imita al fondo —dijo Cunningham—. Ni siquiera se aproxima.

—¿Puedes explicar la ceguera de Siri? —dijo Sarasti.

—No —reconoció Cunningham—. Va más allá de la crisis corriente. Pero *Rorschach* te hace ver toda clase de cosas que no están ahí. No ver algo que está ahí realmente podría reducirse básicamente a lo mismo.

—¿Otra alucinación? —pregunté.

Otro encogimiento de hombros mientras Cunningham aspiraba su humo.

—Hay muchas maneras de engañar al sistema visual humano. Es interesante que la ilusión fracasara en presencia de múltiples testigos, pero si queréis un mecanismo definitivo tendréis que proporcionarme más material de trabajo que eso. —Apuntó con el cigarro a los restos churruscados.

—Pero... —James cogió aliento, armándose de valor—. Estamos hablando de algo... sofisticado, al menos. Algo muy complejo. Una capacidad de proceso inmensa.

Cunningham asintió de nuevo con la cabeza.

—Calculo que el tejido nervioso constituye aproximadamente un treinta por ciento de la masa corporal.

—De modo que es inteligente. —La voz de James era apenas un susurro.

—Ni por asomo.

—Pero... El treinta por ciento...

—Treinta por ciento de cableado motriz y sensor. —Otra calada—. Es muy parecido a un pulpo; posee un número de neuronas enorme, pero la mitad de ellas le hacen falta para controlar las ventosas.

—Tenía entendido que los octópodos son muy inteligentes —dijo James.

—Para tratarse de simples moluscos, sin duda. ¿Tienes idea del cableado extra que necesitarías si los fotorreceptores de tus ojos estuvieran extendidos por todo tu cuerpo? Te harían falta aproximadamente trescientos millones de alargadores, para empezar, de entre medio milímetro y dos metros de largo. Lo que significa que todas tus señales están entrecortadas y desincronizadas, lo que significa miles de millones de puertas lógicas adicionales para cohesionar la información. Y eso te proporciona una sola imagen estática, sin filtros, sin interpretación, sin la menor integración en una serie temporal. —Escalofrió. Calada—. Ahora multiplica eso por todo el cableado extra necesario para concentrar todos esos visores sobre un objeto, o para reenviar toda esa información a los cromatóforos individuales, y luego súmalo la capacidad de proceso requerida para dirigir esos cromatóforos de uno en uno. Un treinta por ciento igual consigue todo eso, pero dudo mucho que te quedara algo libre para la filosofía y la ciencia. —Agitó la mano en dirección a la bodega—. Ese... ese...

—Trepador —sugirió James.

Cunningham paladeó la palabra.

—Muy bien. Ese «trepador» es un absoluto milagro de la ingeniería evolutiva. Y más bruto que un arado.

Un momento de silencio.

—¿Entonces qué es? —preguntó al final James—. ¿La mascota de alguien?

—Un canario en la mina —sugirió Bates.

—Quizá ni siquiera eso —dijo Cunningham—. Quizá no sea más que un glóbulo blanco con waldos. Un bot de mantenimiento, a lo mejor. Dirigido a distancia, o actuando por instinto. Pero gente, aquí estamos pasando por algo cuestiones más importantes. ¿Cómo podría un anaerobio desarrollar una anatomía multicelular compleja, por no hablar de moverse tan deprisa como lo hacía esta cosa? Ese nivel de actividad consume grandes cantidades de ATP.

—Puede que no utilicen ATP —dijo Bates mientras yo consultaba los subtítulos: «adenosín trifosfato». La fuente de energía celular.

—Estaba repleto de ATP —le informó Cunningham—. Eso se puede deducir

incluso de estos restos. La cuestión es cómo es capaz de sintetizar la sustancia lo bastante deprisa como para satisfacer la demanda. Los procedimientos puramente anaeróbicos no bastarían.

Nadie sugirió nada.

—En cualquier caso —dijo—, se acabó la clase. Si queréis detalles escabrosos, preguntadle a ConSenso. —Agitó los dedos de la mano libre: la disección espectral se desvaneció—. Seguiré trabajando, pero si queréis respuestas de verdad me tendréis que traer a uno vivo. —Aplastó su colilla contra el mamparo y paseó la mirada desafiante alrededor del tambor.

Los demás apenas reaccionaron; sus topologías seguían brillando con las declaraciones de hacía unos minutos. Puede que la especialidad de Cunningham fuera más relevante para el conjunto; puede que, en un universo reduccionista, los rudimentos bioquímicos siempre debieran tener preferencia sobre las sutilezas de la inteligencia extraterrestre y la etiqueta entre especies. Pero el caso era que Bates y la Banda se habían quedado rezagados, procesando revelaciones pretéritas. Y no sólo procesándolas, sino digiriéndolas. Se agarraban a los hallazgos de Cunningham como criminales convictos que acabaran de descubrir que un tecnicismo podía ponerlos en la calle.

Porque el trepador había muerto a nuestras manos, de eso no cabía la menor duda. Pero no era un alienígena, en realidad no. No era inteligente. Sólo era una célula con waldos. Más bruto que un arado.

Y cometer daños contra la propiedad quita menos el sueño que un asesinato.

*No se puede resolver un problema en el mismo
nivel de consciencia en que se creó.*

Albert Einstein

Robert Paglino era el que me había liado con Chelsea. Puede que se sintiera responsable cuando la relación empezó a tambalearse. O puede que Chelsea, con lo Doña Arreglalo todo que era, hubiera solicitado su intervención. Por el motivo que fuera, en cuanto ocupamos nuestros asientos en QuBit tuve claro que su invitación no obedecía sólo a motivos sociales.

Pidió un cóctel neurótropo con hielo. Yo me mantuve fiel a mi Rickard.

—Vieja escuela todavía —dijo Pag.

—Rodeos todavía —observé.

—Tan obvio es, ¿eh? —Bebió un trago—. Así aprenderé a intentar abordar sutilmente a un jergonauta profesional.

—Ser jergonauta no tiene nada que ver. No engañarías ni a un ciego. —La verdad sea dicha, la topología de Pag en realidad nunca me indicaba nada que yo no supiera ya. Nunca había tenido tanta ventaja a la hora de interpretarlo. Quizá se debiera simplemente a que los dos nos conocíamos demasiado bien.

—Bueno —dijo—, desembucha.

—No hay nada que desembuchar. Es sólo que descubrió mi auténtico yo.

—Eso es malo.

—¿Qué te ha contado?

—¿A mí? Absolutamente nada.

Lo miré por encima de mi vaso.

Suspiró.

—Sabe que la estás engañando.

— ¿Que la estoy qué?

— Engañando. Con la piel.

— ¡Está basada en ella!

— Pero no es ella.

— No, no lo es. No se tira pedos, ni riñe, ni se pone a llorar cada vez que te resistes a conocer a su familia. Mira, quiero a esa mujer con locura, pero venga ya. ¿Cuándo fue la última vez que intentaste echar un polvo en primera persona?

— En el setenta y cuatro — dijo.

— Me tomas el pelo. — Hubiera apostado a que nunca.

— Entre un trabajo temporal y otro realicé labores médicas como voluntario en el tercer mundo. En Texas todavía le dan al viejo mete-saca. — Pag le dio un trago a su tropo—. De hecho, me pareció que estaba bastante bien.

— La novedad se pasa.

— Evidentemente.

— Y tampoco es que esté haciendo nada raro, Pag. La pervertida es ella. Y no sólo con el sexo. No deja de preguntar... no deja de intentar averiguar cosas.

— ¿Como cuáles?

— Detalles irrelevantes. Mi infancia. Mi familia. Cosas que no son de su puta incumbencia.

— Tan sólo muestra interés. No todo el mundo considera intocables los recuerdos de su niñez, ¿sabes?

— Gracias por la información. — Como si la gente no hubiera «mostrado interés» nunca antes. Como si Helen no hubiera «mostrado interés» cuando revolvía mis cajones, me filtraba el correo y me seguía por todas las habitaciones, preguntándole a las cortinas y los muebles por qué tenía que ser yo siempre tan callado y retraído. Había mostrado tanto interés como para impedirme salir de casa si no se lo confesaba. Con doce años había sido lo bastante estúpido como para encomendarme a su comprensión: «Es personal, mamá. Preferiría no hablar de ello». A continuación me había refugiado en el cuarto de baño cuando exigió saber si tenía problemas en la red, en la escuela, si era una chica, si era un... un chico, qué era y por qué no podía confiar en mi propia madre, ¿acaso no sabía que podía confiar en ella para lo que fuera? Esperé hasta que cesaron los persistentes golpes en la puerta y la insistente voz preocupada, y por fin el consiguiente silencio resentido. Esperé hasta estar absolutamente seguro de que se había ido,

esperé durante cinco putas horas antes de salir y allí estaba ella, cruzada de brazos en el pasillo, con los ojos desbordados de reproche y decepción. Aquella noche desmontó la cerradura del cuarto de baño porque «la familia no debería cerrarle nunca la puerta a la familia». Todavía mostrando interés.

—Siri —dijo Pag en voz baja.

Aquieté mi respiración y volví a intentarlo:

—No es sólo que hable de la familia. Quiere conocerla. No deja de intentar arrastrarme a conocer a la suya. Pensaba que estaba liado sólo con Chelsea, ¿sabes?, nadie me advirtió que tendría que compartir el espacio real con...

—¿Los has visto?

—Una vez. —Entes invasores, acaparadores, que fingían aceptación y amistad—. Fue estupendo, si te gusta que te manosee ritualmente una panda de desconocidos metidos a actores que no pueden ni verte y no tienen valor para reconocerlo.

Pag se encogió de hombros, sin compadecerse de mí.

—Parece la típica familia a la antigua usanza. Eres sinteticista, tío. Te las ves con dinámicas mucho más chungas que ésa.

—Me las veo con la información de otras personas. No me dedico a vomitar mi vida privada a la esfera pública. Los híbridos y constructos con los que trabajo no...

—... tocan...

—Interrogan —concluí.

—Sabías desde el principio que Chelse era una chica chapada a la antigua.

—Ya, cuando le conviene. —Trasegué mi cerveza—. Pero con un cortador en la mano es el último grito. Lo cual no significa que sus estrategias no puedan mejorarse.

—Estrategias.

«¡No es ninguna estrategia, por el amor de Dios! ¿Es que no ves que sufro? Estoy en el puto suelo, Siri, estoy tirada y hecha un ovillo por todo lo que sufro, ¿y a ti sólo se te ocurre criticar mi táctica? ¿Qué tengo que hacer, rajarme las putas muñecas?»

Me había encogido de hombros y dado media vuelta. *Ardides de la naturaleza.*

—Llora —dije—. Para ella es fácil, con sus elevados niveles de lactosa en la

sangre. Es simple química, pero lo esgrime como si fuera el argumento definitivo.

Pag frunció los labios.

— Eso no significa que sea mentira.

— Todo es mentira. Todo es una estrategia. Tú lo sabes. — Resoplé—. ¿Y se ofende porque me haga una piel basándome en ella?

— No creo que se deba tanto a la piel en sí como al hecho de que no le dijeras nada. Ya sabes lo que opina sobre la sinceridad en las relaciones.

— Claro. No le gusta.

Me miró.

— Concédeme algo de crédito, Pag. ¿Crees que debería contarle que a veces me estremezco con sólo mirarla?

El sistema llamado Robert Paglino se quedó sentado en silencio, sorbió sus drogas y ordenó las palabras que iba a decirme a continuación. Cogió aliento.

— Joder, no me puedo creer que seas tan imbécil — dijo.

— ¿Sí? Ilumíname.

— Por supuesto que quiere que le digas que sólo tienes ojos para ella, que adoras hasta el último de sus poros y su aliento por la mañana, ¿y por qué parar en un ajuste, por qué no diez? Pero eso no significa que quiera que mientas, idiota. Quiere que todas esas cosas sean verdad. Y... en fin, ¿por qué no pueden serlo?

— Porque no lo son.

— Dios, Siri. La gente no es racional. Tú no eres racional. No somos máquinas pensantes, somos... somos máquinas sintientes que casualmente piensan. — Tomó aliento y pegó otro trago—. Y eso tú ya lo sabes, o no podrías hacer tu trabajo. O por lo menos — hizo una mueca — el sistema lo sabe.

— El sistema.

Mis protocolos y yo, quería decir. Mi habitación china.

Inspiré hondo.

— No funciona con todo el mundo, ¿sabes?

— Ya lo he notado. No puedes leer aquellos sistemas en los que estás demasiado implicado, ¿verdad? Efecto observador.

Me encogí de hombros.

— Lo mismo da — dijo—. No creo que me gustaras en esa habitación tuya.

Se me escapó antes de poder morderme la lengua:

—Chelse dice que preferiría una de verdad.

Enarcó las cejas.

—¿Una qué real?

—Una habitación china. Dice que tendría más comprensión.

El Qube murmuró y cacharreó a nuestro alrededor unos instantes.

—Entiendo por qué podría decir algo así —respondió Pag, al cabo—. Pero tú... a ti te fue bien, ultracuerpo.

—No sé.

Asintió con la cabeza, enfático.

—¿Sabes lo que dicen acerca del camino menos transitado? Bueno, pues tú te abriste tu propio camino. No sé por qué. Es como aprender caligrafía con los dedos de los pies, ¿sabes? O polineuropatía propioceptiva. Es asombroso que puedas hacerlo; que encima se te dé bien es sencillamente acojonante.

Entorné los ojos.

—Proprio...

—Antes había personas sin el menor sentido de... en fin, de sí mismas, físicamente. No podían percibir sus cuerpos en el espacio, no tenían ni idea de cómo estaban ordenadas sus extremidades o incluso si las tenían. Algunas de ellas decían sentirse deshuesadas. Incorpóreas. Enviaban una señal motriz a la mano y sólo podían suponer que llegaba. De modo que usaban la vista para compensar; como no podían sentir dónde estaba la mano, la miraban mientras se movía, utilizando la vista como sustituto de la realimentación informativa que tú y yo damos por sentada. Podían caminar, siempre que mantuvieran los ojos fijos en sus piernas y se concentraran a cada paso. Al final le cogían el tranquillo. Pero incluso tras años de práctica, si se distraían con un pie en el aire se caían como una peonza al terminar de bailar.

—¿Me estás diciendo que yo soy así?

—Utilizas tu habitación china igual que ellos la vista. Has reinventado la empatía, casi desde cero, y en cierto modo... no por completo, evidentemente, o no haría falta que estuviera diciéndote esto de viva voz... pero en cierto modo la tuya es mejor que la original. Por eso se te da tan bien la síntesis.

Sacudí la cabeza.

—Me limito a observar, eso es todo. Me fijo en lo que hace la gente, e intento imaginarme qué la impulsa a hacerlo.

—A mí me suena a empatía.

—No lo es. La empatía no es imaginarse cómo se siente la otra persona. Es más bien imaginarse cómo te sentirías tú en su lugar, ¿vale?

Pag frunció el ceño.

—¿Y?

—¿Y entonces qué pasa si no sabes cómo te sentirías?

Me miró; sus superficies eran serias y completamente transparentes.

—Tú vales más que eso, amigo. Quizá no siempre actúes como si lo valieras, pero... te conozco. Ya te conocía antes.

—Conocías a otra persona. Soy un ultracuerpo, ¿recuerdas?

—Sí, ésa era otra persona. Y puede que yo la recuerde mejor que tú. Pero deja que te diga una cosa. —Se inclinó hacia delante—. Cualquiera de los dos me hubiera ayudado aquel día. Y a lo mejor él hubiera llegado hasta allí a golpe de simple empatía mientras que tú tuviste que montar una especie de diagrama de flujo improvisado a partir de piezas sobrantes, pero eso sólo hace que tu logro tenga más mérito. Motivo por el cual sigo juntándome contigo, viejo amigo. Aunque tengas un palo metido en el culo del tamaño del Cristo de Río.

Levantó su vaso. Obediente, brindé con él. Bebimos.

—No me acuerdo de él —dije después de un momento.

—¿Qué, del otro Siri? ¿Del Siri pre vaina?

Asentí.

—¿No recuerdas nada?

Hice memoria.

—Bueno, sufría convulsiones todo el rato, ¿verdad? El dolor debía de ser constante. No recuerdo ningún dolor.

Tenía el vaso casi vacío; di un sorbito pequeño para que durara.

—A veces... a veces sueño con él, eso sí. Con... ser él.

—¿Cómo es?

—Tenía... color. Todo estaba más saturado, ¿sabes? Sonidos, olores. Más real que la vida misma.

—¿Y ahora?

Lo miré.

—Dices que tenía color. ¿Qué ha cambiado?

—No lo sé. A lo mejor nada. Es sólo que... ya no me acuerdo muy bien de mis sueños al despertar.

—¿Entonces cómo sabes que los tienes? —preguntó Pag.

A la mierda, pensé, y apuré el resto de la pinta de un solo trago.

—Lo sé.

—¿Cómo?

Fruncí el ceño, desconcertado. Tuve que pensar por unos momentos antes de recordarlo.

—Me despierto sonriendo —dije.

*Los soldados miran al enemigo a los ojos.
Los soldados saben lo que se juegan.
Los soldados saben cuál es el precio a pagar por una mala estrategia.
¿Qué saben los generales?
Sólo saben de transparencias y croquis tácticos.
La cadena de mando entera está del revés.*

Kenneth Lubin, *Zero Sum*

Las cosas empezaron a torcerse con nuestra invasión. El plan requería que se desatara un caos controlado por toda la nueva cabeza de playa, sutilmente diseñada para capturar a algunos «glóbulos blancos con waldos» mientras pretendían reparar el daño. Nuestro trabajo consistía en tender la trampa y replegarnos, confiando en Sarasti cuando nos aseguraba que no deberíamos esperar mucho tiempo.

No tuvimos que esperar nada. Algo empezó a agitarse en el polvo arremolinado en cuanto entramos, un movimiento serpentino al fondo del túnel que inmediatamente puso la reputada «iniciativa de campo» de Bates en pie de guerra. Sus soldados se adelantaron y encontraron un trepador convulsionándose en sus puntos de mira, adherido a la pared del pasadizo. Debía de haberlo conmocionado la onda expansiva de nuestra irrupción, el típico caso de momento y lugar equivocados. Bates tardó una fracción de segundo en evaluar la oportunidad y el plan se hizo plasma.

Uno de los robots disparó un dardo biópsico contra el trepador antes de que yo tuviese tiempo siquiera de parpadear. Habríamos metido el animal entero en una bolsa allí mismo si la magnetosfera de *Rorschach* no hubiera elegido ese momento para tirarnos arena a la cara. Así las cosas, para cuando nuestros soldados volvieron a ponerse en acción, tambaleantes, su objetivo ya se perdía de vista tras un recodo. Bates estaba amarrada a sus tropas; la arrastraron túnel abajo («¡Móntala!», le gritó a Sascha por encima del hombro) en cuanto las dejó sueltas.

Yo estaba amarrado a Bates. Casi no me había dado tiempo ni a cruzar una mirada con los ojos como platos con Sascha antes de verme arrastrado a mi vez. De repente volvía a estar dentro; el dardo biópsico saturado rebotó contra mi visor y pasó de largo como una centella, adherido aún a unos pocos metros de monofilamento descartado. Con suerte Sascha lo recogería mientras Bates y yo estábamos de safari; por lo menos así la misión no sería un completo fracaso si no regresábamos.

Los soldados nos arrastraban como cebos clavados en sus anzuelos. Bates volaba como un delfín enfrente de mí, manteniéndose sin esfuerzo en el centro de la tracción con la ayuda ocasional de sus propulsores. Yo rebotaba contra las paredes justo detrás, intentando estabilizarme, intentando aparentar que yo también mantenía el control. Era una pretensión importante. La gracia de hacer de cebo consiste en conseguir pasar por el original. Incluso me habían dado mi propia pistola; pura precaución, naturalmente, más para mi comodidad que para mi protección. Se ceñía a mi antebrazo y disparaba proyectiles de plástico inmunes a los campos de inducción.

Bates y yo solos, ahora. Una soldado pacifista y las probabilidades de una moneda lanzada al aire.

La piel de gallina me hacía cosquillas, como siempre. Los fantasmas de costumbre gateaban y se arrastraban por mi mente. Esta vez, sin embargo, el temor parecía atenuado. Distante. Quizá fuera simplemente cuestión de tiempo, quizá estuviéramos cruzando tan deprisa el paisaje magnético que ningún fantasma tenía ocasión de arraigar. O quizá fuera algo completamente distinto. Quizá no me asustaran tanto los fantasmas porque esta vez perseguíamos monstruos.

El trepador parecía haberse sacudido de encima cualquier posible telaraña tejida por nuestra entrada; ahora corría por las paredes a toda velocidad, con los brazos disparándose hacia delante como una sucesión de serpientes furiosas, impulsando el cuerpo tan deprisa que los drones apenas lograban no perderlo de vista, una silueta oscilante en la niebla. De pronto saltó a un lado, planeando a lo ancho del pasadizo para meterse por una pequeña bifurcación. Los soldados viraron en pos de él, chocando con las paredes, tambaleándose...

... deteniéndose...

... y de repente Bates estaba frenando en seco, pasando de largo junto a mí mientras yo hacía aspavientos con mi pistola. Un instante después había dejado atrás a los drones; mi correa se tensó y volé de espaldas, hasta detenerme por fin, flotando. Durante un par de segundos estuve en el frente. Durante un par de segundos yo fui el frente, Siri Keeton, apuntanotas, topo, profesional de la falta de

comprensión. Me quedé sencillamente flotando allí, con el aliento rugiendo en mi casco, mientras unos pocos metros más adelante las paredes...

... se retorcían...

Peristalsis, pensé en un primer momento. Pero este movimiento no se parecía en nada a las lánguidas ondulaciones que solían recorrer los pasadizos de la *Rorschach*. Así que *alucinación*, pensé... y entonces aquellos muros contorsionados proyectaron un millar de lenguas calcáreas como látigos que atraparon a nuestro objetivo desde todas direcciones y lo descuartizaron...

Algo me agarró y me dio la vuelta. De pronto estaba inmovilizado contra el pecho de uno de los soldados, cuyas armas traseras disparaban mientras nos retirábamos túnel arriba a toda velocidad. Bates estaba en brazos del otro. El torbellino de movimiento disminuía a nuestras espaldas, pero la imagen permanecía grabada en mi retina, alucinatoria y brutal en su nitidez:

Trepadores, por doquier. Una infestación ebullescente que reptaba por las paredes, intentando alcanzar al intruso, saltando al centro del pasadizo para presionar su contraataque.

No contra nosotros. Habían agredido a uno de los suyos. Había visto tres de sus brazos arrancados de cuajo antes de que desapareciera bajo un alud convulso en el centro del túnel.

Huimos. Me giré hacia Bates —*¿Has visto eso?*—, pero me mordí la lengua. La concentración letal reflejada en su cara resultaba inconfundible incluso a través de dos visores y tres metros de metano. Según el HUD había lobotomizado a los dos soldados, anulado por completo todos sus prodigiosos circuitos autónomos de toma de decisiones. Conducía a ambas máquinas personalmente, como si fueran marionetas.

Aparecieron granulosos ecos turbulentos en la pantalla del sónar trasero. Los trepadores habían terminado con su sacrificio. Ahora venían a por nosotros. Mi dron trastabilló y derrapó contra la pared del pasadizo. Dardos aserrados de decoración alienígena trazaron surcos paralelos en mi visor, magullaron porciones de muslo a través de la tela blindada de mi traje. Apreté los dientes para no gritar. Grité de todos modos. Una ridícula alarma integrada trino indignada un instante antes de que una decena de huevos podridos estallaran dentro de mi casco. Tosí. El hedor hizo que me escocieran y lloraran los ojos; a duras penas conseguí ver los sieverts en el HUD, encendiéndose directamente en rojo.

Bates siguió tirando de nosotros sin decir palabra.

Mi visor se selló lo suficiente para silenciar la alarma. El aire empezó a

despejarse. Los trepadores habían ganado terreno; para cuando pude ver con claridad de nuevo estaban a escasos metros a nuestras espaldas. Al frente apareció Sascha al doblar un recodo; Sascha, que no tenía apoyo, cuyos otros núcleos habían sido desactivados a petición de Sarasti. Susan había protestado al principio...

«Si existe alguna oportunidad de comunicación...»

«No la habrá», había respondido él.

... así que allí estaba Sascha, que era más resistente a la influencia de *Rorschach* según algún criterio que yo no entendía, hecha una pelota en posición fetal con los guantes pegados al casco, y yo sólo podía rezarle a alguna deidad polvorienta para que hubiera montado la trampa antes de sucumbir a aquel lugar. Los trepadores ya estaban allí; Bates gritó:

—¡Sascha! ¡Joder, quítate de en medio!

Y frenó de golpe, demasiado pronto, con la horda reptante acariciándonos los talones como una ola, y Bates volvió a gritar:

—¡Sascha! —Y por fin Sascha se movió, se impulsó de un salto, rebotó en la pared más próxima y se refugió en el mismo boquete por el que habíamos entrado. Bates tiró de una palanca mental y nuestros porteadores giraron, cagaron chispas y balas, y salieron disparados detrás de ella.

Sascha había montado la trampa al filo de la brecha. Bates la accionó de pasada con un manotazo enguantado. Supuestamente los sensores de movimiento se encargarían del resto... pero el enemigo estaba muy cerca, y no había espacio para maniobrar.

Se disparó justo cuando yo estaba llegando al vestíbulo. El cañón disparó su red a mi espalda en un fenomenal cono explosivo, capturó algo, regresó túnel arriba y golpeó a mi soldado por detrás. El retroceso nos lanzó contra el techo del vestíbulo con tanta fuerza que pensé que se iba a desgarrar la tela. Aguantó, y nos arrojó contra los culebreantes seres enredados en nuestro seno.

Columnas que serpenteaban por doquier. Brazos articulados que restallaban como látigos huesudos. Uno de ellos se me enroscó en la pierna y apretó como una pitón hecha de ladrillos. Las manos de Bates danzaron frenéticamente ante mí y aquel brazo se desintegró en segmentos desmembrados que rebotaron contra las paredes de nuestro confinamiento.

Todo aquello estaba mal. Se suponía que debían estar en la red, se suponía que debían estar contenidos...

—¡Sascha! ¡Despega! —ladró Bates. Otro brazo se separó de su cuerpo y fue

a estrellarse contra la pared, enroscándose y desenroscándose.

El agujero se había llenado de espuma en aerosol en cuanto tiramos de la red. Un trepador se retorció medio incrustado en aquella matriz, capturado una fracción de segundo demasiado tarde; su masa central sobresalía como un gigantesco tumor redondo infestado de monstruosos gusanos.

—¡SASCHA!

Artillería. El suelo del vestíbulo se constriñó veloz como un cepo y todo chocó contra él, drones, personas, trepadores enteros y en pedazos. No podía respirar. Cada pedazo de carne pesaba cien kilos. Algo nos barrió a un lado, una mano gigante aplastando a un insecto. Una corrección de la trayectoria, tal vez. Tal vez una colisión.

Pero diez segundos más tarde volvíamos a ser ingravidos, y nada nos había desgarrado.

Flotábamos como ácaros en una pelota de ping-pong, rodeados por un caos de maquinaria y miembros convulsos. Había poco de lo que podría parecer sangre. La que había flotaba en limpias esférulas temblorosas. La red del cañón flotaba como un asteroide encogido en nuestro seno. Las cosas del interior habían cerrado los brazos a su alrededor, alrededor unas de otras, aovillándose en una pelota trémula y apática. La metonimia comprimida siseaba a su alrededor, manteniéndolas frescas para el largo viaje a casa.

—Hostia puta —dijo Sascha sin aliento, observándolas—. La sanguijuela lo tenía todo planeado.

No tenía planeado nada. No había previsto una horda de alienígenas multiarticulados que descuartizaran a uno de los suyos delante de mis narices. Eso no lo había visto venir.

O por lo menos, se le había olvidado mencionarlo.

Ya empezaba a sentirme mareado. Bates estaba juntando las muñecas con cuidado. Por un momento pude distinguir apenas un tirante trozo oscuro de alambre, fino como el humo, entre ellas. Hacía bien en ser precavida; ese chisme podía cortar las extremidades humanas tan fácilmente como las alienígenas. Uno de los soldados se atusaba las fauces junto a ella, limpiándose restos de carne de las mandíbulas.

El alambre se perdió de vista. Vista que a su vez también estaba perdiendo ahora a mi vez. El interior de aquel gran globo de plomo se oscurecía a mi alrededor. Estábamos en vuelo inercial, puramente balísticos. Debíamos confiar en que la *Estila* estirara el brazo y nos interceptara cuando estuviéramos a una

distancia discreta de la escena del crimen. Debíamos confiar en Sarasti.

Lo que estaba volviéndose más difícil por momentos. Aunque hasta ahora había tenido razón. Casi siempre.

«¿Cómo lo sabes?», le había preguntado Bates cuando nos expuso el plan. Sarasti no había respondido. Lo más probable era que no pudiese, no a nosotros, no más de lo que un básico podría haberle explicado la teoría de membranas a los habitantes de Planilandia. Pero la pregunta de Bates en realidad no tenía nada que ver con la táctica, no del todo. Quizá lo que quería escuchar fuera una razón, algo que justificara esta invasión de suelo extranjero en curso, la captura y matanza de sus nativos.

A cierto nivel ya conocía la respuesta, naturalmente. Como todos. No podíamos permitirnos el lujo de limitarnos a reaccionar. Los riesgos eran demasiado grandes; teníamos que prevenir. Sarasti, cuya sapiencia escapaba a nuestra comprensión, se daba cuenta de esto perfectamente. Amanda Bates sabía en su fuero interno que tenía razón... pero tal vez el instinto le dictaba lo contrario. Tal vez, pensé mientras se me nublaba la vista, lo que estaba pidiéndole a Sarasti era que la convenciera.

Pero eso no era todo.

Imaginaos que sois Amanda Bates.

El control que ejercéis sobre vuestros soldados bastaría para provocarles sueños húmedos y pesadillas por igual a los generales de antaño. Podéis pinchar instantáneamente el sistema sensor cualquiera que esté a vuestras órdenes, experimentar el campo de batalla desde infinidad de perspectivas en primera persona. Hasta el último de vuestros soldados os es leal hasta la muerte, no hace preguntas, acata todas las órdenes con un entusiasmo y una dedicación a los que la simple carne ni siquiera podría aspirar jamás. No es sólo que respetéis la cadena de mando: es que la sois.

Os asusta un poco vuestro poder. Os asustan un poco las cosas que ya habéis hecho con él.

Obedecer órdenes os resulta tan natural como impartirlas. Vale, en ocasiones habéis cuestionado la política, o buscado una amplitud de miras que podría ser estrictamente necesaria para realizar la tarea que teníais entre manos en ese momento. Vuestra iniciativa de mando es legendaria. Pero jamás habéis desobedecido una orden directa. Cuando se os pide vuestra opinión, la dais sin

rodeos ni paños calientes... hasta que se toma una decisión y se entregan las órdenes. Entonces hacéis vuestro trabajo sin rechistar. Aun cuando surgen preguntas, no os molestáis en perder el tiempo expresándolas en voz alta a menos que esperéis una respuesta aprovechable.

¿Por qué exigirle, entonces, detalles analíticos a un vampiro?

Por la información no será. Lo mismo se le podría pedir a un vidente que le explicara qué son los colores a un ciego de nacimiento. Por aclarar las cosas, tampoco; la intención de Sarasti no daba lugar a ambigüedades. Ni siquiera para el pobre bobo de Siri Keeton, quien quizá no hubiera comprendido del todo un par de detalles, pero era demasiado tímido para levantar la mano.

No, sólo hay un motivo por el que podríais exigir esa clase de detalles: por desafío. Por rebelarse, siquiera en el infinitesimal grado que está permitida la rebelión una vez emitidas las órdenes.

Discutisteis y abogasteis con todo el empeño posible, cuando Sarasti solicitó opiniones. Pero ignoró las vuestras, renunció a cualquier posible intento de comunicación y se lanzó a una invasión preventiva de territorio extranjero. Sabía que la *Rorschach* podía contener seres vivos y aun así la agredió sin preocuparse por su bienestar. Podría haber matado a inocentes indefensos. Podría haber despertado a un gigante furioso. No lo sabéis.

Lo único que sabéis es que le habéis ayudado a hacerlo.

No es la primera vez que veis este tipo de arrogancia, entre los de vuestra especie. Esperabais que unas criaturas más inteligentes fueran también más sabias. Ya es malo semejante estupidez engreída infligida sobre seres indefensos, pero hacerlo cuando las apuestas están tan altas desafía a la razón. Matar a inocentes es el menor de los riesgos que corréis; estáis jugando con el destino de mundos enteros, provocando conflictos con una tecnología interestelar cuyo único delito fue sacaros una foto sin vuestro permiso.

Vuestro desacuerdo no ha cambiado nada. De modo que lo contenéis; lo único que se os escapa de vez en cuando es alguna pregunta sin sentido ni esperanzas de ser respondida, tan profundamente enterrada su insubordinación inherente que ni siquiera vosotros la veis. Si la vierais, mantendríais la boca cerrada... porque lo que menos queréis es recordarle a Sarasti que creéis que se equivoca. No queréis que reflexione al respecto. No queréis que piense que tramáis algo.

Porque lo tramáis. Aunque ni siquiera estéis listos para reconocerlo ante vosotros mismos.

Amanda Bates está empezando a considerar un cambio de mando.

La laceración de mi traje había provocado un verdadero estropicio en mis engranajes. La *Teseo* tardó tres días completos en devolverme a la vida. Pero la muerte no era excusa para perder comba; resucité con la cabeza llena de actualizaciones amontonadas en mis incrustaciones.

Las ojeé mientras bajaba al tambor. La Banda de los Cuatro estaba sentada en la cocina debajo de mí, con la mirada fija en las porciones de grumo nutricionalmente equilibrado que tenía en su bandeja, intactas. Cunningham, encaramado a su dominio heredado, gruñó al verme aparecer y volvió a concentrarse en el trabajo, tamborileando compulsivamente en la mesa con los dedos de una mano.

La órbita de la *Teseo* se había ampliado en mi ausencia, al igual que se habían corregido la mayoría de sus excentricidades. Nuestro objetivo resultaba visible a una distancia más o menos constante de tres mil kilómetros. Nuestro periodo orbital se retrasaba una hora con respecto al de la *Rorschach* —los alienígenas avanzaban implacablemente ante nosotros a lo largo de su trayectoria inferior—, pero un acelerón complementario cada par de semanas bastaría para no perderla de vista. Ahora teníamos especímenes, seres a examinar en las condiciones que nosotros decidiéramos; no tenía sentido arriesgarse a volver a acortar distancias hasta que hubiéramos exprimido hasta la última gota de información a nuestra disposición.

Cunningham había expandido su espacio de laboratorio durante mi convalecencia en el sepulcro. Había construido jaulas de contención, una para cada trepador, módulos divididos por un tabique común e instalados en un habitáculo completamente nuevo. El cadáver abatido con microondas estaba arrinconado como el juguete olvidado de un cumpleaños anterior, aunque según los diarios de acceso Cunningham todavía iba a visitarlo de vez en cuando.

Aunque no visitaba ninguna parte de la nueva ala en persona, naturalmente. No podía, no sin calzarse el traje y cruzar la bodega. El compartimento entero se había desensamblado de su sujeción espinal y empujado a un punto de anclaje a medio camino entre la columna y el caparazón: órdenes de Sarasti, dadas para «minimizar el peligro de contaminación». A Cunningham no le suponía ningún problema. Se daba por más que satisfecho con dejar su cuerpo en pseudogravedad, de todos modos, mientras su consciencia alternaba entre los waldos, sensores y cachivaches que rodeaban a sus nuevas mascotas.

La *Teseo* me vio llegar y sacó una ampolla de electrolitos azucarados del expendedor de la cocina. La Banda no levantó la cabeza a mi paso. Un dedo índice

daba golpecitos distraídos en su sien, sus labios se fruncían y temblaban de esa forma tan característica que quería decir: «diálogo interior en curso». Nunca era capaz de adivinar quién mandaba cuando se ponían así.

Chupé la ampolla y me asomé a las jaulas. Dos cubos bañados de suave luz roja: en el centro de uno de ellos flotaba un trepador que agitaba los brazos segmentados como algas mecidas por la corriente. El ocupante de la otra jaula estaba encajonado contra una esquina, con cuatro brazos extendidos por las paredes convergentes y otros cuatro haciendo aspavientos en el aire. Los cuerpos de los que sobresalían aquellos brazos eran esferoides, no discos aplastados como el de nuestra primera muestra. Éstos sólo estaban ligeramente comprimidos, y sus brazos no surgían de una sola franja ecuatorial sino que se repartían por toda la superficie.

Extendido por completo, el trepador flotante medía más de dos metros de diámetro. El otro parecía ser aproximadamente del mismo tamaño. Ninguno de los dos se movía, a excepción hecha de aquellos brazos a la deriva. Mosaicos azul marino, casi negros en onda larga, oscilaban sobre sus superficies como los dibujos que hace el viento en la hierba. Gráficos superpuestos mostraban índices de metano e hidrógeno dentro de los límites normales detectados en la *Rorschach*. Temperatura y luminosidad, lo mismo. El icono asignado al electromagnetismo ambiental permanecía apagado.

Me zambullí en los archivos y observé la llegada de los alienígenas hacía dos días; ambos entraron rodando sin miramientos en su jaula y se apelonaron, abrazándose a sí mismos mientras rebotaban delicadamente alrededor de sus confinamientos. *Posición fetal*, pensé... pero después de unos instantes los brazos se desenroscaron, como flores calcáreas que se abrieran.

—Robert dice que *Rorschach* los cultiva —habló Susan James a mi espalda.

Me giré. Definitivamente era James la que estaba allí, pero... apagada, de alguna manera. Su comida permanecía intacta. Tenía las superficies atenuadas.

A excepción de los ojos. Éstos se veían profundos, y un poco vacíos.

—¿Los cultiva? —repetí.

—Apilados. Cada uno de ellos tiene dos ombligos. —Consiguió esbozar una débil sonrisa, se tocó la barriga con una mano y la espalda a la altura de los riñones con la otra—. Uno delante y otro detrás. Opina que crecen en una especie de columna, amontonados. Cuando el que está arriba alcanza cierto grado de desarrollo, se separa del montón y se convierte en autónomo.

Los trepadores archivados estaban explorando su nuevo entorno ahora,

trepando tímidamente por las paredes, desenroscando los brazos contra las esquinas donde se unían los paneles. Aquellos hinchados cuerpos centrales volvieron a llamarme la atención.

—Entonces el primero, aplastado...

—Joven —convino—. Recién salido de la pila. Éstos son más viejos. Se... se inflan al madurar. Según Robert —añadió después de un momento.

Sorbí los posos de mi ampolla.

—La nave cultiva a su propia tripulación.

—Si eso es una nave. —James se encogió de hombros—. Y si esto es una tripulación.

Los vi moverse. No tenían mucho que explorar; las paredes estaban casi desnudas, libres de todo salvo unas pocas cabezas sensoras y espitas de gas. Las jaulas poseían sus propios tentáculos y manipuladores para cubrir necesidades investigadoras más invasivas, pero se habían enfundado prudentemente durante la introducción. Aun así, las criaturas cubrían el territorio en incrementos calculados, yendo de un lado para otro por invisibles caminos paralelos. Casi como si estuvieran dibujando transversales.

James también se había percatado.

—Parece tremendamente sistemático, ¿verdad?

—¿Qué dice Robert al respecto?

—Dice que el comportamiento de las abejas y las avispas es igual de complejo, sin dejar de tratarse de rutinas preprogramadas. Sin inteligencia.

—Pero aun así las abejas se comunican, ¿no? Hacen esa danza, para indicarle a la colmena dónde están las flores.

Se encogió de hombros, dándome la razón.

—De modo que aún se podría hablar con estas cosas.

—A lo mejor. Cualquiera pensaría lo mismo. —Se masajeó la frente con el pulgar y el índice—. Pero no hemos llegado a ninguna parte. Les reprodujimos algunas de sus secuencias de pigmentación, con variaciones. No parece que emitan sonidos. Robert sintetizó un puñado de ruidos que podrían expresarse de sus cloacas si quisieran, pero tampoco con eso llegamos muy lejos. Pedos armónicos y poco más, la verdad.

—Así que nos atenemos al modelo «glóbulos blancos con waldos».

—Más o menos. Pero, ¿sabes qué?, no han entrado en ningún bucle. Los animales preprogramados se repiten. Incluso los inteligentes deambulan de un lado para otro, o se mastican el pelo. Conductas estereotipadas. Pero estos dos le pegaron un buen repaso a las cosas una sola vez y luego sencillamente se... desactivaron.

Seguían manos a la obra en ConSenso, reptando por una pared, después otra, después otra, un lento recorrido en espiral que no dejaría ningún centímetro cuadrado sin cubrir.

—¿Han hecho algo desde entonces? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Nada espectacular. Se retuercen sin les pinchas. Agitan los brazos de acá para allá... eso lo hacen casi constantemente, pero sus gestos no contienen ninguna información aparente. No se han vuelto invisibles ni nada. Transparentamos la pared intermedia un momento para que se vieran, incluso abrimos canales de audio y ventilación... Robert pensaba que podría darse algún tipo de comunicación por feromonas... pero nada. Ni siquiera reaccionaron a la presencia de su congénere.

—¿Habéis intentado, no sé, motivarlos?

—¿Con qué, Siri? Ni siquiera parece que les importe su propia compañía. No podemos sobornarles con comida si no sabemos de qué se alimentan, lo que sigue siendo una incógnita. En cualquier caso, Robert dice que no corren peligro inminente de morir de inanición. A lo mejor cuando les entre el hambre se vuelven más cooperativos.

Apagué las imágenes de archivo y regresé al tiempo real.

—A lo mejor comen... no sé, radiación. O energía magnética. La jaula puede generar campos magnéticos, ¿verdad?

—Lo intentamos. —Cogió aliento y enderezó los hombros—. Pero supongo que estas cosas llevan su tiempo. Sólo ha tenido un par de días, y yo no salí de la cripta hasta ayer. Seguiremos probando.

—¿Qué hay del refuerzo negativo? —pregunté.

Parpadeó.

—¿Te refieres a hacerles daño?

—Nada necesariamente extremo. Y además, si no son inteligentes...

De golpe y porrazo, Susan desapareció.

—Caray, Keeton, pero si acabas de sugerir algo. ¿Has renunciado ya a toda esa milonga de «no interferir»?

—Hola, Sascha. No, por supuesto que no. Tan sólo... elaboro una lista de lo que se ha intentado.

—Bien. —Había retintín en su voz—. No me gustaría pensar que te estás descuidando. Ahora nos vamos a echar un rato, así que puedes aprovechar y charlar un poco con Cunningham. Sí, ve a hacerlo.

»Y no dejes de contarle tu teoría sobre alienígenas devoradores de radiación. Seguro que le viene bien echarse unas risas.

Estaba de pie en su puesto en BioMed, aunque su silla vacía se encontraba a un metro escaso de distancia. El sempiterno cigarro colgaba entre los dedos de una mano, consumido y apagado. Su otra mano jugaba sola, toqueteándose el pulgar en sucesión, del meñique al índice, del índice al meñique. Las ventanas rebosaban de información ante él; no estaba mirando.

Me acerqué por la espalda. Contemplé sus superficies en movimiento. Oí las suaves sílabas que escapaban de su garganta:

—*Yit-barah v'yish-tabah v'yit-pa-ar v'yit-romam...*

No era su letanía de costumbre. Ni siquiera su idioma de costumbre; hebreo, me informó ConSenso.

Sonaba casi como una plegaria...

Debió de oírme. Su topología se alisó y endureció, volviéndose casi imposible de descifrar. Últimamente me resultaba cada vez más difícil obtener una imagen clara de nadie, pero aun a través de aquellas cataratas topológicas Cunningham —como siempre— era más complicado de leer que la mayoría.

—Keeton —dijo sin darse la vuelta.

—Tú no eres judío —observé.

—Lo era. —Szpindel, comprendí después de un momento. Cunningham evitaba los pronombres personales exactos.

Pero Isaac Szpindel había sido ateo. Todos nosotros lo éramos. Todos habíamos empezado siéndolo, al menos.

—No sabía que lo conocieras —dije. Sin duda no era lo previsto.

Cunningham se hundió en su silla sin mirarme. En su cabeza, y en la mía, se abrió una ventana nueva dentro de un marco titulado *Electroforesis*.

Volví a intentarlo.

—Perdón. No pretendía entro...

—¿En qué puedo ayudarte, Siri?

—Esperaba que pudieras ponerme al corriente sobre tus hallazgos.

Una tabla periódica de elementos alienígenas circuló como un tren por la proyección. Cunningham la anotó y empezó otra muestra.

—Lo he documentado todo. Está todo en ConSenso.

Apelé a su ego:

—Sin embargo, me sería de gran ayuda saber cómo lo catalogarías tú. Lo que a ti te parezca importante podría ser tan de vital importancia como la información misma.

Se me quedó mirando un momento. Musitó algo, repetitivo e irrelevante.

—Lo importante es lo que falta —dijo al final—. Ahora cuento con muestras decentes y sigo sin poder encontrar los genes. La síntesis proteínica es casi priónica... cadenas de reconformación en lugar de las normales de transcripción... pero no acierto a entender cómo encajan en la pared estos ladrillos una vez hechos.

—¿Algún progreso con la energía? —pregunté.

—¿Energía?

—Metabolismo aeróbico con presupuesto de anaerobio, ¿recuerdas? Dijiste que tenían demasiado ATP.

—Eso ya lo he resuelto. —Exhaló una bocanada de humo; a lo lejos, a popa, una mota de tejido alienígena se licuó y estratificó en capas químicas—. Van al sprint.

Dale la vuelta a eso si puedes.

No pude.

—¿Qué quieres decir?

Suspiró.

—La bioquímica es un compromiso. Cuanto más deprisa se sintetiza el ATP, más cara se vuelve cada molécula. Resulta que los trepadores lo producen mucho más barato que nosotros. Es sólo que lo hacen sumamente despacio, lo cual tal vez

no suponga un inconveniente tan grande para algo que está inactivo la mayor parte del tiempo. *Rorschach*... o lo que fuera que empezase siendo *Rorschach*... podría haber pasado milenios a la deriva antes de recalar aquí. Eso es mucho tiempo para acumular reservas de energía que gastar en arranques de actividad elevada, y una vez sentadas las bases la glucólisis es explosiva. Dos mil veces más rentable, y sin demanda de oxígeno.

—Los trepadores van al sprint. Toda su vida.

—Es posible que se carguen previamente de ATP y lo consuman a lo largo de su vida.

—¿De cuánto tiempo estaríamos hablando?

—Buena pregunta —admitió—. Vive deprisa, muere joven. Si lo racionan y están latentes la mayor parte del tiempo... ¿quién sabe?

—Ah. —El trepador flotante se había alejado del centro de su jaula. Un brazo extendido mantenía una pared a raya; los otros continuaban su balanceo hipnótico.

Recordé otros brazos, de movimientos menos cariñosos.

—Amanda y yo perseguimos a uno hasta una multitud. Se...

Cunningham había vuelto a concentrarse en sus muestras.

—He visto la grabación.

—Lo hicieron pedazos.

—Ajá.

—¿Sabes por qué?

Se encogió de hombros.

—Bates piensa que pudo deberse a algún tipo de guerra civil en curso ahí abajo.

—¿A ti qué te parece?

—No lo sé. A lo mejor tiene razón, o puede que los trepadores sean caníbales rituales, o... Son alienígenas, Keeton. ¿Qué quieres de mí?

—Pero es que no son alienígenas de verdad. No inteligentes, al menos. La guerra implica inteligencia.

—Las hormigas se pelean todo el rato. Eso no demuestra nada aparte de que están vivas.

—¿Los trepadores están vivos?

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Crees que *Rorschach* los cultiva en una especie de cadena de montaje. No puedes encontrar ningún gen. A lo mejor sólo son ingenios biomecánicos.

—Eso es la vida, Keeton. Eso eres tú. —Otra calada de nicotina, otra tormenta de cifras, otra muestra—. En la vida no todo es blanco o negro. Es cuestión de matices.

—Mi pregunta es si son naturales. ¿Podrían ser fabricaciones?

—¿Un termitero es una fabricación? ¿El dique de un castor? ¿Una nave espacial? Por supuesto. ¿Los construyen organismos evolucionados de forma natural, que se comportan de forma natural? Sí. Así que dime, ¿cómo podría existir en todo el multiverso algo que no fuera, de un modo u otro, «natural»?

Intenté disimular mi irritación al responder:

—Ya sabes a qué me refiero.

—Es una pregunta sin sentido. Saca la cabeza del siglo XX.

Me di por vencido. Transcurridos unos segundos, Cunningham pareció percibir el silencio. Retiró su consciencia de la maquinaria y miró a su alrededor con ojos avarientos, como si buscara a un mosquito que misteriosamente hubiese dejado de zumbiar.

—¿Tienes algún problema conmigo? —Era una pregunta estúpida, por lo evidente. Ser tan... tan directo era impropio de cualquier sinteticista que se preciara.

Sus ojos rutilaron en aquel rostro muerto.

—Procesar sin comprender. A eso te dedicas, ¿verdad?

—Eso es simplificar colosalmente las cosas.

—Mmm. —Cunningham asintió con la cabeza—. ¿Por qué no puedes comprender entonces que no tiene sentido seguir espiando por encima de nuestros hombros y enviando informes a nuestros amos en casa?

—Alguien debe poner al día a la Tierra.

—Siete meses en ambas direcciones. Menuda puesta al día.

—Aun así.

—Aquí fuera estamos abandonados a nuestra suerte, Keeton. Tú estás abandonado a tu suerte. La partida habrá terminado mucho antes de que nuestros

amos sepan incluso que empezó. —Inhaló humo—. O a lo mejor no. A lo mejor te comunicas con alguien más próximo, ¿hmm? ¿Se trata de eso? ¿Te dice la cuarta ola lo que tienes que hacer?

—No hay ninguna cuarta ola. No que yo sepa, al menos.

—Probablemente no. Ellos nunca se jugarían el pellejo aquí fuera, ¿verdad? Incluso observar desde lejos entraña demasiados riesgos. Para eso nos construyeron a nosotros.

—Nos hicimos a nosotros mismos. Nadie te obligó a operarte.

—No, nadie me obligó a operarme. Podría haber dejado que me extirparan el cerebro y lo enviaran al Paraíso, ¿a que sí? Ésa es la elección que tenemos. Podemos ser completamente inútiles, o podemos intentar competir con vampiros, constructos e inteligencias artificiales. Y ya me dirás tú cómo se consigue eso sin convertirse en una... una completa rareza.

Cuántas cosas había en su voz. Absolutamente ninguna en su rostro. No dije nada.

—¿Ves a qué me refiero? No lo comprendes. —Consiguió esbozar una sonrisa tirante—. De modo que contestaré a tus preguntas. Retrasaré mi trabajo y te llevaré de la manita porque Sarasti nos lo ha pedido. Supongo que la excelsa mente vampírica ve alguna razón legítima para tolerar tus constantes intromisiones, y está al mando, así que le seguiré la corriente. Pero no soy tan listo como él, así que espero que sepas perdonarme si todo esto me parece un poco inútil.

—Yo sólo...

—Sólo haces tu trabajo. Ya lo sé. Pero no me gusta que jueguen conmigo, Keeton. Y tu trabajo consiste precisamente en eso.

Ya en la Tierra, Robert Cunningham no se había molestado en disimular la opinión que le merecía el «comisario político» de la nave. Saltaba a la vista incluso para los topológicamente ciegos.

Siempre me había costado imaginarme a ese hombre. No era sólo su semblante inexpresivo. A veces, ni siquiera las mayores sutilezas que había tras él se plasmaban en su topología. Quizá las reprimía intencionadamente, rechazando

así la presencia de este topo entre la tripulación.

No sería la primera vez que me topaba con una reacción parecida. Todo el mundo me rechazaba en mayor o menor grado. Ciertamente, les caía bien, o eso pensaban. Toleraban mis intromisiones, y colaboraban, y expresaban mucho más de lo que creían.

Pero bajo la huraña camaradería de Szpindel, bajo las pacientes explicaciones de James... no había genuino respeto. ¿Cómo podría haberlo? Estas personas eran la flor y nata, el ápice incandescente de los logros homínidos. Se les había confiado la suerte del mundo. Yo sólo era un soplón para las limitadas mentes que se habían quedado en casa. Ni siquiera eso, cuando «casa» sólo era un puntito a lo lejos. Masa superflua. No se podía remediar. No valía la pena molestarse por ello.

Así y todo, Szpindel sólo había acuñado el término «comisario» medio en broma. Cunningham creía en él, y no se reía. Y si bien en el transcurso de los años había conocido a muchos como él, ellos sólo habían intentado ocultarse de mi vista. Cunningham era el primero que al parecer lo había conseguido.

Intenté forjar una relación desde el principio, a lo largo del periodo de formación, procuré encontrar las piezas que faltaban. Un día le vi manipulando los teleoperadores del simulador, ejercitando las relucientes interfaces nuevas que lo propagaban por paredes y cables. Estaba practicando su talento quirúrgico sobre un hipotético alienígena conjurado por el ordenador para evaluar su técnica. Sensores y teleoperadores articulados brotaban como las patas de un enorme cangrejo de un armazón que colgaba del techo. Como posesos, picoteaban y zigzagueaban en torno a una criatura holográfica semiplausible. El cuerpo de Cunningham sólo temblaba ligeramente; un cigarro se columpiaba en la comisura de sus labios.

Esperé a que se tomara un descanso. Al cabo, la tensión abandonó sus hombros. Las extensiones de sus extremidades se relajaron.

—Bueno. —Me di un golpecito en la sien—. ¿Y tú por qué lo hiciste?

No se dio la vuelta. Sobre la disección giraron y me miraron fijamente unos sensores como nervios ópticos cercenados. Ése era el centro de la consciencia de Cunningham en aquellos momentos, no el cuerpo contaminado de nicotina que tenía ante mí. Aquéllos eran sus ojos, o su lengua, o cualquier otro inimaginable sentido bastardo que empleara para analizar lo que le enviaban las máquinas. Aquellos racimos me apuntaron, nos apuntaron... y si Robert Cunningham aún poseía algo que cupiera calificar de visión, estaba observándose a sí mismo desde unos ojos emplazados a dos metros de su cráneo.

—¿Por qué hice qué, exactamente? —dijo por fin—. ¿Las mejoras?

«Mejoras.» Como si lo que hubiera hecho fuese renovar su vestuario en vez de arrancarse los sentidos e incrustar unos nuevos en las heridas.

Asentí con la cabeza.

—Es fundamental para estar al día —dijo—. Si no te reconfiguras, no puedes reeducarte. Y si no te reeducas, te quedas obsoleto en el plazo de un mes, tras lo que no te quedan muchas más opciones aparte de ir al Paraíso o tomar dictados.

Pasé por alto la pulla.

—Es una transformación muy radical, sin embargo.

—Hoy en día no.

—¿No te ha cambiado?

Su cuerpo caló el cigarrillo. El sistema de ventilación dirigida aspiró el humo antes de que llegara hasta mí.

—De eso se trata.

—Sin embargo, te habrá afectado personalmente. Te habrá...

—Ah. —Asintió con la cabeza; al otro lado de unos nervios motrices compartidos, los teleoperadores asintieron en sincronía—. ¿Si cambian los ojos con que se mira el mundo, cambia el observador que lo percibe?

—Algo por el estilo.

Ahora estaba observándome con ojos de carne. Al otro lado de la membrana, las serpientes y nervios ópticos volvieron a ponerse manos a la obra sobre el cadáver virtual, como si hubieran decidido que ya habían perdido bastante tiempo con distracciones innecesarias. Me pregunté qué cuerpo habitaría ahora.

—Me sorprende que tengas que preguntarlo —dijo el de carne y hueso—. ¿No te lo revela todo mi lenguaje corporal? ¿No se supone que los jergonautas pueden leer la mente?

Tenía razón, por supuesto. Las palabras de Cunningham no me interesaban; sólo eran el vehículo. Él no podía oír la verdadera conversación que estábamos teniendo. Todos sus ángulos y volúmenes hablaban por sí solos, y aunque sus voces sonaban extrañamente entrecortadas por culpa del eco y la distorsión, sabía que entenderlas sólo era cuestión de tiempo. Únicamente tenía que conseguir que siguiera hablando.

Pero Jukka Sarasti eligió ese momento para pasar por allí y volar por los aires mis planes, tan bien trazados.

—Siri es el mejor en su campo —observó—. Pero no cuando le toca de cerca.

¿Por qué debería nadie esperar clemencia de las alturas si él no es clemente con lo que tiene debajo?

Pierre Troubetzkoy

—La cuestión es —dijo Chelsea— que todo este asunto de la primera persona requiere esfuerzo. Te tiene que importar lo bastante como para intentarlo, ¿sabes? He estado dejándome el culo en esta relación, he estado esforzándome al máximo, pero a ti sencillamente es como si te diera igual...

Creía estar dándome la primicia. Creía que yo no lo había visto venir, porque no había dicho nada. Probablemente lo había visto venir antes que ella. Si no había dicho nada era porque tenía miedo de ofrecerle una abertura.

Sentía ganas de vomitar.

—Tú me importas —le dije.

—Hasta el punto en que te puede importar algo —reconoció—. Pero tú... Quiero decir, a veces está bien, Cygnus, a veces es maravilloso estar a tu lado, pero en cuanto las cosas se ponen un poquito interesantes te das media vuelta y dejas que este... este ordenador de combate dirija tu cuerpo, y yo sencillamente ya no puedo más...

Me quedé mirando la mariposa que tenía en el dorso de la mano. Sus alas se flexionaron y replegaron, lánguidas e iridiscentes. Me pregunté cuántos tatuajes de éstos tendría; había visto cinco en distintas partes del cuerpo, si bien sólo uno cada vez. Pensé en preguntárselo, pero no me pareció el momento adecuado.

—A veces puedes ser tan... tan brutal —estaba diciendo—. Sé que no es tu intención, pero... No sé. A lo mejor soy tu válvula de escape, o algo. A lo mejor tienes que sumergirte tanto en el trabajo que todo lo demás sencillamente... sencillamente se acumula y necesitas utilizar algo a modo de saco de boxeo. A lo mejor por eso dices las cosas que dices.

Ahora esperaba que yo respondiera algo.

—He sido sincero —dije.

—Ya. Patológicamente sincero. ¿Alguna vez has tenido un pensamiento negativo que no hayas expresado en voz alta? —Le temblaba la voz, pero los ojos, para variar, seguían estando secos—. Supongo que es culpa mía lauto como tuya. Quizá más. Me di cuenta de que estabas... desconectado, desde el día que nos conocimos. Supongo que en cierto nivel siempre lo vi venir.

—¿Por qué intentarlo siquiera, entonces? ¿Si sabías que tarde o temprano terminaríamos estrellándonos de esta manera?

—Ay, Cygnus. ¿No eres tú el que dice que todo el mundo termina estrellándose antes o después? ¿No eres tú el que dice que nada dura eternamente?

Mamá y papá duraron. Más que esto, por lo menos.

Fruncí el ceño, asombrado por haber dejado que se formara siquiera esa idea en mi cabeza. Chelse interpretó el silencio como dolido.

—Supongo... Tal vez pensaba que podría ayudar, ¿sabes? Ayudar a arreglar lo que fuera que hace que estés tan... tan enfadado todo el rato.

La mariposa empezaba a desvanecerse. Era la primera vez que la veía hacer eso.

—¿Entiendes lo que te quiero decir? —preguntó.

—Claro. Es mi especialidad.

—Siri, ni siquiera quisiste recibir un ajuste cuando te lo ofrecí. Te asustaba tanto que te manipularan que ni siquiera probaste una cascada básica. Eres el único tipo que he conocido que podría ser real y eternamente irreparable. No lo sé. A lo mejor es incluso motivo para enorgullecerse.

Abrí la boca, y la volví a cerrar.

Me dedicó una sonrisa triste.

—¿Nada, Siri? ¿Nada en absoluto? Hubo un tiempo en que siempre sabías qué decir exactamente. —Volvió la vista al pasado, a una versión anterior de mí—. Ahora me pregunto si alguna vez llegaste a decir algo en serio.

—Eso no es justo.

—No. —Frunció los labios—. No, no lo es. No es eso lo que quiero decir en realidad. Supongo... No es que hagas las cosas sin sentido. Es más bien que no sabes qué sentido tiene hacerlas.

El color había desaparecido de las alas. La mariposa era ahora un cúmulo de

delicado polvillo de carbón, casi inerte.

—Lo haré ahora —dije—. Recibiré los ajustes. Si es tan importante para ti. Lo haré.

—Es demasiado tarde, Siri. Estoy agotada.

A lo mejor quería que volviera a llamarla. Todas aquellas palabras terminadas en signos de interrogación, todos aquellos silencios significativos. A lo mejor estaba dándome la oportunidad de defender mi caso, de suplicar otra oportunidad. A lo mejor esperaba un motivo para cambiar de opinión.

Podría haberlo intentado. «Por favor, no lo hagas», podría haber dicho. «Te lo ruego. Nunca quise alejarte de mí por completo, sólo un poco, sólo a una distancia segura. Por favor. En treinta largos años la única vez que no me he sentido completamente inútil fue cuando estábamos juntos.»

Pero al volver a mirar la mariposa se había ido y ella también, llevándose consigo todo su equipaje. Su maleta estaba llena de dudas, y de culpa por haberme dado esperanzas. Se fue creyendo que nuestra incompatibilidad no era culpa de nadie, que lo había intentado todo, incluso que yo lo había intentado todo, bajo el trágico peso de todos mis problemas. Se fue, y puede que ni siquiera me culpara de nada; nunca llegué a saber siquiera quién había tomado la decisión definitiva.

Era bueno en lo que hacía. Era tan condenadamente bueno, que lo hacía incluso sin proponérmelo.

—¡Dios santo! ¿Habéis oído eso?

Susan James rebotaba en gravedad media alrededor del tambor como un ñu desbocado. Podía verle el blanco de los ojos a noventa grados de distancia.

—¡Mirad las pantallas! ¡Mirad las pantallas! ¡Las jaulas!

Miré. Uno de los trepadores flotaba; el otro seguía encajonado en su esquina.

James aterrizó a mi lado plantando los dos pies a la vez, tambaleándose casi sin equilibrio.

—¡Sube el sonido!

El siseo del aire acondicionado. El traqueteo de la maquinaria lejana resonando a lo largo de la columna; los habituales gorgoteos intestinales de la *Teseo*. Nada más.

—Vale, ahora no están haciéndolo. —James activó una pantalla dividida y la proyectó marcha atrás—. Ahí —pronunció, reproduciendo la grabación con el audio al máximo y filtrado.

En la parte derecha de la ventana, el trepador flotante se había movido de forma que la punta de un brazo extendido rozaba la pared adyacente a la otra jaula. En la parte izquierda, el trepador aovillado permanecía inmóvil.

Me pareció oír algo. Sólo un instante: el zumbido fugaz de un insecto, tal vez, si el insecto más cercano no hubiera estado a cinco billones de kilómetros de distancia.

—Repite eso. Más despacio.

Un zumbido, sin duda. Una vibración.

—Más despacio.

Una sucesión rápida de chasquidos, emitidos por la frente de un delfín. Una pedorreta con los labios.

—No, déjame a mí. —James se introdujo en el espacio virtual de Cunningham y movió el nodo guía a la izquierda.

Tic tic... tic... tic tic tic... tic... tic tic tic...

Frenado casi al cero absoluto, se prolongaba durante aproximadamente un minuto. La reproducción en tiempo real duraba más o menos medio segundo.

Cunningham amplió la imagen de la pantalla dividida. El trepador aovillado había permanecido encogido, salvo por el ondular de su cutícula y la oscilación de sus brazos libres. Pero antes yo sólo había visto ocho brazos... y ahora podía distinguir el huesudo espolón de un noveno asomando por detrás de la masa central. Un noveno brazo, enroscado y oculto a la vista, haciendo *tic tic tic* mientras otra criatura casualmente se apoyaba en el otro lado del tabique...

Ahora, no había nada. La interferencia flotante había regresado a la deriva al centro de su compartimento.

A James le brillaban los ojos.

—Tenemos que comprobar el resto de...

Pero la *Teseo* había estado atenta, y nos sacaba mucha ventaja. Ya había rastreado los archivos y ofrecido los resultados: tres intercambios similares en el transcurso de dos días, de duración variable entre una décima de segundo y casi dos.

—Se comunican —dijo James.

Cunningham se encogió de hombros, con un cigarro olvidado consumiéndose entre sus dedos.

—Igual que tantas otras cosas. Y a esa velocidad de intercambio no creo que estén resolviendo precisamente problemas de cálculo. Podría obtenerse la misma información del baile de una abeja.

—Eso son chorradas y tú lo sabes, Robert.

—Lo único que sé es que...

—Las abejas no ocultan intencionadamente lo que están diciendo. Las abejas no desarrollan formas de comunicación completamente nuevas configuradas especialmente para despistar a los observadores. Eso denota adaptabilidad, Robert. Denota inteligencia.

—¿Y qué más da, hmm? Olvida por un momento el inconveniente hecho de que estos seres ni siquiera tengan cerebro. La verdad, no creo que lo hayas meditado bien.

—Por supuesto que sí.

—¿Sí? ¿Entonces por qué te alegras tanto? ¿Es que no sabes lo que significa esto?

De repente, un cosquilleo en la nuca. Miré a mi espalda; miré arriba. Jukka Sarasti había aparecido en el centro del tambor, con la mirada encendida, los dientes desnudos, observándonos.

Cunningham siguió la dirección de mi mirada y asintió con la cabeza.

—Seguro que sí lo sabe...

No había manera de saber qué habían susurrado a través de aquella pared. Podíamos recuperar el audio sin ningún problema, analizar hasta el último tic y tac que habían cruzado, pero no se puede descifrar un código sin tener alguna idea de cuál es su contenido. Contábamos con pautas de sonido que podrían significar cualquier cosa. Contábamos con unas criaturas cuya gramática y sintaxis —si es que su forma de comunicación contenía siquiera esos atributos— eran desconocidas y tal vez imposibles de conocer. Contábamos con unas criaturas lo bastante inteligentes para hablar, y lo bastante inteligentes como para ocultarlo. Daba igual cuánto quisiéramos aprender, era evidente que no estaban dispuestas a enseñarnos.

No sin... ¿cómo lo había expresado...? «Refuerzo negativo.» Fue Jukka Sarasti el que tomó la decisión. Lo hicimos cumpliendo órdenes tuyas, como hacíamos todo lo demás. Pero después de que se transmitiera la noticia —después de que Sarasti desapareciera en la noche, Bates se retirara al final de la columna y Robert Cunningham regresara a sus estudios al fondo del tambor— fui yo el que se quedó a solas con Susan James. El primero en proponer en voz alta aquella idea vil, testigo oficial para la posteridad. Fui yo el blanco de su mirada, mirada que a continuación me rehuyó, duras y reflectantes sus superficies. Y entonces empezó.

Así es como se derriba el muro:

Empieza con dos seres. Pueden ser humanos si quieres, pero no es ningún requisito. Lo único que importa es que sepan comunicarse entre ellos.

Sepáralos. Deja que se vean, deja que hablen. Una ventana entre sus jaulas, quizá. Quizá un sistema de audio. Deja que practiquen el arte de la conversación a su manera.

Hazles daño.

Puede que tardes en averiguar cómo. Algunos temen el fuego, otros los gases o líquidos tóxicos. Algunas criaturas quizá sean invulnerables a los sopletes y las granadas, pero chillan aterrorizadas ante la amenaza del ultrasonido. Tienes que experimentar; y cuando descubras el estímulo adecuado, el equilibrio perfecto entre el dolor y el daño, debes infligirlo sin piedad.

Les dejas una vía de escape, naturalmente. Ése es el quid del ejercicio: proporcióname a un sujeto el medio de poner fin al dolor, y al otro la información necesaria para ponerlo en práctica. A uno podrías mostrarle sólo una forma, y al otro toda una selección. El dolor cesará cuando el ser con el menú elija el objeto que ha visto su pareja. Así comienza el juego. Observa cómo se retuercen tus sujetos. Si... cuando accionen el interruptor de apagado, sabrás por lo menos en parte qué información se han transmitido; y si grabas todo lo que se hayan dicho, empezarás a hacerte una idea de cómo lo han hecho.

Cuando resuelvan un rompecabezas, proporcióname otro. Mezcla las cosas. Invierte sus papeles. Mira cómo se las apañan para diferenciar entre círculos y cuadrados. Propónles factoriales y fibonnacis. Continúa hasta obtener tu Piedra de Rosetta.

Así es como te comunicas con otro ser inteligente: le haces daño, y sigues haciéndoselo, hasta que logras separar el discurso de los gritos.

Susan James, optimista por naturaleza, suma sacerdotisa de la Iglesia de la Palabra de Curación, era la que estaba más cualificada para diseñar y ejecutar los protocolos. Ahora, a una orden suya, los trepadores se retorcían. Se lanzaban alrededor de sus jaulas en bucles elípticos, buscando desesperadamente algún resquicio libre de estímulos. James había introducido la grabación en ConSenso, aunque no había ningún motivo crucial para la misión por el que la tripulación al completo de la *Teseo* debiera ser testigo del interrogatorio.

—Que lo apaguen a su lado de la línea —dijo en voz baja—. Si quieren.

Pese a toda su reticencia a aceptar que estos seres eran inteligentes y conscientes, Cunningham había puesto nombres a los prisioneros. «Tira» tendía a flotar con los brazos extendidos; «Afloja» era el ovillo enamorado de su rincón. Susan, que representaba su propio papel en esta perversa inversión de roles, se había limitado a numerarlos: Uno y Dos. No era que las opciones de Cunningham le resultaran cursis hasta decir basta, ni que se opusiera por principio a poner nombre a los esclavos. Sencillamente recurría al truco más viejo del Manual del Torturador, el que te permite volver a casa con tu familia después del trabajo, y jugar con tus hijos, y dormir por las noches: no humanices nunca a tus víctimas.

Tampoco tendría que ser muy difícil frente a unas medusas respiradoras de metano. Supongo que toda ayuda era poca.

La biotelemetría cruzaba el espacio virtual junto a cada uno de los alienígenas, anotaciones luminosas que aparecían y desaparecían de la nada. No tenía ni idea de qué podría constituir unas lecturas normales para estas criaturas, pero no lograba imaginarme que aquellos picos aserrados significaran nada más que malas noticias. Las propias criaturas efervescían sutilmente con delicados mosaicos de azul y gris, pautas fluidas que ondulaban sobre sus cutículas. Quizá se tratara de una reacción refleja a las microondas; que nosotros supiéramos, lo mismo podría ser un baile de apareamiento.

Lo más probable era que estuvieran desgañitándose.

James apagó las microondas. En el compartimento de la izquierda perdió intensidad un recuadro gris; a la derecha, un icono idéntico alojado entre otros no había llegado a encenderse.

El pigmento fluyó más deprisa después del asalto; los brazos se ralentizaron pero sin detenerse. Serpenteaban de un lado para otro como esqueléticas anguilas.

—Exposición básica. Cinco segundos, doscientos cincuenta vatios. —Habló para el registro. Otra afectación; la *Teseo* tomaba nota de cada aliento a bordo, cada flujo de corriente hasta cinco decimales.

—Repetición.

El icono se iluminó. Más telas estroboscópicas sobre piel alienígena. Pero esta vez, ninguna de las criaturas se movió de su sitio. Sus brazos continuaban oscilando ligeramente, una trémula variación acelerada de la ondulación que realizaban cuando descansaban. La telemetría, sin embargo, era más intensa que nunca.

Qué pronto han aprendido lo que es la impotencia, reflexioné.

Miré a Susan de reojo.

—¿Vas a hacer todo esto tú sola?

Sus ojos se veían brillantes y húmedos cuando cortó la corriente. El icono de Afloja se atenuó. El de Tira permanecía latente.

Carraspeé.

—Quiero decir...

—¿Quién va a hacerlo si no, Siri? ¿Jukka? ¿Tú?

—El resto de la Banda. Sascha podría...

—¿Sascha? —Me miró fijamente—. Siri, las creé yo. ¿Piensas que lo hice para poder esconderme detrás de ellas cuando... para poder obligarles a hacer cosas así? —Sacudió la cabeza—. No quiero sacarlas. No para esto. No se lo desearía ni a mi peor enemigo.

Me dio la espalda. Había medicamentos que podría haber tomado, neuroinhibidores para eliminar la culpa, cortocircuitarla a nivel molecular. Sarasti se lo había ofrecido como quien tienta a un mesías solitario en el desierto. James se había negado, y no quería explicar por qué.

—Repetición —dijo.

La corriente se encendió, se apagó.

—Repetición —dijo de nuevo.

Ni un espasmo.

Apunté con un dedo.

—Ya lo veo —dijo.

Afloja había apretado la punta de un brazo contra el panel táctil. Allí, el icono refulgía como la llama de una vela.

Seis minutos y medio más tarde se habían graduado de cuadrados amarillos a poliedros tetradimensionales espaciados en el tiempo. Tardaron lo mismo en aprender a distinguir entre dos sólidos fluctuantes de veintiséis facetas —con sólo una faceta distinta por aparición— que a diferenciar un cuadrado amarillo de un triángulo rojo. En todo momento se sucedían sobre sus superficies pautas intrincadas, mosaicos dinámicos compuestos de cabezas de alfiler que parpadeaban casi demasiado rápido para la vista.

—Joder —susurró James.

—Podría tratarse de habilidades escindidas. —Cunningham se había reunido con nosotros en ConSenso, aunque su cuerpo seguía estando al otro lado de BioMed.

—Habilidades escindidas —repitió con voz monótona James.

—Savantismo. La excelencia en la ejecución de un tipo de cálculo no tiene por qué implicar una inteligencia elevada.

—Sé lo que son las habilidades escindidas, Robert. Sencillamente, creo que te equivocas.

—Demuéstralo.

De modo que James abandonó la geometría y les explicó a los trepadores que uno más uno equivalía a dos. Evidentemente eso ya lo sabían: diez minutos más tarde estaban prediciendo números primos de diez dígitos a petición.

Les mostró una secuencia de formas bidimensionales; seleccionaron la siguiente de la serie entre un menú de alternativas sutilmente distintas. Les negó la múltiple elección, les enseñó el comienzo de una secuencia completamente diferente y cómo acceder a la interfaz táctil con las puntas de los brazos. Completaron esa serie dibujando y compusieron una cadena de descendientes lógicos que culminaba con una figura que conducía inexorablemente de nuevo al punto de partida.

—No son drones —anunció James con voz estrangulada.

—Es lógica pura —dijo Cunningham—. Millones de programas informáticos lo hacen sin despeinarse.

—Son inteligentes, Robert. Son más listos que nosotros. Más que Jukka, tal vez. Y estamos... ¿Por qué te cuesta tanto admitirlo?

Podía verlo escrito por todo su ser: Isaac lo hubiera admitido.

—Porque carecen de los circuitos necesarios —insistió Cunningham—. ¿Cómo podrían...?

—¡No sé cómo! —exclamó James—. ¡Ése es tu trabajo! Lo único que sé es que estoy torturando a unos seres que nos dan mil vueltas...

—Por lo menos no será por mucho más tiempo. En cuanto descifres su idioma...

James meneó la cabeza.

—Robert, no tengo ninguna pista sobre su idioma. Llevamos intentándolo... ¿horas, no es así? La Banda al completo está aquí, bases de datos lingüísticas de cuatro mil años de espesor, el último grito en algoritmos lingüísticos. Y sabemos exactamente lo que están diciendo, estamos vigilando todas y cada una de las formas posibles en que podrían estar diciéndolo. Hasta el último angstrom.

—Precisamente. Por eso...

—No tengo nada. Sé que se comunican mediante mosaicos de pigmentación. Podría tener algo que ver incluso la manera en que mueven esas cerdas. Pero no consigo descubrir la pauta, ni siquiera entiendo cómo echan cuentas, por no hablar de decirles que... lo siento...

Nadie dijo nada por un momento. Bates nos observaba desde la cocina en lo que para nosotros era el techo, pero no hizo el menor ademán de sumarse a la discusión. En ConSensio, los trepadores indultados flotaban en sus jaulas como mártires con exceso de brazos.

—En fin —dijo Cunningham, al cabo—, ya que éste parece ser el día de las malas noticias, contribuiré con la mía. Se están muriendo.

James apoyó la cara en una mano.

—No es por culpa de tu interrogatorio, por si sirve de algo —continuó el biólogo—. Hasta donde he podido determinar, algunas de sus funciones metabólicas sencillamente les faltan.

—Evidentemente es sólo que todavía no las has encontrado. —Ésa era Bates, hablando desde la otra punta del tambor.

—No —respondió Cunningham, despacio y marcando las palabras—, evidentemente es que esas partes no están disponibles para el organismo.

Porque están deteriorándose más o menos igual que cabría esperar de cualquiera de nosotros si... si todas las puntas mitóticas de nuestras células sencillamente desaparecieran del citoplasma, por ejemplo. Que yo sepa empezaron

a descomponerse en cuanto los sacamos de *Rorschach*.

Susan levantó la cabeza.

—¿Nos estás diciendo que se dejaron atrás una parte de su bioquímica?

—¿Algún nutriente esencial? —sugirió Bates—. No están comiendo...

—Sí para la lingüista. No para la mayor. —Cunningham se quedó callado; miré de soslayo al otro lado del tambor, donde estaba dándole una calada a su cigarro—. Creo que gran parte de los procesos celulares de estos seres se resuelven de forma externa. Creo que el motivo de que no pueda encontrar ningún gen con mis biopsias es porque no tienen ninguno.

—¿Entonces qué tienen? —preguntó Bates.

—Morfógenos de Turing.

Expresiones impávidas, consultas a los subtítulos. Cunningham nos lo explicó de todos modos:

—Hay mucha biología que no utiliza genes. Los girasoles miran adonde miran debido a un estrés de torsión puramente físico. Hay secuencias de Fibonacci y proporciones áureas por toda la naturaleza, sin ningún gen que las codifique; se trata de meras interacciones mecánicas. Un embrión en fase de desarrollo, por ejemplo; los genes dicen «empieza a crecer» o «deja de crecer», pero el número de dígitos y vértebras deriva de la mecánica del choque de unas células con otras. ¿Esas puntas mitóticas que mencioné antes? Absolutamente esenciales para la replicación en cualquier célula eucariótica, y se desarrollan como cristales sin la menor intervención genética. Os sorprendería saber cuántas cosas de la vida funcionan así.

—Pero los genes siguen siendo necesarios —protestó Bates, dando un rodeo para reunirse con nosotros.

—Los genes solamente sientan las bases para posibilitar el proceso. La estructura que prolifera después no necesita instrucciones específicas. Es un caso clásico de complejidad emergente. Hace un siglo que se conoce. —Otra chupada al pitillo—. O más. Darwin citó las colmenas allá por el siglo XIX.

—Colmenas —repitió Bates.

—Tubos perfectamente hexagonales en forma compacta. Las abejas están programadas para construir las, ¿pero cómo conoce un insecto la geometría necesaria para dibujar un hexágono exacto? No la conoce. Está diseñada para masticar cera y escupirla mientras gira sobre su eje, y eso genera un círculo. Si se coloca a un puñado de abejas en la misma superficie, masticando hombro con

hombro, y los círculos lindantes unos con otros... se deformarán mutuamente en hexágonos, estructura que casualmente es la idónea para sostener formas compactas.

—Pero las abejas están programadas —saltó Bates—. Genéticamente.

—No lo has entendido. Los trepadores son la colmena.

—*Rorschach* es las abejas —murmuró James.

Cunningham asintió con la cabeza.

—*Rorschach* es las abejas. Y no creo que sus campos magnéticos sean ningún mecanismo contra invasiones. Creo que forman parte de su sistema de soporte vital. Creo que median y regulan una buena porción del metabolismo de los trepadores. Lo que tenemos en la bodega es un par de criaturas sacadas de su elemento y aguantando la respiración. Cosa que no podrán hacer eternamente.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó James.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Si estoy en lo cierto, ni siquiera tenemos que vérnoslas con organismos completos.

—Conjetura —dijo Bates.

Cunningham se encogió de hombros.

—Unos pocos días. A lo mejor.

Lo que no nos mata, nos hace más raros.

Trevor Goodchild

—Seguís sin tener derecho a voto —dijo Sarasti.

No íbamos a liberar a los prisioneros. Demasiado arriesgado. Aquí fuera en las interminables tierras baldías del Oort no había sitio para el «vive y deja vivir». Daba igual lo que el Otro hubiera hecho o dejado de hacer; imaginaos lo que podría hacer, con que fuera tan sólo un poco más fuerte. Imaginaos lo que podría haber hecho, si hubiéramos llegado tan tarde como estaba previsto que llegáramos. Miráis a *Rorschach* y quizá veis un embrión o un niño en su etapa de desarrollo, alienígena más allá de toda comprensión tal vez, pero no culpable, no por defecto. Pero, ¿y si estuvierais mirándolo con los ojos equivocados? ¿Y si debierais estar viendo un omnipotente dios asesino, un devorador de planetas, inacabado todavía? ¿Vulnerable únicamente ahora, y no por mucho más tiempo?

No había opacidad vampírica en esa lógica, no había ninguna caja negra multidimensional ante la que los humanos pudieran encogerse de hombros y elevar las manos. No había excusa para el fracaso a la hora de encontrarle fallos al razonamiento de Sarasti, aparte del hecho de que su razonamiento era infalible. Eso lo hacía peor. Los demás, yo lo sabía, preferirían haber tenido que recurrir de la fe.

Pero Sarasti tenía una alternativa a la captura-liberación, una alternativa que evidentemente consideraba mucho más segura. Hacía falta recurrir a la fe para aceptar ese razonamiento, al menos; se mirara como se mirase, desde un punto de vista sensato rayaba en el suicidio.

La *Teseo* dio a luz ahora mediante cesárea. La nueva progenie era demasiado voluminosa para pasar por el canal del final de la columna. La nave defecaba a sus crías como si estuviera estreñida, directamente en la bodega: gigantescas monstruosidades erizadas de cañones y antenas. Cada una de ellas medía tres o cuatro veces más que yo, un par de enormes cubos de color óxido, infestadas de topografía todas sus superficies. El blindaje ocultaría la mayor parte antes de su

despliegue, por supuesto. Bandas de tubos y conductos, recámaras de munición e hileras de disipadores de calor como hileras de dientes de tiburón: todo ello desaparecería bajo el bruñido escudo reflector. Sólo unos pocos islotes sobresaldrían de aquella superficie: puertos de comunicación, propulsores, retículas. Y cañones, naturalmente. Cada uno de estos bichos escupía fuego y azufre por media docena de bocas.

Pero por el momento no eran más que gigantescos fetos mecánicos, medio extrudidos; sus planos y ángulos configuraban un rompecabezas de alto contraste de luces y sombras bajo el implacable fulgor blanco de los focos de la bodega.

Le di la espalda a la portilla.

—Eso tiene que haber reducido considerablemente nuestras reservas de sustratos.

—Blindar el caparazón ha sido peor. —Bates supervisaba las tareas de construcción en una pantalla plana destinada exclusivamente a tal fin, montada en el mamparo de Fab. Practicando, quizá; perderíamos nuestras incrustaciones en cuanto cambiara la órbita—. Estamos en las últimas, la verdad. Puede que tengamos que agarrar algún pedrusco de la zona dentro de no mucho.

—Buf. —Volví a mirar a la bodega—. ¿Crees que son necesarios?

—Lo que yo crea no tiene importancia. Eres un tipo brillante, Siri. ¿Por qué no lo decides tú mismo?

—Para mí si tiene importancia. Eso significa que para la Tierra también la tiene.

Lo que quizá tuviera algún significado, si la Tierra pintara algo. Cierta grado de subtexto siempre era legible, daba igual lo metido en el sistema que estuviera uno.

Me giré a babor:

—¿Qué hay de Sarasti y la capitana, entonces? ¿Algo que decir?

—Normalmente eres más sutil.

Eso era cierto.

—Es sólo que, como sabrás ya, fue Susan la que pilló a Tira y Afloja haciéndose señas, ¿verdad?

Bates hizo una mueca al oír los nombres.

—¿Y?

—Bueno, cualquiera podría extrañarse de que la *Teseo* no lo viera primero.

Puesto que a los ordenadores cuánticos supuestamente se les da tan bien la comparación de pautas.

—Sarasti apagó los módulos cuánticos. El ordenador de a bordo lleva funcionando en modo clásico desde antes incluso de que estableciéramos la órbita.

—¿Por qué?

—Ruido ambiental. El riesgo de decoherencia es demasiado alto. Los ordenadores cuánticos son delicados.

—Pero el ordenador de a bordo estará protegido. La *Teseo* está blindada.

Bates asintió con la cabeza.

—Todo lo posible. Pero un blindaje total equivale a una ceguera total, y ésta no es la clase de vecindario por el que se puede pasear uno con los ojos cerrados.

De hecho, sí que lo era. Pero entendí su argumento.

También el que no dijo en voz alta: «Había algo sentado ahí mismo en ConSenso, a la vista de todos, y a ti se te pasó por alto. Valiente sinteticista de última generación».

—Supongo que Sarasti sabe lo que se hace —reconocí, siempre consciente de que podría estar escuchando—. Aún no se ha equivocado, que nosotros sepamos.

—Que nosotros podamos saber —me corrigió Bates.

—«Si fuéramos más listos que los vampiros, no necesitaríamos ninguno» —recordé.

Sonrió ligeramente.

—Isaac era un buen hombre. Pero no siempre se puede confiar en la propaganda.

—¿No te lo tragas? —pregunté, pero ella ya estaba pensando que había hablado más de la cuenta. Lancé un anzuelo con la mezcla justa de escepticismo y deferencia como cebo—. Sarasti sabía dónde estarían esos trepadores. Localizó su paradero al milímetro, en medio de todo aquel laberinto.

—Supongo que eso podría haber requerido algún tipo de lógica sobrehumana —admitió, pensando que yo era tan estúpido que costaba creerlo.

—¿Qué?

Bates se encogió de hombros.

—O tal vez comprendió sencillamente que, puesto que la *Rorschach* estaba

cultivando su propia tripulación, nos tropezaríamos con más cada vez que entrásemos. Sin importar dónde aterrizáramos.

ConSenso truncó mi silencio con un pitido.

—Maniobras orbitales dentro de cinco minutos —anunció Sarasti—. Incrustaciones y prótesis inalámbricas desactivadas dentro de noventa. Eso es todo.

Bates apagó el monitor.

—Voy a capear este temporal en el puente. Imaginarme que estoy al mando y todo eso. ¿Y tú?

—En mi tienda, supongo.

Asintió con la cabeza, cogió impulso, y titubeó.

—A propósito —me dijo—, sí.

—¿Cómo dices?

—Me habías preguntado si pensaba que los nidos de cañones eran necesarios. En estos momentos creo que necesitamos toda la protección que podamos conseguir.

—¿De modo que piensas que la *Rorschach* podría...?

—Mira, a mí ya me ha matado una vez.

No estaba refiriéndose a la radiación.

Asentí con la cabeza, despacio.

—Tuvo que ser como...

—Como nada. No te lo podrías imaginar. —Bates cogió aliento y lo expulsó—. Aunque a lo mejor no te hace falta —añadió, y ascendió flotando por la columna.

Cunningham y la Banda estaban en BioMed, con treinta grados de arco entre ellos. Cada uno de ellos pinchaba a los cautivos a su manera. Susan James pulsaba con apatía un teclado pintado en su escritorio. Las ventanas que lo flanqueaban tenían vistas a Tira y Afloja, respectivamente.

Por la pantalla de James se sucedían siluetas abstractas conforme escribía: círculos, trisqueliones, un cuarteto de líneas paralelas. Algunas de ellas palpitaban

como corazoncitos abstractos. A lo lejos, en su jaula, Tira alargó un tentáculo deshilachado y tamborileó a su vez.

—¿Algún progreso?

James suspiró y negó con la cabeza.

—He renunciado a intentar comprender su idioma. Me conformo con un remedo. —Pulsó un icono. Afloja desapareció de su ventana; en su lugar surgió un diagrama jeroglífico. La mitad de los símbolos serpenteaban o latían, infatigablemente repetitivos, una manifestación de garabatos danzantes. Otros sencillamente permanecían inmóviles—. Una base de iconos. —James indicó vagamente la imagen—. Las frases con sujeto y predicado aparecen como versiones animadas de iconos sustantivos. Son radialmente simétricos, de modo que coloco los complementos en una formación circular alrededor del sujeto central. A lo mejor a ellos les resulta natural.

Apareció un nuevo círculo de glifos debajo del de James; la respuesta de Tira, presumiblemente. Pero al sistema no debía de gustarle lo que veía. Centellearon unos iconos en una ventana separada: un contador luminoso indicó 500 vatios, y se mantuvo. En la pantalla, Tira se convulsionó. Extendió sus sinuosos brazos vertebrales y aporreó repetidamente su panel táctil.

James apartó la mirada.

Aparecieron glifos nuevos. Los 500 vatios se redujeron a cero. Tira regresó a su postura sedente; los picos y zigzags de su telemetría se allanaron.

James dejó escapar el aliento.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Respuesta equivocada. —Entró en la grabación de Tira y me mostró la cadena que había sido el detonante. Una pirámide, una estrella, representaciones simplificadas de un trepador y la *Rorschach* rotaron en el panel—. Ha sido una tontería, sólo era un... un ejercicio de calentamiento, nada más. Le pedí que nombrara los objetos de la ventana. —Se rió en voz baja y sin humor—. Es lo que tienen los idiomas funcionales, ¿sabes? Si no puede señalarse, no se puede hablar de ello.

—¿Y qué ha dicho?

Indicó la primera espiral de Tira:

—Poliedro, estrella y *Rorschach* están presentes.

—Se saltó al trepador.

—Acertó a la segunda. Aun así, es un error estúpido para una criatura cuyo intelecto le da sopas con honda al de cualquier vampiro, ¿verdad? —Susan tragó saliva—. Supongo que incluso los trepadores pierden la concentración cuando agonizan.

No sabía qué decir. A mi espalda, apenas audible, Cunningham musitaba un mantra en dos tiempos para sí en un bucle infinito.

—Jukka dice... —empezó Susan, antes de comenzar de nuevo—: ¿Sabes esa ceguera cortical que padecíamos a veces, en la *Rorschach*?

Asentí con la cabeza y me pregunté qué sería lo que había dicho Jukka.

—Al parecer también puede ocurrirles lo mismo a los demás sentidos —me dijo—. Se puede sufrir tacto ciego, olfato ciego, oído ciego...

—Eso sería sordera.

Sacudió la cabeza.

—Pero en realidad no lo es, ¿no? Igual que la ceguera cortical tampoco es realmente ceguera. Dentro de tu cabeza hay algo que sigue asimilándolo todo. Una parte del cerebro continúa viendo y oyendo, aunque tú no... seas consciente de ello. A menos que alguien te obligue a adivinar, o surja alguna amenaza. Sólo tienes la poderosa sensación de que deberías apartarte de en medio, y cinco segundos más tarde pasa un autobús por el punto donde estabas plantado. De alguna manera sabías que venía. Sencillamente, no sabes cómo.

—Es asombroso —convine.

—Estos trepadores... conocen las respuestas, Siri. Son inteligentes, sabemos que lo son. Pero es casi como si ellos mismos no supieran lo que saben, a no ser que les hagas daño. Como si la ceguera cortical se hubiera extendido al resto de sus sentidos.

Intenté imaginármelo: una vida sin sensaciones, sin la menor consciencia activa del entorno. Intenté imaginarme cómo sería existir así sin volverse loco.

—¿Crees que eso es posible?

—No lo sé. Sólo es una... metáfora, supongo. —No era eso lo que pensaba. O no lo sabía. O no quería que yo lo supiera.

Tendría que haber podido saberlo. Debería haber sido transparente para mí.

—Al principio pensaba que estaban resistiéndose —dijo—, ¿pero por qué tendrían que hacerlo? —Me miró con ojos brillantes, implorando una respuesta.

Yo no tenía ninguna. No tenía la menor idea. Le di la espalda a Susan James,

tan sólo para encontrarme de cara a Robert Cunningham: Cunningham el murmurador, con su tamborilear de dedos sobre interfaces de mesa, sus ojos internos cegados, su vista limitada ahora a las imágenes que ConSenso abocetaba en el aire o proyectaba sobre superficies lisas para su contemplación general. Su rostro exhibía el mismo déficit de expresividad de siempre; el resto de su cuerpo se convulsionaba como un insecto atrapado en una tela de araña.

La comparación quizá no estuviera tan desencaminada. Quizá todos fuéramos insectos. La *Rorschach* se cernía ya a escasos nueve kilómetros de distancia, tan cerca que habría eclipsado al mismo Ben si yo hubiera reunido el valor necesario para asomarme a mirar. Nos habíamos arrimado a esta demencial proximidad y aparcado. Allí fuera, *Rorschach* crecía como un ser vivo. Allí dentro, crecían seres vivos, creados como medusas a partir de algún demoniaco sustrato mecánico. Aquellos letales corredores desiertos por los que nos habíamos arrastrado, asustados de las sombras plantadas en nuestras cabezas, seguramente ahora estarían infestándose de trepadores. Todos aquellos cientos de kilómetros de retorcidos túneles, pasadizos y cámaras. Ocupados por un ejército.

Ésta era la alternativa más segura de Sarasti. Éste era el camino que habíamos seguido porque liberar a los prisioneros hubiera sido «demasiado arriesgado». Estábamos tan hundidos en el frente de choque que había tenido que desactivar nuestros aumentos internos; si bien la magnetosfera de la *Rorschach* era varias magnitudes más débil aquí que dentro de la propia estructura, ¿quién sabía si el alienígena podría considerarnos un objetivo demasiado tentador —o una amenaza demasiado grande— a esta distancia? ¿Quién sabía cuándo podría decidir ensartar el corazón de la *Teseo* con una espina invisible?

Cualquier pulso capaz de traspasar el blindaje de la nave freiría sin duda el sistema nervioso de la *Teseo* además del cableado de nuestra cabeza. Pensé que cinco personas a bordo de una nave muerta tendrían más posibilidades de sobrevivir si no se les derretía el cerebro en el trato, pero dudaba que esa diferencia cambiara mucho las cosas. Sarasti, evidentemente, había calculado las opciones de otra manera. Había llegado incluso a apagar el flujo de antieuclicidianos en su propia cabeza y debía recurrir a inyecciones manuales para no cortocircuitarse.

Tira y Afloja estaban todavía más cerca de la *Rorschach* que nosotros. El laboratorio de Cunningham se había liberado de la nave; ahora flotaba a escasos kilómetros de las agujas más altas del artefacto, a gran profundidad entre los pliegues de su campo magnético. Si los trepadores necesitaban magnetita radiactiva para operar, esto era lo máximo que iban a conseguir: saborearían los campos, pero no la libertad. El blindaje del laboratorio estaba ajustándose dinámicamente para equilibrar los requerimientos médicos frente al riesgo táctico,

lo mejor que se lo permitía la información. La estructura flotaba en los atentos puntos de mira de nuestros recién nacidos nidos de cañones, estratégicamente posicionados a los lados. Esos nidos podían destruir el habitáculo en un instante. Probablemente podían destruir también todo lo que se acercara a él.

No podían destruir la *Rorschach*, por supuesto. Quizá nada podía.

De invisible a invulnerable. Que nosotros supiéramos eso no había ocurrido aún. Presumiblemente la *Teseo* todavía podía hacer algo acerca del artefacto que aumentaba a nuestra proa, suponiendo que lográramos decidir qué hacer. Sarasti no decía nada. De hecho, ni siquiera recordaba cuándo era la última vez que alguno de nosotros había visto al vampiro en persona. Hacía ya varios turnos que permanecía confinado en su tienda, hablando sólo a través de ConSenso.

Todo el mundo tenía los nervios de punta, y la ballena nómada había enmudecido.

Cunningham murmuró para sí, aporreó los controles desconocidos con dedos desentrenados y maldijo su torpeza. Estímulos y respuestas se propagaron vía láser por seis kilómetros de vacío ionizado. El omnipresente cilindro de nicotina colgaba de la comisura de sus labios a falta de una mano libre. De vez en cuando se soltaban escamillas de ceniza que volaban en diagonal hacia los ventiladores.

Habló antes de que yo tuviera ocasión.

—Está todo en ConSenso. —Al ver que no me iba claudicó, pero sin dignarse mirarme—: Se alinearon motas de magnetita en cuanto cruzaron el frente de onda, más o menos. Las membranas empezaron a regenerarse. Ya no se deterioran tan deprisa. Pero es el medio ambiente interno de la *Rorschach* lo que estará optimizado para el metabolismo de los trepadores. Aquí fuera, creo que aminorar la tasa de degeneración es lo máximo a lo que podemos aspirar.

—Ya es algo, por lo menos.

Cunningham soltó un gruñido.

—Algunas partes están recomponiéndose. Otras... Tienen los nervios desmenuzados, sin ningún motivo. Literalmente. Hay fugas de señal a lo largo de los cables.

—¿Debido a su deterioro? —aventuré.

—Y no consigo ajustar la ecuación de Arrhenius, con tanta no linealidad propia de las bajas temperaturas. El valor preexponencial está completamente jodido. Es casi como si la temperatura no importara, y... mierda...

Algún valor crítico había rebasado un límite de seguridad en una de las pantallas. Miró de soslayo tambor arriba y levantó la voz:

—Necesito otra biopsia, Susan. De donde sea, pero central.

—Qué... oh. Un momento. —Susan sacudió la cabeza y accionó una breve espiral de iconos, tan inactivos como los cautivos a su mando. En una de las ventanas de Cunningham, Tira observó su pantalla con su prodigiosa piel vidente. Flotó con apatía unos instantes. A continuación replegó los brazos encarados con una de las paredes, despejando así el camino para los teleoperadores de Cunningham.

Sacó dos de ellos de sus cubiles como serpientes prensiles. El primero blandía un cilindro clínico; el segundo, la amenaza de violencia en caso de temeraria resistencia. No era preciso. A ciegas o no, los trepadores aprendían rápido. Tira expuso el vientre como una víctima resignada a su inminente violación. Cunningham toqueteó los controles; los teleoperadores colisionaron, se enredaron momentáneamente. Maldijo y volvió a intentarlo, impregnado de frustración cada uno de sus movimientos. Le habían amputado sus fenotipos extendidos; si antes era la encarnación del fantasma en la máquina, ahora no era más que otro tipo machacando botones, y...

... y de improviso, algo hizo clic. Las fachadas de Cunningham se volvieron traslúcidas ante mis propios ojos. De repente, podía casi imaginármelo.

Acertó a la segunda. La punta de su instrumento salió disparada como una cobra al atacar y volvió a retraerse, casi más veloz que la vista. Oleadas de color brotaron de la herida de Tira como ondas propagándose por un remanso tras la caída de una piedra.

A Cunningham debió de parecerle ver algo en mi rostro.

—Ayuda intentar no pensar en ellas como si fueran personas —dijo. Y por primera vez logré leer el subtexto, tan nítido y afilado como cristales rotos:

«Claro que eso tú ya lo haces con todo el mundo...»

A Cunningham no le gustaba que jugaran con él.

A nadie le gusta. Pero la mayoría de la gente no piensa que sea eso lo que yo hago. No saben cuánto revelan sus cuerpos cuando cierran la boca. Si hablan en voz alta, es porque desean comunicarse; si no, creen estar reservándose su opinión. Los observo atentamente, personalizo cada palabra para que ningún sistema se

sienta utilizado... y sin embargo, por algún motivo, eso no funcionaba con Robert Cunningham.

Creo que estaba modelando el sistema equivocado.

Imaginaos que sois un sinteticista. Estudiáis el comportamiento de sistemas en su superficie, inferís la maquinaria oculta debajo por sus reflejos arriba. Ése es el secreto de vuestro éxito: comprendéis el sistema familiarizándoos con los límites que lo contienen.

Imaginaos ahora que os encontráis con alguien que ha practicado una brecha en esos límites y se sale por ella.

La piel de Robert Cunningham no bastaba para contenerlo. Su deber lo empujaba más allá del mero saco de carne; aquí en el Oort, su topología abarcaba toda la nave. Lo mismo se podía decir de todos nosotros, hasta cierto punto; Bates y sus drones, Sarasti y su enlace límbico... incluso las incrustaciones de ConSenso en nuestras cabezas nos diluían un poco, nos propagaban ligeramente más allá de los confines de nuestros cuerpos. Pero Bates sólo dirigía a sus drones; no habitaba en ellos. Quizá la Banda de los Cuatro ejecutara múltiples sistemas sobre una sola placa base, pero cada uno de ellos tenía su topología personal y sólo afloraba a la superficie ocasionalmente. Y Sarasti...

En fin, Sarasti era otro cantar, como se vería.

Cunningham no se limitaba a dirigir sus remotos; se escapaba a ellos, se cubría con ellos como si fueran una identidad secreta con la que esconder al débil humano básico de dentro. Había sacrificado la mitad de su neocórtex por tener la oportunidad de ver rayos X y saborear las formas ocultas en membranas celulares, había mutilado un cuerpo para convertirse en efímero inquilino de muchos. Partes de él acechaban en los sensores y manipuladores que revestían las jaulas de los trepadores; podría haber detectado indicios cruciales en cada pieza de equipamiento del subtambor si se me hubiera ocurrido mirar. Cunningham era un rompecabezas topológico, como todo el mundo, pero la mitad de sus piezas se camuflaban en la maquinaria. Mi modelo estaba incompleto.

No creo que fuera su aspiración alcanzar ese estado. En retrospectiva, detecto un desprecio cegador por sí mismo en cada superficie recordada. Pero allí, en los últimos años del siglo XXI, la única alternativa que se le presentaba era la vida de un parásito. Cunningham se limitó a elegir el menor de dos males.

Ahora, incluso eso le estaba negado. Las órdenes de Sarasti lo habían separado de su sistema sensor. Ya no podía sentir la información en sus entrañas; tenía que interpretarla, laboriosamente paso a paso, mediante pantallas y gráficos

que reducían la percepción a insulsas notas de taquigrafía vacías. He aquí un sistema traumatizado por sus múltiples amputaciones. He aquí un sistema al que le han arrancado los ojos, las orejas y la lengua, obligado a caminar a trompicones y tantear las cosas que antes había habitado, hasta la médula. De pronto no había ningún sitio donde esconderse, y todas aquellas piezas esparcidas de Robert Cunningham regresaron a su piel, donde por fin pude verlas.

El error había sido mío, desde el principio. Estaba tan concentrado en modelar otros sistemas que me había olvidado del modelador. Los ojos defectuosos sólo son una de las plagas de la vista: las presunciones equivocadas pueden resultar igual de cegadoras, y no me bastaba con imaginar que era Robert Cunningham.

También tenía que imaginarme que era Siri Keeton.

Evidentemente, eso no hace sino plantear otro interrogante. Si mis sospechas sobre Cunningham eran correctas, ¿por qué habían funcionado mis argucias con Isaac Szpindel? Era igual de discontinuo que su sustituto.

No le di mucha importancia en aquellos momentos. Szpindel se había ido, pero la cosa que lo había matado seguía allí, flotando justo a proa, un gigantesco enigma que podría decidir aplastarnos de un momento a otro. Estaba algo más que un poco preocupado.

No obstante, ahora —demasiado tarde para hacer nada al respecto— creo que podría tener la respuesta.

Quizá mis argucias tampoco habían funcionado con Isaac, no exactamente. Quizá él sabía ver mis manipulaciones tan fácilmente como Cunningham. Pero quizá no le daba importancia. Quizá podía leerlo porque me dejaba. Lo que significaría —no se me ocurre otra explicación— que sencillamente yo le caía bien, a pesar de todo.

Creo que eso podría haberle convertido en un amigo.

Ojalá pudiese siquiera evocar aquella sensación con palabras.

Ian Anderson, *Stand Up*

Turno de noche. No se movía ni un alma.

No en la *Teseo*, al menos. La Banda se había refugiado en su tienda. La ballena nómada acechaba ingrávida y silenciosa bajo la superficie. Bates estaba en el puente; más o menos vivía allí arriba ahora, vigilante y metódica, encajonada entre ángulos de cámara y transparencias tácticas. No había ningún sitio al que pudiera girarse sin ver uno u otro aspecto del enigma a estribor de nuestra proa. Hacía lo que podía, por lo que pudiera valer.

El tambor giraba en silencio, las luces se atenuaron en deferencia a un ciclo circadiano que ni cien años de ajustes y actualizaciones habían logrado erradicar de los genes. Yo estaba sentado a solas en la cocina, achinando los ojos desde el interior de un sistema cuyos perfiles se tornaban cada vez más difusos, intentando compilar la última de mis —¿cómo lo había llamado Isaac?— «postales para la posteridad». Cunningham trabajaba cabeza abajo en la otra punta del mundo.

Sólo que Cunningham no estaba trabajando. Ni siquiera se había movido desde hacía por lo menos cuatro minutos. Supuse que estaría recitando el kaddish por Szpindel —ConSenso decía que lo haría dos veces al día durante el próximo año, si vivía tanto tiempo—, pero ahora, al inclinarme para ver detrás de los nervios espinales del núcleo, pude leer sus superficies tan nítidamente como si estuviera sentado a su lado. No estaba aburrido, ni distraído, ni siquiera sumido en sus pensamientos.

Robert Cunningham estaba petrificado.

Me levanté y recorrí el tambor. El techo se convirtió en pared; la pared en suelo. Estaba lo bastante cerca como para oír sus incesantes murmuraciones en voz baja, una sola sílaba indistinta repetida una y otra vez; por fin me aproximé lo suficiente para entender lo que decía...

—... joder joder joder joder...

... y Cunningham seguía sin moverse, pese a que no había hecho ningún esfuerzo por disimular mi presencia.

Al cabo, cuando ya estaba casi junto a él, enmudeció.

—Estáis ciegos —dijo sin darse la vuelta—. ¿Lo sabías?

—No.

—Tú. Yo. Todos. —Entrelazó los dedos y los apretó como si rezara, con la fuerza suficiente para blanquearse los nudillos. Sólo entonces me percaté: no había ningún cigarro.

—De todos modos, la vista en general no es más que una mentira —continuó—. En realidad no vemos nada más que unos pocos grados de alta resolución donde el ojo enfoca. Todo lo demás es un borrón periférico, sólo... luz y movimiento. El movimiento atrae la atención. Y los ojos bailan todo el rato, ¿sabías eso, Keeton? «Sacadas», se llaman. Emborronan la imagen, el movimiento es demasiado rápido para que el cerebro lo integre, así que el ojo sencillamente... se desconecta entre pausa y pausa. Sólo capta imágenes congeladas aisladas, pero el cerebro edita los espacios en blanco y hace un remiendo de una... una ilusión de continuidad para la cabeza.

Se giró para encararse conmigo.

—¿Y sabes qué es lo más asombroso de todo? Que si algo sólo se mueve durante esos intervalos, el cerebro simplemente... lo ignora. Es invisible.

Lancé una mirada de refilón a su espacio de trabajo. El habitual monitor dividido brillaba a un lado —imágenes en tiempo real de los trepadores en sus jaulas—, pero la histología, ampliada a diez mil veces su tamaño, ocupaba el escenario central. La paradójica arquitectura neuronal de Tira y Afloja resplandecía en la ventana principal, despellejada, etiquetada y cubierta de diagramas de circuitos de una decena de capas de espesor. Un denso bosque anotado de troncos y zarzas alienígenas. Se parecía un poco a la propia *Rorschach*.

No lograba desentrañar nada de todo aquello.

—¿Me estás escuchando, Keeton? ¿Entiendes lo que te digo?

—Has descubierto por qué no podía... Lo que estás diciendo es que estos seres de alguna manera saben cuándo están desactivados nuestros ojos, y...

No terminé la frase. Sencillamente, me parecía imposible.

Cunningham sacudió la cabeza. Algo preocupantemente parecido a una

risita escapó de sus labios.

—Lo que estoy diciendo es que estos seres pueden ver cómo se activan tus nervios desde la otra punta de la habitación, y eso lo integran en una estrategia de camuflaje, y luego envían órdenes motrices para actuar de acuerdo con esa estrategia, y después envían más órdenes para detener el movimiento antes de que tus ojos vuelvan a activarse. Todo ello en el tiempo que tarda el impulso nervioso de un mamífero en recorrer la mitad de la distancia desde tu hombro a tu codo. Estas cosas son rápidas, Keeton. Mucho más rápidas de lo que podríamos haber deducido aun a partir de esa línea de susurros de alta velocidad que empleaban. Son puñeteros superconductores.

Hube de esforzarme para no fruncir el ceño.

—¿Eso es posible?

—Todo impulso nervioso genera un campo electromagnético. Eso hace que sea detectable.

—Pero los campos electromagnéticos de *Rorschach* son tan... Quiero decir, leer la activación de un solo nervio óptico a través de todas esas interferencias...

—Para ellos no son interferencias. Los campos forman parte de ellos, ¿recuerdas? Probablemente los usan para eso.

—Luego no podrían hacerlo aquí.

—No te enteras. La trampa que les tendisteis no hubiera capturado nunca a algo parecido, no a menos que quisiera dejarse atrapar. No recogimos ningún espécimen. Recogimos espías.

Tira y Afloja flotaban en la pantalla dividida ante nosotros, agitando los brazos como ondulantes columnas vertebrales. Sobre sus cutículas se sucedían lentamente dibujos crípticos.

—Supongo que se trata simplemente de... instinto —sugerí—. Las platijas se camuflan muy bien aprovechando su entorno, pero no piensan en ello.

—¿De dónde van a sacar ese instinto, Keeton? ¿Cómo va a evolucionar? Las sacadas son un defecto accidental de la vista de los mamíferos. ¿Dónde se habrían encontrado con ellas antes los trepadores? —Cunningham meneó la cabeza—. Esa cosa, ese ser que frió el robot de Amanda... desarrolló aquella estrategia por su cuenta, sobre la marcha. Improvisó.

El término «inteligente» a duras penas abarcaba esa clase de improvisación. Pero había algo más en el semblante de Cunningham, una preocupación más profunda anidada dentro de lo que ya me había contado.

—¿Qué? —pregunté.

—Fue una estupidez —dijo—. Con las cosas que pueden hacer estas criaturas, fue rematadamente idiota.

—¿A qué te refieres?

—Pues bien, no funcionó, ¿verdad? No logró mantenerlo delante de más de uno o dos de nosotros.

Porque los ojos de las personas no se mueven en sincronía, comprendí. El exceso de testigos puso al descubierto su camuflaje.

—... tantas otras cosas que podría haber hecho —estaba diciendo Cunningham—. Podrían habernos inducido el síndrome de Anton, o agnosia: entonces podríamos habernos topado con una jauría entera de trepadores sin que nuestra mente consciente lo registrara siquiera. Las agnosias ocurren por accidente, por el amor de Dios. Si se tienen los sentidos y los reflejos necesarios para ocultarse entre las sacadas de una persona, ¿por qué detenerse ahí? ¿Por qué no hacer algo que funcione realmente?

—¿Por qué crees tú? —respondí, evitando sus preguntas en un acto reflejo.

—Creo que la primera era... Ya sabes que era una cría, ¿verdad? Quizá fuera sencillamente inexperta. Quizá fuera estúpida, y tomó una mala decisión. Creo que nos enfrentamos a una especie tan superior a nosotros que incluso sus cachorros retrasados pueden puentearnos el cerebro sobre la marcha, y no me hagas decirte lo acojonados que tendríamos que estar.

Podía verlo en su topología. Podía oírlo en su voz. Su rostro sin nervios se mantenía tan sereno como el de un cadáver.

—Deberíamos matarlos ahora mismo —dijo.

—Bueno, si son espías, no habrán averiguado gran cosa. Llevan todo el tiempo en esas jaulas, excepto... —*por el ascenso*. Habían estado junto a nosotros durante todo el viaje de regreso.

—Estas cosas viven y respiran electromagnetismo. Aun mutiladas, aun aisladas, ¿quién sabe hasta qué punto habrán podido entender nuestra tecnología a través de las paredes?

—Tienes que decírselo a Sarasti.

—Ah, Sarasti ya lo sabe. ¿Por qué crees que no quería soltarlas?

—Nunca dijo nada de...

—No nos daría ni explicaciones ni loco. Sigue enviándoos allí abajo,

¿recuerdas? ¿Crees por un segundo que os revelaría lo que sabe para soltaros luego en un laberinto plagado de minotauros lectores de mentes? Lo sabe, y es un factor que ha tenido muy en cuenta. —Los ojos de Cunningham eran dos puntitos que fulguraban febriles en una máscara inexpresiva. Los elevó al centro del tambor y, sin levantar la voz ni un decibelio, preguntó—: ¿No es cierto, Jukka?

Consulté ConSenso en busca de canales activos.

—Me parece que no está escuchando, Robert.

La boca de Cunningham se movió en algo que habría sido una sonrisa lastimera si el resto de su cara se le hubiera podido sumar.

—No le hace falta escuchar, Keeton. No le hace falta espiarnos. Sencillamente, lo sabe.

Ventiladores, respirando. El runrún casi subliminal de cojinetes en movimiento. A continuación, la voz incorpórea de Sarasti resonó a lo largo y ancho del tambor.

—Todo el mundo a la sala común. Robert quiere contarnos algo.

Cunningham estaba sentado a mi derecha, con el rostro de plástico iluminado desde abajo por la mesa de conferencias. Miraba fijamente esa luz, meciéndose ligeramente. Sus labios silabeaban algún tipo de ensalmo inaudible. La Banda estaba sentada enfrente de nosotros. A mi izquierda, Bates tenía un ojo puesto en la reunión y otro en la información recibida del frente.

Sarasti sólo estaba con nosotros en espíritu. Su sitio a la cabeza de la mesa permanecía vacío.

—Díselo —ordenó.

—Tenemos que salir de a...

—Desde el principio.

Cunningham tragó saliva y empezó de nuevo.

—Esos nervios motrices deshilachados que no lograba explicar, esas conexiones cruzadas sin sentido... son puertas lógicas. Los trepadores se reparten el tiempo. Sus plexos sensoriales y motrices desempeñan también la función de neuronas asociativas cuando están ociosos, de modo que todas las partes del sistema pueden emplearse para la cognición si no están ocupadas en otras tareas. En la Tierra nunca evolucionó nada parecido. Significa que pueden realizar una

cantidad enorme de procesamiento sin demasiada masa asociativa dedicada, incluso para un individuo.

—Entonces, ¿los nervios periféricos pueden pensar? —Bates frunció el ceño—. ¿Pueden recordar?

—Sin duda. O, por lo menos, no veo por qué no. —Cunningham se sacó un cigarro del bolsillo.

—De modo que cuando descuartizaron a aquel trepador...

—Nada de guerra civil. Volcado de datos. Transmitiendo información sobre nosotros, lo más probable.

—Vaya forma más radical de mantener una conversación —comentó Bates.

—No sería su primera elección. Creo que cada trepador actúa como un nodo en una red distribuida, por lo menos cuando están en la *Rorschach*. Pero esos campos estarían configurados hasta el último angstrom, y cuando entramos con nuestra tecnología y nuestros escudos, volando sus conductores por los aires... jodimos la red. Colapsamos la señal local. Así que recurrieron al subterfugio.

No había encendido el cigarrillo. Hizo girar el filtro entre el pulgar y el índice. La lengua asomaba entre sus labios como un gusano detrás de una máscara.

Oculto en su tienda, Sarasti aprovechó la pausa.

—Los trepadores también usan el electromagnetismo de *Rorschach* para sus procesos metabólicos. Algunas rutas alcanzan la transferencia de protones mediante el efecto túnel de átomos pesados. Quizá la radiación ambiental actúa como catalizador.

—¿Efecto túnel? —dijo Susan—. ¿Cuántico?

Cunningham asintió con la cabeza.

—Lo cual explica asimismo los problemas de vuestros escudos. En parte, al menos.

—Pero, ¿eso es posible? Quiero decir, creía que esa clase de efectos sólo eran aparentes en condiciones crónicas...

—Olvidalo —le espetó Cunningham—. Podemos debatir sobre la bioquímica más tarde, si seguimos con vida.

—¿Y qué debatimos en lugar de eso, Robert? —preguntó suavemente Sarasti.

—Para empezar, la más idiota de estas criaturas puede asomarse a tu cabeza

y ver qué partes de la corteza visual se están encendiendo. Y si entre eso y leer la mente hay alguna diferencia, no será mucha.

—Mientras nos mantengamos lejos de la *Rorschach*...

—Ahora es demasiado tarde. Gente, ya habéis estado ahí abajo. Repetidas veces. ¿Quién sabe qué no habréis hecho ya tan sólo porque *Rorschach* os obligó?

—Para el carro —objetó Bates—. Ninguno de nosotros se comportó como un títere allí abajo. Alucinamos, nos quedamos ciegos y... enloquecimos, incluso, pero en ningún momento fuimos poseídos.

Cunningham la miró y resopló con desdén.

—¿Crees que seríais capaces de luchar contra los hilos? ¿Crees que los sentiríais siquiera? Podría aplicar un imán transcraneal a tu cabeza ahora mismo y levantarías un dedo, o moverías los pies, o le pegarías una patada en las pelotas al bueno de Siri y después jurarías sobre la tumba de tu santa madre que si lo hiciste fue sólo porque querías. Bailarías como una marioneta sin dejar de jurar en todo momento que lo haces por voluntad propia, y eso sólo soy yo, un simple obsesivo-compulsivo con un par de imanes y un casco de imagen de resonancia magnética. —Indicó el vasto e ignoto vacío que había más allá del mamparo. Trizas de cigarro mutilado flotaron lateralmente delante de él—. ¿Quieres ponerte a adivinar lo que es capaz de hacer esa cosa? No me extrañaría que les hubiéramos dado ya las características técnicas de la *Teseo*, prevenido acerca del flujo de Ícaro y después decidido, por «voluntad propia», haberlo olvidado todo.

—Podemos provocar esos efectos —dijo con voz glacial Sarasti—. Como tú dices. Los provocan ataques. Tumores. Accidentes fortuitos.

—¿Fortuitos? ¡Ésos eran experimentos, gente! ¡Eso era vivisección! Os dejaron entrar para poderos desmenuzar y ver cómo funcionabais sin que os dierais ni cuenta.

—¿Y qué? —saltó invisiblemente el vampiro. Algo frío y voraz le teñía la voz. Las topologías humanas se estremecieron alrededor de la mesa, asustadas—. Hay un punto ciego en el centro de tu campo visual —señaló Sarasti—. No puedes verlo. No puedes ver las sacadas de tu ritmo visual. Sólo dos de los trucos que conoces. Muchos más.

Cunningham estaba asintiendo con la cabeza.

—A eso me refiero. *Rorschach* podría estar...

—No hablo de estudios de casos. Los cerebros son motores de supervivencia, no detectores de mentiras. Si el autoengaño beneficia a la aptitud, el

cerebro mente. Deja de fijarse en... cosas irrelevantes. La verdad no importa. Sólo la aptitud. A estas alturas no experimentáis el mundo tal y como es en absoluto. Experimentáis una simulación basada en supuestos. Atajos. Mentiras. La especie entera es agnóstica por defecto. *Rorschach* no os hace nada que no os hagáis ya vosotros solos.

Nadie abrió la boca. Transcurrieron varios segundos de silencio antes de que comprendiera lo que acababa de suceder.

Jukka Sarasti nos había soltado un sermón.

Podría haber interrumpido el discurso de Cunningham —podría haber cortado de raíz un amotinamiento a gran escala, probablemente— con tan sólo bajar hasta donde estábamos y enseñar los dientes. Con tan sólo mirarnos. Pero no quería ganarse nuestra sumisión aterrándonos, ya estábamos bastante nerviosos. Y tampoco estaba intentando educarnos, combatir el miedo con hechos; cuantos más hechos recabara una persona cuerda sobre *Rorschach*, más miedo tendría. Sarasti sólo intentaba mantenernos activos, perdidos en el espacio al filo de la muerte, enfrentados a este monstruoso enigma que podría destruirnos en cualquier instante por cualquier motivo. Sarasti intentaba tranquilizarnos: «carne buena, carne bonita». Intentaba impedir que nos viniéramos abajo. «Ea, ea.»

Sarasti estaba practicando la psicología.

Paseé la mirada alrededor de la mesa. Bates, Cunningham y la Banda estaban sentados, paralizados y pálidos.

A Sarasti la psicología se le daba de pena.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Cunningham—. Estas cosas nos superan.

—Hemos mostrado más agresividad que ellas —dijo James, pero no había confianza en su voz.

—*Rorschach* juega con esas rocas como si fueran canicas. Estamos plantados en medio de una galería de tiro. Cuando le apetezca...

—Sigue creciendo. No está acabada.

—¿Se supone que eso debería ser un consuelo?

—Lo único que digo es que no lo sabemos —precisó James—. Podrían faltarle años todavía. Siglos.

—Tenemos quince días —anunció Sarasti.

—Mierda —dijo alguien. Cunningham, lo más probable. Quizá Sascha.

Por algún motivo todas las miradas estaban puestas en mí.

Quince días. ¿Quién sabe lo que quería decir esa cifra? Ninguno de nosotros lo preguntó en voz alta. Quizá Sarasti, en otro arranque de psicología barata, se la hubiera inventado en un arrebató. O puede que la hubiera derivado antes incluso de que alcanzáramos la órbita, reservándosela para el caso —recién expirado— de que pudiera volver a enviarnos al interior del laberinto. Me había pasado media misión medio ciego; no lo sabía.

Pero de un modo u otro, ya sabíamos cuál era el día de graduación.

Los ataúdes reposaban contra el mamparo posterior de la cripta, en lo que sería el suelo durante esos momentos en que los conceptos de «arriba» y «abajo» poseían algún significado. Habíamos dormido durante años en el viaje de ida. No habíamos percibido de forma consciente el paso del tiempo —el metabolismo no-muerto está demasiado aletargado incluso para soñar—, pero de alguna manera el cuerpo sabía cuándo necesitaba un cambio. Ni uno sólo de nosotros había elegido dormir en nuestras vainas desde que llegamos. Las únicas veces que lo habíamos hecho era por encontrarnos moribundos.

Pero la Banda había empezado a acudir aquí desde el fallecimiento de Szpindel.

Su cuerpo descansaba en la vaina contigua a la mía. Entré flotando en el compartimento y me giré a la izquierda sin pensar. Cinco ataúdes: cuatro abiertos y vacíos, uno sellado. El mamparo reflectante de enfrente duplicaba su número y la profundidad del espacio.

Pero la Banda no estaba allí.

Me volví a la derecha. El cuerpo de Susan James flotaba espalda contra espalda con su propio reflejo, absorto en la contemplación de un cuadro vivo invertido: tres sarcófagos sellados, uno abierto. La placa de ébano incrustada en la tapa replegada estaba apagada; las demás brillaban con sobrios mosaicos idénticos de estrellas azules y verdes. Ninguna de ellas fluctuaba. No había electrocardiogramas en movimiento, ni luminosos gráficos de picos y valles marcados **CARDIO Y CNS**. Podíamos quedarnos allí esperando horas, días, y ninguno de aquellos diodos pestañearía siquiera. Cuando se está no-muerto, la palabra acentuada es la segunda.

La topología de la Banda indicaba «Michelle» cuando llegué, pero fue Susan la que habló ahora, sin darse la vuelta.

—No llegué a conocerla.

Seguí la dirección de su mirada hasta la identificación de una de las vainas selladas: *Takamatsu*. La otra lingüista, la otra múltiple.

—Conocí a todos los demás —continuó Susan—. Me adiestré con ellos. Pero nunca llegué a conocer a mi sustituta.

Lo desaconsejaban. ¿Qué sentido tenía?

—Si quieres... —empecé.

Negó con la cabeza.

—Gracias de todos modos.

—O cualquiera de los otros... No puedo ni imaginarme cómo se sentirá Michelle...

Susan sonrió, pero había algo frío en su gesto.

—A Michelle no le apetece hablar contigo ahora mismo, Siri.

—Ah. —Aguardé un momento, a fin de darle ocasión de hablar a cualquier otro. Cuando nadie lo hizo, me impulsé de regreso a la escotilla—. Bueno, si alguno cambiáis de...

—No. Ninguno. Jamás.

Cruncher.

—Mientes —continuó—. Lo sé. Todos lo saben.

Parpadeé.

—¿Que miento? No, yo...

—Tú no hablas. Escuchas. Michelle te da igual. Todo el mundo te da igual. Sólo te interesa lo que sabemos. Para tus informes.

—Eso no es del todo cierto, Cruncher. Sí que me intereso. Sé que Michelle debe de...

—No sabes una mierda. Lárgate.

—Lo siento si os he molestado. —Giré sobre mi eje y cogí impulso contra el espejo.

—No puedes entender a Meesh —gruñó mientras yo despegaba—. Nunca has perdido a nadie. Nunca has tenido a nadie. »Déjala en paz.

Se equivocaba por partida doble. Y por lo menos Szpindel había muerto sabiendo que Michelle se interesaba por él.

Chelsea murió creyendo que no me importaba una mierda.

Habían pasado dos años o más, y aunque todavía nos reuníamos vía interfaz no habíamos vuelto a vernos en persona desde el día que se marchó. Contactó conmigo como caída del Oort y dejó un mensaje de voz urgente en mis incrustaciones: «Cygnus. Llámame ahora mismo, por favor. Es importante».

Era la primera vez desde que la conocía que desactivaba la imagen.

Sabía que era algo importante. Sabía que era algo grave, aun sin imagen. Lo sabía precisamente porque no había imagen, como sabía que era peor que grave por la armonía de su voz. Sabía que era letal.

Más tarde descubrí que se había visto atrapada en el fuego cruzado. Los realistas habían plantado una cepa de fibrodisplasia en las afueras de las catacumbas de Boston; una variante sencilla, un retrovirus monopunto cuyos resultados servían tanto de acción terrorista como de comentario sarcástico sobre la parálisis criogénica de los ocupantes del Paraíso. Reescribía un gen regulador que controlaba la osificación del cromosoma 4 y provocaba una desviación metabólica en tres puntos del cromosoma 17.

Chelsea empezó a desarrollar un nuevo esqueleto. Sus articulaciones comenzaron a calcificarse quince horas después de la exposición; sus ligamentos y tendones, después de veinte. Para entonces ya estaban matándola de hambre a nivel celular, intentando frenar el virus privándole de metabolitos, pero sólo podían ganar tiempo y tampoco mucho. Transcurridas veintitrés horas, sus músculos estriados estaban convirtiéndose en piedra.

Todo esto no lo descubrí de inmediato, porque no le devolví la llamada. No necesitaba conocer los detalles. El tono de su voz me indicaba que se estaba muriendo. Era evidente que quería despedirse.

No podía hablar con ella hasta saber cómo hacerlo.

Me pasé horas rastreando la noosfera, en busca de precedentes. Las formas de morir no tienen límite; encontré millones de estudios de casos referentes a la etiqueta. Últimas palabras, últimas promesas, manuales de instrucciones para el futuro afligido. Neurofármacos paliativos. Extensas y explícitas escenas de muerte en la literatura popular. Lo repasé todo, asignando a la búsqueda una docena de filtros para separar el grano de la paja.

Cuando volvió a llamar la noticia ya estaba en la calle: un violento brote de gólem traspasaba el corazón de Boston como una aguja al rojo. Las medidas de contención aguantaban. El Paraíso estaba n salvo. Se esperaba un número reducido de víctimas mortales. Los nombres de éstas se mantendrían en secreto a la espera de contactar con los familiares.

Yo seguía sin conocer los principios, las normas: lo único que tenía eran ejemplos. Últimas voluntades y testamentos; negociaciones entre suicidas y rescatadores frustrados; diarios recuperados de submarinos siniestrados o escenarios de alunizajes forzosos. Memorias grabadas y confesiones en el lecho de muerte interrumpidas por la línea plana del electrocardiograma. Cajas negras que transcribían los últimos instantes de naves espaciales condenadas y ascensores espaciales que se desmoronaban entre fuego y estática. Todo aquello era irrelevante. Nada era útil; nada era ella.

Volvió a llamar; la imagen seguía apagada, y yo seguía sin contestar.

Pero la última vez que llamó, no me ahorró la vista.

Habían procurado que estuviera lo más cómoda posible. El colchón de gel se amoldaba a cada extremidad retorcida, cada protuberancia ósea. No permitirían que sufriera ningún dolor.

Tenía el cuello ladeado hacia abajo como si estuviera petrificado, lo que la obligaba a mirar fijamente la garra crispada que una vez había sido su mano derecha, tachonada de nudillos como avellanas. Placas y cintas de hueso ectópico distendían la piel de sus brazos y hombros, enterraban sus costillas en un felpudo fibroso de carne calcificada.

El movimiento era su propio peor enemigo. El gólem castigaba incluso el menor tic, provocaba el crecimiento de hueso nuevo sobre cualquier articulación y superficie que conspirara para moverse. Cada gozne y cuenca contenía su propia ración de flexibilidad no renovable, cincelada en roca; cada movimiento agotaba las reservas. El cuerpo se atenazaba exponencialmente. Para cuando me permitió mirarla, Chelsea ya había agotado casi por completo sus grados de libertad.

—Cyg —farfulló—. Sé que estás ahí.

Tenía la boca entreabierta, fija; su lengua debía de haberse endurecido con cada palabra. No miraba a la cámara. No podía mirar a la cámara.

—Supongo que sé por qué no rrespondes. Intentarré... in... tentaré no tomármelo perrr... sonalmente.

Diez mil despedidas en el lecho de muerte ordenadas a mi alrededor, un millón más al alcance de la mano. ¿Qué tenía que hacer, escoger una al azar?

¿Juntarlas en una especie de compuesto? Todas aquellas palabras habían sido para otras personas. Dirigírselas a Chelsea las reduciría a clichés, a tópicos trillados. A insultos.

—Quería decirte... que no te sientas mal. Sé que no esss... no es culpa tuya, supongo. Descolgarías si pudieras.

¿Para decir qué? ¿Qué se le dice a alguien que está muriéndose a cámara rápida delante de tus narices?

—Sigo intentannndo conectarr, ¿sabes? No puedo evitarlo...

Aunque las bases de este adiós son exactas, se han combinado los detalles de varias muertes con fines dramáticos.

—¿Por favor? Di... dime algo, Cyg...

Quería hacerlo, más que nada en el mundo.

—Siri, me... Sólo...

Llevaba todo este tiempo intentando averiguar cómo.

—Olvidalo —dijo, y colgó.

Le susurré algo al aire inerte. Ni siquiera recuerdo qué.

Quería hablar con ella, de veras.

Sencillamente, no lograba encontrar el algoritmo apropiado.

Conoceréis la verdad, y la verdad os volverá locos.

Aldous Huxley

Esperaban, a estas alturas, haber erradicado el sueño definitivamente.

El desperdicio era poco menos que escandaloso: una tercera parte de cada vida humana se pasaba con los hilos cortados, sin sentido, con el cuerpo consumiendo combustible pero sin producir nada. Imaginaos todo lo que podríamos conseguir si no tuviéramos que rendirnos a la inconsciencia aproximadamente cada quince horas, si nuestra mente pudiera permanecer despierta y alerta desde la infancia hasta la caída del último telón, ciento veinte años más tarde. Imaginaos ocho mil millones de almas sin botón de apagado ni tiempo de recarga hasta que se desgastara la carrocería.

Podríamos viajar a las estrellas.

No había dado resultado. Aunque habíamos superado la necesidad de permanecer callados y escondidos durante las horas de oscuridad —los únicos depredadores que quedaban habían regresado a petición nuestra— el cerebro todavía requería un tiempo aparte del mundo exterior. Había que catalogar y archivar experiencias, ascender recuerdos a medio plazo a la categoría de recuerdos a largo plazo, expulsar a los radicales libres de sus cubiles entre las dendritas. Sólo habíamos reducido la necesidad de dormir, no la habíamos eliminado, y ese irreductible residuo de tiempo de recarga no parecía capaz de contener los sueños y fantasmas descartados. Se retorcían en mi cabeza como criaturas en un charco tras la marea.

Me desperté.

Estaba solo, ingrávulo, en el centro de mi tienda. Juraría que algo me había dado unos golpecitos en la espalda. Posos alucinatorios, pensé. Un efecto persistente de la casa embrujada, que se resistía a extinguirse sin ponerme la piel de gallina por última vez.

Pero ocurrió de nuevo. Choqué con la curva de proa de la burbuja, reboté otra vez, cabeza y omoplatos contra tejido; el resto de mi cuerpo llegó después, moviéndose delicada pero irresistiblemente...

Abajo.

La *Teseo* estaba acelerando.

No. Dirección equivocada. La *Teseo* estaba rodando, como una ballena arponeada en la superficie del mar. Mostrándole la *panza*, a las estrellas.

Activé ConSenso y proyecté un resumen de navegación táctica sobre la pared. Un punto luminoso brotaba del perfil de nuestra nave y se alejaba de Big Ben dejando un cegador filamento a modo de estela. Esperé hasta que los números anunciaron 15G.

—Siri. Mi tienda, por favor.

Di un respingo. Sonó como si el vampiro estuviera a mi lado.

—Voy.

Un repetidor de ampliación de señales, que acudía por fin al encuentro del flujo de antimateria de Ícaro. Acobardado tras la llamada del deber, el corazón me dio un vuelco.

No íbamos a huir, pese a los fervientes deseos de Robert Cunningham. La *Teseo* estaba preparando la artillería.

La escotilla abierta bostezaba como una cueva en la cara de un acantilado. La suave luz azul de la columna parecía incapaz de llegar a su interior. Sarasti era poco más que una silueta, un contorno negro sobre fondo gris; sus brillantes ojos sanguinolentos fosforecían como los de un gato en la penumbra circundante.

—Entra. —Aumentó las longitudes de onda más cortas en deferencia a la vista humana. El interior de la burbuja se iluminó, aunque la claridad seguía estando ligeramente desviada hacia el rojo. Como en *Rorschach* con un poco más de luz visible.

Entré flotando en el salón de Sarasti. Su cara, normalmente blanca como el papel, estaba tan sonrojada que parecía quemada por el sol. *Se ha pegado un atracón*, pensé si poderlo remediar. *Ha bebido hasta hartarse*. Pero toda esa sangre era suya. Por lo general la mantenía en el fondo de la carne, favoreciendo los órganos vitales. Los vampiros eran eficientes en ese sentido. Sólo regaban sus tejidos periféricos

ocasionalmente, cuando los niveles de lactosa subían en exceso.

O cuando estaban de caza.

Tenía una aguja en la garganta, con la que se inyectó tres centímetros cúbicos de un líquido claro mientras yo lo observaba. Sus antieuclicleanos. Me pregunté con qué frecuencia tendría que reponerlos, ahora que había perdido la fe en los implantes. Retiró la aguja y la guardó en una funda adherida a una riostra que tenía a mano. Fue perdiendo el color mientras lo observaba; al regresar la sangre a su núcleo, dejó su piel cerosa y cadavérica.

—Estás aquí en calidad de observador oficial —dijo Sarasti.

Observé. Su habitación era aún más espartana que la mía. No había efectos personales dignos de mención. Nada de ataúdes a la medida revestidos de tierra prensada. Nada salvo dos monos, un neceser y un cordón umbilical de fibra óptica la mitad de grueso que mi meñique, flotando como una tenia en formol. El enlace físico de Sarasti con la capitana. Ni siquiera era un conectar cortical, recordé. Se enchufaba directamente en la médula, en el bulbo raquídeo. Tenía sentido; allí era donde convergía todo el cableado neuronal, el punto de mayor amplitud de banda. Aun así, resultaba inquietante pensar que Sarasti se comunicaba con la nave a través del cerebro de un reptil.

Una imagen centelleó en la pared, sutilmente distorsionada sobre la superficie cóncava: Tira y Afloja en sus celdas adyacentes, representados en una pantalla partida. Sus crípticas constantes vitales desfiguraban unas pequeñas plantillas debajo de cada imagen.

La distorsión me molestaba. Busqué una imagen corregida en ConSenso y salí con las manos vacías. Sarasti interpretó mi expresión:

—Circuito cerrado.

A estas alturas los trepadores habrían parecido enfermos y vapuleados incluso a un público virgen. Flotaban cerca del centro de sus respectivos compartimentos, agitando los brazos segmentados adelante y atrás, sin ningún propósito. Parches membranosos de... piel, supongo... se desprendían de sus cutículas, confiriéndoles un aspecto andrajoso y putrefacto.

—Los brazos se mueven continuamente —comentó Sarasti—. Robert dice que facilita la circulación.

Asentí con la cabeza mientras contemplaba el espectáculo.

—Criaturas que surcan las estrellas y ni siquiera pueden realizar funciones metabólicas básicas sin aspavientos constantes. —Sacudió la cabeza—. Ineficiente.

Primitivo.

Miré de reojo al vampiro. Permanecía concentrado en nuestros cautivos.

—Escandaloso —dijo, y movió los dedos.

Se abrió una ventana nueva en la pared: el protocolo Rosetta, iniciándose. A kilómetros de distancia, los tanques de contención se inundaron de microondas.

Me recordé: *No interfieras. Sólo observa.*

Por debilitados que estuvieran, los trepadores no se habían insensibilizado todavía al dolor. Conocían el juego, conocían las reglas; se arrastraron a sus respectivos paneles e imploraron clemencia. Sarasti únicamente había activado una repetición paso a paso de alguna secuencia anterior. Los trepadores la ejecutaron de principio a fin, ganándose unos instantes de intermitente respiro con las viejas pruebas y teoremas.

Sarasti chasqueó la lengua y habló:

—Reproducen estas soluciones más rápido que antes. ¿Crees que se han aclimatado a las microondas?

Apareció otra lectura en el visor; una alarma de audio empezó a trinar en alguna parte, no muy lejos. Miré a Sarasti, y nuevamente a la imagen: un círculo sólido de color turquesa iluminado desde atrás por un palpitante halo rojo. La figura significaba «anomalía atmosférica». El color, «oxígeno».

Experimenté un momento de perplejidad (*¿Oxígeno? ¿Por qué tendría que disparar una alarma el oxígeno?*) hasta que me acordé: los trepadores eran anaerobios.

Sarasti acalló la alarma con un ademán.

Carraspeé:

—Estás envenenando...

—Observa. La ejecución es consistente. Sin cambios.

Tragué saliva. *Sólo observa.*

—¿Es esto una ejecución? —pregunté—. ¿Un golpe de gracia?

Sarasti me traspasó con la mirada y sonrió:

—No.

Bajé la mirada.

—Entonces, ¿qué es?

Señaló la imagen. Me giré, obediente por reflejo.

Algo me atravesó la mano como el clavo de una crucifixión.

Grité. Un dolor eléctrico se propagó hasta mi hombro. Retiré la mano sin pensar; la hoja incrustada dividió la carne como haría una aleta con el agua. Gotas de sangre volaron por los aires y se quedaron flotando allí; una cola de cometa formada de rocío carmesí trazó el frenético arco de mi mano.

Calor abrasador por detrás. Carne chamuscada en mi espalda. Volví a gritar, revolviéndome. Un velo de gotitas sanguinolentas se arremolinó en el aire.

No sé cómo llegué al pasillo, con la mirada bobamente fija en mi mano derecha. Se había abierto hasta el nacimiento de la palma y se columpiaba del extremo de mi muñeca en dos ensangrentados pedazos bífidos. La sangre se agolpaba en los bordes desgarrados y se negaba a caer. Sarasti se acercó a mí envuelto en una neblina de trauma y confusión. Su rostro se enfocaba y desenfocaba, regado con su sangre o la mía. Sus ojos eran brillantes espejos rojos, sus ojos eran máquinas del tiempo. La oscuridad rugía alrededor de ellos; habíamos retrocedido medio millón de años y yo no era más que otro pedazo de carne en la sabana africana, a una fracción de segundo de ver cómo le degollaban.

—¿Ves el problema? —preguntó Sarasti mientras avanzaba. Un gran cangrejo araña flotaba junto a su hombro. Me obligué a concentrarme pese al dolor: uno de los soldados de Bates, apuntando. Pataleé a ciegas, alcancé la escalera de puro milagro y huí de espaldas corredor adentro.

El vampiro vino detrás de mí, con el rostro dividido por algo que podría haber sido una sonrisa en cualquier otra cara.

—Consciente del dolor, el dolor te distrae. Te concentras en él. Obsesionado con una amenaza, no percibes la otra.

Agité los brazos, despavorido. Un rocío carmesí me bañó los ojos.

—Cuanto más consciente, menos perceptivo. Un autómata podría hacerlo mejor.

Ha perdido un tornillo, pensé. Se ha vuelto loco. Y luego: No, es una ballena nómada. Siempre ha sido una orca...

—Ellos podrían hacerlo mejor —dijo en voz baja.

... y lleva días ocultándose. En las profundidades. Escondiéndose de las focas.

¿Qué más estaría dispuesto a hacer?

Sarasti levantó las manos, enfocándose y desenfocándose. Golpeé algo,

pataleé sin apuntar, reboté de un lado para otro en medio de jirones de niebla y voces sobresaltadas. Algo metálico me pegó en la nuca y giré en redondo.

Un agujero, una madriguera. Un refugio. Me metí dentro y mi mano desgarrada coleteó como un pescado muerto contra el canto de la escotilla. Proferí un alarido y entré rodando en el tambor, con el monstruo pisándome los talones.

Gritos y conmoción, muy cerca ahora.

—¡Éste no era el plan, Jukka! ¡Éste no era el puto plan! —Ésa era Susan James, ofendida, mientras Amanda Bates gruñía:

—¡Atrás, ahora mismo! —Y saltaba de la cubierta dispuesta a plantar batalla. Surcó el aire, toda reflejos acelerados y aumentos de carboplatino, pero Sarasti la apartó de un manotazo como si fuera una mosca y siguió avanzando. Su brazo salió disparado como una serpiente. Su mano se cerró en torno a mi garganta.

—¿A esto te referías? —exclamó James desde algún escondrijo oscuro e irrelevante—. ¿Éste es tu acondicionamiento?

Sarasti me zarandó.

—¿Estás ahí, Keeton?

Mi sangre le salpicó el rostro como un aguacero. Farfullé y lloré.

—¿Me escuchas? ¿Me ves?

Y de repente lo vi. De repente todas las piezas encajaron. Sarasti no estaba diciendo nada. Sarasti ni siquiera existía ya. No existía nadie. Estaba solo en una gigantesca rueda giratoria rodeado de seres que estaban hechos de carne, seres que se movían por voluntad propia. Algunos de ellos se cubrían con trozos de tela. De los orificios de su extremidad superior brotaban curiosos sonidos incomprensibles, y también había más cosas ahí arriba, bultos y crestas y algo parecido a canicas o botones negros, húmedos, brillantes e incrustados en los pedazos de carne. Resplandecían, saltaban y se movían como si intentaran escapar.

No comprendía los sonidos que emitía la carne, pero oía una voz procedente de alguna parte. Era como si Dios me estuviera hablando, y yo no pudiera hacer otra cosa más que entender.

—Sal de tu habitación, Keeton —siseó—. Deja de trasponer, interpolar, rotar o lo que sea que estés haciendo. Tan sólo escucha. Por una vez en tu desgraciada vida, comprende una cosa. Comprende que tu vida depende de ello. ¿Estás escuchando, Keeton?

No puedo repetiros lo que me dijo. Únicamente lo que oí.

Inviertes tanto en ello, ¿verdad? Es lo que te eleva por encima de las bestias del campo, es lo que te hace especial. Homo sapiens, te llamas a ti mismo. Hombre sabio. ¿Sabes siquiera qué es, esta consciencia que citas en tu propio homenaje? ¿Sabes siquiera para qué sirve?

A lo mejor crees que te otorga libre albedrío. A lo mejor se te ha olvidado que los sonámbulos conversan, conducen, cometen delitos y después borran sus huellas, inconscientes en todo momento. A lo mejor nadie te ha explicado que incluso las almas despiertas son meros esclavos que niegan la realidad.

Toma una decisión consciente. Decide mover el dedo índice. ¡Demasiado tarde! La electricidad ya te ha recorrido medio brazo. Tu cuerpo empezó a actuar medio segundo antes de que tu yo consciente «decidiera» hacerlo, pues el yo no tenía elección; fue otra cosa lo que puso tu cuerpo en marcha, lo que envió un resumen sinóptico —casi una idea posterior— al homúnculo que hay detrás de tus ojos. Ese hombrecillo, esa subrutina engreída que se considera a sí misma la persona, confunde la correlación con la causalidad: lee el resumen y ve moverse la mano, y cree que lo uno llevó a lo otro.

Pero no está al mando. Tú no estás al mando. Si el libre albedrío existe siquiera, no comparte su espacio vital con los de tu calaña.

Inspiración, entonces. Sabiduría. La búsqueda del conocimiento, la derivación de teoremas, la ciencia, la tecnología y todas esas empresas exclusivamente humanas que sin duda deben de levantarse sobre unos cimientos conscientes. Tal vez ésa fuera la razón de ser de la sentiencia... si los hallazgos científicos no surgieran plenamente formados de la mente subconsciente, si no se manifestaran en sueños, como ocurrencias maduras tras una noche de sueño reparador. Es la regla más básica del investigador frustrado: «deja de pensar en el problema». Haz otra cosa. Hallarás la respuesta si dejas de pensar conscientemente en la pregunta.

Todo pianista sabe que la mejor manera de estropear una actuación consiste en prestar atención a lo que hacen los dedos. Toda bailarina y acróbata sabe que debe dejar divagar la mente, abandonar el cuerpo a su propio criterio. Todo conductor de un vehículo manual llega a su destino sin recordar las paradas, las curvas y las carreteras transitadas por el camino. Sois todos sonámbulos, tanto los que coronáis cimas creativas como los que os arrastráis por enésima vez por cualquier rutina mundana. Sois todos sonámbulos.

Ni se te ocurra mencionar la curva de aprendizaje. No te molestes en citar los meses de práctica deliberada que preceden a la actuación inconsciente, ni los

años de estudio y experimentación que desembocan en el codiciado momento eureka. ¿Y qué si todas tus lecciones se aprenden de forma consciente? ¿Crees que eso demuestra que no existe otra vía? El software heurístico lleva más de un siglo aprendiendo de la experiencia. Las máquinas dominan el ajedrez, los coches aprenden a conducirse solos, los programas de estadística afrontan problemas y diseñan experimentos para resolverlos ¿y te piensas que el único camino hacia el conocimiento pasa por la sentiencia? Sois nómadas de la Edad de Piedra, llevando una existencia marginal en la estepa... rechazando incluso la posibilidad de la agricultura, porque a vuestros padres les fue bien con la caza y la recolección.

¿Quieres saber para qué sirve la consciencia? ¿Quieres saber cuál es su única función verdadera? Es una muleta. Como no podéis ver los dos aspectos del cubo de Necker a la vez, os permite concentraros en uno y descartar el otro. Menuda manera más simple de analizar la realidad. Siempre es mejor mirar las cosas desde más de un punto de vista. Venga, prueba. Desconcéntrate. Es el siguiente paso lógico.

Ah, que no puedes. Hay un obstáculo en el camino.

Y se defiende.

La evolución carece de capacidad de previsión. La maquinaria compleja desarrolla sus propias prioridades. Los cerebros... hacen trampas. Los bucles de retroalimentación evolucionan para promover ritmos cardiacos estables y luego sucumben a la tentación del ritmo y la música. El goce evocado por la imagería fractal, los algoritmos empleados en la selección del hábitat, se metastatizan en forma de arte. Los placeres que antes había que ganarse en incrementos de aptitud pueden disfrutarse ahora mediante ociosas introspecciones. La estética se alza imparable a hombros de un billón de receptores de dopamina, y el sistema va más allá de modelar el organismo. Empieza a modelar el proceso mismo del modelado. Consume cada vez más recursos computacionales, se ahoga a sí mismo con interminables recursividades y simulaciones irrelevantes. Igual que el ADN parásito que crece en todo genoma natural, persiste, prolifera y no produce nada salvo más de sí mismo. Los metaprocesos se extienden como el cáncer, y despiertan, y se hacen llamar «yo».

El sistema se debilita, se ralentiza. Ahora lleva mucho más tiempo percibir:

evaluar la información, sopesarla, decidir al estilo de los seres cognitivos. Pero cuando el desbordamiento del río se cruza en tu camino, cuando el león se te echa encima desde las hierbas, la autoconsciencia avanzada es un lujo que no te puedes permitir. El bulbo raquídeo hace lo que mejor sabe hacer. Ve el peligro, secuestra el cuerpo, reacciona cien veces más deprisa que ese viejo gordo sentado en el despacho del director ejecutivo; pero con cada generación se hace más difícil soslayar esta... esta lenta burocracia neurológica.

El yo es un desperdicio de energía y capacidad de proceso, una obsesión rayana en la psicosis. Los trepadores no tienen necesidad de ello, los trepadores son más parsimoniosos. Con su bioquímica más simple, sus cerebros más pequeños —privados de herramientas, de su nave, incluso de partes de su metabolismo—, su inteligencia le da mil vueltas a la tuya. Ocultan su idioma a la vista de todos, aun cuando sabes lo que están diciendo. Vuelven tu propia cognición contra ella misma. Surcan las estrellas. Esto es de lo que es capaz la inteligencia, sin el impedimento de la consciencia.

El «yo» no es la mente pensante, veréis. Para Amanda Bates, decir «yo no existo» quizá fuera absurdo; pero cuando los procesos subterráneos dicen lo mismo, sólo están informando de la muerte de los parásitos. Sólo están diciendo que son libres.

*Si el cerebro humano fuera tan simple como
para que pudiéramos entenderlo, seríamos tan simples
que no podríamos.*

Emerson M. Pugh

Sarasti, sanguijuela repugnante.

Mis rodillas presionaban contra mi frente. Me abrazaba a las piernas dobladas como quien se aferra a una rama mientras cuelga sobre el abismo.

Cabrón sin escrúpulos. Sádico, monstruo asqueroso.

Mi aliento rechinaba alto y mecánico. Ahogaba casi el rugir de la sangre en mis oídos.

Me hiciste pedazos, hiciste que me meara, me cagara y llorara como un crío destripado y dejaste desnudo, puto bicho, bestia acechante, estropeaste mis herramientas, te llevaste lo único que me permitía tocar a alguien y no hacía falta, sodomita, no era preciso, pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad? Sólo querías jugar. He visto a los de tu especie haciéndolo antes, gatos jugando con ratones, atrapándolos para luego volverlos a soltar, un resquicio de libertad y después otro salto, otro mordisco, no tan brusco como para matar —todavía no—, antes de soltarlos de nuevo y ahora renquean, quizá tengan una pata rota o el vientre abierto, pero todavía lo intentan, todavía corren o reptan o se arrastran tan rápido como pueden hasta que volvéis a abalanzaros sobre ellos, una y otra vez, porque es divertido, porque os proporciona placer, sádico montón de mierda. Nos enviaste a los brazos de aquella cosa infernal que también jugaba con nosotros, y quizá estéis compinchados porque me dejó escapar, igual que tú, me dejó regresar corriendo a tus brazos y entonces me redujiste al estado de un aterrado animal indefenso con medio cerebro, no puedo rotar ni transformar, ni siquiera puedo hablar y tú...

Tú...

Ni siquiera era algo personal, ¿verdad? Ni siquiera me odias. Sencillamente estabas harto de guardártelo todo, harto de contenerte con toda esta carne a tu alrededor, y no podías prescindir del trabajo de ningún otro. Ésta era mi misión, ¿cierto? Ni sinteticista, ni

conducto. Ni siquiera carne de cañón o señuelo. Sólo soy algo desechable con lo que afilar tus garras.

Era tan doloroso. Me dolía incluso respirar.

Estaba tan solo.

La red presionó suavemente contra la curvatura de mi espalda, me impulsó hacia delante con la delicadeza de un soplo de brisa y me volvió a atrapar. Estaba en mi tienda. Me picaba la mano derecha. Intenté flexionar los dedos, pero estaban encerrados en ámbar. La zurda buscó a la diestra y encontró un caparazón plástico que se extendía hasta el codo.

Abrí los ojos. Oscuridad. Números ininteligibles y un diodo rojo parpadeaban en algún punto de mi antebrazo.

No recordaba cómo había llegado hasta allí. No recordaba que nadie me hubiera arreglado.

Romperme. Ser roto. Eso sí lo recordaba. Me quería morir. Quería quedarme acurrucado sin hacer nada hasta marchitarme.

Una eternidad más tarde, me obligué a desaovillarme. Me incorporé y dejé que la minúscula inercia me empujara contra la tirante tela aislante de mi tienda. Esperé a que mi respiración se acompasara. Pareció tardar horas.

Activé ConSenso en la pared, una imagen del tambor. Voces quedas, luz cegadora centellando sobre el muro: lastimándome los ojos, arrancándome los párpados. Apagué la imagen y escuché las palabras a oscuras.

—¿... una fase? —preguntó alguien.

Susan James, restaurada ya su personalidad. Volvía a reconocerla: había dejado de ser un saco de carne, ya no era una simple cosa.

—Ya hemos hablado de esto. —Ése era Cunningham. También a él lo reconocí. Los reconocí a todos. Pese a lo que me hubiera hecho Sarasti, por lejos que me hubiera sacado de mi habitación, ya estaba dentro otra vez.

Debería haberme alegrado más.

—... porque, para empezar, si realmente fuera tan perniciosa, la selección natural se habría encargado de erradicarla —estaba diciendo James.

—Tienes una idea muy ingenua de los procesos evolutivos. La «supervivencia del más fuerte» es una patraña. Supervivencia del más adecuado, tal vez. Da igual que una solución sea óptima o no. Lo importante es que sea mejor que las alternativas.

También conocía esa voz. Pertenece a un demonio.

—Bueno, está claro que nosotros somos mejores que las alternativas. —Una sutil armonía superpuesta a la voz de James sugería la presencia de un coro: la Banda al completo, rebelándose como un solo hombre.

No daba crédito. Me acababan de mutilar, me habían dado una paliza delante de sus narices... ¿y estaban hablando de biología?

A lo mejor le asusta hablar de cualquier otra cosa, pensé. A lo mejor le asusta ser la siguiente.

O a lo mejor es sólo que no podría importarle menos lo que me pase.

—Es verdad —le dijo Sarasti— que vuestro intelecto compensa vuestra consciencia hasta cierto punto. Pero sois aves sin capacidad de volar en una isla remota. Vuestro éxito reside en vuestro aislamiento respecto a cualquier tipo de competencia real.

Se acabaron las pautas discursivas entrecortadas. Se acabo el formular bruscamente las frases. La orca había cazado a su presa, se había liberado. Ahora le daba igual quién supiera que merodeaba por los alrededores.

—¿«Vuestro» éxito? —susurró Michelle—. ¿No «nuestro»?

—Nosotros abandonamos la competición hace mucho —dijo por fin el demonio—. No es culpa nuestra que os neguéis a dejar las cosas como están.

—Ah. —Cunningham de nuevo—. Bienvenida. ¿Has ido a ver a Ke...?

—No —dijo Bates.

—¿Satisfecha? —preguntó el demonio.

—Si te refieres a los drones, me satisface que hayas salido de ellos —dijo Bates—. Si te refieres a... Fue algo completamente injustificado, Jukka.

—No lo es.

—Agrediste a un miembro de la tripulación. Si tuviéramos una prisión militar, te pasarías el resto del viaje dentro.

—Ésta no es una nave militar, mayor. No estás al mando.

No me hacían falta imágenes para saber la opinión que eso le merecía a Bates. Pero había algo más en su silencio, algo que me hizo reactivar la cámara del tambor. Entorné los ojos frente a la luz corrosiva y reduje el brillo hasta que lo único que quedó fue un tenue susurro de pasteles.

Sí. Bates. Bajando a la cubierta de un salto desde la escalera.

—Coge una silla —dijo Cunningham desde su asiento en la sala común—. Es hora de recordar viejos clásicos.

Había algo en ella.

—Estoy harta de la misma canción —dijo Bates—. La hemos tocado hasta desgastarla.

Incluso ahora, con mis instrumentos desportillados y vapuleados, con mi percepción reducida a poco más que una sombra de sí misma, podía ver el cambio. Esta tortura de prisioneros, este asalto a la tripulación, habían cruzado una línea en su cabeza. Los demás no lo veían. La tapa que cubría su expresividad estaba tan sellada como la de una olla a presión. Pero incluso a través de las tenues sombras de mi ventana, la topología resplandecía a su alrededor como un cartel de neón.

Amanda Bates había dejado de considerar simplemente la posibilidad de un cambio de mando. Ahora sólo era cuestión de tiempo.

El universo era cerrado y concéntrico.

Mi diminuto refugio estaba en su centro. Fuera de ese cascarón había otro, gobernado por un monstruo, patrullado por sus esbirros. Más allá de ése había aún otro más que contenía algo todavía más monstruoso e incomprensible, algo que pronto podría devorarnos a todos.

No existía nada más. La Tierra era una hipótesis vaga, irrelevante para este cosmos en miniatura. No veía ningún lugar donde pudiera encajarla.

Me quedé mucho tiempo en el centro del universo, escondido. Tenía las luces apagadas. No comía. Sólo salía a hurtadillas de mi tienda para orinar o defecar en el angosto cubículo que había al fondo de Fab, y sólo cuando la columna estaba despejada. Un sembrado de dolorosas ampollas me cruzaba la espalda abrasada, tan apiñadas como los granos de una mazorca. El más ligero roce las abría.

Nadie llamó a mi puerta, nadie anunció mi nombre por ConSenso. No habría respondido si lo hubieran hecho. A lo mejor lo sabían, de algún modo. A lo mejor guardaban las distancias por respeto a mi intimidad y mi desgracia.

A lo mejor sencillamente no les importaba una mierda.

Me asomaba al exterior de vez en cuando para echarle un vistazo a la táctica. Vi cómo *Escila* y *Caribdis* se adentraban en el cinturón de acreción y

regresaban remolcando masa de reacción capturada en una enorme red distendida entre ellas. Vi cómo nuestro satélite de ampliación llegaba a su destino en mitad de ninguna parte, vi mapas cuánticos de antimateria entrar en el procesador de la *Teseo*. Masa y especificaciones se combinaban en Fab, reponían nuestras reservas, forjaban las herramientas que necesitaba Jukka Sarasti para su plan maestro, fuera éste el que fuese.

Puede que perdiera. Puede que la *Rorschach* nos matara a todos, pero no antes de jugar con Sarasti igual que éste había jugado conmigo. Eso haría que casi mereciera la pena. O puede que se produjera antes el amotinamiento de Bates, con éxito. Puede que ella exterminara al monstruo, y comandara la nave, y nos transportara a todos a un lugar seguro.

Pero entonces lo recordé: el universo era cerrado y diminuto. Lo cierto era que no había adonde ir.

Pegué la oreja a las comunicaciones de la nave. Oí instrucciones de rutina impartidas por el depredador, conversaciones murmuradas entre las presas. Sólo aceptaba sonidos, nunca imágenes; una transmisión de vídeo habría inundado mi tienda de luz, dejándome vulnerable y expuesto. De modo que escuchaba en la oscuridad mientras los demás hablaban entre ellos. Ya no ocurría tan a menudo. Quizá se hubieran dicho ya demasiadas cosas, quizá no restara nada por hacer salvo atender a la cuenta atrás. A veces transcurrían horas sin que se oyera más que una tos o un gruñido.

Cuando hablaban, nunca mencionaban mi nombre. Sólo una vez oí que alguno de ellos sugiriese siquiera mi existencia.

Fue Cunningham, mientras hablaba de zombis con Sascha. Los oí en la cocina mientras desayunaban, desacostumbradamente locuaces. Hacía algún tiempo que Sascha no salía, y estaba recuperando las horas perdidas. Cunningham se lo consentía, por razones que sólo él conocía. Quizá sus temores se hubieran aplacado un poco, quizá Sarasti hubiera desvelado su plan maestro. O quizá Cunningham sencillamente deseaba distraerse de la proximidad del enemigo.

—¿A ti no te molesta? —estaba diciendo Sascha—. ¿Pensar que nuestra mente, lo que hace que uno sea uno, no es nada más que una especie de parásito?

—Olvídate de la mente —repuso él—. Imagínate que tienes un aparato diseñado para controlar... no sé, los rayos cósmicos, por ejemplo. ¿Qué sucede cuando giras su sensor de modo que ya no esté apuntando al cielo, sino a sus propias entrañas? —Se respondió a sí mismo antes de que ella tuviera ocasión—: Que hace aquello para lo que se construyó. Mide los rayos cósmicos, aunque haya dejado de mirarlos. Analiza sus circuitos en términos de metáforas de rayos

cósmicos, porque éstas le parecen correctas, le parecen naturales, porque no sabe ver las cosas de otra manera. Pero la metáfora está equivocada. De modo que el sistema lo malinterpreta todo sobre sí mismo. Puede que no se trate de un salto evolutivo fabuloso y estupendo, después de todo. A lo mejor no es más que un simple defecto de fábrica.

—Pero tú eres el biólogo. Sabes que mamá tenía razón mejor que nadie. El cerebro es un gran despilfarrador de glucosa. Todo lo que hace cuesta un ojo de la cara.

—Cierto —reconoció Cunningham.

—Entonces, la sentiencia tiene que servir para algo. Porque es cara, y si consume energía sin hacer nada útil, la evolución se la cargará sin dudarlo.

—A lo mejor ya lo ha hecho. —Cunningham hizo una pausa lo bastante larga como para masticar un bocado o inhalar una bocanada de humo—. Los chimpancés son más listos que los orangutanes, ¿lo sabías? Su cociente de encefalización es más alto. Y sin embargo no siempre pueden reconocerse en el espejo. Los orangutanes sí.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Que cuanto más inteligente sea el animal, menor será su autoconsciencia? ¿Que los chimpancés se están volviendo no sintientes?

—O que ya lo eran, antes de que nosotros lo frenáramos todo en seco.

—Entonces, ¿por qué no nos ocurrió lo mismo a nosotros?

—¿Qué te hace pensar que no nos haya ocurrido?

Era una pregunta tan flagrantemente estúpida que Sascha no supo qué responder. Me la imaginé boquiabierto durante el silencio.

—Recapacita —dijo Cunningham—. No estamos hablando de una especie de zombi que va dando tumbos por ahí con los brazos estirados, farfullando teoremas matemáticos. Un autómatas listo se camuflaría. Observaría a quienes lo rodean, imitaría su conducta, se comportaría como todo el mundo. Sin saber en ningún momento lo que está haciendo. Ajeno incluso a su propia existencia.

—Pero, ¿por qué molestarse? ¿Qué lo motivaría?

—Siempre y cuando retires la mano de la llama, ¿qué más da que lo hagas porque duele o porque algún algoritmo de retroalimentación diga «retirar si el flujo de calor excede la T crítica»? A la selección natural le dan igual los motivos. Si imitar algo aumenta la adecuación, la naturaleza seleccionará a los buenos imitadores antes que a los malos. Transcurrido el tiempo suficiente, ningún ser

consciente sabría distinguir a tu zombi entre la multitud. —Otra pausa; le oí masticar mientras duró—. Será capaz incluso de participar en una conversación como ésta. Podría escribir cartas a casa, reproducir sentimientos humanos reales, sin tener la menor idea de su propia existencia.

—No sé, Rob. Me parece...

—Claro, quizá no sea perfecto. Quizá sea un poco repetitivo, o recurra ocasionalmente al vertido de información descriptiva. Pero incluso las personas reales lo hacen, ¿verdad?

—Y al final, no quedará gente de verdad. Sólo robots que fingen interés.

—Es posible. Depende de la dinámica demográfica, entre otras cosas. Pero yo diría que por lo menos una cosa de la que carece un autómatas es la empatía; si no puedes sentir, serás incapaz de comprender a alguien que sí puede, aunque te comportes como si lo fueras. Lo cual resulta interesante: ¿cuántos sociópatas aparecen en los escalafones más altos del mundo, hmm? ¿Hasta qué punto se elogian la falta de escrúpulos y el egoísmo exacerbado en la estratosfera, mientras que todo aquél que exhibe dichas características a nivel del suelo va a parar al mismo saco que los realistas? Casi como si la sociedad misma estuviera recomponiéndose de dentro afuera.

—Bah, venga ya. La sociedad siempre ha sido de la gente guapa... Espera, ¿estás diciendo que la élite corporativa del mundo no es sintiente?

—Dios, no. Ni de lejos. Quizá estén empezando a dar los primeros pasos por ese camino. Como los chimpancés.

—Vale, pero los sociópatas no se camuflan bien.

—Los diagnosticados puede que no, pero por definición son los últimos de la clase. Los demás son demasiado listos para dejarse atrapar, y un autómatas real lo haría incluso mejor. Además, cuando se es lo bastante poderoso, no hace falta comportarse como los demás. Los demás empiezan a comportarse como tú.

Sascha soltó un silbido.

—Guau. El actor perfecto.

—O no tan perfecto. ¿Te suena a alguien conocido?

Quizá estuvieran hablando de alguien completamente distinto, supongo. Pero aquello era lo más parecido a una referencia directa a Siri Keeton que había oído en todas las horas que llevaba poniendo la oreja. Nadie más me mentó, ni siquiera de pasada. Eso era estadísticamente improbable, dado lo que acababa de sufrir delante de todos ellos; alguien tendría que haber dicho algo. Quizá Sarasti

les había ordenado no hablar de ello. Yo no sabía por qué. Pero a estas alturas era evidente que el vampiro llevaba ya algún tiempo orquestando las interacciones de ellos conmigo. Ahora yo estaba escondido, pero él sabía que escucharía en algún momento. Tal vez, por el motivo que fuera, no quería que mi observación se... contaminara...

Podría haberme aislado de ConSenso. No lo había hecho. Lo que significaba que aún me quería al corriente.

Zombis. Automatas. La puta sentiencia.

«Por una vez en tu desgraciada vida, comprende una cosa.» Eso me había dicho. O algo me lo había dicho. Durante la agresión.

«Comprende que tu vida depende de ello.» Casi como si me estuviera haciendo un favor.

Luego me había dejado en paz. Y era evidente que les había pedido a los demás que hicieran lo mismo. «¿Estás escuchando, Keeton?» Y no me había dejado fuera de ConSenso.

Siglos de mirarse el ombligo. Milenios de masturbación. De Platón a Descartes, Dawkins y Rhanda. Almas, agentes zombis y qualia. Complejidad de Kolmogorov. La consciencia como chispa divina. La consciencia como campo electromagnético. La consciencia como conjunto de partículas.

Lo exploré todo.

Wegner pensaba que era un resumen sinóptico. Penrose la oía en el canto de los electrones enjaulados. Norretranders decía que era una farsa; Kazim la llamaba «filtración de un universo paralelo». Metzinger se negaba incluso a reconocer su existencia. Las inteligencias artificiales afirmaban haber encontrado su secreto, para luego anunciar que no podían explicárnoslo. Godel tenía razón, después de todo: ningún sistema se puede entender plenamente a sí mismo.

Ni siquiera los sinteticistas habían conseguido rotarla hasta descifrarla. Los puntales que sostenían el peso sencillamente no podían soportar la tensión.

Todos ellos, empecé a darme cuenta, habían pasado por alto lo principal. Todas aquellas teorías, todos aquellos sueños inducidos con alucinógenos, experimentos y modelos intentaban demostrar que lo que era la consciencia: no para qué servía. No hacía falta ninguna explicación: evidentemente, la consciencia nos hace lo que somos. Nos permite ver la belleza y la fealdad. Nos eleva al reino

sublime de los espiritual. Claro, un puñado de bárbaros —Dawkins, Keogh, algún que otro escritor de literatura barata— se habían preguntado brevemente por qué: ¿por qué no ordenadores blandos, y nada más? ¿Por que deberían ser inferiores por definición los sistemas no sintientes? Pero en realidad nunca llegaron a levantar la voz por encima de la multitud. El valor de lo que somos era demasiado evidente como para ponerlo seriamente en tela de juicio.

Sin embargo los interrogantes persistían, en la mente de los laureados, en la angustia existencial de todo quinceañero cachondo sobre la faz de la Tierra. ¿No soy nada más que química en acción? ¿Seré un imán en el éter? Yo soy algo más que mis ojos, mis oídos, mi lengua; soy la cosita que hay detrás de esas cosas, la cosita que observa desde dentro. ¿Pero quién mira por sus ojos? ¿A qué se reduce? ¿Quién soy? ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Joder, qué pregunta más estúpida. Podría haberla respondido en un segundo, si Sarasti no me hubiera obligado a comprenderla antes.

*Sólo cuando nos hemos perdido
empezamos a comprendernos a nosotros
mismos.*

Henry David Thoreau

La vergüenza me había abrasado y dejado vacío. Me daba igual quién me viera. Me daba igual el estado en que me vieran. Me había pasado días flotando en mi tienda, hecho una pelota y respirando mi propio hedor mientras los demás realizaban los preparativos que mi torturador les hubiera encomendado. Amanda Bates fue la única en elevar siquiera una protesta simbólica por lo que me había hecho Sarasti. Los demás mantuvieron la mirada gacha y la boca cerrada, e hicieron lo que se les pedía; si por miedo o indiferencia, no sabría decirlo.

Era otra de las cosas que ya me daban igual.

En un momento dado, el molde que me ceñía el brazo se abrió como una almeja cocida. Aumenté los lúmenes el tiempo necesario para examinar su trabajo; mi mano reparada picaba y brillaba a la luz crepuscular; la línea del destino que la recorría desde la base de la palma al nacimiento de los dedos era ahora más larga y profunda. Acto seguido regresé a la oscuridad, y a la ciega y poco convincente ilusión de seguridad.

Sarasti quería que creyera. De algún modo debía de pensar que lastimándome y humillándome lo conseguiría; que vapuleado y exhausto, me convertiría en un recipiente vacío a llenar como él considerara oportuno. ¿No era ésa una técnica clásica de lavado de cerebro, hacer pedazos a tu víctima y después recomponer los trozos a tu gusto? A lo mejor esperaba provocarme algún tipo de síndrome de Estocolmo, o quizá sus acciones obedecían a unas prioridades incomprensibles para la simple carne.

Tal vez se hubiera vuelto loco, sencillamente.

Me había anulado. Había expuesto sus argumentos. Había seguido su rastro de miguitas de pan por todo ConSenso, por toda la *Teseo*. Y ahora, a tan sólo nueve

días de la graduación, estaba seguro de una cosa: Sarasti estaba equivocado. Tenía que estarlo. No veía cómo, pero lo sabía igualmente. Estaba equivocado.

De alguna manera, por absurdo que parezca, eso era lo único que me importaba.

No había nadie en la columna. Sólo Cunningham era visible en BioMed, revisando unas disecciones digitales, fingiendo pasar el rato. Yo flotaba por encima de él, con mi mano regenerada asida a lo alto de la escalera más próxima; me arrastraba en lentos y pequeños círculos mientras giraba el tambor. Incluso desde allí arriba podía ver la tensión instalada en sus hombros: un sistema atascado en una pauta de contención, corroyéndose una interminable hora tras otra mientras el destino avanzaba con todo el tiempo del mundo por delante.

Levantó la cabeza.

—Ah. Pero si está vivo.

Resistí el impulso de retirarme. *Una simple conversación, por el amor de Dios. Dos personas hablando, nada más que eso. La gente lo hace todo el rato sin tus herramientas. Puedes conseguirlo. Puedes hacerlo.*

Inténtalo.

De modo que me obligué a poner un pie detrás de otro y bajar las escaleras; el peso y la aprensión aumentaban a cada peldaño. Intenté leer la topología de Cunningham a través de la neblina. Puede que viera una fachada, de meros micrones de espesor. Puede que él agradeciera cualquier distracción, aunque no lo admitiera.

O puede que estuviera imaginándomelo todo.

—¿Qué tal estás? —me preguntó cuando llegué a la cubierta.

Me encogí de hombros.

—Esa mano va mejor, por lo que veo.

—No gracias a ti.

Había intentado morderme la lengua. Lo juro.

Cunningham encendió un cigarro.

—De hecho, fui yo el que te curó.

—También te quedaste ahí sentado mirando mientras me descuartizaba.

—Ni siquiera estaba presente. —Transcurrido un momento, añadió—: Aunque puede que tengas razón. Lo mismo podría haberme quedado de brazos

cruzados de todas formas. Amanda y la Banda intentaron interceder por ti, según tengo entendido. No sirvió de mucho.

—Así que tú ni siquiera lo intentaste.

—¿Lo intentarías tú, si la situación fuera a la inversa? ¿Te enfrentarías desarmado a un vampiro?

No dije nada. Cunningham se quedó mirándome largo rato, chupando su cigarro.

—Te caló bien, ¿eh? —dijo al final.

—Te equivocas.

—No me digas.

—Yo no juego con la gente.

—Mmmm. —Pareció reflexionar al respecto—. ¿Qué término usarías tú, entonces?

—Observo.

—Ah, ya. «Vigilancia», lo llamarían algunos.

—Yo... leo el lenguaje corporal. —Esperaba que fuera eso lo único a lo que se estaba refiriendo.

—Es cuestión de matices y tú lo sabes. Incluso en medio de una muchedumbre cabe esperar cierto grado de intimidad. La gente no está preparada para que le lean la mente a cada pestañeo. —Apuñaló el aire con su cigarro—. Y tú. Tú eres un cambiaformas. Nos presentas una cara distinta a cada uno de nosotros, y me apuesto lo que sea a que ninguna es real. Tu verdadero yo, si es que existe siquiera, es invisible...

Sentí un nudo en la boca del estómago.

—¿Quién no lo es? ¿Quién no... intenta encajar, quién no quiere llevarse bien con todo el mundo? Eso no tiene nada de malicioso. ¡Soy sinteticista, por el amor de Dios! Nunca manipulo las variables.

—Bueno, verás, ése es el problema. No es solamente variables lo que estás manipulando.

El humo se anilló entre nosotros.

—Pero supongo que eres incapaz de entenderlo, ¿verdad? —Se levantó y agitó una mano. Las ventanas de ConSenso se cerraron a su lado—. En realidad no es culpa tuya. Uno no es responsable de la forma en que lo han hecho.

—No me jodas —gruñí.

También eso se me había escapado sin poder evitarlo, y después se desató la inundación:

—Le das demasiada importancia a eso. Tú y tu puta empatía. Quizá yo no sea más que una especie de impostor, pero mucha gente juraría que he sabido llegarle al alma. No necesito esa mierda, no hace falta sentir motivos para deducirlos, es mejor si no puedes, te mantiene...

—¿Desapasionado? —Cunningham sonrió ligeramente.

—A lo mejor tu empatía no es más que una mentira reconfortante, ¿alguna vez te has parado a pensarlo? A lo mejor crees saber cómo se siente la otra persona, pero en realidad sólo estás sintiéndote a ti mismo, a lo mejor eres incluso peor que yo. O tal vez todos nos limitamos a intentar adivinar, simplemente. Quizá la única diferencia sea que yo no me engaño al respecto.

—¿Tienen el aspecto que te imaginabas? —preguntó.

—¿Cómo? ¿De qué me hablas?

—Los trepadores. «Brazos multiarticulados con una masa central.» A mí me suena bastante parecido.

Había visto los archivos de Szpindel.

—Yo... En realidad no —dije—. Los brazos son más... flexibles, en la vida real. Más segmentados. Y lo cierto es que nunca vi el cuerpo. ¿Qué tiene que ver eso con...?

—Pero se aproxima, ¿verdad? El mismo tamaño, la misma distribución corporal general.

—¿Y qué?

—¿Por qué no informaste de ello?

—Lo hice. Isaac dijo que era simple estimulación magnética craneal. De la *Rorschach*.

—Los viste antes de la *Rorschach*. O por lo menos —continuó— viste algo que te asustó lo suficiente como para desvelar tu tapadera, cuando estabas espiando a Isaac y Michelle.

Mi rabia se desinfló como un globo con una fuga de aire.

—¿Lo... lo sabían?

—Sólo Isaac, creo. Y lo mantuvo entre él y los diarios. Sospecho que no

quería interferir *con* tus protocolos de «no interferencia»... aunque me apuesto lo que sea a que ésa fue la última vez que los pescaste en privado, ¿sí?

No dije nada.

—¿Creías que nadie iba a observar al observador oficial? —preguntó Cunningham, al cabo.

—No —respondí con un hilo de voz—. Supongo que no.

Asintió con la cabeza.

—¿Has visto alguno desde entonces? No me refiero a las típicas alucinaciones provocadas por la EMC. Me refiero a los trepadores. ¿Has vuelto a alucinar con alguno desde que los viste en carne y hueso, desde que sabes qué aspecto tienen?

Pensé en ello.

—No.

Sacudió la cabeza, confirmada alguna nueva opinión.

—Eres un caso, Keeton, ¿lo sabías? ¿Que no te engañas a ti mismo? Pero si ni siquiera ahora sabes lo que sabes.

—¿De qué me hablas?

—Lo dedujiste. A partir de la arquitectura de la *Rorschach*, probablemente; la forma sigue a la función, ¿sí? De alguna manera te formaste una idea bastante aproximada del aspecto que tendría un trepador antes de que nadie le pusiera la vista encima a ninguno. O por lo menos —inspiró hondo; su cigarrillo resplandeció como un diodo—, una parte de ti lo hizo. Alguna colección de módulos subconscientes que trabaja por ti. Pero no pueden mostrar su trabajo, ¿verdad? No tienes acceso consciente a esos niveles. De modo que una parte del cerebro intenta decírselo a la otra como sea. Le pasa notas por debajo de la mesa.

—Ceguera cortical —murmuré. «Un presentimiento sobre dónde buscar...»

—Se parece más a la esquizofrenia, sólo que tú veías imágenes en vez de oír voces. Viste imágenes. Y sigues sin entenderlo.

Parpadeé.

—¿Pero cómo iba a...? Quiero decir...

—¿Qué creías, que la *Teseo* estaba embrujada? ¿Que los trepadores estaban comunicándose telepáticamente contigo? Lo que tú haces... importa, Keeton. Te explicaron que no eras más que su estenógrafo y te cubrieron con todas esas capas

de pasividad para que no toquetearas nada y tú tuviste que asumir la iniciativa de todos modos, ¿verdad? Tenías que resolver el problema por tu cuenta. Lo único que no podías hacer era admitirlo ante ti mismo. —Cunningham meneó la cabeza—. Siri Keeton. Mira lo que han hecho contigo.

Se tocó la cara.

—Mira lo que han hecho con todos nosotros —susurró.

Encontré a la Banda flotando en el centro de la oscura cabina de observación. Me hizo sitio cuando me reuní con ella, se echó a un lado y se sujetó con un trozo de red.

—¿Susan? —pregunté. Sinceramente, ya no los distinguía.

—Iré a buscarla —dijo Michelle.

—No, está bien. Me gustaría hablar con todos vo...

Pero Michelle ya había huido. La figura medio iluminada cambió ante mí, y dijo:

—Ella preferiría estar sola ahora mismo.

Asentí con la cabeza.

—¿Y tú?

James se encogió de hombros.

—No me importa hablar. Aunque me sorprende que sigas haciendo tus informes, después...

—No... no, exactamente. Esto no es para la Tierra.

Miré a mi alrededor. No había mucho que ver. La malla de Faraday revestía el interior de la cúpula como una película gris, atenuando y volviendo granulosa la vista al otro lado. Ben flotaba como una siniestra malevolencia, ocupando la mitad del firmamento. Distinguí una decena de tenues estelas sobre vagas bandas de nubes, en tonos de rojo tan oscuros que rayaban en el negro. El Sol pestañeaba tras el hombro de James, nuestro sol, un punto brillante que se difractaba en apagados arco iris astillados cuando movía la cabeza. Eso era todo: la luz de las estrellas no traspasaba la malla, como tampoco las partículas más grandes y tenues del cinturón de acreción. La miríada de cabezas de alfiler de las máquinas inmersoras estaban perdidas por completo.

Lo que para algunos podría suponer un consuelo, pensé.

—Vaya vista de mierda —observé. La *Teseo* podría haber proyectado vistas en primera persona por toda la cúpula en un instante, más reales que la realidad.

—A Michelle le gusta así —dijo James—. La sensación que produce. Y a Cruncher le gustan los efectos de difracción, le gustan... las pautas de interferencia.

Nos quedamos contemplando la nada un momento, a la media luz que se filtraba procedente de la columna. Suavizaba las aristas del perfil de James.

—Me tendisteis una trampa —dije por fin.

Me miró.

—¿A qué te refieres?

—Me disteis largas desde el principio, ¿verdad? Todos vosotros. No me metisteis en el ajo hasta después de mi —¿cómo lo había expresado?— «precondicionamiento». Todo estaba planeado para hacerme bajar la guardia. Y luego Sarasti... me ataca sin previo aviso, y...

—No sabíamos eso. No hasta que sonó la alarma.

—¿Alarma?

—Cuando cambió la mezcla gaseosa. Tuviste que oírla. ¿No era eso por lo que estabas allí?

—Me llamó a su tienda. Me pidió que observara.

Me miró desde un rostro poblado de sombras.

—¿No intentaste detenerlo?

No podía responder a la acusación que había en su voz.

—Yo sólo... observo —dije sin convicción.

—Pensé que estabas intentando impedirle... —Sacudió la cabeza—. Creía que te había atacado por eso.

—¿Quieres decir que no era una farsa? ¿No estabais confabulados? —Me costaba creerlo.

Pero sabía que ella sí lo creía.

—Pensé que estabas intentando protegerlos. —Se rió de su error con un gruñido desprovisto de humor y apartó la mirada—. Supongo que debería habérmelo imaginado.

Debería. Debería haber sabido que una cosa es acatar órdenes y otra muy

distinta tomar partido, lo que no hubiera conseguido más que poner en peligro mi integridad.

Y yo debería estar acostumbrado ya a estas alturas. Insistí.

—Fue una especie de lección práctica. Un... un tutorial. No se puede torturar a una criatura no sintiente o algo, y... y te oí, Susan. Para ti no era ninguna novedad, sólo lo era para mí, y...

Y tú me lo ocultaste. Todos lo hicisteis. Tú y tu Banda al completo, y también Amanda. Llevabais días planeándolo e hiciste lo imposible por encubrirlo.

¿Cómo pudo pasarme desapercibido? ¿Cómo se me pudo pasar por alto?

—Jukka nos pidió que no te dijéramos nada —admitió Susan.

—¿Por qué? ¡Si he venido hasta aquí precisamente por algo así!

—Dijo que te... resistirías. A menos que se dieran los pasos adecuados.

—Los pasos... ¡Susan, se me echó encima! Ya viste lo que...

—No sabíamos que ésa era su intención. Ninguno de nosotros.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Para ganar una discusión?

—Eso es lo que dice.

—¿Lo crees?

—Probablemente. —Se encogió de hombros después de un momento—. ¿Quién sabe? Es un vampiro. Es... opaco.

—Pero su historial... Quiero decir, él nunca, nunca había recurrido a la violencia antes...

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué debería hacerlo? Al resto de nosotros no tiene que convencernos de nada. Cumplimos sus órdenes pase lo que pase.

—Igual que yo —le recordé.

—No está intentando convencerte a ti, Siri.

Ah.

Yo sólo era un conducto, al fin y al cabo. Sarasti no estaba demostrándome nada; estaba demostrándolo a través de mí, y...

... y planeaba un segundo asalto. ¿Por qué llegar a tales extremos para presentarle un argumento a la Tierra, si la Tierra era irrelevante? Sarasti no

esperaba que la partida terminara aquí. Esperaba que la Tierra hiciera algo en respuesta a su... punto de vista.

— ¿Pero qué diferencia hay? — me pregunté en voz alta.

Susan se limitó a mirarme.

— Aunque tenga razón, ¿en qué cambia eso las cosas? Esto — levanté la mano reparada —, ¿cómo cambia nada? Los trepadores son inteligentes, con consciencia o sin ella. En ambos casos son una amenaza en potencia. Todavía no lo sabemos. ¿Así que qué más da? ¿Por qué me hizo esto? ¿De qué ha servido?

Susan levantó el rostro hacia Big Ben y no respondió.

Sascha me miró, y lo intentó.

— Sirve — dijo — porque significa que los atacamos antes de que la *Teseo* despegara. Antes de la Lluvia de Fuego, incluso.

— ¿Que nosotros...?

— No lo pillas, ¿verdad? No. — Sascha resopló suavemente —. Si ésa no es la cosa más jodidamente desternillante que he oído en mi corta vida, no sé qué será.

Se inclinó hacia delante, con la mirada encendida.

— Imagínate que fueras un trepador y te encontraras con una señal humana por primera vez.

Sus ojos tenían un brillo depredador. Combatí el impulso de apartar la mirada.

— Para ti debería ser fácil, Keeton. Debería ser el encargo más fácil que hayas tenido. ¿No eras tú la interfaz de usuario, no eras la habitación china? ¿No eres tú el que nunca tiene que asomarse al interior, el que nunca tiene que ponerse en el lugar de nadie, porque puedes saber cómo es cualquiera desde su superficie?

Contempló fijamente el oscuro disco incandescente de Ben.

— Pues bien, ahí está la pareja de tus sueños. Una raza entera hecha sólo de superficies. No hay interior al que asomarse. Todas las cartas sobre la mesa. Así que manos a la obra, Siri Keeton. Haz que nos sintamos orgullosos de ti.

No había desprecio en la voz de Sascha, ni tampoco desdén. Ni siquiera había rabia, ni en su voz, ni en sus ojos.

Lo que había era un ruego. Lo que había eran lágrimas.

— Imagínate que fueras un trepador — susurró otra vez, mientras ante su rostro flotaban diminutas perlas perfectas.

Imaginaos que fuerais un trepador.

Imaginaos que poseéis intelecto pero no perspicacia, prioridades pero no consciencia. Vuestros circuitos zumban con estrategias de supervivencia y persistencia, flexibles, inteligentes, tecnológicas incluso... pero ningún otro circuito las controla. Podéis pensar en cualquier cosa, pero no sois conscientes de nada.

No podéis imaginaros ser algo así, ¿verdad? El término «ser» ni siquiera parece adecuado, de alguna forma básica que no lográis precisar.

Intentadlo.

Imaginaos que os encontrarais una señal. Está estructurada, y cargada de información. Satisface todos los criterios de transmisión inteligente. La evolución y la experiencia ofrecen una amplia gama de caminos a seguir, bifurcaciones en los diagramas que manejan los datos. A veces estas señales proceden de conoespecíficos que tienen información útil que compartir, cuyas vidas defenderéis según las reglas de la selección de parentesco. A veces proceden de competidores, depredadores u otras entidades antagónicas que deben evitarse o destruirse; en casos así, la información podría poseer un significativo valor táctico. Algunas señales podrían provenir incluso de entidades que, sin estar emparentadas, aún pueden ejercer de aliados o simbiosis en empresas mutuamente beneficiosas. Podéis derivar respuestas adecuadas para cualquiera de estos casos, y muchos más.

Descifráis las señales, y os encontráis con:

Ha sido estupendo. He gozado de veras con él. Aunque costara el doble que cualquier otro puto de la cúpula...

A fin de apreciar debidamente el Cuarteto de Kesey...

Nos odian porque somos libres...

Ahora presta atención...

Atiende.

Estos términos carecen de una traducción relevante. Son innecesariamente recursivos. No contienen información práctica, y sin embargo su estructura es inteligente; es imposible que se formaran por casualidad.

La única explicación es que algo haya codificado la incoherencia de forma que se haga pasar por un mensaje útil; sólo después de malgastar tiempo y esfuerzo se descubre el engaño. La señal funciona para consumir los recursos de un receptor a cambio de una información nula y una adecuación reducida. La señal es un virus.

Los virus no provienen de parientes, simbioses, u otros aliados.

La señal es un ataque.

Y procede justo de ahí.

—Ahora lo entiendes —dijo Sascha.

Sacudí la cabeza mientras intentaba asimilar aquella conclusión, demencial e imposible.

—Ni siquiera son hostiles. —Ni siquiera conocen la hostilidad. Son tan profundamente alienígenas que no pudieron dejar de considerar que el lenguaje humano constituía en sí una forma de agresión.

¿Cómo se dice «venimos en son de paz» cuando las mismas palabras constituyen una declaración de guerra?

—Por eso no hablan con nosotros —comprendí.

—Sólo si Jukka tiene razón. Podría estar equivocado. —De nuevo James, resistiéndose discretamente todavía, negándose aún a reconocer un hecho que incluso sus otros yoes habían aceptado ya. Entendía por qué. Porque si Sarasti estaba en lo cierto, los trepadores eran la norma: la evolución en todo el universo no era nada más que la interminable proliferación de una complejidad automática organizada, una gigantesca y estéril máquina de Turing repleta de maquinaria autorreplicante eternamente ajena a su propia existencia. Y nosotros... nosotros éramos un golpe de suerte, fósiles vivientes. Éramos las aves incapaces de volar que ensalzaban su maestría en alguna isla remota mientras nuestras orillas se infestaban de serpientes y carnívoros. Susan James no podía obligarse a aceptar esa idea... porque Susan James, con sus múltiples vidas construidas sobre la fe en que la comunicación es la solución de todos los conflictos, se vería obligada entonces a admitir la mentira. Si Sarasti tenía razón, la reconciliación era imposible.

Un recuerdo brotó en mi memoria y arraigó allí: un hombre en movimiento, cabizbajo, con los labios torcidos en una mueca obstinada. Sus ojos se concentraban primero en un pie, luego en el otro. Sus piernas se movían envaradas, con cuidado. Sus brazos no se movían en absoluto. Caminaba a trancas y barrancas como un zombi atenazado por el rigor mortis.

Sabía lo que era. Polineuropatía propioceptiva, un caso que había encontrado en ConSenso antes de la muerte de Szpindel. Con esto me había comparado Pag una vez; con un hombre que había perdido la cabeza. Sólo le

quedaba la autoconsciencia. Privado del sentido subconsciente y las subrutinas que siempre había dado por sentadas, tenía que concentrarse en todos y cada uno de sus pasos para cruzar la habitación. Su cuerpo ya no sabía dónde estaban sus extremidades ni qué estaban haciendo. Para moverse, para permanecer erguido incluso, debía estar permanentemente atento.

No había sonido cuando reproduje aquel archivo. No lo había ahora en este recuerdo. Pero juro que podía oír a Sarasti junto a mi hombro, escudriñando mis recuerdos. Juro que lo oí hablar en mi mente como una alucinación esquizofrénica:

«Esto es lo máximo a lo que puede aspirar la consciencia, abandonada a su suerte.»

—Respuesta correcta —murmuré—. Pregunta errónea.

—¿Cómo?

—Tira, ¿recuerdas? Cuando le preguntaste qué objetos había en la ventana.

—Y pasó por alto al trepador. —James asintió con la cabeza—. ¿Y?

—No lo pasó por alto. Pensabas que estabas preguntándole por las cosas que veía, las cosas que existían en el tablero. Tira pensaba que estabas preguntándole...

—Por las cosas de las que era consciente —concluyó.

—Tiene razón —susurré—. Dios santo. Creo que tiene razón.

—Hey —dijo James—. ¿Has visto es...?

Pero no llegué a ver lo que estaba señalando. La *Teseo* cerró los ojos de golpe y empezó a aullar.

La graduación llegó con nueve días de adelanto.

No vimos llegar el disparo. Cualquiera que fuese el cañón abierto por la *Rorschach*, estaba minuciosamente eclipsado por tres frentes: el habitáculo del laboratorio lo ocultaba de la *Teseo*, y dos protuberancias retorcidas del artefacto mismo lo escondían de cada uno de nuestros nidos de cañones. Un bolo de plasma incendiario salió disparado de aquel punto ciego como un puñetazo; partió el hinchable en dos antes de que saltara la primera alarma.

Las alarmas nos perseguían a popa. Nos lanzamos columna abajo a través del puente, a través de la cripta, dejando atrás escotillas y reductos, rehuyendo la

superficie en busca de cualquier refugio con más de un palmo de distancia entre la piel y el cielo. Adentrándonos en la madriguera. ConSenso nos pisaba los talones, sus ventanas se contoneaban y deslizaban sobre riostras, conductos y el túnel cóncavo de la propia columna. No le presté atención hasta que estuvimos de nuevo en el tambor, enterrados en el vientre de la *Teseo*. Donde podríamos fingir que estábamos a salvo.

Abajo, en la cubierta giratoria, Bates entró en tromba procedente de proa, con un remolino de ventanas tácticas danzando a su alrededor como bailarines de salón. Nuestra ventana se detuvo sobre el mamparo de la sala común. El habitáculo del laboratorio se extendía en la imagen como una sencilla ilusión óptica: agrandándose y encogiéndose a la vez ante nuestros ojos, aquella superficie lisa ondulaba hacia nosotros al tiempo que se desmoronaba sobre sí misma. Tardé un momento en encontrarle sentido a la contradicción: algo le había pegado una patada al habitáculo desde su cara más alejada, enviándolo rodando hacia nosotros dando lentos y majestuosos tumbos. Algo había abierto el habitáculo, derramado su atmósfera y dejado su piel elástica replegándose sobre sí misma como un globo sin aire. El punto de impacto se reveló mientras observábamos, una flácida boca calcinada que dejaba tras de sí una estela de tenues hilachos de saliva congelada.

Nuestros cañones estaban respondiendo. Disparaban proyectiles no conductores que los trucos electromagnéticos serían incapaces de desviar, invisibles debido a la oscuridad y demasiado lejanos para los ojos humanos, pero por las retículas tácticas de los robots vi cómo bordaban arcos gemelos de líneas de puntos en el firmamento. Los regueros convergieron cuando los cañones encontraron sus objetivos, concentrados en dos estrellas arrojadas atenuadas que surcaban el vacío con los brazos extendidos, vueltos hacia la *Rorschach* sus rostros como flores al sol.

La artillería las trituró antes de que recorriesen siquiera la mitad de la distancia.

Pero aquellos jirones continuaron cayendo, y de repente el suelo cobró vida con movimiento. Aumenté la imagen: los trepadores ocultaban el casco de la *Rorschach* como una orgía de serpientes, desnudos en el espacio. Algunos encadenaban los brazos, uno con otro y con otro, construyendo convulsas guirnalda de flores vertebrales ancladas en un extremo. Se elevaron del casco, ondularon en el vacío radiactivo como frondas de algas articuladas, buscando... aferrándose...

Ni Bates ni sus máquinas eran estúpidas. Se concentraron en los trepadores concatenados tan despiadadamente como habían ido tras los prófugos, y con un

marcador total mucho más abultado. Pero había sencillamente demasiadas dianas, demasiados fragmentos cazados al vuelo. En dos ocasiones vi pedazos desmembrados de Tira y Afloja atrapados por sus hermanos.

El habitáculo desgarrado se cernía en ConSenso como un gigantesco leucocito roto. Otra alarma se disparó cerca en alguna parte: alerta de proximidad. Cunningham llegó disparado al tambor desde algún lugar de popa, rebotó contra un amasijo de tuberías y conductos, y se agarró en busca de equilibrio.

—Me cago en la puta... Nos vamos, ¿no? ¿Amanda?

—No —respondió Sarasti desde todas partes.

—¿Qué...? —¿...cojones tiene que pasar?, me contuve antes de decir—. Amanda, ¿y si dispara contra la nave?

—No lo hará. —No apartaba la vista de sus ventanas.

—¿Cómo lo...?

—No puede. Si hubiera generado más potencia de fuego, habríamos detectado cambios térmicos y de microalometría. —Un panorama en colores falsos rotó entre nosotros; sus latitudes se medían en unidades de tiempo; sus longitudes, en masa delta. Los kilotones se elevaban de aquel terreno como una cadena de montañas rojas—. Ja. Llegó justo por debajo del umbral de ruido...

Sarasti la interrumpió.

—Robert. Susan. EVA.

James palideció.

—¿Qué? —chilló Cunningham.

—El módulo del laboratorio está a punto de impactar —dijo el vampiro—. Salvad las muestras. Ahora mismo. —Cerró el canal antes de que nadie pudiera rechistar.

Pero Cunningham no pensaba pararse a discutir. Acababa de ver conmutada nuestra sentencia de muerte: ¿qué le importaría a Sarasti recuperar unas muestras de biopsias si no creyera que teníamos alguna oportunidad de escapar con ellas? El biólogo cogió impulso y se propulsó hacia la escotilla de proa.

—Voy —dijo mientras volaba.

Debía reconocerlo. La psicología de Sarasti estaba mejorando.

Con James no dio resultado, sin embargo, o con Michelle, o... No sabía muy bien quién llevaba el volante.

—No puedo salir ahí, Siri, es... No puedo salir ahí...

Observa. No interfieras.

El hinchable roto colisionó impotentemente a estribor y se aplastó contra el caparazón. No sentimos nada. A lo lejos, demasiado cerca, las legiones menguaron a lo largo de la superficie de la *Rorschach*. Desaparecieron por unas bocas que se frunció, se dilataron y, por arte de magia, volvieron a cerrarse en el casco del artefacto. Los nidos de cañones disparaban impasiblemente contra los rezagados.

Observa.

La Banda de los Cuatro temblaba a mi lado, muerta de miedo.

No interfieras.

—Está bien —dije—. Iré yo.

La escotilla abierta era como un hoyuelo en la cara de un acantilado infinito. Me asomé desde aquella muesca al abismo.

Este lado de la *Teseo* le daba la espalda a Big Ben, al enemigo. La vista seguía siendo sobrecogedora, no obstante: un interminable panorama de estrellas distantes, duras y frías, que no parpadeaban. Una de ellas, solitaria, ligeramente más brillante, amarilla, seguía estando demasiado lejos. Cualquier posible consuelo que hubiera podido extraer de aquella escena se marchitó al apagarse el Sol por un instante: un pedazo de roca errante, tal vez. O un miembro del séquito de inmersores de la *Rorschach*.

Un paso más y no dejaría de caer jamás.

Pero no di ningún paso, y tampoco me caí. Empuñé mi pistola con fuerza, me impulsé suavemente por la abertura y me giré. El caparazón de la *Teseo* se alejaba de mí curvándose en todas direcciones. A proa, la cabina sellada de observación se erguía sobre el horizonte como un amanecer de cobalto. Más a popa, una ventisca de jirones asomaba por detrás del casco: el filo del habitáculo roto.

Y detrás de todo aquello, al alcance de la mano, el interminable panorama de nubarrones de Big Ben: un colosal muro ondulado que se extendía hasta un horizonte lejano cuya teoría yo apenas alcanzaba a entender. Si me concentraba era todo oscuridad e inagotables tonos grises... pero una rojez tenue, apagada, se dejaba atisbar de reojo si miraba a otro lado.

—¿Robert? —Activé la cámara del traje de Cunningham en mi HUD: un abrupto e inerte campo de hielo al que la luz de su casco confería un contraste elevado. La interferencia de la atmósfera de *Rorschach* bañaba la imagen en oleadas—. ¿Estás ahí?

Chasquidos y crujidos. Sonido de respiración y murmullos contra un zumbido eléctrico.

—Cuatro coma tres. Cuatro coma cero. Tres coma ocho...

—¿Robert?

—Tres coma... Mierda. ¿Qué... qué haces tú ahí, Keeton? ¿Dónde está la Banda?

—He venido yo en su lugar. —Otro golpe de gatillo y me deslicé hacia el paisaje nevado. El casco convexo de la *Teseo* pasaba a mi lado, al alcance de la mano—. Para echarte un cable.

—Pues demonos prisa, ¿de acuerdo? —Estaba cruzando una grieta, un desgarrón abrasado de bordes irregulares en el tejido que se dobló hacia atrás cuando lo tocó. Riostras, paneles rotos, brazos robóticos muertos esparcidos por el interior de la cueva de hielo como escombros glaciales; sus perfiles ondulaban con la estática, sus sombras saltaban y se estiraban como dotadas de vida con cada barrido de la linterna de su cabeza—. Ya casi estoy...

Algo que no era estática se movió ante el haz de la lámpara. Algo se desenroscó, justo al filo de la imagen de la cámara.

Se cortó la conexión.

Bates y Sarasti empezaron a desgañitarse dentro de mi casco. Intenté frenar. Mis estúpidas e inútiles piernas patearon el vacío, obedeciendo algún antiguo código del bulbo raquídeo que databa de una era en que todos los monstruos caminaban sobre la tierra, pero para cuando me acordé de usar el dedo del gatillo, el habitáculo del laboratorio se cernía ya sobre mí. La *Rorschach* se alzaba tras él a lo lejos, tan cerca, colosal y malévola. Sobre su superficie ondulaban tenues auroras de color verde como relámpagos difusos. Sus bocas se abrían y cerraban por centenares, viscosas como fango volcánico; cualquiera de ellas era lo bastante grande como para tragarse la *Teseo* entera. Reparé apenas en el parpadeo de movimiento que se produjo justo delante de mí, la silenciosa erupción de masa oscura procedente del hinchable desinflado. Cuando me percaté de la presencia de Cunningham éste ya estaba en camino, silueteado contra la espectral luz que centellaba sobre la piel de *Rorschach*.

Me pareció verle agitar una mano, pero me equivocaba. Sólo era el trepador

que envolvía su cuerpo como un amante desesperado, moviendo su brazo adelante y atrás mientras dirigía la pistola de propulsión sujeta a su muñeca. «Adiós», parecía decir aquel brazo, «y que te den, Keeton».

Me quedé mirando durante lo que me pareció una eternidad, pero ninguna otra parte de él se movía en absoluto.

Voces, gritos, ordenándome regresar adentro. Casi no los oía. Estaba demasiado perplejo por las matemáticas básicas, intentando encontrarle sentido a la más elemental de las restas. .

Dos trepadores. Tira y Afloja. Los dos eliminados, tiroteados ante mis propios ojos.

—Keeton, ¿me recibes? ¡Vuelve aquí! ¡Responde!

—Yo... No puede ser —me oí decir—. Sólo había dos...

—Regresa a la nave de inmediato. Responde.

—Yo... —respondí.

Las bocas de la *Rorschach* volvieron a cerrarse de golpe, como si contuvieran el aliento. El artefacto comenzó a girar, pesadamente, un continente cambiando de rumbo. Se alejó, despacio al principio, luego acelerando, dándose la vuelta y echando a correr. *Qué raro, pensé. A lo mejor tiene más miedo que nosotros...*

Pero entonces la *Rorschach* nos lanzó un beso. Lo vi explotar procedente del corazón del bosque, etéreo e incandescente. Surcó los cielos y se estrelló contra el lomo de la *Teseo*, dejando a Amanda Bates en el más espantoso de los ridículos. La piel de nuestra nave fluyó, y se abrió como una boca, y se quedó congelada en un inaudible grito paralizado.

Uno no puede prevenir la guerra y prepararse para ella al mismo tiempo.

Albert Einstein

No sé si el trepador consiguió volver con su trofeo ganado a duras penas. La distancia perdida era demasiada, aunque los nidos de cañones no lo abatieran por el camino. La pistola de Cunningham podría haberse quedado sin combustible. Y, además, ¿quién sabía cuánto tiempo podrían sobrevivir en el vacío aquellas criaturas? A lo mejor nunca había habido la menor esperanza de éxito, a lo mejor aquel trepador estaba muerto desde el momento que decidió quedarse rezagado. No llegué a descubrirlo. Se había alejado y perdido de vista mucho antes de que la *Rorschach* descendiera bajo las nubes y se esfumara a su vez.

Siempre había habido tres, por supuesto. Tira, Afloja, y los restos fritos y casi olvidados del trepador abatido por un robot quisquilloso: conservados en hielo junto a sus congéneres vivos, al alcance de los teleoperadores de Cunningham. Intenté extraer detalles entrevistados de mi memoria, una reconstrucción: ¿eran esféricos los dos prófugos, o estaba aplanado uno de ellos a lo largo de un eje? ¿Habían pataleado, hecho aspavientos como cabria de esperar de un ser humano aterrado sin suelo bajo sus pies? ¿O acaso uno de ellos, quizá, había flotado inerte y balístico hasta que nuestras armas destruyeron las pruebas?

Llegados a ese punto, lo cierto era que no tenía importancia. Lo fundamental era que ahora, por fin, todo el mundo estaba al tanto de lo que pasaba. Se había derramado sangre, se había declarado la guerra.

Y la *Teseo* estaba paralizada de cintura para abajo.

El disparo de despedida de *Rorschach* había perforado el caparazón en la base de la columna. Había errado por poco el embudo desplegable y la cadena de montaje de telemateria. Podría haber destruido Fab si no hubiera consumido tantos julios abrasando el caparazón, pero aparte de algunos efectos temporales de su pulso había dejado todos los sistemas fundamentales relativamente intactos. Lo único que había conseguido era debilitar la columna vertebral de la *Teseo*, lo

bastante como para que se partiera por la mitad si intentábamos acelerar lo suficiente para escapar de la órbita. La nave conseguiría reparar los daños, pero no a tiempo.

Si hubiera podido calificarse de suerte, sería asombrosa.

Y ahora, incapacitada su presa, *Rorschach* se había evaporado. Tenía todo lo que quería de nosotros, al menos por el momento. Poseía información: todas las experiencias y descubrimientos codificados en las extremidades rescatadas de sus mártires espías. Si la jugada de Tira o Afloja había dado resultado, contaba ahora incluso con su propio espécimen, lo cual pensándolo bien tampoco podíamos reprocharle. Y así, ahora acechaba invisible en las profundidades, descansando tal vez. Recuperando fuerzas.

Pero volvería a la carga.

La *Teseo* perdió lastre para el último asalto. Detuvimos el tambor en un intento simbólico por disminuir nuestro vulnerable surtido de partes móviles. La Banda de los Cuatro —desgobernada, innecesaria, arrancada de cuajo su misma razón de ser— se retiró a algún tipo de diálogo interior al que el resto de la carne no estaba invitada. Flotaba en el observatorio, con los ojos tan firmemente cerrados como los párpados de plomo que la rodeaban. No sabría decir quién estaba al mando.

Probé suerte.

—¿Michelle?

—Siri... —Era Susan—. Márchate.

Bates flotaba cerca del suelo del tambor, dentro de un despliegue de ventanas abiertas externamente por todo el mamparo y la mesa de conferencias.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

No levantó la cabeza.

—Nada.

De modo que observé. Bates contaba inmersores en una ventana: masa, inercia, cualquiera de entre una decena de variables que resultaría ser demasiado constante si alguno de aquellos misiles con cabeza de pala nos saltaba al cuello. Por fin habían empezado a hacernos caso. Su caótico baile de electrones fluctuaba ahora, cientos de miles de colosales martillos pilones en repentina ebullición, replegándose a una dinámica ominosa que todavía no se había estabilizado en nada que nosotros pudiéramos prever.

En otra ventana, la desaparición de *Rorschach* se repetía en un bucle infinito: una imagen de radar que se adentraba en el maelstrom, perdiéndose de vista bajo gaseosas teratoneladas de estática de radio. Podría seguir estando incluso en algún tipo de órbita. A juzgar por su última trayectoria avistada la *Rorschach* bien podría estar rodeando ahora el núcleo de Ben, atravesando capas trituradas de metano y monóxido que reducirían a humo a la *Teseo*. Quizá ni siquiera se detenía ahí; quizá *Rorschach* pudiera surcar ilesa incluso aquellas presiones más vastas y profundas que conseguían licuar el hierro y el hidrógeno.

No lo sabíamos. Lo único que sabíamos era que regresaría en algo menos de dos horas, suponiendo que mantuviera su trayectoria y sobreviviera al abismo. Y, naturalmente, sobreviviría. No se puede matar a la criatura de debajo de la cama. Sólo se puede mantener al otro lado de las mantas.

Y sólo temporalmente.

Una superposición minimizada me llamó la atención con un destello de color. A mi orden creció hasta formar una arremolinada pompa de jabón, incongruentemente bella, un chispeante arco iris de vidrio desviado al azul. Tardé un momento en reconocerlo: Big Ben, representado en algún tipo de aumento prismático en colores ficticios que yo no había visto nunca. Solté un gruñido.

Bates levantó la cabeza.

—Ah. Precioso, ¿verdad?

—¿Qué espectro es ése?

—Cosas de onda larga. Rojo visible, infra, algo atenuado. Viene bien para detectar rastros de calor.

—¿Rojo visible? —Yo no veía ninguno; principalmente fríos fractales de plasma en mil tonos de jade y zafiro.

—Paleta cuatricromática —me dijo Bates—. Como lo que podría ver un gato. O un vampiro. —Consiguió apuntar desganadamente hacia la burbuja arco iris—. Sarasti ve algo parecido cada vez que mira al exterior. Si es que alguna vez lo hace.

—Se le podría haber ocurrido comentar algo —murmuré. Era deslumbrante, un adorno holográfico. Quizá incluso la *Rorschach* podría parecer una obra de arte vista a través de estos ojos...

—Creo que no ven la luz igual que nosotros. —Bates abrió otra ventana. De la mesa surgieron gráficos corrientes y mapas de contornos—. Ni siquiera van al Paraíso, por lo que tengo entendido. La realidad virtual no funciona con ellos...

Ven los píxeles, o algo.

—¿Y si tiene razón? —pregunté. Me dije que sólo estaba buscando una evaluación táctica, una opinión oficial para que constara en acta. Pero mis palabras sonaron vacilantes y atemorizadas.

Se detuvo. Por un momento me pregunté si también ella habría perdido la paciencia conmigo. Pero se limitó a levantar la cabeza y perder la mirada en la distancia confinada.

—Y si tiene razón —repitió, y sopesó la pregunta subyacente: «¿Qué podemos hacer nosotros?»—. Podríamos modificarnos y hacernos retroceder a la no sentiencia, quizá. Quizá eso aumentara nuestras posibilidades a la larga. —Me miró, con una especie de sonrisita maliciosa en la comisura de los labios—. Pero supongo que eso no se podría calificar de victoria, ¿verdad? ¿Qué diferencia hay entre estar muerto y sencillamente desconocer que estás vivo?

Al fin lo vi.

¿Cuánto tiempo tardaría un estratega enemigo en discernir la mente de Bates tras las acciones de sus tropas en el campo de batalla? ¿Cuánto tiempo antes de que la lógica fuera evidente? En cualquier situación de combate, esta mujer atraería de forma natural el grueso del fuego enemigo: cortada la cabeza, muerto el cuerpo. Pero Amanda Bates no era una simple cabeza: era un cuello de botella, y su cuerpo no sufriría los efectos de la decapitación. Su muerte simplemente liberaría de su correa a los soldados. ¿Cuánto más letales serían esos drones, una vez todos sus reflejos bélicos no tuvieran que pasar por una interminable montaña de papeleo a la espera de sanción oficial?

Szpendel se había equivocado de cabo a rabo. Amanda Bates no era una concesión política, su papel no negaba la obsolescencia de la supervisión humana en absoluto. Su papel dependía de ella.

Era más carne de cañón que yo. Siempre lo había sido. Y yo debía admitirlo: tras generaciones de generales que habían vivido para la gloria de la nube en forma de hongo, era una estrategia sumamente eficaz para predisponer a los belicistas en contra de la violencia gratuita. En el ejército de Amanda Bates, llegar a los puños equivalía a plantarse en el campo de batalla con una diana dibujada en el pecho.

Así se explicaba que hubiera estado tan involucrada en la búsqueda de alternativas pacíficas.

—Lo siento —musité.

Se encogió de hombros.

—Todavía no se ha terminado. Sólo el primer asalto. —Inspiró hondo y regresó a su estudio de la mecánica de la honda gravitatoria—. *Rorschach* no se habría tomado tantas molestias para espantarnos en primer lugar si no pudiéramos tocarla, ¿cierto?

Tragué saliva.

—Cierto.

—De modo que aún tenemos alguna posibilidad. —Asintió para sí—. Aún tenemos alguna posibilidad.

El demonio colocó sus fichas para la partida final. No le quedaban muchas. Instaló a la soldado en el puente. Hacinó a los obsoletos lingüistas y diplomáticos en sus ataúdes, lejos de su vista y de su camino.

Llamó al jergonauta a sus aposentos; y aunque sería la primera vez que lo veía desde el ataque, su convocatoria no admitía el menor rastro de duda sobre mi obediencia. Acudí. Respondí a su orden, y vi que se había rodeado de caras.

Hasta la última de ellas estaba gritando.

No había sonido. Los hologramas incorpóreos flotaban en mudas hileras alrededor de la burbuja, cada uno de ellos contorsionado en una expresión de dolor distinta. Estaban siendo torturados, estos rostros; media docena de etnias reales y el doble de hipotéticas, con tonos de piel que iban del carbón al albino, frentes altas y caídas, narices chatas o puntiagudas, barbillas huidizas o prominentes mentones. Sarasti había dado vida al árbol homínido al completo a su alrededor, asombroso en su variedad de rasgos, aterrador en la consistencia de su expresión.

Un mar de semblantes torturados, girando en lánguidas órbitas en torno a mi comandante vampiro.

—Dios santo, ¿qué es esto?

—Estadísticas. —Sarasti parecía concentrado en un niño asiático despellejado—. La alometría del crecimiento de la *Rorschach* a lo largo de un periodo de dos semanas.

—Son caras...

Asintió con la *cabeza*, fijándose ahora en una mujer sin ojos.

—Diámetro craneal a escala de la masa total. Longitud de la mandíbula a

escala de un angstrom de transparencia electromagnética. Ciento trece dimensiones faciales, cada una de ellas representante de una variable distinta. Combinaciones de principio-componente plasmadas como medias de múltiples rasgos. —Se giró para encararse conmigo, ligeramente entornados sus desnudos ojos brillantes—. Te sorprendería saber cuánta materia gris se dedica exclusivamente al análisis de la imagen facial. Es una lástima desperdiciarla en algo tan... contraintuitivo como gráficos residuales o tablas de contingencia.

Sentí cómo me rechinaban los dientes.

—¿Y las expresiones? ¿Qué representan?

—El software personaliza la información saliente para el usuario.

Una galería agónica suplicaba clemencia todo a nuestro alrededor.

—Estoy programado para cazar —me recordó con voz amable.

—¿Te crees que no lo sé? —dije, al cabo.

Se encogió de hombros, desconcertantemente humano.

—Tu pregunta.

—¿Qué hago aquí, Jukka? ¿Quieres darme otra lección práctica?

—Discutir nuestro siguiente paso.

—¿Qué paso? Ni siquiera podemos huir.

—No. —Sacudió la cabeza, descubriendo sus dientes afilados en algo parecido al pesar.

—¿Por qué hemos esperado tanto tiempo? —Mi taciturna hostilidad se había evaporado de repente. Sonaba como un chiquillo, asustado e implorante—. ¿Por qué no la destruimos nada más llegar, cuando era más débil...?

—Necesitamos aprender cosas. Para la próxima vez.

—¿La próxima? Creía que *Rorschach* era como un diente de león. Pensaba que sencillamente... había venido a parar aquí...

—Por casualidad. Pero cada diente de león es un clon. Sus semillas son legión. —Otra sonrisa, ni remotamente convincente—. Y quizá haga falta más de un intento para que los mamíferos vivíparos conquisten Australia.

—Nos aniquilará. Ni siquiera necesita esos escupitajos, podría pulverizarnos con uno de esos buceadores. En un instante.

—No quiere hacerlo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Ellos también necesitan aprender cosas. Nos quieren intactos. Eso aumenta nuestras posibilidades.

—No lo suficiente. No podemos ganar.

Éste era su pie de entrada. Éste era el momento en que don Depredador sonreiría ante mi ingenuidad y me confesaría la verdad. «Estamos armados hasta los dientes, por supuesto», diría. «¿Crees que llegaríamos hasta aquí, que nos enfrentaríamos a semejante vastedad desconocida, sin medios para defendernos? Ahora, por fin, puedo desvelar que el blindaje y el armamento suponen más de la mitad de la masa de la nave...»

Era su pie de entrada.

—No —dijo—. No podemos ganar.

—Así que vamos a quedarnos aquí sentados. Aguardaremos la muerte durante los próximos... los próximos sesenta y ocho minutos...

Sarasti negó con la cabeza.

—No.

—Pero... —empecé.

»Oh —concluí.

Porque, naturalmente, acabábamos de reponer nuestras reservas de antimateria. La *Teseo* no estaba equipada con armas. La *Teseo* era el arma. Y nosotros realmente íbamos a quedarnos allí sentados los próximos sesenta y ocho minutos, esperando a morir.

Pero cuando lo hiciéramos nos llevaríamos a la *Rorschach* con nosotros.

Sarasti no dijo nada. Me pregunté qué vería, al mirarme. Me pregunté si habría realmente un Jukka Sarasti detrás de aquellos ojos para ver algo, si sus percepciones —siempre diez pasos por delante de las nuestras— derivarían no de una capacidad de análisis superior, sino de la añeja verdad de que hace falta ser uno para reconocer a uno.

¿Por qué opción, me pregunté, se decantaría un autómata?

—Tienes otras cosas de las que preocuparte —dijo.

Avanzó hacia mí; juro que todas aquellas caras agonizantes lo siguieron con los ojos. Me estudió un momento, con la piel arrugada en torno a sus ojos. O puede que algún algoritmo instintivo procesara simplemente la información visual,

correlacionara medias de rasgos y tics faciales, y lo volcara todo en algún tipo de subrutina de salida sin más consciencia que un programa de estadísticas. Puede que no hubiera más chispa en el rostro de esta criatura que en todos aquéllos que gritaban mudos a su paso.

—¿Tiene miedo de ti Susan? —preguntó la cosa que tenía delante.

—¿Su...? ¿Por qué debería tenerlo?

—Hay cuatro entidades conscientes dentro de su cabeza. Es cuatro veces más sintiente que tú. ¿No te convierte eso en una amenaza?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué te sientes amenazado por mí?

De repente dejó de importarme todo. Me eché a reír con ganas, con minutos de vida por delante y nada que perder.

—¿Por qué? A lo mejor es porque eres mi enemigo natural, hijo de puta. A lo mejor es porque te conozco, y sé que ni siquiera puedes mirar a cualquiera de nosotros sin flexionar las garras. A lo mejor es porque estuviste a punto de arrancarme la puta mano de cuajo y me violaste sin ningún motivo...

—Puedo imaginarme cómo es —dijo plácidamente—. Por favor, no me obligues a hacerlo otra vez.

Enmudecí de inmediato.

—Sé que tu raza y la mía nunca están demasiado bien avenidas. —Había una sonrisa helada en su voz, ya que no en su cara—. Pero sólo hago lo que me obligas a hacer. Tú racionalizas, Keeton. Defiendes. Rechazas las verdades difíciles de aceptar, y si no puedes rechazarlas directamente las trivializas. La evidencia incremental nunca es suficiente para ti. Escuchas rumores sobre el holocausto; haces oídos sordos. Ves pruebas del genocidio; insistes en que no puede ser tan grave. Suben las temperaturas, se derriten los glaciares... se extinguen las especies... y tú culpas a las manchas solares y los volcanes. Todo el mundo es igual, pero tú especialmente. Tú y tu habitación china. Conviertes la incomprensión en matemáticas, rechazas la verdad sin ni siquiera oírla.

—Siempre me fue bien así. —Me extrañó la facilidad con que hablaba de mi vida en pasado.

—Sí, si tu propósito sólo es transmitir. Ahora tienes que convencer. Tienes que creer.

Eso implicaba esperanzas con las que no me atrevía a soñar.

—¿Estás diciendo...?

—No puedo permitirme que la verdad se filtre poro a poco. No puedo darte la oportunidad de erigir tu empalizada de racionalidad. Tus defensas deben sucumbir por completo. Debes inundarte. Hacerte pedazos. Es imposible negar el genocidio cuando estás enterrado hasta el cuello entre cuerpos mutilados.

—Has estado jugando conmigo —susurré—. Todo este tiempo. —*Precondicionándome, poniendo mi topología patas arriba.*

Sabía que estaba tramando algo. Sencillamente, no había sabido entender qué.

—Lo habría visto venir enseguida —dije—, si no me hubieras obligado a involucrarme.

—Quizá lo interpretes directamente en mí.

—Por eso tú... —Sacudí la cabeza—. Creía que eso era porque somos carne.

—Eso también —confesó Sarasti, y me miró directamente.

Por primera vez, le sostuve la mirada. Y sentí una sacudida de reconocimiento.

Todavía me pregunto por qué no me di cuenta antes. Durante todos aquellos años había recordado los pensamientos y sentimientos de una persona distinta, más joven, un resto del muchacho que mis padres habían extirpado de mi cabeza para hacerme sitio. Había estado vivo. Su mundo había sido vibrante. Y aunque podía conjurar los recuerdos de aquella otra consciencia, apenas podía sentir nada dentro de los límites de la mía.

Quizá «sueño» no fuera un término tan malo para describirlo...

—¿Quieres oír un cuento popular vampiro? —preguntó Sarasti.

—¿Los vampiros tenéis cuentos populares?

Se lo tomó como un sí.

—Se le asigna a un láser encontrar la oscuridad. Puesto que vive en una habitación sin puertas, ni ventanas, ni ninguna otra fuente de luz, cree que será fácil. Pero adondequiera que mire sólo ve claridad. Todas las paredes, todos los muebles a los que apunta están brillantemente iluminados. Al final concluye que no existe la oscuridad, que la luz está en todas partes.

—¿De qué diablos me hablas?

—Amanda no planea ningún motín.

—¿Qué? ¿Sabes...?

—Ni siquiera quiere que lo haya. Pregúntaselo.

—No... yo...

—Valoras la objetividad.

Era tan evidente que no me molesté en responder.

Asintió como si lo hubiera hecho.

—Los sinteticistas no pueden tener opiniones propias. Por eso, cuando sientes una, debe de pertenecer a otra persona. «La tripulación» te desprecia. «Amanda» quiere arrebatarme el mando. La mitad de nosotros somos tú. Creo que el término es «proyección». Aunque —ladeó ligeramente la cabeza— últimamente mejoras. Acompáñame.

—¿Adónde?

—A la lanzadera. Hora de hacer tu trabajo.

—Mi...

—Sobrevivir y ser testigo.

—Un dron...

—Puede presentar la información... suponiendo que nada le fría la memoria antes de escapar. No puede convencer a nadie. No puede contrarrestar la racionalización y el rechazo. No puede importar. Y los vampiros —hizo una pausa— tienen problemas para comunicarse.

Eso debería haberme producido alguna satisfacción, por mezquina y egoísta que fuera.

—Todo se reduce a mí. Eso es lo que estás diciendo. Soy un puto estenógrafo, y todo depende de mí.

—Sí. Perdóname por eso.

—¿Que te perdone?

Sarasti agitó una mano. Todas las caras excepto dos desaparecieron.

—No sé lo que hago.

La noticia se difundió por ConSenso escasos segundos antes de que Bates lo

anunciara de viva voz: trece inmersores no habían salido de detrás de Big Ben según lo previsto. Dieciséis. Veintiocho.

Y subiendo.

Sarasti chasqueaba la lengua para sí mientras Bates y él jugaban a recuperar el tiempo perdido. El monitor táctico estaba repleto de hilos luminosos multicolores, una maraña de proyecciones revisadas tan intrincada como para pasar por arte. Los hilos envolvían a Ben como un capullo filamentoso; la *Teseo* era una mota desnuda a media distancia.

Esperaba que cualquiera de aquellas líneas nos ensartara como haría un alfiler con un insecto. Sorprendentemente, ninguna lo hizo; pero las proyecciones sólo se extendían veinticinco horas en el futuro, y su fiabilidad se reducía a la mitad de ese tiempo. Ni siquiera Sarasti y la capitana podían ver tan lejos con tantas pelotas en el aire. Ya era algo, no obstante, un mínimo consuelo: que todos aquellos titanes de alta velocidad no pudieran sencillamente estirar el brazo y aplastarnos sin previo aviso. Estaba claro que todavía debían introducirse en la curva.

Tras la zambullida de *Rorschach*, había empezado a pensar que las leyes físicas ya no se aplicaban.

Las trayectorias eran cercanas, sin embargo. Por lo menos tres inmersores pasarían a menos de cien kilómetros en sus siguientes órbitas.

Sarasti cogió su inyector; la sangre afloró a su rostro.

—Hora de irse. Reacondicionamos la *Caribdis* mientras tú te enfurruñas.

Apoyó la hipodérmica contra su garganta y se inyectó. Yo tenía la mirada fija en ConSenso, tan cautivado por aquella brillante red fluctuante como una polilla por una farola.

—Ahora, Siri.

Me sacó a empujones de su tienda. Salí flotando al pasillo, me agarré a un escalón oportuno... y me detuve.

La columna era un hervidero de robots que patrullaban el aire, montando guardia sobre las plantas de Fabricación y las escotillas de las lanzaderas, aferrándose como insectos gigantes a los peldaños de las escaleras vertebrales desplazadas. Despacio, en silencio, la columna misma se estaba estirando.

Podía hacerlo, recordé. Flexionando y relajando sus pliegues como si fueran músculos, podía crecer hasta doscientos metros para satisfacer la repentina necesidad de un hangar más grande o un mayor espacio de laboratorio.

O más infantería. La *Teseo* estaba ampliando el tamaño del campo de batalla.

—Ven. —El vampiro giró a popa.

Bates irrumpió procedente de proa.

—Está ocurriendo algo.

Una pantalla táctil de emergencia, adherida al mamparo en expansión, se deslizó a un lado. Sarasti la cogió y tecleó órdenes. La imagen de Bates apareció sobre el mamparo: un diminuto pedazo de Big Ben, un cuadrante ecuatorial electromagnéticamente aumentado de unos pocos clics cuadrados. Las nubes bullían allí abajo, un nudo ciclónico de turbulencia que se arremolinaba casi demasiado deprisa para ser en tiempo real. La superposición describía partículas cargadas, atrapadas en una apretada espiral de Parker. Hablaba de una masa inmensa que se estaba alzando.

Sarasti chasqueó la lengua.

—¿Análisis de la imagen por difusión de la tensión? —preguntó Bates.

—Sólo óptico. —Sarasti me cogió del brazo y me arrastró hacia popa sin esfuerzo. La pantalla nos siguió a lo largo del mamparo: siete inmersores salieron disparados de las nubes mientras yo miraba, un círculo irregular de jets que surcaban el rojo vacío. ConSenso trazó sus rutas en un instante; alrededor de nuestra nave surgieron arcos luminosos como los barrotes de una celda.

La *Teseo* se estremeció.

Nos han dado, pensé. La parsimoniosa expansión de la columna se aceleró de repente; la pared trenzada se encabritó y aceleró, pasando a gran velocidad junto a mis dedos extendidos mientras la escotilla cerrada se retiraba hacia delante...

... se retiraba hacia arriba.

Las paredes no estaban moviéndose en absoluto. Estábamos cayendo, en medio de los estridentes vagidos de una alarma súbita.

Algo casi me desencajó el brazo del hombro: Sarasti había alargado una mano para asir un peldaño y la otra para atraparme antes de que los dos nos aplastáramos contra la planta de Fab. Nos columpíamos. Debía de pesar doscientos kilos; el suelo temblaba a diez metros de mis pies. La nave gemía a nuestro alrededor. La columna se inundó de chirridos de metal retorcido. Los soldados de Bates se aferraban a las paredes con las garras de sus patas.

Estiré el brazo hacia la escalera. La escalera se alejó: la nave estaba doblándose por la mitad y «abajo» había empezado a trepar por las paredes.

Sarasti y yo oscilábamos hacia el centro de la columna como una ristra de salchichas hecha péndulo.

—¡Bates! ¡James! —rugió el vampiro. Su presa sobre mi muñeca tembló, resbaladiza. Intenté alcanzar la escalera, me balanceé, la agarré.

—Susan James se ha atrincherado en el puente y anulado los controles automáticos. —Una voz desconocida, sin inflexiones ni emoción—. Ha iniciado una combustión no autorizada. He comenzado una desconexión controlada del reactor; el motor principal estará desconectado al menos veintisiete minutos.

La nave, comprendí, elevando tranquilamente la voz por encima de la alarma. La capitana en persona. Hablando por megafonía.

Eso sí que era raro.

—¡Puente! —ladró Sarasti—. ¡Abre el canal!

Alguien estaba gritando allí arriba. Oía palabras, pero no lograba distinguirlas.

Sin previo aviso, Sarasti se soltó.

Cayó diagonalmente como una centella. Enfrente, a popa, el mamparo esperaba dispuesto a aplastarlo como un insecto. Dentro de medio segundo sus piernas se harían astillas, si es que el impacto no lo mataba directamente...

Pero de improviso volvíamos a ser ingrátidos, y Jukka Sarasti —con el rostro amoratado, envaradas las extremidades— echaba espuma por la boca.

—Reactor apagado —informó la capitana. Sarasti rebotó contra la pared.

Le está dando un ataque, comprendí.

Solté la escalerilla y me impulsé a popa. La *Teseo* se balanceaba inclinada a mi alrededor. Sarasti se convulsionó en el aire; en su boca borbotaban chasquidos, siseos y sonidos atragantados. Tenía los ojos tan abiertos que parecía carecer de párpados. Sus pupilas eran rojas cabezas de alfiler gemelas. La carne ondulaba por toda su cara como si intentara alejarse reptando.

Al frente y detrás, los robots de combate mantenían sus posiciones sin hacernos caso.

—¡Bates! —chillé columna arriba—. ¡Necesitamos ayuda!

Ángulos, por doquier. Costuras en las placas blindadas. Sombras pronunciadas y protuberancias en la superficie de cada uno de los drones. Una matriz de dos por tres superposiciones, bordeada de negro, flotaba sobre la pantalla principal de ConSenso: dos grandes cruces intersecadas justo enfrente del

lugar donde había estado colgando Sarasti.

Esto no puede estar sucediendo. Acababa de tomar sus antieuclicianos. Yo lo vi. A no ser...

Que alguien hubiera adulterado los fármacos de Sarasti.

—¡Bates! —Debería estar conectada a los robots, que a su vez deberían haber saltado al menor indicio de problemas. Deberían estar llevándose a mi comandante a la enfermería en estos momentos. Pero esperaban, estólidos e inmóviles. Miré fijamente al más próximo—: Bates, ¿estás ahí? —Luego, por si acaso no estaba, me dirigí directamente al soldado—. ¿Eres autónomo? ¿Aceptas órdenes verbales?

Los robots observaban a mi alrededor; la capitana se rió de mí, con su voz en forma de alarma.

La enfermería.

Empujé. Los brazos de Sarasti me golpearon flácidos la cabeza y los hombros. Rodó hacia delante y de costado, chocó de lleno con la pantalla móvil de ConSenso y rebotó columna arriba. Pateé detrás de él...

... y atisbé algo por el rabillo del ojo...

... y me giré...

... y en el centro de ConSenso, la *Rorschach* salió de la incandescente cara de Ben como una ballena rompiendo las olas. No era sólo el aumento electromagnético: aquella cosa brillaba con un furioso rojo oscuro. Enfurecida, se impulsó al espacio, tan grande como una cordillera montañosa.

Joder joder joder.

La *Teseo* se estremeció. Las luces parpadearon, se apagaron y volvieron a encenderse. El mamparo me pegó de refilón por la espalda en su giro.

—Sistemas de emergencia activados —dijo plácidamente la capitana.

—¡Capitana! ¡Sarasti ha caído! —Me impulsé contra la escalerilla más cercana, choqué con uno de los soldados y planeé en pos del vampiro—. Bates no está... ¿Qué hago?

—Sistemas de navegación desactivados. Aferentes de estribor desactivados.

Comprendí que ni siquiera estaba hablando conmigo. A lo mejor ésta ni siquiera era la capitana. Quizá fuera un simple reflejo: un árbol de diálogo, farfullando anuncios por megafonía. A lo mejor la *Teseo* estaba lobotomizada. Quizá fuera sólo su bulbo raquídeo lo que hablaba.

Oscuridad de nuevo. Parpadeo de luces.

Si habíamos perdido a la capitana, estábamos jodidos.

Le di otro empujón a Sarasti. La alarma seguía berreando. El tambor estaba a veinte metros de distancia; BioMed estaba justo al otro lado de aquella escotilla cerrada. Recordé que antes estaba abierta. Alguien la había cerrado en los últimos minutos. Por suerte la *Teseo* carecería de cerraduras en sus puertas.

A menos que la Banda la haya atrancado antes de ocupar el puente...

—¡Agarraos, gente! ¡Nos vamos de aquí!

¿Quién diablos...?

El canal abierto del puente. Susan James, desgañitándose allí arriba. O alguien; no lograba ubicar la voz...

Diez metros hasta el tambor. La *Teseo* sufrió otra sacudida y aminoró sus revoluciones. Se estabilizó.

—¡Que alguien encienda el condenado reactor! ¡Aquí arriba sólo tengo correctores de posición!

—¿Susan? ¿Sascha? —Había llegado a la escotilla—. ¿Quién está hablando?
—Me impulsé para adelantar a Sarasti y estiré el brazo para abrirla.

No hubo respuesta.

No de ConSenso, al menos. Oí un zumbido apagado procedente de detrás, vi el ominoso fluctuar de sombras sobre el mamparo un segundo demasiado tarde. Me di la vuelta a tiempo de ver cómo uno de los soldados levantaba un apéndice puntiagudo —curvado como una cimitarra, afilado como una aguja— sobre la cabeza de Sarasti.

Me di la vuelta a tiempo de ver cómo lo hundía en su cráneo.

Me quedé helado. La probóscide metálica se retiró, oscura y mojada. Unos maxilípedos laterales empezaron a mordisquear la base del cráneo de Sarasti. Su cadáver blanquecino había dejado de hacer aspavientos; ahora sólo temblaba, un saco de músculos y nervios motores cargados de estática.

Bates.

Su motín estaba en marcha. El motín de Bates y la Banda. Lo sabía. Me lo imaginaba. Lo había visto venir.

Sarasti no me había creído.

Volvieron a apagarse las luces. La alarma enmudeció. ConSenso se redujo a

un garabato parpadeante en el mamparo y desapareció; vi algo allí en aquel último instante, y me negué a procesarlo. Oí cómo se me formaba un nudo en la garganta, sentí el avance en la oscuridad de monstruosidades angulares. Algo centelleó directamente sobre mi cabeza, un fugaz taconeo de luz en el vacío. Columbré curvas y ángulos silueteados, bamboleantes. Crepitar de cortocircuitos. En las proximidades colisionaban objetos de metal, invisibles.

A mi espalda, el rechinar de la escotilla del tambor, abriéndose. Un repentino haz de cegadora luz química me golpeó al girarme, iluminando las filas mecánicas detrás de mí; se soltaron de sus anclajes simultáneamente y flotaron libres. Sus articulaciones chasquearon al unísono como el entrechocar de tacones de un ejército en posición de firmes.

—¡Keeton! —exclamó Bates mientras cruzaba planeando la escotilla—. ¿Estás bien?

La luz química provenía de su frente. Convertía el interior de la columna en un mosaico de fuertes contrastes, todo superficies pálidas y negras sombras en movimiento. Cayó sobre el soldado que había matado a Sarasti; el robot se alejó rodando columna abajo, repentina y misteriosamente inerte. La luz bañó el cuerpo del vampiro. El cadáver rotaba lentamente sobre su eje. De su cabeza escapaban esféricas cuentas carmesíes como gotas de agua de un grifo mal cerrado. Se extendían formando una hélice cada vez más amplia, resaltadas por la linterna de Bates: un brazo en espiral de oscuros soles color rubí.

Retrocedí.

—Tú...

Me empujó a un lado.

—No te acerques a la escotilla si no es para cruzarla. —No perdía de vista a los drones alineados—. Visual óptica.

Hileras de ojos vidriosos se reflejaban pasillo abajo, entrando y saliendo de las sombras.

—¡Has matado a Sarasti!

—No.

—Pero...

—¿Quién crees que lo desconectó, Keeton? La puta máquina se volvió loca. A duras penas conseguí que se autodestruyera. —Sus ojos se desenfocaron por un momento; a lo largo y ancho de la columna, los drones supervivientes se lanzaron a un intricado ballet marcial, entrevistados en el fluctuante cono de luz de su

linterna—. Así está mejor —dijo Bates—. Ahora deberían ser más obedientes. Siempre y cuando no nos pegue nada mucho más fuerte.

—¿Qué no está golpeando?

—Relámpagos. Pulsos electromagnéticos. —Los drones volaron en dirección a Fab y las lanzaderas, asumiendo posiciones estratégicas a lo largo del tubo—. La *Rorschach* contiene una carga de mil demonios y cada vez que uno de esos inmersores pasa entre nosotros provoca un arco.

—¿Qué, a esta distancia? Pensaba que estábamos... El impulso...

—Nos envió en la dirección equivocada. Estamos cayendo.

Tres soldados flotaban al alcance de la mano. Apuntaban hacia la escotilla abierta del tambor.

—Dijo que estaba intentando escapar... —recordé.

—La cagó.

—No por tanto margen. Imposible. —Todos estábamos cualificados para pilotar manualmente. Por si acaso.

—La Banda no —dijo Bates.

—Pero...

—Creo que ahora hay alguien nuevo ahí dentro. Un puñado de módulos secundarios ensamblados y activados de alguna manera, no lo sé. Pero quienquiera que esté al mando, me parece que está sencillamente histérico.

Claridad parpadeante por todas partes. Las franjas de luz de la columna titilaron y se estabilizaron por fin, a la mitad de su intensidad acostumbrada.

La *Teseo* tosió estática y anunció:

—ConSenso está desactivado. Reac...

La voz se cortó.

ConSenso, recordé mientras Bates se giraba para regresar corriente arriba.

—Vi algo —dije—. Antes de que ConSenso se apagara.

—Ya.

—¿Era...?

Se detuvo en la escotilla.

—Sí.

Había visto trepadores. Cientos de ellos, surcando el vacío desnudos, con los brazos abiertos.

Algunos de sus brazos, en cualquier caso.

—Transportaban...

Bates asintió con la cabeza.

—Armas. —Sus ojos se concentraron en una distancia invisible por un momento—. La primera oleada se dirigió al extremo delantero. Cápsula y escotilla de proa, creo. La segunda oleada está a popa. —Sacudió la cabeza—. Ja. Yo lo habría hecho al revés.

—¿A qué distancia?

—¿Distancia? —Bates sonrió débilmente—. Ya están en el casco, Siri. Hemos entablado contacto.

—¿Qué hago? ¿Qué hago?

Sus ojos apuntaron detrás de mí y se agrandaron. Abrió la boca.

Una mano se cerró sobre mi hombro desde atrás y me hizo girar en redondo.

Sarasti. Sus ojos murrios me miraban desde una cabeza partida como un melón ensartado. Glóbulos de sangre coagulada se adherían a su pelo y su piel como garrapatas tras darse un banquete.

—Ve con él —dijo Bates.

Sarasti gruñó y chasqueó la lengua. Sin palabras.

—¿Qué...? —empecé.

—Ahora mismo. Es una orden. —Bates se volvió hacia la escotilla—. Te cubriremos.

La lanzadera.

—Tú también.

—No.

—¿Por qué no? ¡Combaten mejor sin ti, tú misma lo dijiste! ¿Qué sentido tiene?

—No puedes permitirte tener una vía de escape, Keeton. Va en contra de todo el plan. —Se permitió esbozar una sonrisita triste—. Han entrado. Vete.

Desapareció, dejando a su paso una estela de alarmas nuevas. A lo lejos, a

proa, oí el rechinar de mamparos de emergencia cerrándose de golpe.

El cadáver no-muerto de Sarasti gorgoteó y me empujó columna abajo. Cuatro soldados más se cruzaron con nosotros deslizándose ágilmente y asumieron posiciones detrás de nosotros. Miré por encima del hombro a tiempo de ver cómo el vampiro extraía la pantalla táctil de la pared. Sólo que no era en absoluto Sarasti, naturalmente. Era la capitana —lo que quedara de ella, a estas alturas de la batalla— que había requisado una interfaz periférica para su uso personal. El puerto óptico sobresalía visiblemente de la nuca de Sarasti, donde solía entrar el cable; recordé los maxilípedos del dron, masticando.

El sonido de disparos y balas perdidas arreciaba a nuestras espaldas.

El cadáver tecleó con una mano mientras avanzábamos. Me pregunté fugazmente por qué sencillamente no hablaba antes de que mi mirada se posara en la pica que le traspasaba el cerebro: los centros del habla de Sarasti debían de estar hechos puré.

—¿Por qué lo mataste? —pregunté. Sonó una alarma completamente distinta, atrás en el tambor. Una brisa repentina tiró de mí hacia atrás por un momento, antes de disiparse un segundo después con un tañido lejano.

El cadáver levantó la pantalla y mostró un mensaje de texto: *ATAQ. NO PDIA CNTRLARLO.*

Habíamos llegado a las escotillas de las lanzaderas. Los soldados robot nos franquearon el paso, concentrados en otra parte.

VE, dijo la capitana.

Alguien gritó a lo lejos. En lo alto de la columna, la escotilla del tambor se cerró de golpe; me giré y vi un par de robots en la distancia, soldando la junta. Parecían moverse más deprisa ahora que nunca. Quizá fueran sólo imaginaciones mías.

La escotilla de la lanzadera de estribor se retrajo. Las luces interiores de la *Caribdis* parpadearon, vertiendo claridad en el pasadizo; la iluminación de emergencia de la columna parecía más tenue incluso en comparación. Me asomé a la abertura. No quedaba casi espacio en la cabina, reducida a un simple ataúd abierto entre tanques de refrigeración y combustible e inmensos colchones antiaceleración mejorados. La *Caribdis* se había acondicionado para resistir gravedades altas y distancias largas.

Y a mí.

El cadáver de Sarasti me metía prisa desde atrás. Di media vuelta y me

encaré con él.

—¿Alguna vez fue él? —pregunté.

VE.

—Dímelo. ¿Hablaba en su nombre? ¿Alguna vez llegó a decidir algo por sí mismo? ¿Estábamos siguiendo sus órdenes, o eras tú todo este tiempo?

Los ojos no-muertos de Sarasti me miraban fijamente, vidriosos e incomprensivos. Sus dedos se crisparon sobre la pantalla táctil.

NO OS GSTA RCBIR ORDNS D LS MQINAS. ASI MJOR.

Dejé que me colocara las correas y cerrara la tapa. Me quedé tendido en la oscuridad, sintiendo cómo mi cuerpo se bamboleaba y mecía mientras la cápsula se deslizaba en su rampa de lanzamiento. Soporté el brusco silencio cuando las tenazas de atraque se soltaron, el tirón de aceleración que me escupió con fuerza al vacío, la creciente aceleración que me aplastaba el pecho como una montaña blanda. A mi alrededor, la lanzadera temblaba con los estertores de una combustión que sobrepasaba con creces su funcionamiento habitual.

Mis incrustaciones se reactivaron. De pronto podía asomarme afuera si quería. Podía ver lo que estaba ocurriendo a mi espalda.

Decidí no hacerlo, intencionada y fervientemente, y miré de todos modos.

La *Teseo* estaba perdiéndose de vista a esas alturas, incluso en el monitor táctico. Se escoró pozo abajo, tambaleándose hacia un encuentro con el enemigo que debía de ser premeditado, una maniobra de último segundo para arrimar todo lo posible su carga útil al objetivo. *Rorschach* acudió a su encuentro, desenroscando sus nudosas extremidades espinadas, abriéndose como si anticipara un abrazo. Pero era el telón de fondo, no los actores, lo que protagonizaba aquella obra: el rostro de Big Ben hirviendo en mi retrovisor, un ciclón efervescente que ocupaba toda la ventana. En la transparencia se agolpaban contornos magnéticos en apretada espiral, como muelles; la *Rorschach* estaba embozándose en la magnetosfera de Ben como si fuera una cegadora capa arremolinada, retorciéndola en un nudo concentrado cada vez más grande, más brillante, abultado...

«Como el fognazo de torsión de una enana de clase L», había dicho mi comandante una vez, «pero deberíamos ver algo lo bastante grande como para generar esa clase de efecto y el cielo está oscuro en esa localización. La UAI lo llama artefacto estadístico.»

Como había ocurrido, de hecho. Las salpicaduras de algún impacto, tal vez, o el cegador y efímero estallido de alguna colosal fuente de energía reiniciándose

tras un millón de años de letargo. Muy parecido a esto: una llamarada solar, sin sol debajo. Un cañón magnético diez mil veces más potente de lo que le correspondía por naturaleza.

Los dos bandos desenfundaron sus armas. No sé cuál disparó primero, ni siquiera si tenía alguna importancia: ¿cuántas toneladas de antimateria harían falta para equipararse con algo que era capaz de exprimir el poder de un sol de una bola de gas poco más grande que Júpiter? ¿También *Rorschach* se habría resignado a la derrota, habrían optado ambos contendientes por un asalto kamikaze sobre su rival?

No lo sé. Big Ben se cruzó en medio minutos antes de la explosión. Probablemente ésa sea la razón de que yo siga con vida. Ben se interpuso entre aquella luz abrasadora y yo como una moneda que intentara tapar el sol.

La *Teseo* lanzó todo lo que tenía, hasta el último microsegundo. Cada momento grabado de combate mano a mano, cada última cuenta atrás, cada última alma. Todos los movimientos y todos los vectores. Esa telemetría está en mi poder. Puedo descomponerla en un sinfín de formas, continuas o discretas. Puedo transformar la topología, rotarla, comprimirla y servirla en dialectos utilizables por parte de cualquier aliado. Quizá Sarasti estuviera en lo cierto, quizá hubiera algo crucial allí.

No entiendo lo que significa nada de eso.

Caribdis

*Antes las especies se extinguían. Ahora
se van de vacaciones.*

Deborah MacLennan,
Tables of Our Reconstruction

«Pobrecito», dijo Chelsea cuando nos separamos. «A veces pienso que nunca te sentirás solo.» En aquel momento me pregunté por qué parecía tan triste.

Ahora, desearía que hubiera tenido razón.

Sé que ésta no ha sido una narración sin costuras. He tenido que hacer añicos la historia y concatenar sus fragmentos a lo largo de una muerte de décadas de duración. Veréis, ahora vivo una de cada diez mil horas. Ojalá no tuviera que hacerlo. Ojalá pudiera pasarme durmiendo todo el camino de regreso, evitar la agonía de estas resurrecciones efímeras.

Ojalá intentarlo bastara para no morir mientras duermo. Pero los cuerpos vivos resplandecen con isótopos radiactivos incrustados acumulados a lo largo de toda una vida, brillantes astillas que degradan la maquinaria celular a nivel molecular. Generalmente no supone ningún problema. Las células vivas reparan el daño según se produce. Pero mis células no-muertas dejan que esos errores se acumulen con el paso del tiempo, y el viaje de vuelta es mucho más largo que el de ida: yazgo en animación suspendida y me corro. De modo que el navegador de a bordo me reanima de vez en cuando para darle a mi cuerpo la posibilidad de remendarse.

Ocasionalmente me habla, me recita estadísticas del sistema, me pone al corriente de los rumores que circulan por casa. La mayor parte del tiempo, sin embargo, me deja a solas con mis pensamientos y la maquinaria que ocupa el lugar donde solía estar mi hemisferio izquierdo. De modo que hablo solo, le dicto historias y opiniones al hemisferio sintético con el real: brillantes y fugaces momentos de consciencia, con largos años de descomposición inconsciente entre medias. Quizá este ejercicio sea totalmente en vano desde el principio, quizá ni siquiera haya alguien a la escucha.

Da igual. Éste es mi trabajo.

Así que ahí lo tenéis: mis memorias, transmitidas de la carne a la máquina. Un relato narrado para mis adentros, a falta de otro público interesado.

Cualquiera con medio cerebro podría contarlo.

Hoy he recibido carta de papá. Entrega general, ponía. Creo que era una broma, dada mi falta de dirección conocida. Tan sólo la lanzó omnidireccionalmente al éter con la esperanza de que llegara hasta mí, dondequiera que estuviese.

Han pasado ya casi catorce años. Uno pierde la noción del tiempo aquí fuera.

Helen está muerta. El Paraíso... sufrió una avería, al parecer. O un sabotaje. Puede que los realistas por fin se salieran con la suya. Aunque lo dudo. Papá parecía creer que el responsable era otro. No me dio más detalles. Quizá no tuviera ninguno. Hablaba con preocupación del creciente nerviosismo social que reinaba en casa. Tal vez alguien había filtrado mis comunicados sobre *Rorschach*; tal vez la gente llegó a la conclusión más obvia cuando dejaron de llegar nuestras postales. No saben cómo acabó la historia. La falta de conclusión debe de estar volviéndoles locos.

Pero tengo la impresión de que había algo más, algo que mi padre no se atrevía a mencionar en voz alta. Quizá sean sólo imaginaciones mías; me pareció incluso que sonaba preocupado por la noticia de que la tasa de natalidad estaba volviendo a crecer, lo que debería ser motivo de celebración tras una generación en declive. Si mi habitación china siguiera funcionando debidamente lo sabría, podría analizar el subtexto hasta la última coma. Pero Sarasti vapuleó mis herramientas y las dejó apenas operativas. Ahora estoy tan ciego como cualquier básico. Lo único que me queda es la incertidumbre y la sospecha, y el insidioso temor de que aun con mis habilidades defectuosas, podría estar interpretándolo correctamente.

Creo que intenta decirme que me mantenga alejado.

También dijo que me quería. Dijo que echaba de menos a Helen, que ésta lamentaba algo que había hecho antes de que yo naciera, algún capricho u omisión que tuvo consecuencias en mi desarrollo. Hablaba sin parar. No sé a qué se refería. Cuánto poder debía de ostentar mi padre, para conseguir que le autorizaran a enviar semejante transmisión, y sin embargo la malgastaba en sentimentalismos.

Dios, cómo atesoro su carta. Atesoro hasta la última palabra.

Caigo en una interminable parábola sin sentido, toda gravedad e inercia. La *Caribdis* no logró recuperar el flujo de antimateria; o bien Ícaro se ha desviado de su trayectoria, o bien ha dejado de funcionar por completo. Supongo que podría llamar por radio y preguntar, pero no hay ninguna prisa. Todavía me queda un buen trecho. Pasarán años incluso antes de que deje atrás los cometas.

Además, no sé si quiero que sepan dónde estoy.

La *Caribdis* no pierde el tiempo con maniobras de evasión. No tendría sentido aunque dispusiéramos de combustible de sobra, aunque el enemigo siguiera estando en alguna parte ahí fuera. No es como si no supieran dónde está la Tierra Pero estoy casi seguro de que los trepadores sucumbieron junto con mis congéneres. Jugaron bien sus cartas. Soy el primero en reconocerlo. O puede que sencillamente les sonriera la suerte. Un fallo accidental provoca que uno de los soldados de Bates dispare contra un trepador desarmado; semanas más tarde, Tira y Afloja utilizan ese cuerpo en el transcurso de su fuga. La electricidad y el magnetismo remueven neuronas al azar en la cabeza de Susan; tiempo después, una personalidad completamente nueva surge para usurpar el mando y enviar la *Teseo* a los acogedores brazos de *Rorschach*. Casualidad, imprevistos y suerte caprichosa. Quizá así se explicara todo.

Pero no lo creo. Demasiadas coincidencias oportunas. Creo que la *Rorschach* se fabricó su suerte, que plantó y regó esa personalidad nueva delante mismo de nuestras narices, escondida a salvo —excepto por una ligerísima traza de oxitocina elevada— tras todas las lesiones y tumores sembrados en la cabeza de Susan. Creo que miró al futuro y vio los usos que se le podría dar a semejante ardid; creo que sacrificó una diminuta porción de su ser a fin de lograr ese resultado, y que hizo que pareciera un accidente. Suerte, tal vez, pero no caprichosa. Previsión. Movimientos brillantes y sutiles.

Tampoco es que la mayoría de nosotros conociéramos las reglas del juego, naturalmente. En realidad éramos simples peones. Sarasti y la capitana —cualquiera que fuese la inteligencia híbrida que formaban esos dos— eran los auténticos jugadores. En retrospectiva, puedo ver también algunos de sus movimientos. Veo a la *Teseo* oyendo el intercambio de mensajes entre los trepadores enjaulados; veo cómo manipula el volumen del conector de la Banda para que Susan también los escuche, y crea que el descubrimiento es sólo suyo. Si me esfuerzo lo suficiente, alcanzo a atisbar incluso cómo la *Teseo* nos ofreció a

modo de sacrificio, provocando intencionadamente la respuesta de *Rorschach* con aquel último acercamiento. Sarasti siempre había sido un enamorado de la información, sobre todo si poseía importancia táctica. ¿Qué mejor manera de evaluar al enemigo que observarlo en combate?

Nunca nos dijeron nada, por supuesto. Así estábamos más contentos. No nos gustaba recibir órdenes de las máquinas. Aunque tampoco es que nos hiciera mucha gracia recibirlas de un vampiro.

Ahora que la partida ha terminado, un peón solitario se yergue en el tablero devastado y su rostro es humano, después de todo. Si los trepadores siguen las reglas dictadas por varias generaciones de estudiosos de la teoría de juegos, no regresarán. Aunque lo hicieran, sospecho que no supondría ninguna diferencia.

Porque para entonces ya no habrá ninguna base para el conflicto.

He estado escuchando la radio durante estos despertares intermitentes. Hace generaciones que enterramos la Era de la Transmisión bajo una montaña de fibra óptica y haces de luz concentrada, pero en realidad nunca dejamos de sembrar los cielos de electromagnetismo. La Tierra, Marte y Luna llevan a cabo su triálogo interplanetario en un millón de voces solapadas. Cada nave que surca el vacío habla en todas direcciones a la vez. Las O'Neills y los asteroides jamás dejaron de cantar. De lo contrario, quizá las Luciérnagas no nos hubieran encontrado nunca.

He oído cambiar esas canciones con el paso del tiempo, un lapso de tiempo acelerado hacia el olvido. Ahora es principalmente control del tráfico y telemetría. De vez en cuando sigo captando estallidos de voz pura, tensa, al borde del pánico la mayoría de las veces: algún tipo de búsqueda en progreso, una nave que se interna en el espacio profundo, otras en desapasionada persecución. Los fugitivos nunca parecen llegar muy lejos antes de que se corten sus señales.

No consigo recordar cuándo fue la última vez que oí música, pero escucho algo parecido en ocasiones, espectral y discordante, repleta de chasquidos y crujidos familiares. A mi bulbo raquídeo no le gusta. A mi bulbo raquídeo le causa pavor.

Recuerdo a toda mi generación abandonando el mundo real en pos de un más allá prefabricado. Recuerdo a alguien diciendo que los vampiros no van al Paraíso. Ven los píxeles. A veces me pregunto cómo me sentiría, sacado de la paz del sepulcro para trabajar al antojo de unas criaturas pueriles que en su día habían sido simples proteínas. Me pregunto cómo me sentiría si se hubiera utilizado mi discapacidad para mantenerme controlado y se me hubiera negado el lugar que me correspondía realmente en el mundo.

Y luego me pregunto cómo sería no sentir absolutamente nada, ser absolutamente racional, una criatura depredadora rodeada por completo de carne ansiosa por echarse a dormir plácidamente...

No puedo extrañar a Jukka Sarasti. Sabe Dios que lo intento, cada vez que me reactivo. Me salvó la vida. Me... me humanizó. Siempre estaré en deuda con él por eso, mientras viva; igual que mientras viva nunca dejaré de odiarlo por el mismo motivo. De alguna manera enfermiza y surrealista tenía más en común con Sarasti que con cualquier ser humano.

Pero sencillamente no me sale de dentro. Él era un depredador y yo la presa, y no está en la naturaleza del cordero llorar al león. Aunque murió por nuestros pecados, no consigo echar de menos a Jukka Sarasti.

Puedo empatizar, no obstante. Por fin puedo empatizar con Sarasti, con toda su especie extinguida. Porque los humanos nunca debimos heredar la Tierra. Estaba reservada para los vampiros. Debían de haber sido sintientes hasta cierto punto, pero ese sueño semiconsciente habría sido algo burdo comparado con nuestra autoobsesión. Estaban erradicándolo. Sólo era una fase. Estaban en camino.

La cuestión es que los humanos pueden ver una cruz sin sufrir convulsiones. Así es la evolución; una estúpida mutación vinculada y el orden natural al completo se desmorona, la inteligencia y la autoconsciencia se alían de forma contraproducente y caminan a la par durante medio millón de años. Creo que sé lo que está pasando en la Tierra, y aunque hay quienes lo tildarían de genocidio, en realidad no lo es. Nosotros solos nos lo buscamos. No se puede culpar a los depredadores por ser lo que son. Al fin y al cabo, fuimos nosotros los que los trajimos de vuelta. ¿Por qué no iban a reclamar lo que era suyo por derecho de nacimiento?

Genocidio, no. La simple reparación de una antigua afrenta.

He intentado consolarme con eso. Es... difícil. A veces es como si toda mi vida hubiera sido una lucha por reconectar, por recuperar lo que fuera que se perdiese cuando mis padres mataron a su único hijo. En el Oort, por fin gané esa batalla. Gracias a un vampiro, un cargamento de rarezas y una horda alienígena invasora, soy humano de nuevo. El último humano, tal vez. Cuando llegue a casa, podría ser el único ser sintiente del universo.

Si es que llego a tanto. Porque no sé si existe tal cosa como un narrador digno de confianza. Y Cunningham dijo que los zombis serían buenos actores.

Así que, para bien o para mal, no puedo afirmarlo.

Os tendréis que imaginar que sois Siri Keeton.

Agradecimientos

Visión ciega es mi primera incursión novelada en el espacio profundo, un terreno sobre el que dispongo, por decirlo de alguna manera, de poca educación académica. En ese aspecto este libro no es tan distinto de mis anteriores novelas: pero aunque sobre la ecología de las profundidades oceánicas tampoco sabía gran cosa, la mayoría de vosotros sabía menos aún, y mi doctorado en biología marina me permitió al menos salir airoso de la trilogía de los abismos. *Visión ciega*, en cambio, transita en un tipo de gravedad cero completamente distinto; esto hacía que un guía digno de confianza fuera mucho más importante. De modo que permitid que empiece por darle las gracias al profesor Jaymie Matthews, de la Universidad de la Columbia Británica: astrónomo, asiduo de las fiestas y filtro crucial de todas las ideas que le vertí encima. Vaya también mi agradecimiento para Donald Simmons, ingeniero aeroespacial y convidado a cenar agradablemente barato, quien revisó las características de la *Teseo* (especialmente las relacionadas con el motor y el tambor) y me dio algunos consejos sobre radiación y blindaje contra ella. Ambas partes eliminaron la mayoría de mis egregios errores. (Lo que no quiere decir que no perdure ninguno en este libro, tan sólo que éstos son fruto de mi negligencia, no de la suya. O quizá sencillamente que la historia los exigía.) David Hartwell, como siempre, fue mi editor y hombre de confianza en el cuartel general del Imperio del Mal. Tengo la sospecha de que *Visión ciega* fue una dura carrera de fondo para los dos: toneladas de teoría esencial amenazaban con devorar la historia, por no mencionar el problema de generar interés en el lector por un elenco de personajes menos adorables de lo habitual. Sigo sin saber hasta qué punto habré tenido éxito o fracasado, pero nunca me he alegrado tanto de que mi copiloto se hubiera fogueado con todos, desde Heinlein a Herbert.

La habitual cuadrilla de colegas escritores criticaron los primeros capítulos de este libro y me enviaron sollozando de vuelta a la mesa de diseño: Michael Carr, Cory Doctorow, Rebecca Maines, David Nickle, John McDaid, Steve Samenski, Rob Stauffer y el difunto Pat York. Todos ellos contribuyeron con ideas y críticas en

nuestra escapada anual en la isla; Dave Nickle se merece una mención especial gracias a sus contribuciones añadidas a lo largo del año, generalmente a horas intempestivas. Por la misma razón, Dave se libra de la manida coletilla «cualquier error es enteramente responsabilidad mía» que calzamos los autores en nuestra sección de agradecimientos. Al menos algunos de los errores aquí contenidos probablemente estén ahí por culpa de Dave.

Elisabeth Bear criticó un borrador casi definitivo de arriba abajo. Los profesores Dan Brooks y Deborah MacLennan, ambos de la Universidad de Toronto, me proporcionaron el estímulo de un entorno académico sin las zarandajas políticas y burocráticas que suelen acompañarlo. Estoy en deuda con ellos por litros de alcohol y horas de discusión sobre varios de los temas aquí presentados, y por otras cosas que a nadie le importan un pimiento. También dentro de la categoría «demasiado diverso para detallarlo», André Breault, que me ofreció un refugio en la costa oeste donde completé el primer borrador. Isaac Szpindel —el de verdad— me echó una mano, como de costumbre, con varias sutilezas neurofísicas, y Susan James (que también existe, si bien en un formato ligeramente más coherente) me explicó cómo enfocarían los lingüistas un caso de primer contacto. Lisa Beaton me llamó la atención sobre documentos relevantes en un desesperado intento de expiar sus pecados tras vender su alma a las corporaciones farmacéuticas. Laurie Channer hizo las veces de caja de resonancia y, en fin, tuvo la paciencia de soportarme. Temporalmente, al menos. Gracias también a Karl Schroeder, con quien he cruzado diversas ideas en la arena de la sentiencia contra la inteligencia. Algunas partes de *Visión ciega* pueden considerarse una réplica a los argumentos esgrimidos por Karl en su novela *Permanence*; disiento de su razonamiento casi punto por punto, y sigo sin explicarme cómo es posible que hayamos llegado casi a la misma conclusión general.

Notas y referencias

Referencias y observaciones, para intentar convencer a todo el mundo de que no estoy loco (o, si eso falla, simplemente para intimidar y que nadie diga nada al respecto). Léase para subir nota.

Breve introducción a la biología de los vampiros

No se puede decir que sea el primer autor en intentar racionalizar el vampirismo en términos exclusivamente biológicos. Richard Matheson ya lo hizo antes de que yo naciera, y si radio macuto no miente la próxima novela de esa condenada Butler hollará el mismo territorio antes incluso de que leáis esto. Sin embargo, apuesto a que soy el primero al que se le ocurrió la pifia del crucifijo para explicar la aversión a las cruces; una vez tocado por esa chispa de inspiración, todo lo demás vino solo.

Se redescubrió por casualidad a los vampiros cuando una forma de terapia genética experimental salió curiosamente mal, despertando genes latentes desde hacía tiempo en un niño autista y provocando una serie de cambios físicos y neurológicos (en última instancia fatales). La empresa responsable de este hallazgo presentó sus resultados tras concienzudos estudios posteriores con reclusos del sistema penitenciario de Texas; en la red se puede encontrar una grabación completa de ese discurso, con imágenes; los lectores que sientan curiosidad y dispongan de media hora libre están invitados a visitar esa página para averiguar más, no sólo sobre la biología de los vampiros, sino también sobre la investigación, la financiación y los problemas éticos y políticos derivados de la domesticación de estas criaturas (por no mencionar la malograda campaña «Domando las pesadillas del ayer por un mañana mejor»). La siguiente (y mucho más breve) sinopsis se limita a unas pocas características biológicas del organismo ancestral:

El *Homo sapiens vampiris* fue una efímera subespecie humana que se escindió

del linaje ancestral entre 800.000 y 500.000 años antes del presente. Más grácil que el *neandertal* o el *sapiens*, la principal diferencia física con éste incluía una ligera prolongación de los caninos, mandíbulas, y huesos largos al servicio de un estilo de vida cada vez más depredador. Debido a la relativamente corta vida de este linaje, dichos cambios no eran abrumadores y se solapaban considerablemente con alometrías conespecíficas; las diferencias sólo se volvían significativas en muestras de tamaño considerable.

Sin embargo, aunque el *vampiris* era prácticamente idéntico al ser humano actual en términos de morfología física general, se distinguía radicalmente de él a nivel bioquímico, neurológico y de tejidos blandos. El tracto gastrointestinal era más corto y segregaba una peculiar gama de enzimas más propias de una dieta carnívora. Puesto que el canibalismo conlleva un alto riesgo de infección priónica, el sistema inmunológico de los vampiros desarrolló una fuerte resistencia a este tipo de enfermedades, así como a toda una gama de parásitos helmintos y anisáquidos. El oído y la vista del *vampiris* eran superiores a los del *sapiens*; las retinas de los vampiros eran tetracromáticas (contenían cuatro tipos de conos, frente a los tres de los humanos básicos); el cuarto tipo de cono, común entre los depredadores nocturnos, desde los gatos a las serpientes, estaba sintonizado con el cuasi infrarrojo. La materia gris de los vampiros estaba poco conectada en comparación con los estándares humanos debido a una relativa carencia de materia blanca intersticial; esto obligó a los módulos corticales aislados a volverse autocontenidos e hipereficaces, desembocando así en una aptitud omnisavántica para el reconocimiento de patrones y el análisis.

Prácticamente todas estas adaptaciones son efectos en cadena que —si bien resultan de distintas causas próximas— en última instancia encuentran su origen en una mutación paracéntrica inversa del bloque Xq21.3 del cromosoma X, responsable de cambios funcionales en los genes encargados de codificar las protocaderinas (proteínas que desempeñan un papel primordial en el desarrollo del cerebro y el sistema nervioso central). Si bien esto provocó radicales alteraciones neurológicas y conductuales, los cambios físicos más significativos se limitaron a los tejidos blandos y las microestructuras no fosilizables. Esto, sumado al número sumamente bajo de vampiros aun en periodos de picos de población (asentados como estaban en la cúspide de la pirámide trófica) explica la ausencia casi absoluta de restos fósiles.

Esta concatenación tuvo también considerables efectos perjudiciales.

Por ejemplo, los vampiros perdieron la capacidad de codificar la épsilon-protocaderina Y, cuyos genes se encuentran exclusivamente en el cromosoma homínido Y. Incapaces de sintetizar esta proteína vital por sí solos, los vampiros

debían obtenerla de su alimento. Las presas humanas, por consiguiente, pasaron a ser un componente esencial de su dieta, pese a su lentitud a la hora de procrear (una situación extraordinaria, puesto que las presas generalmente superan el ritmo reproductivo de sus depredadores en al menos un orden de magnitud). En condiciones normales esta dinámica sería completamente insostenible: los vampiros depredarían a los humanos hasta extinguirlos, para luego perecer a su vez por falta de nutrientes esenciales.

A fin de atajar este desequilibrio se desarrollaron prolongados periodos de latencia semejante a la del pez pulmón (el llamado estado «no-muerto»), cuyo resultado fue una drástica reducción en las necesidades energéticas de los vampiros. A tal fin éstos producían elevados niveles de leuencefalina Ala-(D) endógena (un péptido inductor de la hibernación en los mamíferos) y dobutamina, que fortalece el músculo cardíaco durante los prolongados periodos de inactividad.

Otro efecto en cadena perjudicial fue la llamada «pifia del crucifijo», un cruce de receptores normalmente separados localizados en la corteza visual, cuya consecuencia es un ataque espasmódico similar a la epilepsia siempre que dichos receptores procesan estímulos verticales y horizontales detectados simultáneamente en un arco del campo visual lo suficientemente amplio. Puesto que los ángulos rectos intersecantes son prácticamente inexistentes en la naturaleza, la selección natural no erradicó la pifia antes de que el *H. sapiens sapiens* desarrollara la arquitectura euclidiana; para entonces, esta característica se había convertido en inherente al *H. sapiens vampiris* mediante la derivación genética, y —denegado de repente el acceso a sus presas— la subespecie entera pasó a extinguirse poco después de los albores de la historia escrita.

Os habréis percatado de que Jukka Sarasti, como todos los vampiros reconstruidos, a veces chasqueaba la lengua para sí mientras reflexionaba. Se cree que esta peculiaridad proviene de un idioma ancestral, evolucionado a lenguaje basado en chasquidos más de 50.000 años antes del presente. Este tipo de discurso resulta especialmente adecuado para los depredadores que acechen a sus víctimas en las praderas de la sabana (los chasquidos imitarían el susurro de la hierba, lo que facilitaría la comunicación sin ahuyentar a la presa). La lengua humana más próxima al vampiro antiguo sería el hadza.

Ilusionismo mental

La percepción humana es asombrosamente fácil de manipular; nuestro sistema visual ha sido calificado de improvisada «chistera de prestidigitador» en el

mejor de los casos. Nuestros órganos sensores reciben una información tan parcial e imperfecta que el cerebro debe interpretar los datos valiéndose de reglas de probabilidad más que de la percepción directa. Más que «ver» el mundo, lo que hace es deducirlo aproximadamente. De resultas, cualquier estímulo improbable tiende a no procesarse a nivel consciente, por fuerte que sea el influjo. Tendemos a ignorar sencillamente aquellas imágenes y sonidos que no encajen con nuestra percepción del mundo.

Sarasti estaba en lo cierto: la *Rorschach* no podría hacernos nada que no nos hiciéramos ya nosotros solos.

Por ejemplo, el truco de invisibilidad de aquel joven trepador —el que restringía su movimiento a los vacíos de la vista humana— se me ocurrió mientras leía sobre algo llamado ceguera de inatención. Un ruso llamado Yarbus fue el primero en desentrañar el defecto de las sacadas en la vista humana, allá por la década de los sesenta. Desde entonces han sido varios los investigadores que han logrado hacer aparecer y desaparecer discretamente objetos del campo visual, manteniendo conversaciones con sujetos desprevenidos que en ningún momento se percataron de que su interlocutor había cambiado a mitad de la entrevista y, en general, demostrado que el cerebro humano sencillamente fracasa a la hora de percibir una asombrosa cantidad de lo que ocurre a su alrededor. Echadle un vistazo a las grabaciones de la página en Internet del Laboratorio de Cognición Visual de la Universidad de Illinois y sabréis lo que quiero decir. Esto es sencillamente portentoso, amigos. Podría haber cientólogos caminando entre nosotros en estos precisos instantes y, si supieran moverse, jamás los veríamos.

La mayoría de las psicosis, síndromes y alucinaciones aquí descritas son reales, y Metzinger, Wegner y Saks (véase también *Sentencial/ Inteligencia*, más adelante) las han descrito en detalle. Otros (el síndrome de Grey, p. ej.) no han llegado todavía a las páginas del MDE —a decir verdad, un par de ellos me los inventé—, pero están basados no obstante en experimentos reales. Según a quién crea uno, la aplicación selectiva de campos magnéticos en el cerebro puede provocar desde éxtasis religiosos a la sensación de haber sido secuestrado por alienígenas. La estimulación magnética craneal puede cambiar el estado de ánimo, inducir ceguera, o alterar los centros del habla (consiguiendo que uno sea incapaz de pronunciar los verbos, por ejemplo, dejando los sustantivos intactos). La memoria y el aprendizaje son susceptibles de aumentarse (u obstaculizarse), y en la actualidad el gobierno estadounidense está subvencionando la investigación relacionada con equipos EMC portátiles con —lo habéis adivinado— fines bélicos.

En ocasiones, la estimulación eléctrica del cerebro produce el «síndrome de la mano ajena», el movimiento involuntario del cuerpo contra la voluntad de la

«persona» supuestamente al mando. A veces provoca movimientos igualmente involuntarios, que sin embargo los sujetos se empeñan en afirmar haber ejecutado «a propósito» pese a las abrumadoras pruebas empíricas de lo contrario. Súmese todo esto al hecho de que el cuerpo empieza a actuar antes incluso de que el cerebro «decida» moverse (pero véase), y todo el concepto del libre albedrío —pese a la innegable sensación subjetiva de su existencia— comienza a parecer un pelín ingenuo, influencia de artefactos alienígenas al margen.

Si bien la estimulación electromagnética es hoy en día el enfoque de moda a la hora de manipular el cerebro, de ningún modo es el único. Las alteraciones físicas de consideración, como los tumores o los tubos de hierro, pueden transformar a las personas normales en psicópatas y pederastas (de ahí la nueva personalidad que surge en la cabeza de Susan James). La posesión por espíritus y el éxtasis religioso se pueden inducir mediante la machacona imposición emocional de rituales religiosos, sin necesidad de herramientas neurológicas (ni siquiera farmacológicas) invasivas en absoluto. La gente puede llegar incluso a desarrollar una sensación de propiedad con partes corporales ajenas, o convencerse de que una mano de goma es la real. La vista se impone a la propiocepción: una extremidad ortopédica, sutilmente manipulada, basta para convencernos de que estamos haciendo una cosa cuando en realidad estamos haciendo algo completamente distinto.

La última herramienta en este arsenal es el ultrasonido: menos invasivo que el electromagnetismo, más preciso que el cristianismo renacido, se puede emplear para acelerar la actividad cerebral sin necesidad de engorrosos electrodos o redcillas magnéticas. En *Visión ciega* hace las veces de oportuna puerta trasera para explicar por qué las alucinaciones de la *Rorschach* persisten aun en presencia del blindaje de Faraday, pero aquí y ahora, Sony ha estado renovando anualmente la patente de una máquina que se vale de ultrasonidos para implantar «experiencias sensoriales» directamente en el cerebro. Ingenio recreativo con gigantescas aplicaciones a los juegos online, lo llaman. Ja. Y si se pueden implantar imágenes y sonidos en la cabeza de alguien a distancia, ¿por qué no hacer lo mismo con creencias políticas y el irresistible deseo de beber una marca concreta de cerveza, ya que estamos?

¿Hemos llegado ya?

El motor de «telemateria» que impulsa a nuestros personajes en la novela está basado en estudios sobre la teleportación mencionados en *Nature*, *Science*,

Physical Review Letters y, más recientemente, por todo quisqui. La idea de transmitir información sobre antimateria a modo de combustible es, que yo sepa, toda mía. A fin de derivar aproximaciones plausibles a la masa, la aceleración y la duración del viaje de la *Teseo* recurrí a *The Relativistic Rocket*, página mantenida por el físico matemático John Baez, de la Universidad de Riverside (California). El empleo por parte de la *Teseo* de campos magnéticos para repeler la radiación se basa en estudios realizados por el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Aparqué la Formación de Ícaro (impulsada por energía solar) justo al lado del Sol porque la producción de antimateria seguramente continúe siendo un proceso sumamente costoso en términos de energía a corto plazo. El estado no-muerto en que la *Teseo* transporta a su tripulación es, evidentemente, otra iteración más del venerable clásico de la animación suspendida (aunque quisiera creer que he llegado a territorios inexplorados al invocar la fisiología vampírica como mecanismo). Dos estudios recientes estiman que la posibilidad de la hibernación inducida está más cerca de hacerse realidad. Blackstone *et al.* han provocado hibernación en ratones por el asombrosamente simple método de exponerlos a ácido sulfhídrico; esto ralentiza la maquinaria celular lo suficiente para reducir el metabolismo en un 90%. Más drásticamente (e invasivamente), los investigadores del Centro Safar para el Estudio de la Reanimación, en Pittsburg, afirman haber resucitado a un perro tres horas después de su muerte clínica, mediante una técnica según la cual se sustituyó el suministro sanguíneo del animal por una solución salina muy fría. De estas dos técnicas, la primera posiblemente sea la que más se aproxime a lo imaginado por mí, aunque mi primer borrador ya estaba terminado antes de que saltaran los titulares. Pensé en retocar las escenas de la cripta para incluir alguna mención al ácido sulfhídrico, pero al final decidí que los chistes sobre ventosidades estropearían el tono general de la historia.

El tablero de juego

Visión ciega describe a Big Ben como un «emisor de Oasa». Oficialmente no existe semejante etiqueta, si bien Yumiko Oasa ha informado del hallazgo de emisores de infrarrojos sin documentar hasta la fecha —más tenues que las opacas marrones, aunque posiblemente también más comunes—, cuya masa varía entre las tres y las trece masas jovianas. Mi novela requería algo relativamente próximo, lo bastante grande para sostener un campo magnético superjoviano, pero también lo suficientemente pequeño y tenue como para evitar ser descubierto de forma plausible en los próximos setenta u ochenta años. Los emisores de Oasa se ajustan

razonablemente bien a mis necesidades (al margen del evidente escepticismo sobre su verdadera existencia).

Tuve que extrapolar los detalles, desde luego, debido a lo poco que se sabe realmente sobre estas bestias. A tal fin tomé prestada información de diversas fuentes sobre gigantes gaseosos y enanas marrones, reduciendo o aumentando la escala según lo considerara oportuno. De lejos, el disparo del arma definitiva de la *Rorschach* se parecería sospechosamente a la colosal erupción de rayos X y radio vista recientemente en una estrella enana que debería haber sido demasiado pequeña para realizar semejante hazaña. Esa llamarada se prolongó durante doce horas, era varios miles de millones de veces más potente que nada de lo producido jamás por Júpiter, y se cree que era el resultado de un campo magnético perturbado.

Burns-Caulfield está libremente inspirado en 2000 Cr, un cometa transnewtoniano cuya órbita actual no puede explicarse del todo por las fuerzas gravitacionales de ningún objeto presente en el sistema solar del que se tenga conocimiento hoy en día.

Anatomía y fisiología de los trepadores

Como tantos otros, recelo de los extraterrestres humanoides con la frente abultada, y de los gigantescos insectoides generados por ordenador que, pese a su aspecto alienígena, se comportan como simples perros rabiosos recubiertos de quitina. Ciertamente es que la diferencia por la diferencia, sin criterios que reduzcan la arbitrariedad, no se diferenciaría mucho del canon de Roddenberry; la selección natural es tan ubicua como la vida misma, y los mismos procesos básicos terminarán moldeando la vida dondequiera que ésta evolucione. El reto, por consiguiente, consiste en crear un «alienígena» que le haga justicia a la palabra, sin dejar de ser biológicamente plausible.

Los trepadores son mi primer intento por responder a este desafío... y en vista de lo mucho que se parecen a los ofiuroides de los mares terrestres, podría decirse que pifié todo el concepto de «nunca jamás visto», por lo menos en términos de morfología general. Resulta incluso que los ofiuroides tienen algo parecido al despliegue de ojos de los trepadores. Del mismo modo, la reproducción de éstos —el brote de su progenie a partir de un tallo común— está basada en la de las medusas. Aunque el biólogo marino se vista de seda...

Afortunadamente, los trepadores adquieren matices más alienígenas si se

miran más de cerca. Cunningham menciona que en la Tierra no existe nada parecido a sus cadenas motrices/sensoras sincronizadas. No le falta razón, aunque puedo citar un precursor que perfectamente podría desarrollar semejante sistema. Nuestras propias «neuronas espejo» se activan no sólo cuando realizamos alguna acción, sino cuando observamos a otra persona realizando la misma acción; esta característica aparece mencionada en la evolución tanto del lenguaje como de la consciencia.

Las cosas adquieren un tinte aún más alienígena a nivel metabólico. Aquí en la Tierra, nada que dependiera exclusivamente de la producción anaeróbica de adenosín trifosfato superó nunca la fase unicelular. Aunque sea más eficaz que nuestro sistema de combustión de oxígeno, el metabolismo anaeróbico es sencillamente demasiado lento para permitir una multicelularidad avanzada. La solución propuesta por Cunningham es la simplicidad encarnada. El problema es que hay que pasarse unos pocos miles de años durmiendo entre un turno y otro.

El concepto de procesos metabólicos cuántico-mecánicos quizá parezca aún más descabellado, pero no lo es. La dualidad onda-partícula puede ejercer impactos significativos sobre las reacciones bioquímicas en condiciones fisiológicas a temperatura ambiente; el efecto túnel de carbono de elevado peso atómico ha llegado a agilizar el ritmo de dichas reacciones hasta en 152 órdenes de magnitud.

Y he aquí algo realmente alienígena: la ausencia de genes. El ejemplo de la colmena que empleo a modo de analogía apareció por primera vez en el casi desconocido tratado de Darwin (Dios, qué ganas tenía de citar a este tipo); más recientemente, un pequeño pero creciente grupo de biólogos han empezado a extender el rumor de que los ácidos nucleicos (en particular) y los genes (en general) están seriamente sobrevalorados como prerequisites para la vida. Gran parte de la complejidad biológica radica no en la programación genética, sino en la mera interacción física y química de sus componentes. Ciertamente, todavía hace falta algo que desencadene las condiciones iniciales necesarias para el surgimiento de esos procesos; ahí es donde entran en juego los campos magnéticos. Ninguna patética cadena de nucleótidos sobreviviría al entorno de la *Rorschach*, de todas formas.

Los más puntillosos se estarán preguntando: «Ya, pero sin genes, ¿cómo evolucionan estos bichos? ¿Cómo se adaptan a entornos desconocidos? ¿Cómo se enfrenta su especie a lo inesperado?». Y si Robert Cunningham estuviera aquí hoy, respondería: «Juraría que la mitad del sistema inmunológico tiene como blanco activo la otra mitad. Y no se trata sólo del sistema inmunológico. Algunas partes del sistema nervioso parecen estar intentando, en fin, hacerse pedazos. Creo que evolucionan intraorgánicamente, por disparatado que parezca. El organismo

entero está en guerra consigo mismo a nivel de tejidos, en una suerte de principio de la Reina Roja a nivel celular. Es como organizar una colonia de tumores interactivos; cabe esperar que compitan ferozmente entre sí para evitar que ninguno se desmande. Al parecer cumple el mismo papel que el sexo y la mutación para nosotros». Y si toda esta cháchara os hace elevar los ojos al cielo, seguramente os eche el humo a la cara y se refiera a la interpretación de esos mismos conceptos por parte de cierto inmunólogo, tal y como se ejemplifica en (por increíble que parezca) *The Matrix Revolutions*.

También podría señalar que las conexiones sinápticas de nuestro cerebro se moldean mediante una forma parecida de selección natural intra-orgánica, catalizada por pedazos de ADN parásito llamados «retrotransposones».

De hecho Cunningham llegó a decir algo parecido en un primer borrador de esta novela, pero la estructura comenzaba a tambalearse bajo el peso de tantas teorías y decidí suprimirlo. Después de todo, *Rorschach* es el arquitecto de estas cosas, así que podría encargarse de todas esas cosas aunque los trepadores no pudieran por sí solos. Y uno de los mensajes para recordar de *Visión ciega* es que la vida es cuestión de grado; la diferencia entre los sistemas vivos y los inertes siempre ha sido dudosa, y nunca tanto como en las entrañas de ese puñetero artefacto descubierto en el Oort.

Sentencia/ Inteligencia

Éste es el condenado quid de la cuestión. Quitemos de en medio los escollos más grandes primero. *Being No One*, de Metzinger, es el libro más árido que haya leído jamás (y todavía hay porciones de considerable tamaño que no he llegado a leer), pero también contiene algunas de las ideas más fascinantes con que me he topado, tanto en la ficción como fuera de ella. La mayoría de los autores se dedican descaradamente a dar gato por liebre en lo que a la naturaleza de la consciencia se refiere. Pinker titula su libro *How the Mind Works*, o «cómo funciona la mente», para luego admitir en la primera página que «No sabemos cómo funciona la mente». Koch (el tipo que acuñó el término «agentes zombi») escribe *The Quest for Consóusness: A Neurobiological Approach*, en el que tímidamente soslaya todo el tema de por qué la actividad neuronal tendría que dar como resultado ningún tipo de consciencia subjetiva.

Metzinger, gigante entre tales hormigas, coge el toro por los cuernos. Su hipótesis del «mundo cero» no sólo explica el sentido subjetivo del yo, sino también por qué semejante narrador ilusorio en primera persona sería una

característica emergente de ciertos sistemas cognitivos. Desconozco si tiene razón —este hombre está muy por encima de mí—, pero por lo menos aborda la verdadera pregunta que nos mantiene en vela con la mirada clavada en el techo a las tres de la madrugada, mucho después de que se halla apagado la última colilla. Muchos de los síndromes y trastornos que aparecen en *Visión ciega* los encontré por primera vez en el libro de Metzinger. Cualquier afirmación sin cita en esta sección probablemente provenga de esa misma fuente.

Si no, es posible que lo hagan de *The Illusion of Conscious Will*, de Wegner. Menos ambicioso, mucho más accesible, el libro de Wegner no se ocupa tanto de la naturaleza de la consciencia como de la naturaleza del libre albedrío, que Wegner describe como «la forma que tiene nuestra mente de estimar lo que cree que ha hecho». Wegner presenta su propia lista de síndromes y trastornos, todos los cuales refuerzan la apabullante impresión de lo frágil y subvertible que es nuestra maquinaria. Y, naturalmente, Oliver Saks ya estaba enviándonos informes desde los límites de la consciencia mucho antes de que ésta se pusiera de moda.

Sería más fácil enumerar a aquellas personas que no han hecho sus pinitos intentando «explicar» la consciencia. Las teorías abarcan toda la gama, desde difusos campos eléctricos a espectáculos cuánticos de marionetas; la consciencia se ha localizado en la corteza frontoinsular, el hipotálamo y mil núcleos dinámicos entre medias. (Al menos una teoría sugiere que si bien los grandes simios y los humanos adultos son sintientes, los niños humanos no lo son. Reconozco sentir cierta afinidad por esta conclusión; la no sentiencia de los niños excusaría su carácter psicópata).

Pero debajo de la inofensiva y superficial cuestión de qué es la consciencia subyace la pregunta más práctica de para qué sirve. *Visión ciega* juega con este tema a placer, por lo que no insistiré sobre lo ya tratado. Baste decir que, al menos en condiciones rutinarias, la consciencia hace poco más aparte de recoger informes del mucho más rico entorno subconsciente, ponerles su sello y llevarse todo el mérito. De hecho, la mente inconsciente suele apañárselas tan bien por su cuenta que llega incluso a emplear un guardián en la corteza cingulada anterior para no hacer nada más que impedir que el yo consciente interfiera en las operaciones cotidianas. (Si el resto de nuestro cerebro fuera consciente, seguramente nos vería como el jefe de pelo de punta de *Dilbert*.) Ni siquiera es precisa la sentiencia para formular una «teoría de la mente». Esto podría parecer completamente contraintuitivo: ¿cómo aprender a reconocer que otros individuos son agentes autónomos, con sus propios intereses y prioridades, si ni siquiera puede uno reconocerse a sí mismo? Pero no existe ninguna contradicción, ni hace falta apelar a la consciencia. Es enteramente posible percibir las intenciones ajenas sin ser autorreflexivo en absoluto.

Norretranders declaró sin rodeos que «la consciencia es un fraude».

El arte podría suponer una excepción. Al parecer la estética requiere cierto nivel de autoconsciencia; de hecho, la evolución de la estética bien pudiera ser lo que echó a rodar la pelota de la sentiencia para empezar. Cuando la música es tan hermosa que te provoca escalofríos, ahí tenemos los circuitos de recompensa del sistema límbico en acción: los mismos circuitos que nos recompensan por tirarnos a una pareja atractiva o atiborrarnos de sacarosa. Es un truco, dicho de otra forma; el cerebro ha aprendido a obtener la recompensa sin ganársela realmente aumentando su adecuación. Es agradable, nos satisface, y hace que la vida merezca la pena. Pero también nos introvierte y nos distrae. Aquellas ratas de los sesenta, las que aprendieron a estimular sus centros del placer accionando una palanca: ¿os acordáis de ellas? Estaban tan enganchadas a darle a la manivela que se les olvidó comer. Se murieron de hambre. Sin duda murieron felices, pero murieron. Sin descendencia. Su adecuación se redujo a cero.

Estética. Sentiencia. Extinción.

Y esto nos lleva a la pregunta final, agazapada en la zona anóxica: ¿cuál es el precio de la consciencia? Comparada con el procesamiento subconsciente, la autoconsciencia es lenta y costosa. (La premisa de una entidad separada más veloz al acecho en la base de nuestros cerebros para asumir el mando en caso de emergencia está basada en los estudios de, entre otros, Joe LeDoux, de la Universidad de Nueva York.) A modo de comparación, consideremos los complejos cálculos que algunos sabios autistas son capaces de realizar a velocidad de vértigo; estas habilidades son no cognitivas, y existen pruebas de que deben su superfuncionalidad, no a una integración general de los procesos mentales, sino a una fragmentación neuronal relativa. Aunque los procesos sintientes y no sintientes fueran igual de eficaces, la percepción consciente de los estímulos viscerales —por su propia naturaleza— distrae al individuo de otras amenazas y oportunidades presentes en su entorno. (Me sentí muy orgulloso de mí mismo cuando se me ocurrió esta idea. Comprenderéis el chasco que me llevé al descubrir que Wegner ya había presentado un argumento similar en 1994.) El precio de la inteligencia elevada se ha demostrado mediante experimentos con moscas de la fruta, donde las inteligentes pierden ante las tontas a la hora de competir por el alimento, posiblemente debido a que las exigencias metabólicas del aprendizaje y la memoria reducen la energía necesaria para forrajear. No, no se me ha olvidado que acabo de pasarme un libro entero diciendo que la inteligencia y la sentiencia son dos cosas distintas. Pero este experimento sigue siendo relevante, porque algo que ambos atributos tienen en común es su alto coste metabólico. (La diferencia estriba en que, al menos en algunos casos, merece la pena pagar el precio de la

inteligencia. A efectos de supervivencia, ¿qué valor tiene obsesionarse con una puesta de sol?) Si bien varias personas han señalado los diversos costes e inconvenientes de la sentiencia, muy pocas han dado el siguiente paso y se han preguntado en voz alta si todo este condenado asunto no nos acarrearía demasiados problemas para lo que nos reporta. Por supuesto que no, pensaría cualquiera; de lo contrario la selección natural se habría encargado de erradicarla hace tiempo. Y probablemente sea cierto. Espero que lo sea. *Visión ciega* es un experimento de reflexión, un juego de «imaginemos que» y «qué pasaría si». Nada más.

Por otra parte, los dodos y las vacas marinas de Steller podrían haber empleado exactamente el mismo argumento para demostrar su superioridad, hace mil años: «Si tan inadecuados somos, ¿por qué no nos hemos extinguido?». ¿Por qué? Porque la selección natural lleva tiempo, y el azar es un factor a tener en cuenta. Los chicos más grandes del barrio en un momento dado no tienen por qué ser los más adecuados, ni los más eficientes, y no por eso se acaba la partida. Esta partida nunca se acaba; no hay línea de meta a este lado de la muerte térmica. Y por eso mismo, tampoco puede haber vencedores. Únicamente participantes que aún no han perdido.

Las cifras de Cunningham sobre el autorreconocimiento en los primates: también éstas son reales. Los chimpancés poseen una proporción cerebro/ cuerpo mayor que los orangutanes, pero éstos siempre consiguen reconocerse en el espejo mientras que los chimpancés lo logran sólo la mitad de las veces. De modo parecido, las especies no humanas dotadas de aptitudes más sofisticadas para el lenguaje son diversas aves y monos, no los grandes simios supuestamente «más sintientes» que son nuestros parientes más próximos. Si uno se para a pensarlo, hechos como éstos sugieren que la sentiencia podría ser casi una fase, algo de lo que los orangutanes todavía no se han desembarazado pero que sus primos más avanzados, los chimpancés, ya han empezado a hacerlo. (Los gorilas no se reconocen en el espejo. Quizá hayan evolucionado ya por encima de la sentiencia, o quizá no la hayan tenido nunca.) Las personas, naturalmente, no encajan en esta pauta. Si es que se le puede llamar pauta. Somos elementos aislados de la distribución: ésta es una de las cosas que intento señalar.

Seguro que los vampiros encajarían, no obstante. Ésa es la otra.

Por último, justo cuando *Visión ciega* se encontraba en fase de corrección editorial, esta desagradable premisa recibió un oportuno apoyo experimental: resulta que a la mente subconsciente se le da mejor tomar decisiones complejas que a la consciente. Ésta sencillamente es incapaz de manejar tantas variables, al parecer. En palabras de uno de los investigadores: «En algún punto de nuestra

evolución, empezamos a tomar decisiones conscientemente, y no se nos da demasiado bien».

Ambientación miscelánea
(detalles sobre el trasfondo, cortocircuitos y la condición humana)

El pequeño Siri Keeton no es extraordinario: llevamos ya más de cincuenta años empleando la hemisferectomía radical como tratamiento en algunos casos graves de epilepsia. Asombrosamente, la extirpación de medio cerebro no parece tener el impacto que cabría esperar sobre el CI o las habilidades motrices (aunque la mayoría de los pacientes de una hemisferectomía, al contrario que Keeton, presentaban ya un CI bajo antes de la operación). Sigo sin tener del todo claro por qué eliminan el hemisferio; ¿por qué no escindir sencillamente el *corpus callosum*, si lo único que se pretende es impedir la retroalimentación en bucle entre ambas mitades? ¿Extirpan una mitad para evitar el síndrome de la mano ajena... y en tal caso, no implica eso que están destruyendo a sabiendas una personalidad sintiente?

Los opiodes de respuesta maternal empleados por Helen Keeton para detonar el afecto hacia ella en su hijo dañado están inspirados en trabajos recientes sobre el trastorno de déficit afectivo en los ratones. Las nubes devoradoras de hierro que aparecen tras la Lluvia de Fuego se basan en las descritas por Plane *et al.* La jerga lingüística empleada por la Banda de los Cuatro procede de distintas fuentes. Las pautas de discurso multilingüe de la tripulación de la *Teseo* (descritas pero no citadas, gracias a Dios) se me ocurrieron tras conocer las reflexiones de Graddol, quien sugiere que la ciencia debe abordarse con múltiples gramáticas porque el lenguaje inspira el pensamiento, y un solo lenguaje científico universal constreñiría nuestra percepción del mundo.

El antecedente de los fenotipos extendidos de Szpindel y Cunningham existe hoy en día, en forma de un tal Matthew Nagel. Las prótesis alteradas que les permiten percibir sinestésicamente la información de sus equipos de laboratorio se inspiran en la asombrosa plasticidad de las cortezas sensoriales del cerebro: se puede convertir una corteza auditiva en una visual sencillamente acoplando el nervio óptico a los canales auditivos (si se hace a una edad lo suficientemente temprana). Las mejoras de carboplatino de Bates tienen su origen en el reciente desarrollo de musculaturas metálicas. La irónica denigración que hace Sascha de la psicología del SigVein surge no sólo de mi (limitada) experiencia personal, sino también de un par de ensayos que despojan de su halo místico varios casos del

llamado «trastorno de personalidad múltiple». (No es que el concepto tenga nada de malo; sólo su diagnóstico.) La variedad de fibrodisplasia que acaba con Chelsea se basa en los síntomas descritos por Kaplan *et al.*

Y, aunque no os lo creáis, los rostros chillones que utiliza Sarasti hacia el final de la novela representan una forma de análisis estadístico completamente real: las caras de Chernoff, más eficaces que los gráficos y tablas estadísticas habituales a la hora de representar las características fundamentales de un conjunto de datos.